



EL
ERROR
DE CLARA
ULMAN

CRISTINA HIGUERAS

NOV  LA

Tras *El extraño del ayer*, Cristina Higuera
regresa con este inquietante y subversivo
thriller científico-criminal

Índice

Portada
Dedicatoria
Cita
Veinte años antes

PRIMERA PARTE

1. Ella
2. La propuesta
3. Mi otro yo
4. Alba
5. La decisión
6. Sin límites
7. Un paso más allá
8. Sola
9. Valiente
10. Tesoros escondidos
11. Perfecta
12. Clara y sus quimeras
13. Ese ruido tan molesto

SEGUNDA PARTE

14. Amor legalizado
15. Acuerdo tácito
16. La hora del cerebro

17. Puntos de vista
18. El detonante
19. Objeciones éticas
20. Reencuentro
21. La última fase
22. Sin comunicación
23. Un antes y un después
24. Un jarro de agua fría
25. Universo paralizado
26. Carla
27. Retrospectiva
28. Sombra de carne y hueso
29. Tan solo sé tú misma
30. Clara y la muerte
31. El clic
32. En primera persona
33. Un anhelo incómodo
34. Cambio de estrategia
35. Embarazados
36. Vacaciones
37. La mejor de las decisiones
38. En el otro extremo del planeta
39. ¿Y ahora qué?
40. Fantasmas
41. El desconocido
42. Prueba de fuego

TERCERA PARTE

43. Sentimientos peculiares
44. Tan iguales, tan distintas
45. Ubicuidad
46. Manos a la obra
47. Territorio insondable
48. Extraños seres
49. In extremis

50. Un enigma en la distancia
51. Carencias, dudas y certezas
52. Bendecido por la suerte
53. Transformaciones
54. Los últimos coletazos
55. Descubrimientos
56. Un padre ejemplar
57. Inesperadas reflexiones
58. Trámites necesarios
59. Ni el poder ni la riqueza
60. ¿Todo en orden?

Agradecimientos

Créditos

*A Víctor, Claudia, Diego y Telmo.
Vuestro es el futuro.*

«Como todos los seres amoraes,
está en el límite de la Diosa».

LAWRENCE DURRELL,
Justine, El cuarteto de Alejandría

Veinte años antes

—**M**amá... mamá... mamá... mamá... mamá... mamá...

Con suavidad, zarandeaba una y otra vez el cuerpo de su progenitora. Reiteradamente. La visión de su madre muerta, tendida en el suelo, la dejó fría. Como ocurrió con su hermana. Seguramente porque la vida se les había evaporado del mismo modo. Con idéntica sencillez. Igual que a todos. Con la inexpresividad que deja el óbito en el rostro. La misma mueca insulsa con la que han abandonado la vida los que han muerto y con la que la dejarán los que morirán. El tránsito que separa las dos dimensiones se produjo sin sangre. Limpiamente. El momento careció de la nobleza exclusiva de los hechos que se contemplan a través del arte o la literatura. A su mente adolescente le chocó no percibir la magnitud que las películas y los libros transmitían. Tal vez porque la cotidianeidad es incompatible con la grandeza. En su corazón nada especial sucedió. Solo la impotencia de querer sentir y no lograrlo.

PRIMERA PARTE

Ella

Se movía por el escenario con el aplomo que solo poseen las estrellas. La combinación de inteligencia y atractivo físico le otorgaba la seguridad de deslumbrar a los demás con su presencia. Sin soberbia ni pretenciosidad. Incorporando ese detalle a su personalidad con la certeza de no tratarse de una opinión aislada o de muchas, sino de una constatación objetiva. Poseer una capacidad superior le había acompañado durante tanto tiempo que convivía con ello con la naturalidad de lo obvio. Ese contraste de talento y sencillez hacía que todo en Clara Ulman tuviera un atractivo poco común. Irradiaba carisma.

Ramón de Castro la escuchaba con entusiasmo y fascinación. Le cautivaba su modo de pasarse la mano por el cabello y la maestría con la que dominaba las pausas. A medida que transcurrían los minutos su voz modulada y grave, brillantez, armonía de rasgos y sobria elegancia lo seducían sin remedio.

Lejos de lo que se podría suponer, Clara Ulman no era una importante mezzosoprano o una afamada actriz. Tampoco deleitaba a la audiencia con un concierto de rock. Sin embargo, los asistentes que abarrotaban el lugar parecían percibirla más como una artista que como lo que era en realidad, una joven y rutilante científica. El recinto contribuía a causar esa impresión. Más que una sala de conferencias se trataba de un auditorio dotado de un gran escenario. Los sofisticados equipos de luz y sonido eran similares a los de cualquier teatro nacional de una gran ciudad. La visibilidad resultaba óptima independientemente de donde se estuviera situado. La madera era el material

predominante en la construcción y las amplias butacas habían sido confeccionadas en cuero beis. Todo daba la sensación de haber sido diseñado para enfatizar al ponente y magnificar lo que allí se exponía. Los conferenciantes solían sentirse apabullados en aquel espacio, pero ella se encontraba como pez en el agua. Se diría que el arquitecto la hubiera utilizado como inspiración para proyectar aquel bello lugar.

En ese entorno, Ulman exponía los progresos que su equipo y ella habían realizado para crear, con la ayuda de bioimpresoras, órganos humanos de sustitución. No solo el logro en sí era revolucionario, también la forma: habían conseguido acelerar el proceso de multiplicación de las células para poder formar los tejidos en un tiempo récord. Ello implicaba importantes avances en una de las disciplinas a las que Genotypsa, la empresa fundada por Ramón de Castro y Jorge Aldrich, se dedicaba: la experimentación a partir de células madre.

Ramón se pellizcaba la casi imperceptible cicatriz que tenía en la mandíbula. Una pequeña marca en la parte izquierda, en la intersección con el cuello, fruto del mordisco de una amante demasiado impetuosa. Jorge lo observaba realizar ese gesto mecánico sabiendo lo que significaba cuando miraba a una mujer....

—¿Qué?

Fue el monosílabo que De Castro lanzó a su socio tras sentir la mirada inquisitiva que tan bien conocía.

—Tú sabrás dónde te metes... —le respondió Jorge en voz baja.

Aldrich estaba acostumbrado a los devaneos de su amigo. Hacía mucho que había perdido la cuenta de sus múltiples conquistas. Se conocían desde los tiempos de la universidad y, aunque Jorge era cuatro años más joven, pasaron por muchas cosas juntos. Tal vez por demasiadas. En esa época él acababa de comenzar la carrera y Ramón era ya veterano. Lo admiraba. Quizá porque tenía la capacidad de convencer, a quien quiera que fuera, de que se trataba de alguien en quien poder confiar. O por su actitud tan desenvuelta, cortés y serena. O simplemente porque tenía el don de transformar el ambiente de una estancia por el solo hecho de entrar en ella. Bien parecido y con la descarada arrogancia de alguien acostumbrado a encandilar a los demás, Jorge, a su lado, asumía con naturalidad el papel de

escudero. La atlética estructura física de Ramón en contraste con la excesiva delgadez de Aldrich ayudaba a subrayar el papel de cada uno en la relación. Lo que desde luego Jorge asumía era que todo era mejor siguiendo la estela de Ramón. En esa senda surgían los mejores planes, las mejores fiestas y, con posterioridad, los mejores proyectos profesionales. Allí estaba él, pero siempre como segundón. No importaba. Aquella remota etapa de estudiantes fue la más divertida de su vida. Todo el tiempo riéndose. Jorge se desternillaba viendo los métodos que Ramón usaba para engatusar a las chicas. «Arramplar» lo llamaba... «¡A ver cómo arramplamos hoy, boss...!».

«Tengo la intuición de que hoy no se nos resiste ni dios, jefe...», contestaba Jorge. Así se llamaban uno a otro: *boss* y jefe. Todavía sonreía cuando recordaba la forma en que su amigo se frotaba las manos al decir *arramplar*... Y eso que él, el segundón, siempre tenía que conformarse con la amiga de la que le gustaba.

Además de compartir juergas, a ambos les seducía el mundo empresarial. Ramón era el creativo y Jorge un portento con los números. Se compenetraban a la perfección. No obstante, Aldrich era consciente de que nunca hubiera llegado a la cima de no haber sido por las iniciativas y el empuje de Ramón. O sí... ¿Quién podía saberlo ya? El hecho es que allí estaban los dos: el presidente y el director general de una multinacional médico-farmacéutica con incursiones en el sector de las biotecnologías. Una empresa líder. Con tres sedes distribuidas entre Europa y Canadá.

Contemplando la forma en que Ramón miraba a Clara Ulman, Jorge movía la cabeza a la vez que sonreía. Pensaba que, a pesar de todo lo que había llovido desde que dejaron atrás su juventud, Ramón continuaba siendo el mismo: a sus cuarenta y nueve años seguía teniendo ese ramalazo de Peter Pan alérgico al compromiso y con la misma disposición de *arramplar*. Genio y figura. Aunque en esta ocasión tenía que reconocer una diferencia: era la primera vez que lo veía fijarse en una mujer intelectualmente brillante.

La doctora Ulman, después de ofrecer detalladamente los pormenores técnicos de su logro, con la soltura y coherencia de quien domina la materia a la perfección, remataba la ponencia:

—... En resumen: hasta el momento, la comunidad científica había sido capaz de reproducir, a partir de células madre, estructuras planas como piel o

tubulares, como vasos sanguíneos. Y en un mayor nivel de dificultad vejigas o estómagos. Respecto a órganos más complejos como el hígado, los pulmones o el corazón, nadie había logrado que estas vísceras fueran operativas en seres humanos. Hasta ahora... Pues ha llegado el día en el que lo hemos hecho realidad. Estoy en condiciones de certificar que, a partir del cultivo de células del propio paciente, somos capaces de materializar cualquiera de estos órganos con tal grado de compatibilidad que pueden utilizarse para ser trasplantados con una incidencia de rechazo prácticamente nula.

En este punto, un corazón humano ocupó la totalidad de la gran pantalla que abarcaba la parte superior del escenario. La imagen era espectacular. El órgano creado mediante una impresora tridimensional latía con fuerza. Un murmullo inundó la sala.

—Con el apoyo económico e infraestructuras suficientes, puedo confirmar que estamos a un paso de solucionar definitivamente los problemas que genera la escasez de órganos humanos para trasplantes.

Antes de finalizar el acto, Ulman abrió un turno de preguntas. Las azafatas fueron acercando los micrófonos a las personas que alzaban la mano. El periodista de un diario nacional rompió el hielo:

—Habla usted con mucha seguridad de su técnica. Pero estamos acostumbrados a ver cómo experimentos tan rimbombantes como el suyo se desinflan como un globo porque al final son inviables. ¿Hasta qué punto lo han llevado a la práctica para verificar lo que dice?

—Actualmente, tal y como acabamos de publicar en la revista *New Biological Science*, estamos todavía en la primera fase del ensayo. Podríamos ir más rápido, pero, como ustedes saben, la normativa establece una serie de protocolos que es imprescindible cumplir. Contamos con un pequeño grupo de voluntarios de los cuales hemos seleccionado dos. Una de ellos alberga en su pecho este corazón —dijo, señalando la pantalla—. Con el otro, que padecía una cirrosis terminal, se está experimentando un hígado formado con el mismo método. Es cierto que la primera, una mujer de cuarenta y dos años, lleva solamente veintiún días con el órgano trasplantado y el segundo, un varón de cincuenta y uno, solo dieciocho. Pero hasta el momento no hemos observado efecto adverso alguno ni síntomas de rechazo.

Una mujer de edad aproximada a la de Clara y situada en la misma fila del reportero que había hecho la pregunta levantó la mano para solicitar su turno.

—Raquel Loira, del diario *El Observador* —se presentó a través del micro—. ¿Cuál fue el criterio a seguir para escoger de entre todos los voluntarios a estas dos personas?

—Sus condiciones físicas —respondió la investigadora.

Tras una pausa dramática ofreció más detalles al respecto:

—Estaban ambos en tan mal estado que, con toda probabilidad, habrían fallecido antes de que llegara un órgano compatible procedente de un donante. Previamente, los cirujanos habían intentado localizar en el banco de órganos vitrificados del Palmer Manning Hospital un corazón y un hígado compatibles para cada uno de estos casos, pero no se encontraron los adecuados. Fue entonces cuando se decidió recurrir a la técnica de bioimpresión para crearlos a medida.

La doctora Ulman siguió respondiendo a la curiosidad de los asistentes durante más de veinte minutos. Contestaba a sus interlocutores con el ceño ligeramente fruncido, y, de vez en cuando, se retiraba el flequillo de la frente con un elegante ademán. Aderezaba el tecnicismo de sus réplicas con la amenidad de quien acostumbra a tratar con el público. Incluso a veces lanzaba alguna coletilla que provocaba un murmullo de regocijo entre la audiencia.

Las preguntas eran muy variadas: desde aspectos muy específicos a generalidades. A punto de dar por finalizado el acto, un hombre entrado en años y en kilos se levantó del asiento con dificultad.

—Marcos Quivera. De la Asociación Salud y Familia. ¿No cree que jugar a Dios fabricando órganos humanos puede conducirnos a un terreno desconocido con implicaciones éticas controvertidas?

Su expresión desaprobadora y el sentirse poseedor de la respuesta correcta convirtieron su pregunta en algo retórico. El hombre, mucho más rechoncho de lo que le gustaría y con modales menos distinguidos de lo que creía, elevó la barbilla con desdén, subrayando la convicción de creerse dueño de una verdad indiscutible. De ser el guardián de una ley única y excluyente.

El escepticismo de Clara le hizo torcer el gesto, evidenciando haber tenido que enfrentarse en más ocasiones de las deseadas a preguntas como la del señor Quivera.

—Con el debido respeto, fomentar el miedo ha sido el argumento recurrente a lo largo de la historia para frenar el crecimiento de la humanidad. Recuerde los diversos cuestionamientos de orden moral que se planteaban en los primeros trasplantes en relación a la asignación de órganos cadavéricos. Hoy en día eso es algo que la sociedad asume con total normalidad. Si en el transcurso de los siglos los científicos se hubieran dejado llevar por los recelos que usted expone, la media de esperanza de vida seguiría siendo de treinta y cinco años como, por ejemplo, en 1900, en lugar de los ochenta y tres actuales. En consecuencia, ni usted podría estar aquí ahora para hacerme sus preguntas, ni quizá yo para responderlas. Por fortuna, seguimos en la senda de evolucionar la biología tradicional explorando otros caminos. Guste o no, el progreso es imparable.

Aunque a Marcos Quivera la respuesta pareció producirle el mismo efecto que una patada en la espinilla, la mayoría de los asistentes celebró estas últimas palabras con un aplauso. Clara finalizó su intervención agradeciendo a los presentes su asistencia. La pantalla fundió a negro y la conferencia se dio por concluida.

La doctora recogió del atril sus papeles. El público fue abandonando sus asientos. Todos menos Ramón, que seguía observándola desde la primera fila. A ella le bastó un cruce de miradas para darse cuenta de que al presidente de la empresa organizadora del acto le había impresionado su disertación. Lo que probablemente no detectó en ese instante era que su interés no se limitaba únicamente al fondo y a la forma del discurso.

Una azafata guio a la científica hasta el vestíbulo del auditorio en donde se ofrecía un cóctel. Enseguida se formaron corrillos de expertos. Comentaban lo que podría suponer un importante cambio en la forma de afrontar los problemas ocasionados por lesiones irreversibles, trastornos genéticos o degeneración.

La ponente no paraba de recibir felicitaciones. Ramón tuvo que esperar unos minutos hasta que pudo abordarla.

—La doctora Kininmott nos había hablado maravillas de usted, pero aun así creo que se ha quedado corta. Ramón de Castro.

El presidente de Genotypsa International le tendió la mano. Ella le correspondió estrechándole la suya mientras en su rostro se dibujaba una cautivadora sonrisa.

—Sé perfectamente quién es usted, señor De Castro. Gracias. Doris es demasiado generosa. Ella ha sido mi mentora y quien me ha marcado el rumbo. Sin su orientación habría sido imposible llegar hasta aquí. —El semblante de Clara se tornó serio—. En cualquier caso, no me gustaría mostrarme demasiado optimista. Para que este paso deje de ser un simple ensayo clínico es imprescindible contar con medios suficientes para desarrollarlo a gran escala. Solo de esta manera la sociedad en conjunto podrá beneficiarse. Los investigadores, por desgracia, estamos acostumbrados a toparnos en demasiadas ocasiones con falta de voluntad política e impedimentos burocráticos para materializar nuestros proyectos. Y, por si eso fuera poco, la Iglesia, por su parte, con sus reparos morales, no contribuye precisamente a mejorar la situación.

—Sí. Ya he visto que la última pregunta que le han hecho apuntaba en esa dirección —subrayó Ramón.

—Supongo que se teme lo que no se comprende —puntualizó ella con resignación.

—Siempre ha pasado... —corroboró el presidente de Genotypsa.

Clara lanzó un suspiro de hastío antes de seguir explayándose:

—Si le soy sincera, no termino de acostumbrarme a que las supersticiones sigan teniendo peso en sociedades tan avanzadas como la nuestra.

—¿Supersticiones? —preguntó Ramón, interesado por el giro que había dado la joven científica a la conversación.

—¿Se puede llamar de otra manera a que se deje morir a alguien basándose en la creencia de que no debe recibir una transfusión sanguínea?

—¿Se refiere a los testigos de Jehová?

—Es solo un ejemplo —relativizó con un gesto de la mano—. Lo que quiero decir es que cualquier religión está basada en un conjunto de

principios irracionales. Normas que frenan con pasmosa imprudencia avances encaminados a hacer más dichosa la vida de los seres humanos.

Ramón afirmaba en silencio indicando estar de acuerdo con sus planteamientos. Admiraba la osadía de expresar con esa contundencia opiniones sobre un tema tan sensible ante alguien con quien no se tiene suficiente confianza.

—Hay todavía mucha gente que no comulga con nuestras iniciativas —prosiguió Clara—, así que cuento con que todavía nos queda un largo camino por recorrer. Me temo que, a pesar de que podría ser perfectamente viable ahora mismo, tendremos que esperar mucho tiempo para que esta técnica sea la que impere en los centros hospitalarios, y, en consecuencia, podamos dejar de depender de las donaciones de órganos.

Ramón asentía con la cabeza mientras movía en círculos la copa de vino tinto que tenía en la mano.

—¿Cuándo regresa a Mineápolis? —preguntó con la mirada fija en la bebida.

—Dentro de dos días.

—Quizá nosotros podamos aportar nuestro granito de arena para acortar el proceso... —dijo De Castro tras dar un sorbo a su vino—. ¿Podría venir mañana a mi despacho para hablar del asunto?

La propuesta

—Mami, ¿cómo me llamaré cuando sea mayor?

La nenita llamaba la atención de su madre dándole pequeños tirones en la manga de la gabardina. Tendría cuatro o cinco años. Era invierno. Los guantes y la bufanda a juego con el abrigo azul añil y el gorro de lana que cubría sus minúsculas orejas lo testificaban. Estaban en el exterior, eso era seguro. Era una calle enorme, aunque tal vez ahora no le parecería tanto, con sus tiendas, restaurantes y ese ritmo vibrante, tan propio de una gran ciudad. El viento helado que le hacía gotear la nariz latía en la vena de su recuerdo. Lo único olvidado era el contexto.

—Pues Clara, cariño —afirmó la madre con jocosos desconcierto.

—¿Igual que ahora? —preguntó ella desilusionada.

La mujer, tan guapa, tal alta, tan inalcanzable, se agachó para ponerse a su altura y le cogió cariñosamente la barbilla.

—El tuyo es un nombre precioso. Ya tendrás bastante con cambiar las cosas feas que te vayas encontrando. Conserva las bonitas.

—Ah...

A la pequeña le decepcionaba que su paso a la madurez no fuera asociado a algo contundente que lo indicase. Una transformación sin escalones. Un antes y un después. Una señal que la llevaría de golpe a una realidad diferente. En su cabecita, ese cambio de nombre marcaría su peculiar metamorfosis. El rito de iniciación necesario para entrar en la edad adulta. Clara, la niña, tenía el ingenuo convencimiento de que los mayores podían conseguir lo que quisieran por la mera circunstancia de serlo: sus papás no

decidían en su lugar. Los adultos elegían. Claro que ella entonces ignoraba la condena de tener que vivir dejando atrás lo no escogido...

La suave brisa nocturna de la que disfrutaba camino del hotel llenó de oxígeno esa evocación agridulce. Aquella anécdota era de los pocos recuerdos que tenía de su madre sonriendo. Aquella secuencia de su niñez, rememorada en contrapicado, se completó con la imagen de su mamá acurrucándola cada noche antes de acostarla. Nunca más había vuelto a percibir esa sensación tan gozosa y entrañable. Las ganas que sentía entonces de permanecer entre sus brazos toda la vida, aunque creciera e incluso pudiera cambiarse el nombre, perduraban impresas a fuego en su memoria.

«...Ya tendrás bastante con cambiar las cosas feas que te vayas encontrando. Conserva las bonitas...». A Clara Ulman se le marcó una pequeña arruga en el lado derecho de su boca recordando esa frase. Subrayando la ironía de lo que ocultaba el ingenuo deseo de la niña que fue, y agradeciendo la lección que en aquel momento su madre le dio.

Llegó al hotel con el poso de euforia que imprime el éxito. Todavía le duraba esa poderosa sensación, aunque poco a poco se fue difuminando para ser sustituida por un cansancio igual de intenso. El largo viaje del día anterior junto a la presión que el sentido de la responsabilidad acarrea le habían dejado huella. Nada más cerrar la puerta de la habitación, se descalzó y se despojó del traje de chaqueta. Se puso un cómodo pijama de algodón y se desmaquilló. Eran pasos previos e imprescindibles para relajarse. No podía concebir hacerlo sin la cara lavada o con ropa de trabajo.

Encendió el ordenador portátil y pasó un buen rato planificando la reunión del día siguiente. De repente empezó a notar que le ardían los ojos. Se los masajeó suavemente con los dedos y prosiguió la faena. Estaba agotada y lo que el cuerpo le pedía era tumbarse en la cama, conectar en la televisión el programa más estúpido que encontrara, y quedarse dormida. Pero sabía que no podía desaprovechar la oportunidad que se le brindaba. Ignoraba qué le iba a proponer De Castro y tenía que estar preparada.

Se había especializado en medicina regenerativa. También había cursado estudios sobre técnicas de criogenización. Todo ello le había permitido su

ingreso como becaria en el prestigioso Palmer Manning Hospital, en Mineápolis. De eso ya hacía más de nueve años. Casi una década desde que Clara cruzó el océano con apenas una maleta mal hecha (nunca había aprendido a organizar bien el equipaje) y unos cuantos libros. Con la intención de renovar el aire viciado que se había estancado en sus pulmones durante demasiado tiempo. Sin volver la vista atrás. Con la ligereza de haberse desprendido del lastre que la asfixiaba. Pensando que jamás volvería a frecuentar los lugares y las personas que habían constituido sus pilares hasta entonces. Sin asomo de nostalgia. Convencida de que la metamorfosis que tanto había deseado en su niñez de algún modo se iba a llevar a cabo. Un mundo completamente nuevo la esperaba para acogerla en su seno.

Le habían cedido un pequeñísimo apartamento en el bloque de viviendas que el hospital disponía para los investigadores que, como ella, venían de otras latitudes. Apenas treinta metros cuadrados, pero situado en un piso alto y luminoso. Y, lo mejor, no tenía que compartirlo con nadie. Aunque comenzaba esa nueva etapa de su vida muy ilusionada, le costó adaptarse al cambio de costumbres que suponía pasar del modo de vida europeo al americano. Nada más aterrizar se dio cuenta de que la ropa que había llevado era totalmente inadecuada para esas tierras. El calzado que había seleccionado era ideal para un lugar de inviernos templados, no para caminar sobre suelo nevado. Tuvo que comprar varios jerséis gruesos, un anorak de plumas que le llegaba por debajo de las rodillas, varios leotardos, dos gorros de lana y un par de guantes. Pero por mucho que se hubiera pertrechado del equipamiento adecuado, la extrema dureza del clima en invierno se le hacía insoportable. El frío se le metía tan dentro que se pasaba tiritando gran parte del día mientras su aliento formaba nubes en la atmósfera helada de las calles. Se ponía capas y capas de ropa de las que tenía que ir despojándose como si fuera una cebolla cuando entraba en un sitio cerrado. Siempre que podía se escapaba a una sauna. A pesar de la calefacción que calentaba su minivivienda, el vapor caliente era lo único que de verdad conseguía caldearla por dentro. Incluso recurriendo a todo ello, nunca terminó de habituarse a los quince o veinte grados bajo cero que llegaban a marcar los termómetros durante los meses más fríos.

Cuando llegaba el verano la cosa empeoraba aún más. Los desagradables mosquitos, que parecían encontrarse divinamente en el entorno húmedo y caluroso que transformaba la fisonomía de la ciudad, se ensañaban con ella con picaduras e hinchazones por todo el cuerpo. Al principio se pasaba en vela gran parte de la noche debido al vibrante zumbido que producían. Palmeaba reiteradamente delante de su rostro con la esperanza de aplastarlos entre sus manos. El escaso éxito de tan artesanal intento de masacre le hacía sucumbir al engorro de tener que embadurnarse de repelente de los pies a la cabeza antes de acostarse. Al final, hasta terminó encontrando agradable el olor del denso potingue.

Tampoco le gustaba la comida. Los platos precocinados, siempre con exceso de grasa animal o de aceite de palma, le provocaban rechazo. Tampoco soportaba la popular manteca de cacahuete que, inexplicablemente, deleitaba a gentes de toda edad y condición. Durante mucho tiempo su dieta se limitó a zumos, frutos secos y café humeante para entonarse.

Soportaba dichos inconvenientes con gusto a cambio de codearse con los científicos más importantes en su disciplina. Lo cierto es que allí se le abrió un abanico de posibilidades impensable en aquel momento en ningún país del viejo continente.

Casi diez años ejerciendo su labor de investigadora en la importante institución habían pasado volando. Comenzó en la unidad de fecundación asistida. Más exactamente en el departamento dedicado a la criopreservación de óvulos, espermatozoides y embriones. Su talento excepcional hizo que Doris Kininmott, directora técnica del centro, le encomendara algo mucho más ambicioso: experimentar en la congelación de órganos humanos con el objetivo de ser utilizados a largo plazo para trasplantes. A Clara Ulman le entusiasmó el proyecto y se implicó de pleno. Junto a un grupo de especialistas en la materia, recurrió a la técnica llamada de vitrificación. Consistía en enfriar tejidos complejos a temperatura lo suficientemente baja como para que se transformasen en una especie de cristal y así poder conservarlos mucho tiempo, incluso años. Lo que había frustrado el éxito de este procedimiento hasta la fecha era que se creaba hielo en la fase de descongelamiento y eso inutilizaba la operación. El salto cualitativo que dio el equipo de Ulman fue superar este obstáculo al dividir el proceso de

vitricación en varias etapas utilizando nanopartículas magnéticas en la solución crioprotectora. De esa forma, se creaba en la víscera un sistema que evitaba el inconveniente del hielo en el momento de la descongelación. Haber perfeccionado el método permitía que un corazón, un hígado o un riñón tuvieran mucha más vida útil una vez extraídos del donante. En consecuencia, los órganos podrían permanecer criogenizados en óptimas condiciones el tiempo necesario para encontrar pacientes receptores compatibles. Hasta entonces solo había un margen de uno o dos días para hacerlo, lo que obligaba en muchas ocasiones a desechar el órgano por inservible si se sobrepasaba ese corto espacio de tiempo.

La repercusión que dicho logro tuvo en la comunidad científica situó a Clara Ulman entre los investigadores más valorados de su campo. Eso revirtió en mejoras económicas que le permitieron dejar el pequeño cuchitril en el que vivía y trasladarse a un amplio y diáfano apartamento en una de las mejores zonas de la ciudad. También implicó que sus responsabilidades fueran incrementándose. Especialmente cuando el Palmer Manning dedicó una buena parte de sus fondos a la experimentación con bioimpresoras tridimensionales y decidió ponerla a ella a dirigir la iniciativa, lo que le hizo familiarizarse con esta innovadora técnica. La cuestión era que tenía que seguir controlando todo lo demás. Había llegado un punto en el que se encontraba desbordada. Tenía varios campos abiertos, sin embargo no contaba con el número de investigadores suficiente para cubrir todos los frentes. Y ella no podía abarcarlos completamente: necesitaría varias vidas para hacerlo. A veces se sentía tan impotente que tenía ganas de gritar. Era del todo consciente de que la excelencia no se consigue diversificándose sino centrando todas las energías en un punto. Lo ajustado del presupuesto la imposibilitaba delegar asuntos que ella consideraba secundarios, pero que, a la vez, no podía descuidar debido a la alta rentabilidad que daban al Palmer Manning. Lo que menos le gustaba era todo lo relacionado con la extracción de células madre del cordón umbilical y su posterior conservación. Algo que se había puesto de moda entre las familias adineradas para tratar posibles anomalías que pudieran padecer sus retoños en el futuro. Tampoco le apasionaba encargarse del área de fecundación asistida. Ser responsable de la congelación de los embriones que sobran a las parejas después de

someterse a un tratamiento de fecundación *in vitro* de cara a un posterior embarazo, era algo que ya había dejado de interesarle. Pero asumía que, gracias a los ingresos que todo ello generaba, la institución se podía permitir destinar fondos a investigaciones mucho más apasionantes, como la que aquel día había ido a presentar.

Eran más de las dos de la mañana. Se sorprendió a sí misma dando cabezadas delante de la pantalla del ordenador. Había llegado el momento de apagar el equipo. De repente notó un vacío en el estómago. Solo entonces reparó en que llevaba más de siete horas sin probar bocado. Lo último que había ingerido había sido un sándwich de jamón y queso acompañado de un café americano. Podría haber picado algo después de la ponencia, pero tenía el estómago demasiado cerrado como para deleitarse con los canapés ofrecidos por la organización a los asistentes. Barajó la posibilidad de pedir algo al servicio de habitaciones, pero lo descartó. Optó por matar el gusanillo con cualquier cosa del minibar. Una bolsa de cacahuets a la miel y un refresco de naranja le bastaron para calmar el apetito. Tras lavarse los dientes se metió en la gigantesca cama de dos metros de ancho. Conectó el televisor y se topó con un programa en el que un concursante de aspecto pueblerino describía las virtudes con las que tenía que estar dotada su ansiada media naranja. Programó el temporizador y apenas tardó unos minutos en quedarse profundamente dormida.

La cita con Ramón de Castro era a última hora de la mañana. Tuvo tiempo de desayunar con calma en la terraza de su habitación aprovechando esos rayos de sol que tanto echaba de menos. Incluso se sentía tan plena de energía después de haber dormido a pierna suelta, que subió al gimnasio del hotel para desentumecer un poco los músculos en la bicicleta elíptica. Al finalizar, regresó a su habitación, tomó una larga y voluptuosa ducha caliente y dedicó un buen rato a cepillarse el pelo y a maquillarse suavemente. Examinó el armario. Las opciones eran limitadas. Descolgó unos elegantes pantalones marrones de corte recto. Echó de menos la camisa color

melocotón que tan bien hubiera combinado con ellos y le pareció absurdo haber metido en la maleta un suéter verde que no casaba con nada de lo que llevaba... *¿Cómo puedo ser tan desastrosa...?* Por suerte, llevaba en el portatrajes una blusa color crema que siempre solía sacarla de apuros. Tal vez no se concentraba lo suficiente en la farragosa tarea de hacer bien el equipaje porque sabía, en el fondo, que pertenecía al selecto grupo de mujeres a las que, se pongan lo que se pongan, todo les sienta bien.

Mientras se abrochaba los botones decidió que iría caminando hasta la sede de Genotypsa. El edificio se encontraba a la distancia justa como para disfrutar de un agradable paseo así que desechó la idea de solicitar un taxi. Completó su indumentaria con una americana, se calzó unos cómodos zapatos planos, cogió el bolso y se dispuso a acudir puntual a la cita.

Se dirigía al despacho de uno de los hombres con más poder en el campo de la industria médica y farmacológica mundial con una excitante mezcla de desazón y de confianza en sí misma. Era evidente que Ramón de Castro, si tuviera voluntad para ello, podría serle de gran ayuda en la senda que se había trazado. Durante el trayecto, Clara se entretenía intentando visualizar cómo se desarrollaría la reunión. Imaginaba los diferentes derroteros por los que podría discurrir el encuentro con el presidente de la entidad. De ese modo, era difícil que un imprevisto pudiera descolocarla. Aunque no le cabía duda de que una dosis de improvisación era la sal que condimentaba la mayoría de las cosas de la vida, procuraba que se tratara solo de un aderezo, no de la base del plato.

El edificio estaba situado en el extremo de una de las principales arterias de la ciudad. Cincuenta metros antes de llegar pudo leer el nombre: GENOTYPSA. Las enormes letras de granito esculpidas junto al acceso daban la bienvenida al visitante. Tras atravesar un cuidado jardín, franqueó la entrada. Pasó sus enseres por el control de seguridad y procedió a registrarse.

—La doctora Ulman está aquí.

Mientras la recepcionista avisaba de su llegada, Clara observaba un bello mural abstracto en tonos azules que cubría la pared del fondo. La empleada le proporcionó una tarjeta.

—En el ascensor de la izquierda aproxime esto a la placa. La conducirá directamente al despacho del presidente. ¡Que tenga un buen día! —le deseó

la mujer con una sonrisa estandarizada que Clara supuso dedicaría a todas las visitas.

—Igualmente, gracias.

Nada más abrirse la puerta del ascensor en la última planta, se topó con una mujer pequeña y enjuta que se presentó como «la secretaria del señor De Castro».

—Acompáñeme, por favor, doctora Ulman.

Clara la siguió. La gruesa moqueta atenuaba el ruido de los pasos de ambas. La severidad de la asistente y el silencio sepulcral la pusieron un poco nerviosa. La mujer notificó la llegada de la investigadora mediante dos suaves golpes en la puerta.

—¡Adelante!

Antes de que la secretaria le facilitara el acceso, Ramón ya se había puesto en pie y se dirigía a recibir a su invitada. Jorge Aldrich, por su parte, permanecía sentado con los brazos apoyados sobre la mesa.

—¡Bienvenida, Clara! Rosalía, por favor, no me pase ninguna llamada —dijo De Castro a la empleada antes de cerrar la puerta. Seguidamente hizo un gesto con la mano para que la investigadora tomase asiento frente a Jorge.

Ella siguió las indicaciones y se acomodó en la silla de diseño que le había señalado. De Castro se situó entre ambos, a la cabecera de la mesa, de modo que Clara quedaba a su derecha y Jorge a su izquierda. Antes de sentarse se desabrochó el botón de la americana y estiró su corbata.

La luz natural, tamizada por unos delicados estores, entraba por las enormes cristalerías del fondo. El cielo, al que ese día no manchaba ninguna nube, brillaba con la arrogante claridad del día. La oficina de Ramón de Castro era minimalista. Con pocos elementos, pero cuidadosamente seleccionados. El revestimiento de madera de las paredes se mezclaba con muebles de acero y cristal combinando a la perfección lo clásico y lo vanguardista. Se podría decir que su despacho era igual a él: luminoso y con clase.

—Nuestro director general, el señor Aldrich, y yo estuvimos ayer hablando un buen rato de usted.

Ella respondió con un simpático gesto de sorpresa. Al ver que Ramón no continuaba, interrogó a Jorge con la mirada. Este, tras carraspear para

aclararse la voz, recogió el testigo:

—Somos conscientes de que lleva años asentada en Estados Unidos y que su trabajo es allí muy reconocido. Sin embargo, también sabemos por experiencia que los científicos de su nivel de vez en cuando necesitan un cambio de aires para afrontar nuevos retos. —Aldrich hizo una pequeña pausa. Cogió el dossier que estaba encima de la mesa redonda en torno a la cual se hallaban los tres y se lo entregó—. Llevamos algún tiempo pensando en ampliar nuestro campo de investigación en el área de los experimentos con células madre. Queremos ir más allá y ahondar en su especialidad: la bioimpresión. Nos preguntamos si estaría usted en disposición de contemplar lo que vamos a ofrecerle. Aquí se recogen básicamente todos los puntos. Consúltelo con detenimiento. Por supuesto, estamos abiertos a cualquier matización.

—En pocas palabras: nos gustaría «ficharla» para Genotypsa International. Si me permite el símil futbolístico... —concluyó Ramón a modo de resumen.

Clara no esperaba una propuesta tan contundente. Tal vez un encargo por tiempo limitado para asesorar a los científicos de la empresa y ponerlos al día en los últimos avances de medicina regenerativa. Pero no algo que, si lo aceptase, revolucionaría su vida en todos los aspectos. No se había planteado hasta ahora dejar el Palmer Manning, pero, de improviso, la idea de poder prescindir de asuntos rutinarios y concentrarse en lo que de verdad le interesaba le pareció digna de tener en cuenta. Además, su contrato con la entidad estaba a punto de finalizar y tendría que cuestionarse la renovación. Por tanto, era un buen momento para plantearse si continuaba en el organismo o si, por el contrario, contemplaba nuevas opciones. Valoraría pros y contras, pero, *a priori*, le pareció tentador lo que le estaban exponiendo.

—No tiene que contestar de inmediato, pero quisiéramos que lo sopesara —continuó Ramón, arrellanándose en la butaca—. Tómese su tiempo. Nuestra empresa ha tenido una evolución muy satisfactoria de resultados tanto clínicos como económicos y estaríamos dispuestos a considerar sus demandas. Por otro lado, tenemos a nuestros investigadores más brillantes en

las sedes de Basilea y de Toronto. Sería bueno para nosotros contar con alguien como usted aquí.

Se le veía orgulloso. Efectivamente, en pocos años Genotypsa había pasado de ser un pequeño laboratorio farmacéutico a una gran empresa puntera en el sector de las últimas tecnologías médicas. Estaba claro que lo que De Castro le sugería era que ella pusiera sus condiciones, aun sabiendo que ni iban a ser baratas ni carentes de requisitos. De repente, dio un giro a la conversación.

—Por cierto, Clara, creo que el arte es una de sus aficiones...

A ella le sorprendió el comentario.

—¿Dónde ha obtenido esa información? Lo digo porque no suelo dar públicamente detalles de mis gustos personales.

La forma en que Clara se revolvió en el asiento mostraba un punto de incomodidad con esa pequeña intrusión en su vida privada.

—Secreto profesional... —dijo Ramón, guiñándole un ojo—. Recuerdo que decía que le gustaba en especial la pintura americana de la primera mitad del siglo xx.

—¡Ah, la entrevista que me hicieron para *Vanity Fair*! —recordó con agrado—. Me refería a la obra de los integrantes de la Escuela Ashcan.

Nada más decirlo se sintió un poco pedante y notó un ligero calor en las mejillas.

—Bueno, quiero decir que en general me interesan las pinturas que reflejan momentos cotidianos de la vida urbana —puntualizó, esforzándose por dar a sus palabras un tono menos pretencioso.

—Entonces le encantará Edward Hopper —intervino Jorge.

—Sí, así es —afirmó ella.

—Como ve le seguimos los pasos... —aseguró Ramón, con teatralidad.

Clara sonrió. En el fondo, agradecía que se comentara algo más que los asuntos estrictamente profesionales. Estimaba que hablar de arte en ese contexto tan profesional distendía la situación.

—Años atrás dibujaba retratos —se sinceró—. Pero hace mucho tiempo que dejé de hacerlo... —dijo, sin disimular un punto de nostalgia.

—Estirar el tiempo es complicado cuando uno se dedica a actividades tan absorbentes como las nuestras —comentó Jorge.

—Algo así, en efecto... —dijo Clara, sin querer dar más explicaciones.

—La cuestión es que esta tarde Úrsula, la esposa de Jorge, presenta en su galería una colección de pintura y quizá le agradaría acompañarnos.

A Jorge Aldrich la invitación que Ramón hizo a la científica lo pilló desprevenido. Le disgustó que tomara una iniciativa que no le correspondía. A pesar de eso, lo único que delató su enojo fue la forma en que se le marcó la mandíbula al apretar fuertemente los dientes. Fue tan imperceptible que ni De Castro ni Clara lo notaron. No es que considerara una mala idea que la doctora Ulman acudiera a la inauguración. Al contrario: su conferencia había sido cubierta por la prensa nacional y, de cara a los medios, sería positiva su presencia, pues revertiría en publicidad para la pinacoteca de su mujer. Lo que le irritaba era que Ramón tomara decisiones sin consultarle. En especial, si se trataba de cuestiones que atañían a su propia vida. Sabía que lo hacía inocentemente, sin calibrar el alcance del hecho. Y eso era lo que más le crispaba, porque traslucía una intolerable falta de atención hacia su persona. Una humillante ausencia de consideración. Como si Ramón diera por supuesto que cualquier decisión que tomase, independientemente del tema al que se refiriera, tuviera que ser compartida por su socio. En cualquier caso, las buenas formas obligaron a Jorge a disimular su fastidio e insistir en la invitación.

—Sería un verdadero honor. A Usi le encantaría.

Mi otro yo

Neoexpresionismo en el siglo XXI era el título de la muestra que se exponía en la galería Baltar. Un gran paisaje horizontal, pintado con gruesos trazos en los que predominaban tonos ocres y violetas, ocupaba el gran escaparate de la entrada. La pinacoteca privada constaba de dos plantas unidas mediante una amplia escalera de caracol. La estudiada iluminación permitía al visitante hacerse una idea de las obras con una rápida panorámica visual para después detenerse en las que fueran más de su interés. Las paredes blancas y el suelo de mármol travertino servían para realzar los cuadros colgados y las esculturas estratégicamente distribuidas a lo largo de todo el espacio. Las estrellas de la exposición eran una docena de pinturas figurativas de diferentes tamaños realizadas con pinceladas aplicadas violentamente sobre la tela y con intensos contrastes cromáticos.

Clara había ido al segundo piso tras terminar de recorrer la planta baja. Se encontraba admirando un paisaje nocturno salpicado de edificios de formas extrañas que le imprimían cierto aire siniestro.

—¿Le gusta?

Una aterciopelada voz femenina le hizo volver la cabeza. Se trataba de una distinguida mujer, ya en la segunda mitad de la cincuentena, aunque, como la mayoría de las personas satisfechas con su vida, tenía una frescura que la hacía parecer una década más joven. Vestía un sobrio vestido de Armani que aderezaba con un fino colgante de plata y unos sencillos pendientes a juego. Sus modales, nada forzados, eran exquisitos. Se trataba de lo que cualquiera calificaría como una gran señora.

—Sí. Me recuerda a *El gabinete del doctor Caligari*. Aunque esta otra me parece especialmente interesante. —Clara señaló un cuadro de grandes dimensiones que representaba una figura crispada a la que unas manos tapaban la boca—. La fuerza de la imagen me hace pensar en la obra de Munch —comentó, ladeando un poco la cabeza.

La espigada Úrsula Baltar, encaramada sobre los altos tacones de sus sandalias, expresaba con el gesto su coincidencia con la opinión de Clara.

Ramón acababa de llegar. Al no distinguir a la anfitriona entre el centenar de personas que se encontraban en la planta baja optó por dirigirse al piso superior. La menor cantidad de público hizo que enseguida avistara al grupo compuesto por las dos mujeres.

—¡Vaya, veo que no es necesario que os presente! Úrsula es una *it* en la ciudad. Todo el mundo acude a sus convocatorias. Clara es...

—La doctora Ulman. La he reconocido enseguida —le interrumpió Úrsula—. Y acabo de comprobar que, además de diseñar hígados a medida, entiende de otras cosas.

Clara sonrió divertida.

—Perdona mi comentario, Clara. Te puedo tutear, ¿verdad? Eres de los pocos científicos que pueden tener una conversación que vaya más allá de lo que ellos acaban de publicar o de lo que han leído sobre lo que ellos acaban de publicar —comentó con ironía.

—Clara es perfecta.

Ramón se asombró de la seguridad con la que pronunció sus propias palabras. Aunque lo único que hizo fue verbalizar algo de lo que estaba plenamente convencido. Su mirada buscó la de Clara, que no pudo evitar ruborizarse. El silencio se hizo algo embarazoso hasta que Úrsula oportunamente lo rompió.

—¿Y mi querido esposo? —preguntó a Ramón.

—A punto de llegar. Estaba acabando una reunión con el equipo financiero. Ahí lo tienes —dijo, viendo a Jorge subir los últimos peldaños de la escalera.

Úrsula fue a su encuentro para recibirle y responder a la demanda de los fotógrafos que se encontraban cubriendo el evento. Mientras tanto, Ramón y Clara recorrían juntos la exposición. Los redondos ojos verdes de esta última

analizaban con detenimiento la variada colección que reflejaba el buen gusto de la propietaria de la galería. Por su parte, él prestaba más atención a las señales de aprobación de su acompañante que a las propias obras. Ella se detuvo ante un cuadro de pequeñas dimensiones. Se trataba de la fotografía coloreada de una mujer que se reflejaba desde diferentes ángulos en varios espejos. La sensación era la reproducción infinita de su imagen. El título de la obra: *Mi otro yo*.

—Qué curiosa. Es totalmente diferente al resto —dijo, entrecerrando los ojos para focalizar mejor.

—¿Qué la hace distinta? —preguntó con curiosidad Ramón.

—El estilo. No es tan agresiva como las demás.

—Parece que se espiara a sí misma. A mí me resulta de lo más inquietante... —comentó él, levantando las manos para acentuar su opinión.

—Eso la hace especialmente hermosa —aseguró ella.

Los camareros se aproximaban a los invitados con bandejas de selectos bocados y bebidas. Clara, ya mucho más relajada que el día anterior, eligió una copa de champán y un canapé de salmón ahumado. Una vez vistas las cuarenta y siete obras que componían la muestra, el presidente de Genotypsa ejerció de anfitrión. Introducía orgulloso a su invitada entre la élite de la ciudad. Ramón estaba como pez en el agua. Era consciente de su encanto y lo utilizaba. Conocía los resortes a utilizar para que una mujer se sintiera cómoda a su lado. Y era indudable que ella lo estaba.

Avanzaba la noche y los asistentes comenzaron a despedirse.

—¿A qué hora sale tu avión mañana?

—A las doce cincuenta —respondió Clara.

—Me encantaría llevarte personalmente al aeropuerto, pero tengo una reunión con el ministro de Sanidad y me va a ser imposible. Aunque me vas a permitir que te acerque ahora a tu hotel, ¿verdad?

—Será un placer.

Antes de salir, felicitaron a Úrsula Baltar por el éxito de la inauguración. Esta lucía radiante, satisfecha por la cantidad de periodistas y de invitados ilustres que habían acudido al acto. A continuación, se despidieron de Jorge quien, tras las palabras cordiales de rigor, no pudo reprimir las ganas de seguirlos con la mirada hasta que desaparecieron de su vista.

A la salida, el aparcacoches les esperaba con las llaves de un estiloso deportivo. El trayecto estuvo trufado de comentarios ocurrentes por parte de alguno de los dos que eran respondidos con ingenio por el otro. Nadie diría que se acababan de conocer. Parecían dos viejos amigos.

Cuando llegaron al hotel, Ramón tenía unas ganas locas de besarla. Si se hubiera tratado de cualquier otra mujer lo habría hecho. Pero Clara era todo menos cualquiera... Por eso, al llegar a la puerta de acceso para despedirla, simplemente agarró su mano con suavidad y le dijo:

—Buen viaje.

A la mañana siguiente, al abrir la puerta de su habitación, el camarero depositó sobre la mesa una bandeja con un completo desayuno, y un sobre cerrado. Clara esperó a que el mozo saliera para acomodarse tranquilamente y degustar sin prisas lo que había pedido. Extendió con parsimonia la servilleta sobre su regazo y dio un sorbo al zumo de naranja. Mientras masticaba un trozo de tostada abrió la carta. La sorpresa al toparse con lo que había en su interior le hizo arquear las cejas. Contenía el título de propiedad de *Mi otro* yo a nombre de Clara Ulman. Y una nota:

La obra tiene que quedarse en la galería mientras dure la exposición. Hay dos opciones: enviártela o que la recojas personalmente. Adivina cuál de ellas me gustaría...

Ramón

Alba

Clara no fue a buscar la obra. Tampoco Ramón se la envió: prefirió aprovechar un viaje a la sede de su empresa en Toronto para, a la vuelta, hacer escala en el aeropuerto internacional de Minneapolis-Saint Paul. De este modo, podría visitarla y entregárselo personalmente. En realidad, se trataba de un pretexto para verla. Habían hablado por teléfono en varias ocasiones desde entonces, y se habían intercambiado mensajes, sin embargo ella no acababa de decidirse a aceptar la oferta de formar parte de la plantilla de Genotypsa International.

Quedaron en que la recogería en la puerta del Palmer Manning Hospital al terminar su larga jornada laboral. Aquel 19 de junio la temperatura era agradable, aunque llovía. Aún no había anochecido. Ramón aguardaba en el asiento trasero del vehículo. A pesar de que había mucho movimiento en la entrada del sólido edificio de piedra y ladrillo, la distinguió justo cuando franqueó el gran portalón. Vestía una gabardina de tonos mostaza. Nada más salir se subió la capucha para resguardar su cabello de la lluvia. Aquella trinchera llamaba la atención entre las indumentarias, mayoritariamente de tonos grises, del resto de la gente. Pero no era el vistoso color de la prenda lo que hacía destacar a Clara entre el constante ir y venir de personas que entraban y salían del inmueble. Era la cadencia que imprimía a sus movimientos lo que la resaltaba entre los demás.

Ramón salió del coche, abrió el paraguas y fue en su dirección para protegerla del agua. Clara lo vio a lo lejos y le saludó con la mano. Él respondió con un gesto similar. En unos cuantos pasos se plantó a su lado. Se

dieron un caluroso apretón de manos y, sin perder tiempo, él la cogió suavemente del brazo y a paso ligero la condujo hasta el vehículo. Una vez dentro, De Castro hizo una indicación al chófer para que arrancara.

No se habían vuelto a ver desde la inauguración de la exposición en la galería Baltar. Eso hizo que el encuentro fuera un poco tenso al principio. Tras los *small talks* de rigor para rellenar los primeros minutos, Ramón rompió el hielo.

—Te gusta la cocina asiática, ¿verdad? —Clara afirmó con la cabeza—. Y el Mandalay especialmente —corroboró Ramón.

—Esta vez... ¿dónde lo has leído? —preguntó ella, sonriendo cómplice.

—En ningún sitio. Pura intuición.

Clara hizo un gesto de escepticismo con la mano.

—No hace falta ser adivino: el Mandalay es uno de los mejores restaurantes de la ciudad —comentó divertida.

La velada transcurrió de forma placentera. El Mandalay era un establecimiento coqueto y elegantemente iluminado. Aunque estaba lleno, las mesas se hallaban discretamente separadas unas de otras. De fondo, se escuchaba una sutil melodía oriental que contribuía a hacer aún más íntimo el ambiente.

A Clara le agradaba Ramón. Miraba sus manos finas y de dedos largos, masculinas y sin embargo gráciles y cuidadas. Aunque muy directo en las formas, todo en él resultaba refinado. Hablaba con ella con una mezcla de confianza y respeto que la encandilaba. Su hermosa cabeza de mandíbulas marcadas y el cabello cortado con estilo le recordaban a un actor alemán cuyo nombre había olvidado. Lo que le hacía diferente de los ejecutivos que conocía era su carencia de pedantería. Esa ausencia de adicción a sí mismo, tan frecuente en los altos directivos varones, llamaba poderosamente la atención de Clara. La vanidad, habitual en los hombres de su nivel, estaba tan lejos de su comportamiento que resultaba chocante. Su sencillez probablemente se debía a que no le era necesario demostrar lo importante que era: cualquiera que fuera alguien en el mundo de los negocios lo sabía.

Durante la cena hablaron de muchas cosas. Comentaron sus respectivas aficiones. Él se lamentó de no tener mucho tiempo para hacer submarinismo, práctica a la que se había aficionado de joven. Ella le hablaba de Magritte, de Sisley y de otros pintores que le gustaban. Cada uno ofrecía sus puntos de vista sobre distintos temas, que eran valorados con verdadero interés por el otro. Disfrutaban mutuamente contándose aventuras y chascarrillos de su día a día. Fue cuando llegaron los segundos platos cuando Ramón abordó el tema.

—¿Qué tengo que hacer para que te decidas? —preguntó.

Clara levantó las cejas, interrogante.

—¿Hay algo que te falte en las condiciones que te ofrecemos? —especificó.

—Al contrario —negó ella.

Ramón supuso entonces que su indecisión se debía al cambio radical de vida que le supondría aceptar el cargo.

—Te puedo asegurar que en Europa hay restaurantes tan buenos como este...

Clara sonrió sutilmente para después suspirar cambiando la dirección de la mirada.

—No es eso.

—¿Se trata de una cuestión económica?

—En absoluto. Me ofrecéis unas condiciones sustancialmente superiores a las que tengo ahora.

—Al final, voy a tener que cambiar de opinión y aceptar que no hay quien entienda a las mujeres... —bromeó Ramón.

—Verás... si dejo el Palmer Manning, quiero poder dedicarme a la bioimpresión —sentenció.

—Para eso te queremos. ¿Cuál es el problema entonces?

—Me pedís que sea la directora del departamento de medicina regenerativa, pero que también me encargue de todo lo referente a la unidad de criogenización.

—Pensé que tu trabajo en el campo de congelación de órganos complejos era algo que te atraía especialmente.

—Como tantas otras cosas... pero ha llegado un momento en el que quiero ser selectiva y dedicarme a una sola disciplina. —La sorpresa asomó al rostro de Ramón—. No me entiendas mal, no es que no me interese investigar otros campos —rectificó ella—. La cuestión es que me forzaría a abarcar demasiado, tal y como lo estoy haciendo en mi actual puesto. Es demasiada presión.

De Castro se tomó unos segundos para pensar. Quería rentabilizar el talento de Clara con otros cometidos, pero sabía que si no aceptaba la exclusividad que le proponía la perdería.

—Bien... Por mí no habría problema en que te centrases en la unidad 3D. Tu trabajo estaría dedicado de lleno a eso. Tendrías todo lo que necesitas y podrías trabajar sin trabas. Carta blanca. Pero necesitaríamos contar con tu nombre también como directora del otro departamento, aunque sea solo a efectos de prestigio para Genotypsa —dijo, utilizando un tono neutro, nada lisonjero—. Eres muy conocida también en esa vertiente y, si me permites la expresión, nos gustaría beneficiarnos de tu reputación en las técnicas de criogenización —confesó con franqueza—. Digamos que se trataría de algo más formal que otra cosa.

—¿Y eso cómo se hace? —preguntó ella con un atisbo de desconfianza.

—El único esfuerzo que te pido al respecto es que elijas a alguien que consideres adecuado para realizar y coordinar el trabajo de campo. A partir de ahí, tu labor sería únicamente de supervisión.

Después de valorar el grado de interés que demostraba De Castro, Clara consideró la oferta más que tentadora. La persuasión ejercida por el presidente de la multinacional hacía que sus dudas se fueran disipando y que la balanza, al fin, se inclinase hacia uno de los lados.

—De acuerdo. Si es así, acepto —dijo, convencida.

Ramón desplegó la mejor de sus sonrisas y le tendió la mano para sellar el acuerdo. Ella se la estrechó con firmeza.

De Castro llamó al camarero y le pidió una botella de champán.

—La ocasión lo merece, ¿no crees?

Clara asintió con la cabeza y después se retiró el pelo de la nuca en un atractivo gesto. En las distancias cortas su encanto se acentuaba con un cierto aire adolescente que chocaba con la gravedad de su carácter.

No siguieron hablando de su acuerdo profesional. Durante el resto de la velada contrastaron opiniones sobre diferentes materias. De Castro le contó anécdotas curiosas que le habían ocurrido mientras practicaba el submarinismo, ilustrándolas con muecas que más de una vez provocaron las carcajadas de Clara. No obstante, ninguno de los dos abordó el terreno estrictamente personal del otro. Fue al final de la comida cuando él se interesó por el motivo de que Clara eligiera el camino de la ciencia.

—Mi hermana.

Fue su escueta respuesta. De Castro fijó la mirada en ella intrigado.

—Alba murió de una miocardiopatía congénita a los diecisiete años. Yo tenía doce y lo era todo para mí.

No pudo evitar que sus ojos se humedecieran. A él le pareció distinguir en su rostro un atisbo de rabia. A pesar de que habían transcurrido veintidós años desde entonces, era patente que aquel suceso marcó un antes y un después en su vida.

—Permaneció once meses y nueve días en lista de espera. Nunca llegó un corazón compatible. Ya sabes... la escasez de órganos y la dificultad de encontrar uno que su cuerpo admitiera sin rechazo. Vamos, lo de siempre. Yo, durante todo ese tiempo, no podía entender por qué, si se habían construido naves que viajaban al espacio, no se podía *fabricar* algo tan sencillo como un corazón para mi hermana. Ya ves cómo es la lógica de una cría...

Esbozó un gesto que pretendía ser alegre. Intentó seguir hablando, pero la emoción se lo impedía. Él recogió el testigo.

—Y entonces te convertiste en *fabricante* de corazones —dijo de forma distendida para aligerar la situación.

La entonación y las palabras consiguieron provocar en ella una sonrisa sincera.

De Castro se percató enseguida de que a Clara le incomodaba revelar cuestiones que consideraba privadas. Él lo achacó a la falta de confianza. Pero lo cierto era que el singular mundo interior de Clara Ulman se desarrollaba mejor en soledad y, en lo recóndito de su ser, sabía que esa soledad era el precio a pagar por su libertad. Por eso, indefectiblemente, establecía una barrera que impedía traspasar el límite marcado a las personas

que la rodeaban con independencia del grado de familiaridad que se hubiera ya consolidado. De ese modo, nunca llegaba a forjar relaciones sólidas de verdad, ya fuera en el terreno sentimental o en el puramente amistoso.

A Clara le horrorizaba provocar lástima. Para evitar la compasión de Ramón, eludió mencionar la trágica muerte de su madre: la dosis de Alba era más que suficiente, al menos de momento. Sin embargo, el clima creado esa noche entre los dos era tan propicio que amplió su confesión.

—No solo ella... Las cardiopatías son recurrentes en las mujeres de mi familia paterna: mi tía y mi abuela fallecieron prematuramente a causa de trastornos relacionados con el corazón.

Ramón la escuchaba con una implicación que parecía del todo sincera. Clara sopesó si debía seguir hablando del asunto. Hasta que se decidió.

—Yo misma... de niña... padecía arritmias frecuentes. Soporté muchas pruebas...

—Y ahora, ¿qué tal estás? —se interesó Ramón.

—Bien, afortunadamente. Pero cada año he de someterme a revisiones. Tengo una espada de Damocles sobre mi cabeza con la que me he acostumbrado a convivir.

De repente, notó una desagradable punzada en el estómago. Como siempre que sacaba el tema. Por eso no le gustaba verbalizarlo. Más que llevarlo en secreto era una forma de higiene mental que le hacía contemplar su problema con distancia. Como si afectara a una tercera persona y no a ella misma. Lo cual no impedía que cuando hablaba sobre ello, como ahora sincerándose con Ramón, la invadiera un vértigo similar al de caminar por la cuerda floja. En esos momentos le aliviaba saber que estaba tejiendo una red, la malla que le permitiría vivir tranquila. Eso la sosegaba: hacía que no tuviera que preocuparse ni de su futuro... ni de su propia muerte. Pero esto último se lo guardó para ella...

Ramón tenía los brazos cruzados sobre la mesa. La inclinación de su torso hacia delante y su rictus serio obligaron a Clara a relativizar la situación.

—¡No importa! Si falla, me hago uno a medida y ¡listo! —frivolizó.

A continuación, levantó su copa y propuso un brindis.

—Por los corazones —dijo.

—Y por lo que hay dentro de algunos —remarcó él.

Había dejado de llover. Al verles salir del Mandalay, el chófer acudió presto a abrir la portezuela trasera.

—Hace una noche muy agradable. Preferiría ir dando un paseo hasta mi casa —comentó Clara.

A Ramón no le hizo falta preguntar si podía acompañarla. Estaba más que acostumbrado a detectar si una mujer se encontraba a gusto a su lado o si, por el contrario, había llegado la hora de retirarse prudentemente. Dio instrucciones al conductor para que lo esperara en la dirección que le proporcionó ella. Tras caminar veinte minutos en los que Clara ejerció de cicerone mostrándole los lugares de interés por los que pasaban, llegaron al edificio de treinta plantas en el que residía. Él se dispuso a despedirse.

—Le diré al conductor que te suba el cuadro.

—Espera...

Clara clavó en él sus llamativos ojos verdes de un modo impertinente pero extrañamente tímido. Los movía de forma acompasada fijando la mirada primero en el ojo izquierdo de Ramón y después en el derecho. Él sintió aquello como una manera de querer penetrar en su interior. Al percibir ella que él correspondía a las señales que le estaba emitiendo, en sus labios se dibujó una media sonrisa cargada de significado.

—¿Por qué no me lo subes tú?

Puede que Ramón experimentara alguna vez un cosquilleo en la columna vertebral similar al que sintió en ese momento. Puede que en alguna ocasión el corazón le latiera de esa forma. Puede que existieran otras mujeres. Puede que antes se hubiera enamorado. Pero si fue así, ya no lo recordaba...

La decisión

Doris Kininmott rondaba los sesenta años. Lucía una cuidada y abundante media melena gris que, a no ser por el color, se diría que perteneciera a una mujer mucho más joven. Era pequeña. Solía caminar muy rápido, como si tuviera prisa. Eso hacía que su figura, con su sempiterna bata blanca, siguiera dando la misma impresión de ligereza pese a que últimamente había ganado más kilos de lo conveniente para su salud. Tenía ese aspecto que hace que uno se sienta protegido en su regazo y se pueda despreocupar de cualquier amenaza externa. Transmitía sosiego. Como el que debería proporcionar una madre.

Al menos eso pensó Clara cuando la conoció. Tal vez porque María, su progenitora, solo le ofreció esa sensación de confort durante los primeros años de su niñez. Luego, poco a poco, la tibieza fue enfriando su corazón hasta que lo dejó congelado. De todos modos, nunca la culpabilizó por ello. Tras declararse la enfermedad de Alba, María se transformó. Era plenamente consciente de que la vida de su hija mayor tenía fecha de caducidad y se volcó de lleno en ella. No podría decirse que se desentendiera de Clara, pero las caricias, las miradas, las palabras de cariño, el arroparla en la cama por la noche y todos esos mimos que acunaron la más tierna infancia de la pequeña, se fueron haciendo más y más escasos. Como consecuencia de ello, la dulce sensación de protección que había acompañado a la menor de las niñas se fue esfumando hasta desaparecer. Era como si la madre tuviera que racionar las pocas energías que le quedaban para dedicarlas a quien más lo necesitaba en perjuicio de la que consideraba más fuerte.

Con el fallecimiento de la primogénita, la vida también desapareció del seno de la familia Ulman. Lejos de acercarla a la única hija que le quedaba, la madre se sumergió en un pozo de tristeza del que solo los ansiolíticos la rescataban. Félix, el padre y marido, no pudo con la agonía que inundó la casa familiar y se marchó en busca de oxígeno con el que respirar. Un antes y un después. Marcado brutalmente.

A partir del nefasto día de la muerte de Alba, María empezó a no poder soportar la luz. Necesitaba la oscuridad para calmar el dolor de cabeza, pero sobre todo el dolor de alma. Esa penumbra de persianas bajadas y de cortinas corridas de la mañana a la noche invadió el interior de Clara. La oscuridad convirtió el rostro de María en algo borroso, como difuminado con una brocha empapada en pintura. A partir de entonces, cuando pensaba en ella, el cerebro de Clara se atoraba y no podía generar ninguna cadena de pensamiento. Era como si su mente se atascara y tuviese que eliminar la imagen diluida de su madre para volver a discurrir con claridad. Ello provocó que poco a poco esa presencia, tan poderosa en su primera infancia, fuera pasando a la trastienda de su memoria para quedarse allí definitivamente junto a cualquiera de las personas que rozaron su trayectoria de soslayo.

Por el contrario, el dormitorio de Alba permanecía en su recuerdo con nitidez, como justo antes de la última visita al hospital: con los libros y carpetas encima de la mesa y sus pantalones rojos colgados sin cuidado en el respaldo de su butaca, con una de las perneras dobladas. Bajo la mesa, sus zapatillas de deporte, una de ellas con la suela boca arriba (como si se las hubiera quitado apresuradamente sin preocuparse de colocarlas), esperándola. Todo allí la siguió esperando.

Clara se movía a la deriva por aquella casa tan grande. Perdida entre los rincones. Agazapada en medio del silencio. Pasando tan inadvertida como un espectro. Escabulléndose con frecuencia para no tener que hablar con nadie y así no resquebrajar ese ambiente de respeto hacia la ausente. Viviendo la mayor parte del tiempo sumida en sus pensamientos y alejada del contacto humano. Así, entre las tinieblas y el silencio, Clara fue creciendo.

Después llegó el suicidio. María se había tragado tantas lágrimas que se le ahogó el corazón. Pero no fue la desaparición de su madre lo que hizo que Clara se transformara de golpe en adulta: al fin y al cabo, María ya había

muerto con Alba. Fueron las sombras las que convirtieron a Clara en una mujer.

Aquel día, paseando junto a su colaboradora por los jardines del complejo hospitalario, la doctora Kininmott había perdido su característica agilidad. Su andar se volvió pesado. No podía disimular su decepción. La científica que se había convertido en un pilar fundamental del Palmer Manning Hospital le acababa de comunicar que dejaba la institución. Aun así, lo comprendía. Pocas veces una empresa de la categoría de Genotypsa International ofrecía a un investigador condiciones tan hechas a medida.

—Es una oportunidad única, Doris. Podré concentrarme en seguir experimentando con las 3D y...

—No justifiques tu ambición —la interrumpió tajante—. Y tampoco te excuses por que soliciten tu talento. Solo sé consciente de que tienes la responsabilidad de utilizarlo de la forma correcta.

Clara asintió, orgullosa de ella misma y de su maestra.

—Aquí todo va a seguir adelante. El doctor Forest podrá llevar el timón sin ningún problema —aseguró Ulman con convicción. Kininmott mostró un gesto de duda. Clara se percató—. ¿Temes que no vaya a tener tiempo suficiente para ponerle al día? —Al no recibir respuesta se colocó frente a ella. La diferencia de estatura entre ambas obligó a Doris a alzar la cabeza para mirar a su pupila—. Pasarán varios meses hasta que me incorpore. Me encargaré de lo que haga falta. Te aseguro que no voy a dejar nada colgado. —Kininmott volvió a mirar hacia abajo, pensativa. Clara le levantó cariñosamente la barbilla para ofrecerle la confianza que necesitaba—: No me iré hasta que todo funcione a la perfección. Enseguida te acostumbrarás. Estoy segura.

La expresión de Kininmott adquirió cierto cinismo.

—Sabes que no me preocupa que Forest dirija el equipo de criopreservación y que te sustituya en el apartado del diseño de órganos. Lo que me inquieta es que no pueda encargarse de la siguiente fase... Y aunque estuviera capacitado, que seguro lo está, no me atrevería a encomendarle algo así...

Era lo que Ulman temía escuchar. Sabía que ella era difícilmente reemplazable, por no decir imposible, en el experimento al que Doris se refería. Un silencio incómodo se produjo entre ambas. Ahora era Clara quien fijaba la vista en el suelo. Eso no le impedía notar la mirada de su preceptora clavada en su rostro, esperando una respuesta que quizá le ofreciese una solución. Al ver que no llegaba, Kininmott decidió continuar:

—Ponte en mi lugar... No puedo fiarme de él. Bueno, ni de él, ni de ninguno de los investigadores del Palmer.

—Entiendo... —asumió Clara.

—Sería demasiado imprudente. No nos podemos permitir que una indiscreción dé al traste con algo que ha costado tanto y que ya estamos tocando con la punta de los dedos. Ten en cuenta que, una vez dado el paso, no hay marcha atrás. Y las responsabilidades pueden ser muchas y graves... —comentó Doris.

—Ya... Pero no veo el problema. El proceso está lo suficientemente avanzado para que puedas ocuparte de ello sola: tú seguirás desarrollándolo en el Palmer y yo en Genotypsa. Creo que incluso vamos a avanzar mucho más rápido.

—¿Más rápido? —preguntó Kininmott con escepticismo.

—Allí podré actuar con más libertad. Me he asegurado de poner las condiciones necesarias que me facultarán para actuar con una autonomía mayor que la que tenemos aquí. No habrá que dar demasiadas explicaciones y tendré todos los medios a mi alcance. Estoy un poco harta del control al que se nos somete en el Palmer. Cuando damos un paso hacia delante, siempre hay algo que nos hace retroceder casi tanto como lo avanzado.

Doris aspiró profundamente. Hizo amago de contestar, pero optó por callarse. Su expresión era taciturna. Clara la cogió con afecto por el hombro y volvieron a caminar.

—Vamos, Doris, no dramaticemos. Cualquiera diría que estamos en diferentes planetas. O en el siglo XIX... Vamos a seguir en estrecho contacto.

—*Ok, my dear*. Pero vas a prometerme algo —ordenó con autoridad.

Clara entró en el juego levantando los brazos, como si el dedo con el que le apuntaba su maestra fuera una pistola imaginaria.

—Lo que me pidas.

En su entrega se traslucía un sincero agradecimiento.

—Que recurrirás a mí siempre que lo necesites —remató Doris.

En el rostro de Clara se adivinaba el aprecio que sentía hacia la mujer que había depositado toda su esperanza en ella. No solo eso. La había conducido por un camino por el que nadie hasta ahora había osado transitar. Un puente que atravesaría el abismo para transportarla al infinito y le permitiría cambiar el mundo.

—Prometido.

Sin límites

Uno de los requisitos que puso la doctora Ulman para formar parte de la plantilla de Genotypsa fue disponer de un laboratorio de considerables dimensiones donde habría un espacio privado para su uso exclusivo. Allí se instalarían los aparatos de última generación que le permitirían realizar su trabajo con, al menos, la misma eficacia que en el Palmer Manning Hospital. El objetivo era dedicar ese lugar a todo lo relacionado con la innovadora técnica en la que se había especializado. Ello implicaba una importante remodelación de una parte del edificio con el considerable gasto económico que suponía. Se trataba de toda una revolución que Ramón de Castro encomendó a Stéphane Gayet, ingeniero especializado en infraestructuras para investigación médica. De Castro estaba seguro de que era el profesional idóneo para llevar a cabo con éxito su flamante proyecto.

A Clara le hubiera gustado desplazarse a Genotypsa para ultimar detalles y tratar sobre el terreno su incorporación al próximo destino, pero no quería dejar sola a Doris. Había muchas cuestiones que rematar antes de dejar vacante su puesto y el viaje era muy largo. Entre unas cosas y otras habría tenido que estar ausente más tiempo del que hubiera sido prudente. Por fortuna, los asuntos pendientes iban progresando de forma inmejorable. Se sentía especialmente satisfecha de la evolución de los dos pacientes trasplantados. En ocho meses tanto el hígado como el corazón creados con la impresora 3D no habían ocasionado problema alguno. Eso requería que, además de desarrollar su rutina habitual, tuviera que ofrecer conferencias y

aceptar entrevistas con las que poner al corriente a la comunidad científica y a los medios de comunicación de tan reseñable acontecimiento.

Ramón siempre encontraba alguna excusa para visitarla. Clara, por su parte, se sentía a gusto con él: era un hombre cariñoso, pero nunca la agobiaba. Esos encuentros cada vez más frecuentes hicieron que aquel primer acercamiento íntimo tras la cena en el Mandalay no se quedase en algo puntual: se convirtió en el principio de una relación sentimental en la que la pasión, la comunicación y el confort se fundían en la justa proporción.

Las jornadas eran agotadoras. Casi cada día durante los meses previos a su incorporación, al llegar a su piso después del trabajo Clara se conectaba por FaceTime con el ingeniero Gayet. El objetivo era resolver cuestiones y aclarar las dudas que pudieran surgir. Estar ausente de Genotypsa le obligaba a ello. No le importaba. Tenía el convencimiento de que su presencia en el que sería su nuevo destino no habría cambiado gran cosa, y, sin embargo, le hubiera acarreado desgaste y pérdida de tiempo.

Clara se sentó en la butaca frente al ordenador. Le dolía el cuello. Probablemente debido a una pequeña contractura en la zona cervical. Problemas posturales... gajes del oficio. Conectó la computadora. Después de cargar los programas y entrar en la aplicación, enseguida apareció la imagen del ingeniero, con su melena descuidada y sus enormes gafas de pasta. Cada vez que le veía, a Clara se le antojaba que tenía más aspecto de *hacker* informático que de cualquier otra cosa.

—Esta mañana ha llegado el modelo que nos pidió, *madame* —dijo Gayet con su inconfundible acento francés.

—¿Cuál de ellos?

—La 3D con capacidad de utilizar datos tomográficos del paciente —afirmó satisfecho.

—¡Estupendo! Ese aparato tiene unas características excepcionales.

—*Bien sûr!* Fabrica una fuerte estructura externa temporal, lo que evita que se produzcan daños en las células durante el proceso de impresión —corroboró el ingeniero.

—Le sacaremos mucho partido.

—¡Estoy seguro! —afirmó Gayet con entusiasmo.

—¿Y los dos biorreactores Alfa?

—¡Ah, *madame!* Esas van a ser nuestras estrellas. Genotypsa se va a convertir en uno de los pocos laboratorios que estará dotado con estas auténticas joyas. El más sencillo ya lo tenemos, pero el Premium todavía no ha llegado. Lo esperaba la semana pasada. Supongo que en unos días...

—¿Supone? —preguntó Clara con una cierta alarma.

—La cuestión es que se trata de la última generación de estas máquinas. Más bien podríamos considerarlos como prototipos y de momento solo se fabrican por encargo. Eso ralentiza las cosas.

—Espero que no haya ningún problema... Es fundamental para lo que pretendemos. Fomenta con gran efectividad la creación de vasos sanguíneos y tiene una capacidad excepcional para transportar nutrientes y oxígeno a los tejidos. No pienso conformarme con un biorreactor estándar —aseguró taxativa.

—No se alarme, por favor. Se está haciendo de rogar, pero lo tendremos, no se preocupe —dijo, pronunciando con dificultad las erres.

—¿Alguna cosa más que quiera comentarme, Stéphane?

—Creo que no. Cuando llegue el Alfa Premium estará prácticamente todo. Con el equipo que disponemos podrá experimentar sin límites —comentó eufórico.

—Potencialmente... —matizó Clara con reservas.

—*Oui!* No era mi intención que se sintiera presionada. Solo quería comunicarle que la manera en que hemos distribuido el espacio y la adquisición de estas máquinas le posibilitarán a usted trabajar de forma muy eficiente.

La peculiar entonación que el francés daba a las frases le recordaba al inspector Clouseau, de *La Pantera Rosa*.

—*Merci, Stéphane. Bonne soirée!*

—*Au revoir, madame.*

La imagen del ingeniero desapareció de la pantalla. Clara buscó en iTunes su lista de música francesa preferida y la dejó sonando por los altavoces del salón. Se dirigió a la cocina. Tenía hambre. Miró el reloj del horno: casi las diez de la noche. Abrió el frigorífico. Sacó una botella de vino

blanco ya empezada y los ingredientes necesarios para prepararse una tortilla de atún. Se sirvió una copa a la que fue dando pequeños sorbos mientras preparaba la cena. Mientras lo hacía, dos palabras daban vueltas en su cabeza: «Sin límites»...

Un paso más allá

Los operarios, vestidos de blanco impoluto, remataban la reforma de la séptima planta del edificio de Genotypsa. Olía a pintura y a desinfectante. Las grandes cristaleras eran tintadas para que el sol no dañara los caros artilugios. La climatización estaba diseñada para mantener unas condiciones de temperatura y humedad ambiental estables, y las computadoras se encontraban protegidas de campos magnéticos provenientes de algunos de los dispositivos. Las dependencias estaban insonorizadas. Era todo tan aséptico que parecía el decorado de una película de ciencia ficción. El pálido color de las paredes y los sofisticados equipos contribuían al efecto. La sensación, a medida que se avanzaba a través de la alargada estancia, era la de estar en el interior de una nave espacial en lugar de en un laboratorio. Nadie hubiera dicho que el tráfico habitual y la vida urbana discurrían en el exterior de forma tan cotidiana como siempre.

—Absolutamente todo lo que ven está protegido para que ningún imprevisto le afecte. La alimentación de todos los aparatos está garantizada por diversos mecanismos. De ese modo, tenemos la seguridad de que la corriente eléctrica que los hace funcionar nunca se interrumpirá. Pase lo que pase.

Después de mostrarle las instalaciones generales, Stéphane Gayet condujo a Ramón de Castro y a Jorge Aldrich al vestíbulo que llevaba al ala derecha de la planta. Los tres llevaban bata blanca, calzas de plástico y guantes de látex. Antes de entrar en el siguiente departamento, Gayet, al estilo de los guías turísticos, prefirió hacer una introducción.

—La sección que van a visitar ahora será el lugar de trabajo de *madame* Ulman. Como seguidamente podrán apreciar, está estructurado en dos dependencias: el estudio y el laboratorio. Este último, a pesar de no contar con un gran tamaño, lo hemos preparado para albergar las últimas tecnologías destinadas a la ingeniería de tejidos.

Cedió el paso a sus dos jefes para que examinaran el interior. Tras atravesar un mínimo recibidor se toparon con una antesala dispuesta como estudio. La luz natural penetraba con suavidad en la pequeña estancia a través de una ventana de cristales tintados que daba al jardín. Nada más entrar, en la zona de la izquierda, se divisaba una encimera en la que se había instalado un pequeño fregadero y un microondas. Debajo, un frigorífico de reducidas dimensiones. Dos estanterías ocupaban la pared de un extremo a otro. También en este lado de la habitación, una mesa de escritorio y una butaca. En la parte de la derecha, justo enfrente, un armario ropero, un sofá convertible en cama y, delante de este, una mesa auxiliar. Por último, la entrada a un aseo dotado de inodoro, lavabo y ducha.

—La doctora piensa pasar muchas horas recluida aquí dentro, por tanto, hemos habilitado este cuarto para que se sienta lo más cómoda posible.

La habitación comunicaba al fondo con el laboratorio privado mediante una puerta, que diferenciaba claramente ambos ambientes. Jorge apenas prestó atención a la zona de descanso y pasó directamente al laboratorio. El interior de la zona de experimentación constaba de dos salas separadas entre sí. Curioseó en silencio las complejas máquinas de la primera pieza y enseguida se introdujo en la segunda.

—Me lo parece a mí, ¿o estoy viendo aparatos semejantes a los que hay en el sector compartido? —preguntó.

—Solo algunos. Estos dos únicamente estarán a disposición de la doctora —dijo Gayet, señalando el gran biorreactor y la impresora 3D capaz de leer datos tomográficos.

—Si hay varios biorreactores en el laboratorio general, ¿qué sentido tiene este? —quiso saber Jorge en referencia al gran cilindro.

—Que es un Alfa Premium. Los que hay en la otra ala de la planta son estándar. Es cierto que también hay otro Alfa, pero mucho más pequeño que el que la doctora ha querido que instalásemos aquí, *monsieur* Aldrich.

—Un biorreactor es un biorreactor. Hace crecer tejidos en operaciones de cultivo celular y mantiene las condiciones ambientales propicias para que los organismos se desarrollen en óptimas condiciones. Punto —resumió pragmático y con cierta dosis de irritación.

—*Oui, c'est vrai, mais...* la cuestión es que los Alfa, especialmente un Premium como este —dijo, señalando el gran cilindro—, van más allá. Este prototipo realiza todo eso con una efectividad y rapidez mucho mayor, además de estar dotado de multitud de prestaciones que facilita al máximo cualquier operación que se realice en el mismo.

—¿Por ejemplo? —le retó Aldrich.

—La capacidad que tiene para fomentar la formación de vasos sanguíneos es excepcional. Si me lo permite, es como comparar un utilitario con un vehículo de Fórmula 1.

—Ya... Pero, con sinceridad, ¿era realmente necesario? —cuestionó Jorge, sin dejarse convencer.

—La doctora me comentó que es una herramienta imprescindible para su trabajo...

El ingeniero dijo esta última frase mirando a De Castro para solicitar tácitamente su auxilio. Este se dio por aludido.

—Una de las condiciones que aceptamos fue que dispondría de un lugar para su uso exclusivo dotado del equipamiento que solicitase, ¿no lo recuerdas? —aclaró Ramón a su socio.

Tras la intervención de De Castro y en vista de que Jorge prefirió no contestar, Gayet continuó su labor de cicerone mostrando el resto de las máquinas.

—Aquí está la sección de vitrificación —explicó, señalando el rincón derecho de la estancia.

Aldrich, ignorando al ingeniero, se dirigió a Ramón:

—Si mal no recuerdo habíamos quedado en que se centraría en la impresión tridimensional, delegando lo relacionado con la criogenización, ¿no?

—En efecto, pero necesitará recurrir a estos aparatos para sus experimentos, ya que puntualmente los requerirá para congelar tejidos —puntualizó el presidente de Genotypsa.

Jorge, tras resoplar indicando que ya había visto suficiente, volvió sobre sus pasos. Estaba a punto de abandonar el laboratorio privado cuando reparó en que, en la primera de las salas, había un incinerador de residuos.

—¿Y esto? ¿Tampoco basta con el que tenemos en el tercer sótano? —preguntó con retintín al especialista.

Gayet pacientemente respondió:

—El objetivo es centralizar sus equipos y agilizar al máximo los procesos. Hemos tenido presente en todo momento la optimización de recursos. El propósito es que la doctora no tenga que desplazarse para ejecutar las diferentes etapas de sus ensayos. En unos cuantos pasos ella podrá tener todo lo que necesite bajo control. *Voilà*.

Aldrich no hizo comentario alguno al respecto, pero en su rostro se adivinaba preocupación. El francés continuó especificando pormenores y respondiendo a las dudas de los directivos hasta que dieron por finalizada la visita. Gayet cerró cuidadosamente las puertas y se encaminaron de nuevo al laboratorio general. Tras despedirse de los operarios, De Castro y Aldrich fueron a la zona de vestuarios. Se sentaron en uno de los bancos y procedieron a despojarse de las prendas esterilizadas.

—Gayet ha hecho un gran trabajo. Rápido y eficaz. Controlando hasta el más mínimo de los detalles —afirmó De Castro, satisfecho.

Jorge permanecía impertérrito

—¿Algún problema? —se interesó Ramón.

—Pues sí, la verdad. La inversión se nos está yendo de las manos. Como las cosas no vayan como esperamos, los accionistas se nos van a echar encima. Estamos en el punto de mira de toda la comunidad científica —respondió Aldrich mientras arrojaba a la papelera las prendas esterilizadas.

—Efectivamente. Y eso nos obliga a hacer un esfuerzo extra. No quisiera que por escatimar unas decenas de miles de euros se nos vaya todo al garete.

Jorge seguía sin estar convencido.

—La cuestión es la siguiente: ¿todo ese despliegue de material es realmente necesario o se trata de un mero despilfarro?

Ramón, sin abandonar su parsimonia habitual, se mostró razonable pero insistente.

—Nuestra empresa se ha convertido en lo que es gracias a que siempre hemos ido más allá que los demás. Lo sabes muy bien. Si todo sale como esperamos, los accionistas se nos van a echar encima, sí..., pero para agradecernos haberlos hecho millonarios.

De Castro, sonriente y sin contagiarse de la inquietud de su amigo, le dio una palmada tranquilizadora en la espalda. Jorge se encogió de hombros. Sabía que cuando su socio tomaba una decisión en firme no había quien lo parase. A Ramón el riesgo le excitaba. Era una droga que necesitaba en todos los aspectos de su vida y alimentaba la esencia de su personalidad. El peligro que ello conllevaba se compensaba con una visión que le hacía contemplar los acontecimientos desde una perspectiva más amplia que los demás. Esa certera combinación de valor y visión para valorar las circunstancias hacía que las personas que le rodeaban depositaran su confianza en él. Precisamente ese era el secreto de su éxito. Aun así, esa seguridad que irradiaba no logró transmitírsela a Jorge, que reemprendió sus obligaciones con la desazón de estar jugando con fuego.

Sola

Ya instalada en su nuevo destino, Clara comprobaba la ubicación de *Mi otro yo* en el lado derecho de su nuevo despacho, justo sobre el sofá. Quería esmerarse en hacer lo más confortable posible esa antesala construida junto a su laboratorio privado. Para ello, además del regalo de Ramón, distribuyó a lo largo de las paredes sus títulos profesionales y algunas fotos personales: varias instantáneas junto a compañeros de universidad, una recogiendo el premio a la mejor científica joven del año, y otra al lado de Doris Kininmott, ambas rodeadas de microscopios y tubos de ensayo. Encima de la mesa de escritorio: el equipo informático de última generación, una fotografía con Ramón tomada en Mineápolis bellamente enmarcada y un ramo de tulipanes blancos. Diversos archivadores distribuidos en las estanterías junto a libros especializados remataban la «decoración» de lo que iba a ser su segunda casa, dado que allí permanecería la mayor parte de los días bastantes más horas de lo razonable. En realidad, había reproducido en Genotypsa algo similar al estudio que tenía en el Palmer Manning.

Se encontraba en plena forma. Le causó una magnífica impresión comprobar el primer día que llegó para incorporarse a su puesto que todo estaba tal y como lo encargó. La comunicación vía internet con Stéphane Gayet había discurrido perfectamente. Le satisfacía corroborar que si Genotypsa era una de las empresas más importantes en alta tecnología médica era, entre otros factores, por la competencia de su personal. Tenía la impresión de que iba a ser feliz durante este nuevo ciclo. Esperaba ir

adaptándose con naturalidad a su recién inaugurada vida para seguir avanzando en su objetivo.

—¿Se puede?

La puerta estaba abierta. Aun así, Ramón golpeó suavemente la superficie de la misma antes de pasar. Clara fue a su encuentro para besarle en los labios.

—¡Gracias! —dijo, abrazándole.

—¿Por qué? —Ramón se hizo el despistado.

Ella señaló con la cabeza el jarrón que contenía las flores.

—Me apetecía darte los buenos días —aclaró él.

—Bueno, los tulipanes son preciosos, pero no me ponen tan de buen humor como tú lo has hecho esta mañana... —dijo con intención.

Él sonrió, halagado.

—Seguro que también te puedo alegrar la noche...

—Me encantaría, pero hoy terminaré muy tarde.

—¡Tú te lo pierdes!

Le guiñó un ojo y le acarició cariñosamente la cara antes de salir del despacho.

A pesar de que Ramón le había propuesto vivir juntos, Clara prefirió, al menos durante un tiempo, disponer de un espacio independiente. Nunca había vivido con una pareja y ya eran demasiados los cambios a los que tendría que acostumbrarse de ahora en adelante. Era necesario para su estado anímico conservar mentalmente el equilibrio y para ello le resultaba imprescindible mantener su privacidad. No obstante, con el paso de los meses ella dormía cada vez más frecuentemente con él. Solían ir a la vivienda de Ramón: una lujosa mansión rodeada de varias hectáreas de terreno en una exclusiva urbanización, a las afueras de la ciudad. Clara fue cogiendo el gusto a esa especie de acuerdo tácito que acaba convirtiéndose en hábito. Necesitaba la costumbre. La repetición sistemática en el proceso de investigación para pisar terreno seguro y de esa forma poder avanzar hacia zonas desconocidas había condicionado también su vida personal. Asimismo, le excitaba esa parte de la relación en la que iba descubriendo poco a poco el interior de la persona que empezaba a compartir su vida. Esa parte que, al contrario de experiencias anteriores, era con Ramón cada vez más atractiva. Le agradaba su valentía a

la hora de afrontar retos. Clara no soportaba a los cobardes. Pero lo que más apreciaba de él era que disfrutaba escuchando. Y esa peculiaridad, en un ser perteneciente al género masculino, le convertía en una *rara avis*. Tenía tal empatía que intuía si ella estaba o no de buen humor y, en consecuencia, se comportaba de la forma más idónea. Sabía cuándo tener un detalle especial que la hiciera sentirse querida o qué música era la adecuada según la circunstancia. Clara sospechaba que más que por conocerla en profundidad se debía a la atracción que él había experimentado durante toda su vida hacia todo lo femenino. Y, aunque hay tantas clases de mujeres como individualidades, había sutilezas y matices que las personas de su género siempre apreciaban, quizá porque no era frecuente que fueran tomados en consideración. Todo ello hacía que la relación con Ramón prosperara sin problema. Era educado, atento, respetuoso, divertido... Podría decirse que era un compañero ideal para ella.

Tal y como le dijo por la mañana, aquel día salió muy tarde del laboratorio y se encontraba demasiado cansada para ir a casa de él. Al abrir la puerta de su piso, situado a pocas manzanas de su lugar de trabajo, la invadió una sensación de bienestar. Tiró el bolso encima de la mesa del recibidor y se dispuso a abrir las ventanas. Era lo primero que hacía cuando llegaba. Subía las persianas y dejaba entrar el aire. El objetivo no era solo ventilar la habitación y dejar entrar la luz natural, sino escuchar y ver. El exceso de silencio y de oscuridad en el hogar la retrotraía a una época a la que no deseaba regresar. Ni siquiera en sus recuerdos. A veces la estancia se quedaba fría. Ramón, en las raras ocasiones en las que dormían en casa de ella, se ponía a tiritar histriónicamente para indicar que estaba helado. Clara se burlaba de él con cariño, lo abrazaba para proporcionarle calor y, a regañadientes, cerraba los ventanales.

Le sorprendió el color anaranjado de la luna. El astro se colaba con grandiosidad en el interior. Se tiró en plancha encima de la *chaise longue* para contemplar el espectáculo. La esfera se veía tan grande que parecía que casi pudiera tocarla con la punta de los dedos. Había disfrutado de la luna llena en lugares mucho más hermosos, pero jamás había sentido esa sensación de euforia que estaba experimentando ahora. Ella y la luna. Las dos solas. Fue entonces cuando se lo preguntó: ¿se había enamorado del que ya

era su pareja? ¿O simplemente se pertrechaba de argumentos para creérselo? Desde luego, deseaba amar a Ramón... *Debe de ser muy hermoso sentir lo que más páginas literarias ha inspirado...* A lo largo de sus treinta y cinco años de vida nunca había experimentado ese cóctel de sensaciones. Eso era seguro. En todo caso, no hasta comenzar su historia con Ramón. Quizá por ello le costaba tanto identificar... *eso que dicen ser tan mágico...* Paradójicamente, la mujer que controlaba a la perfección el funcionamiento de un corazón humano desconocía los resortes del suyo propio. Hasta ahora no se había sentido verdaderamente atraída por ningún hombre. Tampoco por ninguna mujer. En la facultad tonteaba con compañeros, pero porque todo el mundo lo hacía, más que por interés sentimental o físico. Lo que era fundamental para otras chicas para ella resultaba indiferente. Los comportamientos convencionales o estereotipados la desconcertaban o no los entendía. Le divertía comprobar que su escasa disposición y su particular actitud le hacían ser el objeto de deseo de los más populares de la clase. No es que fuera insensible a la belleza o a los estímulos que recibía por parte de las numerosas personas de diferente sexo y condición que se interesaban por ella. Tampoco se trataba de que fuera asexual: mantener relaciones con hombres y mujeres que le agradaban le resultaba excitante. Así era también con Ramón. Se trataba de algo mucho más sencillo: tenía un orden de prioridades. Y el sexo no figuraba entre ellas.

Valiente

David Lambert era un muchacho tranquilo, aunque sentado frente a Clara Ulman dejó de parecerlo. Observaba a la científica con la expresión de un joven que reverencia y teme la respetabilidad que encarna lo que tiene enfrente. Ni el ambiente relajado ni la afabilidad de su interlocutora pudieron evitar que su pierna derecha se moviera constantemente, como si tuviera vida propia. Felizmente, sus extremidades se ocultaban debajo del extremo opuesto del escritorio de su potencial nueva jefa. La corbata, que se había comprado especialmente para la ocasión, le oprimía el cuello. Pensó por un momento en aflojársela, pero consideró que se trataría de un gesto inapropiado.

Había enviado su currículum a Genotypsa International después de leer que la empresa necesitaba candidatos para cubrir un puesto directivo en el departamento de criopreservación. Muy poco tiempo después recibió un correo electrónico citándolo en la sede de la empresa. La rapidez de la respuesta le sorprendió gratamente. Pero lo que ni por asomo se esperaba es que fuera la mismísima doctora Ulman quien realizara la entrevista.

De entre los candidatos que habían solicitado el puesto, Lambert se destacaba de los demás. Con independencia de su excelente cualificación en la disciplina para la que se le requería, había un motivo concreto que suscitó a Clara el interés suficiente como para verlo en su despacho: quería que le explicara su participación en un peculiar ensayo clínico. Podría decirse que la curiosidad hacia el personaje era tanto intelectual como puramente profesional.

Clara escuchaba con atención al candidato.

—Lo que probábamos en la Fred Waterford Corporation era un dispositivo que hacía las funciones de útero artificial. La técnica consistía en incorporar un circuito de bomba de oxígeno hacia el feto de un cordero que habíamos introducido en su interior.

—Este feto ¿había sido extraído del interior de la madre para realizar el experimento o había nacido prematuramente? —se interesó Clara.

—No, no. Había sido fecundado *in vitro* en nuestro laboratorio.

—Así que el embrión fue trasladado desde la probeta hasta la máquina...

—Sí. Sin pasos intermedios.

Lambert la miraba con atención, esperando captar el efecto que estaba causando en su interlocutora. Esta, sin que en su rostro se dibujase expresión alguna, le instó a no interrumpir su discurso.

—Continúe.

—Mediante una especie de cordón umbilical fabricado con un material especial, circulaba el líquido amniótico hacia el animal. El sistema se acercaba mucho al entorno natural del organismo femenino. El ambiente, sellado y estéril, estaba además aislado de las variaciones de temperatura, presión, luz y, particularmente, de infecciones peligrosas.

Tras escuchar con interés al sorprendentemente joven doctor, había algo que a Clara no le cuadraba. Cogió el currículum que tenía sobre la mesa y, mientras se acariciaba de forma inconsciente la barbilla, se fijó en un punto concreto. El muchacho la observaba con impaciencia.

—Leo que dejó de trabajar en la Fred Waterford hace dos meses. ¿Cuáles fueron los motivos para no continuar siendo parte de un proyecto tan apasionante?

El gesto de Lambert se transformó adquiriendo gravedad.

—Bien... Al principio el método estaba destinado a probarlo con corderos muy prematuros que debido a alguna contingencia habían sido abortados con poco tiempo de gestación.

—Sí... ahora que lo dice, creo que leí algo sobre el tema.

—Para ser exactos, el experimento partió de investigadores del Hospital Pediátrico de Filadelfia. Ellos consiguieron la supervivencia de animales que

habían sido gestados durante ciento siete días en el vientre de la hembra. Lo que nosotros hicimos fue acortar ese plazo.

—¿Cuánto?

—Logramos que salieran adelante con tan solo ochenta y nueve días —afirmó orgulloso.

—Consiguieron la supervivencia en animales que, de otro modo, habrían muerto irremediablemente —resumió Clara.

—En efecto. Fue una experiencia apasionante que culminamos con éxito.

—Lo recuerdo. Tuvo una cierta trascendencia, pero ignoraba que también se hubiera realizado con embriones creados *in vitro*.

Lambert se rascó el lóbulo de la oreja y una expresión afligida asomó a su rostro.

—Es que este último paso nunca se publicó...

El muchacho dijo esta última frase bajando la voz y desviando la mirada. Se diría que se avergonzaba de lo que se disponía a contar.

—¿Por qué? —preguntó Clara sorprendida.

—Bueno... Usted seguro que entenderá que no íbamos a quedarnos a medias... —comentó con un guiño de complicidad—. Tras demostrar que era posible sacar adelante fetos tan inmaduros, nos atrevimos a comprobar si el método también funcionaría con embriones fecundados en el laboratorio. Era un avance lógico después de todo.

—Entiendo que querían probar si la totalidad del proceso podía desarrollarse fuera del vientre de la madre.

—¡Eso es! —exclamó entusiasta con su peculiar voz de adolescente—. Planificamos que la hembra interviniera únicamente proporcionándonos los óvulos. Que su participación se limitara a ser la misma que la del padre: como donante de sus células reproductoras. Ni más ni menos. Pensamos que podríamos mantenerla al margen desde el principio. Consideramos que el útero artificial tenía las mismas condiciones que el vientre de la madre y, en consecuencia, el feto tendría que ser capaz de desarrollarse de idéntica manera. La cuestión fue que...

—¿En qué etapa de la prueba se encontraban? —le interrumpió Clara.

—Aunque todavía nos hallábamos en un estadio muy precoz, habíamos llegado a un punto en el que estábamos demostrando que un ser vivo podría crearse y formarse íntegramente fuera del cuerpo de la progenitora —insistió con apasionamiento.

Clara asintió con la cabeza sin apartar la mirada de los ojos del joven doctor. Este se rebullía en la silla buscando las palabras adecuadas para seguir con su historia. Tras negar varias veces con la cabeza, continuó:

—Fue ahí cuando, de repente, desde las altas instancias del laboratorio, se nos instó a abandonar el ensayo —dijo, resignado.

Ulman arqueó las cejas, sorprendida por lo que acababa de escuchar.

—¿Qué explicación les dieron?

—Absolutamente ninguna —afirmó Lambert con rotundidad.

—¡Qué extraño! Por mi experiencia, se suele justificar una decisión de ese tipo... —intervino ella.

El muchacho se encogió de hombros mostrando su decepción.

—Fue una pena. Sobre todo, partiendo de la euforia del triunfo anterior... Imagínese... Es cierto que quedaba mucho trabajo todavía, pero estoy seguro de que íbamos en la dirección correcta.

—Tal vez era preciso un esfuerzo demasiado grande de tiempo y dinero...

—No, no, ese no era el caso —afirmó tajante—. Al contrario. La inversión fundamental ya estaba hecha. En el punto en el que nos encontrábamos ni siquiera se requería de mucha gente dedicada a ello, ni una infraestructura realmente importante. Lo complicado ya se había realizado. Eso fue lo más raro del asunto... —comentó, dando un punto de misterio a su relato.

—No lo entiendo. ¿Por qué no rentabilizar algo que *a priori* solo habría tenido beneficios? —preguntó ella, extrañada—. En el peor de los casos, la publicidad que hubiera dado un experimento tan espectacular a la Fred Waterford Corporation habría sido lo suficientemente lucrativa como para publicarlo.

—Desconozco la razón. Pero le aseguro que todo se desarrolló de esa manera —confirmó el investigador.

Clara se cuestionó si debía creerse lo que el joven científico le había contado, pero su intuición, que nunca la había traicionado, le decía que aquello era cierto. Por otra parte, estaba más que acostumbrada a que algunas compañías farmacéuticas, basándose a veces en criterios inexplicables, descartaran ambiciosos ensayos clínicos.

—Es raro que una empresa ponga todo ese empeño en una investigación como esa para, de la noche a la mañana, pararla en seco, con los perjuicios que supone esa decisión —insistió la doctora. Lambert frunció el ceño. Sostenía la mirada, por lo que Ulman intuyó que tenía una respuesta, pero que por alguna razón se resistía a compartirla con ella—. ¿Cuál cree usted que fue el motivo de parar el ensayo y no querer hacerlo público? —le preguntó con tono neutro queriendo ponerle a prueba.

—Supongo que porque una maduración fetal totalmente artificial cambiaría por completo el concepto de maternidad —dijo el joven tras una pausa.

—Ya... ¿Quiere decir que les dio miedo las consecuencias de adentrarse en un terreno tan delicado como la ectogénesis?

—Sí. Imagino que considerarían demasiado revolucionario demostrar que se puede crear un ser vivo en una máquina sin pasar en ningún momento por el cuerpo de la hembra. Opinarían que hacer público algo así les traería más quebraderos de cabeza que beneficios... De todas formas, si me permite, preferiría no hacer juicios de valor acerca del asunto.

—¿Por qué?

El muchacho cruzó inquieto las piernas para enseguida volverlas a descruzar.

—Porque todo lo relacionado con este tema genera muchas susceptibilidades —dijo, tras un suspiro.

—Le estoy pidiendo su opinión sincera al respecto.

Ella le escrutaba con la mirada. Con una seriedad que le estaba poniendo cada vez más nervioso. El candidato dudó unos instantes. La contundencia nada tibia de Clara exigía su punto de vista. Temía que de su respuesta dependiera conseguir el puesto que pretendía, y parecía obvio que una evasiva no era precisamente lo que Ulman estaba buscando.

Tras retirarse el mechón rubio que le caía sobre los ojos se enderezó en el asiento. Notó una gota de sudor que le resbalaba por la axila. Cogió aire y respondió:

—Pienso que dedicarse a la ciencia y tener prejuicios es tan incompatible como querer mezclar agua y aceite.

—¿Y...?

La doctora no se daba por satisfecha. Lambert, sin poder controlar el movimiento de su pierna, decidió tirarse a la piscina con todas las consecuencias.

—Que las medias tintas nunca llevan a ningún sitio y que si se comienza algo hay que terminarlo. Aunque nos lleve a lugares pantanosos. Nuestra misión es aprovechar los medios que tenemos a nuestro alcance, y que han costado tanto conseguir, para demostrar que el ser humano puede llegar donde quiera. No hacerlo implica una falta de respeto a muchas generaciones anteriores de científicos que han dedicado su vida a proporcionarnos los adelantos que ahora todos disfrutamos.

Lo dijo de carrerilla, pero con una convicción que le salía de las tripas. Parecía un político novato, todavía con el idealismo entre sus principios, que lanza el eslogan de la campaña electoral de su partido.

Clara percibió rabia en sus palabras. Le gustaba el descaro con el que aquel niño se pronunciaba. Tras un silencio que le sirvió para observar detenidamente al candidato, le siguió poniendo a prueba.

—¿Qué espera usted encontrar en nuestra empresa?

Lambert contestó con seguridad, envalentonado por el pequeño discurso que acababa de soltar:

—Un entorno que no sea encorsetado en ese sentido.

—¿Y usted piensa que Genotypsa es así?

—Estoy seguro —afirmó con rotundidad—. Sobre todo desde que usted está aquí... —Bajó la mirada y volvió a rascarse el lóbulo de la oreja. Clara se fijó en sus uñas mordidas de adolescente—. Disculpe... —dijo en un tono radicalmente distinto del que estaba empleando.

—¿Por qué tengo que disculparle? —preguntó extrañada.

—Porque creo que ha sonado muy pelota...

La frescura infantil del solicitante provocó en Clara una carcajada espontánea. El muchacho se mostró desconcertado. El aplomo que había demostrado durante toda la entrevista se tambaleó. Por un momento creyó haberse excedido en sus opiniones. Pero la forma en que Clara lo miró hizo que le viniera a la mente una frase que solía decir su padre: «Sé valiente. De eso nunca se saca nada malo».

Tesoros escondidos

—La doctora no está, señor Aldrich.

Jorge se encaminaba por el largo pasillo al ala derecha de la séptima planta cuando le detuvo esa voz casi infantil.

—Usted es...

Dejó la frase en suspenso para que el muchacho se presentara.

—David Lambert. Nuevo subdirector de la unidad de criogenización y responsable del departamento de fecundación asistida —puntualizó orgulloso.

Le podría haber dicho que era Blancanieves o Spiderman con el mismo resultado. Para él se trataba de una más de las personas que formaban parte de la plantilla de la empresa. El directivo de Genotypsa tenía la cabeza en otra parte. Se dirigía al despacho de Clara para que esta le diera la referencia de una de las máquinas instaladas en sus dependencias y así adjuntarla al inventario. Por supuesto, podría haber encargado a alguien que consiguiera la información, pero era un buen pretexto para comprobar si se estaba sacando verdadera rentabilidad al equipo.

—Creo que supervisa el hidrogel de colágeno con el que Alex Jansen está trabajando.

—¿Quién lo está supervisando? —preguntó Jorge distraído.

—¿Buscaba a la doctora Ulman, verdad? —Su superior afirmó con la cabeza—. Podrá localizarla en el sector de componentes orgánicos, pero si desea que yo le dé algún recado, la voy a ver ahora...

—No es necesario. Muchas gracias. No se trata de algo urgente.

Lambert observó la excesivamente delgada figura del directivo mientras se dirigía hacia el ascensor y él continuaba su camino hacia el laboratorio general. Reparando en su forma de andar, a David su superior le pareció circunspecto. Se preguntaba si esa seriedad sería una particularidad de su carácter o se trataría de un comportamiento puntual.

Desde su incorporación en la empresa, David solo se había relacionado con sus compañeros de la unidad de criogenización y del departamento de fecundación asistida. Apenas conocía al resto. No obstante, tenía esperanzas en el futuro de poder colaborar directamente con la doctora Ulman. No iba a ser fácil. Se percató de inmediato del peculiar estilo de la mujer que le había seleccionado para formar parte del grupo de investigadores de Genotypsa. En el trato era exquisitamente educada, aunque no muy cómoda para desenvolverse en equipo salvo si ese equipo estaba a su disposición. De todos modos, nadie ponía reparos a su forma de trabajar. Su ilusión y energía desbordantes contagiaban a los que la rodeaban. El esfuerzo que exigía era siempre menor que el que aportaba. Llegaba la primera y era la última en marcharse. Gran parte del tiempo permanecía encerrada en su laboratorio. Allí no pasaba nadie si no estaba ella. Nunca. Incluso los limpiadores realizaban su labor cuando la doctora estaba presente. Clara rechazaba que las brigadas de limpieza armadas de fregonas, cubos y productos de higienización pudieran campar por sus respetos sin control. La idea de que pudieran alterar el meticuloso trabajo de días le horrorizaba. A la gente le extrañaba ese comportamiento. A él no. Él haría lo mismo si estuviera en su lugar. No se podía arriesgar el fruto de delicados ensayos por un descuido que podría contaminar el material.

El sueño de David era trabajar mano a mano con Ulman en esas instalaciones reservadas. Estaba seguro de que allí aprendería lo necesario para dar un salto en su cualificación profesional. No se trataba de que le aburriese lo que ahora hacía, pero era insuficiente. Quería ser pionero. Inventar. Lo nuevo siempre es bueno. Ese era su lema. Le daba igual dónde pudiera llevarle ese afán. La plenitud la encontraría inspeccionando las profundidades. Ya había aprendido en la Fred Waterford Corporation que la única manera de hallar tesoros escondidos era sumergiéndose en aguas

oscuras. No le daba miedo. Estaba dotado para ser explorador. Y había comprobado que cuanto más movedizo era el terreno mejor se desenvolvía.

Lo nuevo siempre es bueno... Al fin y al cabo, ambas palabras eran tan parecidas que sonarían igual con una simple alteración en el orden de las letras...

Perfecta

—Se parecía mucho a ti. Además, la forma de mirar al observador hace que parezcan autorretratos.

En el hermoso salón de su vivienda, Úrsula Baltar analizaba la docena de láminas en las que Clara había dibujado a su hermana. Eran obras complejas. Trazadas con una delicadeza íntima. Como dirigidas a un único espectador. Sentada junto a la dueña de la casa, en la butaca de diseño italiano color gris perla, la autora de las imágenes se recostaba plácidamente. Contemplaba los cuadros que vestían las paredes. Eran obras de vanguardia de diferentes estilos. Seguro que Alba hubiera disfrutado estando allí. Clara solía pensar eso cuando se encontraba en algún lugar en el que se sentía especialmente a gusto. Y ahora estaba pletórica. Consideraba que despertar la curiosidad de Úrsula con esas cuartillas, de alguna manera, estaba convirtiendo a su hermana en inmortal.

—Son todos de cuando estaba en el hospital. Yo llevaba papel y lápices de colores. Ella me lo pedía. Mientras le hablaba y me reía para animarla, me fijaba en sus reacciones para luego reflejarlas en el papel. —Hizo una pequeña pausa trasladándose en el tiempo a ese pasado remoto—. Como puedes apreciar, en todos sonrío —recalcó.

—Parece feliz —corroboró Úrsula.

—Tras su muerte, me he preguntado muchas veces si ese era su gesto o era yo quien la veía de esa manera. —El semblante de Clara indicó que seguía buscando en aquel recóndito lugar de su memoria—. Apenas tengo fotos de ella —dijo al volver al presente.

—¿Por qué? —preguntó Úrsula, intrigada.

—Le repateaba tanto que la fotografiaran como le gustaba que yo la dibujase. Supongo que era una manera de impedir que hurgasen en su mente. Ya que no podía evitar que lo hicieran en su cuerpo... —dijo, encogiéndose de hombros—. La particular rebelión de una eterna convaleciente.

Úrsula, con el tronco erguido, seguía examinando cada uno de los retratos.

—Tienen una madurez sorprendente. No parecen creados por una chiquilla. Aunque carecen de técnica se intuye un gran talento latente tras ellos. Si no te hubieras dedicado a la ciencia, podrías haber hecho carrera en mi campo. Ramón va a tener razón cuando dice que eres perfecta...

Clara inclinó la cabeza hacia atrás a la vez que reía abiertamente.

—En absoluto. Simplemente él prefiere verme así —dijo con naturalidad.

Cogió una de las láminas. Se trataba de un plano detalle. Solo los ojos, cejas y parte de la nariz. Se lo mostró a Úrsula después de valorar si hacerlo implicaría violar una confidencia de su hermana.

—Mi preferido. El que me hace tenerla más presente. Recuerdo perfectamente cuándo se lo hice. Ese día estuvimos gastando bromas sobre el peinado de una de las enfermeras. Alba decía que llevaba en la cabeza una catedral. La Románica, la llamaba. Nos teníamos que aguantar la risa cada vez que la mujer entraba en la habitación pegada a ese pelo imposible —explicó con nostalgia. —A continuación, se estiró para señalar la cuartilla que se encontraba en el otro extremo de la mesa—. Y este es el último que le hice. Estaba ya muy mal.

—Pues no se percibe el deterioro —aseguró Úrsula mientras se lo alcanzaba.

—Puede que yo quisiera modificar esa realidad que se me hacía insoportable —afirmó, buceando en sus recuerdos.

—Yo diría que expresabas cómo se sentía a tu lado. Aunque no fuera evidente. Al fin y al cabo, un buen retrato es el que refleja la verdad que hay en el interior. Lo que solamente tú ves, aunque permanezca oculto para la mayoría.

Clara observaba el boceto perdiéndose en el pasado a la vez que reflexionaba sobre el análisis de su amiga.

—Le costaba todo tanto... Desplazarse de la cama hasta el cuarto de baño le suponía un esfuerzo titánico. Lo único que le resultó fácil al final, ya ves qué paradoja, fue su muerte. Se durmió plácidamente y no despertó. —Su voz se quebró de modo casi imperceptible. Se tomó tiempo antes de levantar la mirada y dirigirla hacia Úrsula—. Quédatelo —dijo al fin.

—¿De verdad?

—A Alba le gustaría —aseguró con rotundidad.

Úrsula lo apartó de los demás.

El resto de ilustraciones se hallaban extendidas una junto a otra. La autora comenzó a recogerlas para guardarlas en la carpeta en la que las había traído. Contemplándola, Úrsula hizo una reflexión en voz alta.

—Es curioso. No sabría decirte la razón, pero de alguna manera siempre he creído que la sensibilidad artística no congeniaba bien con las aptitudes científicas. Como si cada disciplina la controlase una parte distinta del cerebro.

Clara se tomó unos segundos antes de rebatir el comentario.

—No. Se pueden compenetrar ambas. El arte estimula la imaginación, la deja volar. Y la ciencia se basa en pruebas, es muy rigurosa con la realidad. Combinar ambas te hace eliminar los límites.

—Si tienes esa capacidad no habrá nada que sobrepase tu entendimiento —aseguró Úrsula.

—En efecto. Creo que en la mente de un investigador la intuición debe ocupar un lugar importante. Ello te puede guiar a descubrir lo que nadie ha encontrado pero que siempre ha estado ahí. Desde mi punto de vista, un científico debe poseer la capacidad de fantasear del artista y, a veces, creer en lo que nadie más cree —dijo con la vehemencia que da la convicción—. Si te dejas impresionar por lo establecido, las convenciones te atarán las manos.

Escuchándola, Úrsula pensó que la sociedad necesitaba mujeres como Clara. Sobre todo, en el campo de la investigación demasiado copado, como casi todos, por hombres. Consideraba que el progreso social se mide por el lugar que ocupa la mujer en los diferentes estamentos de poder. Ella había visto, en su camino hacia la cima, cómo iban desapareciendo los miembros

de su género. Y eso teniendo en cuenta que el mundo del arte era uno de los más abiertos al universo femenino. Aun así, según se aproximaba al vértice de la pirámide, donde se toman las decisiones, las mujeres se esfumaban. Y las pocas que permanecían era gracias a sus maridos o por su relación con los diferentes miembros varones de sus acaudaladas familias. De hecho, la propia Úrsula era consciente de la imposibilidad de haber conseguido su posición sin el apoyo de la fortuna paterna. Todo ello le hacía valorar especialmente a las mujeres que, como Clara, se habían hecho a sí mismas con el único trampolín de su talento.

—¿Te quedas a cenar con nosotros? Hoy Martina va a preparar ese *magret* de pato que tanto te gusta.

En efecto, le encantaba el punto que la cocinera de la casa daba a ese plato. Sin embargo, declinó la invitación. Clara disfrutaba de la compañía de Úrsula, pero carecía de la misma sintonía con Jorge, su marido. No es que le hubiera dado un motivo concreto, desde el principio no simpatizaron. Estaba incómoda con él. En su presencia se sentía como un reo consciente de que cualquier cosa que dijera podría ser utilizada en su contra. No le caía bien. Y estaba segura de que el sentimiento era recíproco.

—Gracias, pero Ramón me espera en su casa.

Se levantó disponiéndose a irse. Úrsula hizo lo propio y la acompañó hasta la puerta para despedirla. Al volver hacia el interior, la voz de Jorge hizo que dirigiera su mirada al piso superior. Estaba con los brazos apoyados en la barandilla y mirando hacia abajo.

—Pensaba que no se marcharía nunca —dijo molesto.

—Es una muchacha encantadora. ¿Qué te ocurre con ella?

—Si tuvieras que soportar sus extravagancias cambiarías de opinión —respondió al tiempo que bajaba con brío las escaleras.

—¿Extravagancias? —preguntó Úrsula, perpleja—. A mí me parece de una sencillez sorprendente, teniendo en cuenta su inteligencia.

Jorge sonrió displicente. Pasó por delante de su mujer y se dirigió a la sala.

—¡Ay, Usi..., os tiene abducidos a los dos!

—¿Se puede saber quién es la otra parte de «los dos»? —quiso saber Úrsula con su habitual socarronería.

Él calló al considerar que su mujer conocía de sobra la respuesta. Se sentó en su sitio. El mismo en el que se había acomodado Clara un rato antes. Descubrió el retrato de Alba, que permanecía sobre la mesa. No hizo comentario alguno. Simplemente lo cogió y se lo entregó a su mujer. Esta percibió un sutil gesto de desprecio.

—¿Falta mucho para que cenemos? Estoy agotado y quisiera acostarme pronto.

—Se lo diré a Martina.

Úrsula se retiró parte del pelo de su media melena de corte afrancesado detrás de la oreja y salió de la estancia. Estaba acostumbrada a ese lado insoportable que tenía a veces su marido. Ese ramalazo de niño mimado que lo llevaba a buscar motivos de conflicto para enfrascarse en una estúpida discusión. Lo conocía lo suficientemente bien como para saber que lo mejor en esos casos era desaparecer dejándole recrearse en su enfado hasta que se le pasase. Además, no le apetecía en absoluto que Jorge le contagiase su estado de ánimo.

—Buenas noches, doctora Ulman —saludó el guardia de seguridad mientras subía la barrera desde la garita.

Clara atravesó con su híbrido el camino asfaltado que conducía hasta la vivienda y aparcó el coche junto al Maserati de Ramón. Mientras que el portalón del garaje se cerraba a sus espaldas dirigió la mirada hacia la edificación principal y vio que estaba totalmente a oscuras. Él todavía no había llegado. Al fondo divisó, iluminada, la casita en la que vivía el matrimonio formado por Lidia, la doncella, y René, el jardinero. Por la hora que era, Clara dedujo que ambos ya habrían terminado su jornada laboral. Hurgó en el bolso para sacar las llaves. Cuando las tuvo en la mano enfiló hacia la entrada de la mansión. Al llegar al porche se encontró con un peculiar itinerario hecho de tulipanes blancos. Abrió la puerta de entrada y llegó suavemente a sus oídos una melodía musical: «I Try». Uno de sus temas favoritos. El penetrante aroma de las flores acentuaba el clima creado por la canción. Comprobó que la senda de tulipanes continuaba por el interior. El rumbo marcado le indicaba que debía subir las escaleras. Al llegar

a la planta superior, el camino seguía hasta finalizar en el enorme espejo del dormitorio principal. En medio de la superficie del mismo, escrito con un rotulador de color verde, pudo leer lo siguiente: «¿Te casarías conmigo?».

Se sentó en la cama sin retirar la mirada del espejo. Después de tomarse unos minutos para asimilar la información empezó a reflexionar si deseaba dar ese paso. Leía reiteradamente la pregunta de Ramón, que no era más que era una petición entre interrogantes, y se contemplaba a sí misma. Escrutaba sus propios ojos esperando que la imagen reflejada en el cristal le proporcionase la respuesta que daría a su pareja cuando llegase.

Por su parte, Ramón, dando protagonismo a su ausencia con esa mirada suya tan perspicaz para la miniatura, optó por no proponérselo personalmente. Sabía que a ella le pillaría de sorpresa. Se sentiría más cómoda recibiendo el impacto sola. Clara era una mujer reflexiva. Nada impetuosa, ni afectiva por naturaleza. Seguramente le costaría encontrar la reacción adecuada y quería evitar violentarla.

Ramón de Castro, el gran emprendedor, el conquistador al que ninguna mujer se resistía, no había previsto casarse. Opinaba que el matrimonio era una institución para la que no estaba preparado. El intento fallido de convertir un encuentro fortuito en algo que durase siempre. Opinaba que los amores perfectos son los que no se legalizan. El asunto era que tampoco figuraba entre sus planes conocer a una mujer como Clara. Y junto a ella la idea de envejecer le parecía acogedora. Se diría que hasta hermosa. Tenía el convencimiento de que así seguiría viendo a Clara después de décadas a su lado: hermosa. Le bastó muy poco tiempo para amarla, pero temía necesitar toda la vida para poder olvidarla. No estaba dispuesto a dejarla escapar, aunque también era consciente de que si quería que permaneciera a su lado jamás debería cortarle las alas. No lo haría. Pero había decidido dedicar todos sus esfuerzos a llenar su existencia de motivos para que no quisiera volar lejos de él.

Clara salió de su ensimismamiento cuando los últimos compases de la canción se mezclaron con el sonido de los pasos de Ramón: «*My world crumbles when you are not near*».

La firmeza y solidez de las pisadas de su pareja se le antojaban únicas. Sería capaz de distinguirlo entre un millón de personas. Se asombró de cómo

había llegado a conocerlo tan bien. Sin proponérselo. Casi sin darse cuenta. Se cuestionó si él también podría identificarla solo por el modo de caminar. Y si la respuesta era afirmativa... ¿a ella le importaba realmente? Era la primera vez que Clara se hacía ese tipo de reflexiones respecto a alguien. Y la conciencia de esa particularidad fue la clave para responder a la pregunta del espejo.

Clara y sus quimeras

—¿Cómo se siente al ser la única mujer que ha conseguido domesticar a un soltero de oro como Ramón de Castro?

No fue la estupidez de la pregunta lo que le llamó la atención. Fue la seriedad con que la que el periodista se la hizo. Aunque al cabo de un segundo, Clara lo encontró lógico: cuando se quiere dar importancia a algo que no tiene valor es preciso decorarlo. Como los videntes añaden puesta en escena a sus profecías. O los cocineros salsas a los pescados de baja calidad... Eso fue lo que Clara pensó mientras subía la ventanilla de su pequeño utilitario híbrido... «Soltero de oro»... Nunca se le habría ocurrido ese calificativo para Ramón. Se lo imaginó en la misma postura que las figuras de los Óscar cinematográficos. De pie, con las piernas juntas y los brazos a la altura del pecho sujetando verticalmente una gran espada que le tapaba los genitales. Desnudo y dorado. Le resultó gracioso. Al acelerar el vehículo vio por el retrovisor el gesto de decepción del remilgado hombrecillo y del cámara, algo más zafio, que lo acompañaba. Más que periodistas sin escrúpulos de instintos carroñeros parecían pobres desgraciados a los que no les quedaba más remedio que ejercer la parte más sucia de un oficio que, dependiendo de quién lo profesara y de la tarea desempeñada, podía ser más o menos digno. Le pareció absurdo que dos personas hubieran estado haciendo guardia, quién sabe cuántas horas a la puerta de casa de Ramón, para lucirse de esa manera. Le dio un poco de pena... *Tendría que haberles dicho algo. Así les habría permitido justificar su sueldo...* Pero encontrar una respuesta que no le avergonzase le habría

resultado más difícil que estructurar una conferencia de hora y media. Después supuso que si los tipos habían gastado su tiempo en algo semejante era porque aquello normalmente les resultaría rentable, aunque hubiesen fracasado en esta ocasión. Confiaba, no obstante, en que su salario no dependiera únicamente de cumplir o no el objetivo... *En fin, cada cual vive de lo que puede...*

Poco después de salir de la urbanización para tomar la autopista se metió de lleno en un atasco. Las nueve y diez de la mañana. En teoría la hora punta ya había pasado. Aun así, el tráfico era tan denso que calculó que tardaría en llegar al laboratorio más de media hora. En la radio sonaba Prince, el genio de Mineápolis. «Sign O’the Times», un clásico. De inmediato le vino Doris a la cabeza. La última vez que habló con ella fue para decirle que se casaba. Aunque no viniera, quería invitarla a la boda. Se trataba de un gesto de afecto... «Me alegro tanto por ti... La soledad es mala...». Doris se había casado muy joven. Tom, también investigador, había muerto a causa de un cáncer galopante cuatro años atrás. Ella todavía hacía esfuerzos para asumir que él ya no estaba a su lado al despertar. Aún le dolía la ausencia de su cuerpo, aunque finalmente el pobre se hubiera convertido en un guiñapo. Con él había compartido la totalidad de su existencia. Inquietudes profesionales, vitales... y un hijo que hacía tiempo había volado del nido familiar ajeno a la pasión de sus padres por la ciencia. Todo lo que dan de sí tres décadas junto a un alma gemela... *Tom el conejito...* Clara lo recordaba con nitidez. Regordete y con esos grandes incisivos que le daban cierto aire de cobaya. Parecido que se acentuó más aún cuando empezó a adelgazar debido a la enfermedad.

Atrapada en el embotellamiento se preguntaba si su futuro matrimonio tendría algún paralelismo con el de su maestra. Lo dudaba. Doris tenía recuerdos que mantener. Y la peor parte de eso es el vértigo que da saber que esa memoria ya no va a poderse compartir con quien la creó. La certeza de ser consciente que más tarde o más temprano ese gran pedazo de vida se irá encogiendo sin remedio como la imagen que aparece en el espejo retrovisor a medida que se avanza en el camino. Hasta esfumarse sin dejar rastro. Sin el testigo que da fe de lo compartido, en el mejor de los casos, quedará nada

más una pequeña porción de lo vivido disecada en un frasco de formol. Con la muerte llega la jibarización de los recuerdos.

Sin embargo, Ramón y ella cimentaron su proyecto vital por separado. Dejaron de ser unos críos hace años y habían construido vidas independientes. Cada uno era un ser completo. No la mitad de nadie. No existía necesidad del otro. Solo voluntad de convivir. Al menos por su parte.

El sonido irritado de un claxon le arrebató sus pensamientos. El vehículo de delante había arrancado y a alguien le enfadó desmesuradamente que Clara tardara unos segundos más de lo conveniente en continuar la marcha. El trecho de camino hasta llegar a Genotypsa se tornó fluido. La música había dejado de sonar y comenzaron las noticias. Algo le resultó familiar. El locutor daba pie a unas declaraciones del representante de Salud y Familia. Marcos Quivera. ¿De qué le sonaba?... ¡Ah, sí! *El gordo aquel que intervino al final de la ponencia en la que conocí a Ramón...* Esta vez hablaba de las indeseables consecuencias de la adopción por parte de parejas gais. Clara frunció el ceño. Le irritaban las gentes que se aferran a su pequeño mundo para sentirse poderosas. La indignación intelectual que le despertaban la sacaba de sus casillas. Sus cerebros funcionaban a la inversa, como si fuera demasiado traumático para ellos asumir que la tierra girase alrededor del sol y no al revés, como si el inmovilismo fuera el tranquilizante necesario para hacer confortables sus vidas. Apagó la radio. Lo previsible le aburría.

Estacionó en la plaza que tenía reservada en el primer sótano de la empresa. Subió directamente al séptimo piso aproximando su tarjeta a la placa del ascensor. Ya en su planta, solo tuvo que dar unos pasos para atravesar el vestíbulo y llegar a sus estancias privadas. Acercó el dedo pulgar al dispositivo de la puerta y la huella dactilar le permitió el acceso a su universo. Ese simple gesto la llevó a otra dimensión. Franquear esa frontera la conducía a un mundo en el que las reglas establecidas dejaban de ser determinantes. La línea que marcaba el abismo entre lo trillado y lo inédito. De esa forma, como cada día, se sumergió en una realidad donde las quimeras hacía tiempo habían dejado de ser productos de la imaginación.

Ese ruido tan molesto

Fue imposible celebrar la boda discretamente. En los días previos a la ceremonia, los reporteros, inasequibles al desaliento, seguían merodeando por las casas de cada uno de los miembros de la pareja o por la sede de Genotypsa en busca de declaraciones de alguno de ellos, en especial de Clara. Más que por la notoriedad profesional de los protagonistas, por la sorpresa que produjo a los medios de comunicación que un soltero de oro, eso que le hacía tanta gracia a Clara, sentase la cabeza. A él apenas le afectaba la presencia de la prensa frívola. Sus aventuras con una presentadora de televisión y con alguna que otra fémina de relevancia mediática hicieron que se acostumbrara a asumir con naturalidad la aparición inesperada de las cámaras. Pero sabía que a Clara le molestaba esa falta de privacidad que inevitablemente conllevaba la situación. Por eso el novio hizo verdaderos esfuerzos para mantener a su pareja fuera del objetivo de los fotógrafos. Pese a los intentos, no consiguió su propósito. El público devorador de material sensacionalista estaba ávido de conocer todos los detalles de la mujer que había conquistado el corazón de uno de los hombres más deseados.

Ya que a la prensa amarilla le fue imposible contar con la participación de la pareja en su particular circo mediático, las revistas y programas especializados recurrieron a varias examantes de Ramón. Sobre todo a Sara Kunis, la última aventura conocida del empresario. Esta, cuyo único mérito era haberse relacionado con un ramillete de caballeros famosos (entre ellos, un marqués de edad propecta y un conocido futbolista), se explayó en los medios contando toda clase de chascarrillos referentes a De Castro. Clara, a

quien le horrorizaba la vulgaridad que todo ello suponía, sobrellevó con resignación el bochornoso espectáculo. Confiaba en que, una vez las aguas volvieran a su cauce, la actualidad proporcionaría a los periodistas otra carnaza más succulenta que devorar. Al fin y al cabo, ni Ramón ni ella desarrollaban su actividad de cara a la galería. Su protagonismo sería algo puntual que tras la boda pasaría a un segundo plano. La velocidad con que surgían nuevas noticias sobre la vida privada de artistas, cantantes o de gentes cuyos ingresos estaban directamente relacionados con su presencia en las redes sociales o en la televisión garantizaba que el acoso duraría poco. O eso quería pensar ella. Consecuentemente, se había mentalizado para que la situación no la alterase demasiado.

Lo que de verdad sacaba de sus casillas a Clara era el desorden que invadía todo. Ese intimidante bullicio la contaminaba. Incluso había momentos en que llegó a arrepentirse de haber tomado la decisión de casarse con Ramón. Añoraba esa etapa inmediatamente anterior en la que el tiempo que destinaba al laboratorio y el que dedicaba a su novio transcurría con placidez, sin interferencias. Clara comprobaba con impotencia cómo el equilibrio se había alterado irremediamente. A veces tenía la impresión de haber perdido las riendas de su vida. Su existencia había sido invadida por unas gentes que ni conocía ni tenía interés alguno por conocer. Todo se había llenado de un ruido molesto. Y esa algarabía le impedía centrarse en lo esencial. Esperaba paciente que el agobio fuera desapareciendo.

Todo habría sido más llevadero para ambos de haber podido disfrutar de su luna de miel. Pero Clara insistió en posponerla. Aún no estaba por completo rematada la remodelación de los laboratorios. Y aunque confiara en la competencia del equipo, los investigadores de la empresa estaban aún en el proceso de asimilar las innovaciones realizadas. Por tanto, ella consideraba necesaria su presencia para ajustar todos los detalles. En esta ocasión, y sin que sirviera de precedente, estuvo respaldada por Jorge Aldrich, que no quería adquirir la plena responsabilidad de tomar decisiones en un momento tan delicado. Ramón se dejó persuadir. Pensaba que era la forma de que su socio estuviera cada vez más convencido de que la importante inversión realizada en Genotypsa había merecido la pena. Respecto a su mujer, sabía que no estaría tranquila hasta que las cosas funcionasen de manera fluida.

Deseaba evitar posibles escollos que le impidieran seguir disfrutando de esta etapa. La más feliz de su vida. La paz y el silencio llegarían pronto. Estaba seguro.

SEGUNDA PARTE

Amor legalizado

—Tienes que venir —ordenó taxativo Ramón.

—¿Por qué? ¡No pinto nada allí!

Clara recorría alterada la gran cocina de la que ahora era también su casa. Él, sentado en uno de los taburetes de diseño que giraba lentamente a derecha e izquierda, intentaba convencerla de viajar con él a Berna. El Consejo Federal Suizo ofrecía una cena de gala a los presidentes de las principales empresas con sedes en el país.

—¡Por supuesto que sí! Resulta que, además de ser una investigadora estrella de Genotypsa, eres mi mujer.

Clara se paró en seco. Sus rasgos se endurecieron. Cruzó los brazos debajo del pecho y se acercó a Ramón. Bajó el tono de voz que antes había subido más de lo razonable. Se tomó tiempo para hablarle pausadamente. Quería que valorase cada una de las palabras que iba a decir a continuación.

—Iría encantada si no tuviera otra cosa que hacer. Pero pensaba que eras consciente de que no te habías casado con una mujer florero, sino con alguien a quien «fichaste», tal y como me dijiste en su día, para aportar excelencia a tu negocio. Que luego, cosas de la vida, te casaras conmigo no implica de ninguna manera que yo vaya a dejar de ser la doctora Ulman para convertirme en la señora de De Castro. Si eso era lo que querías, podrías haber elegido a cualquier otra de tu numerosa colección.

—¿Qué dices? Sabes perfectamente que eso se acabó.

Tras la sincera respuesta de Ramón, Clara se arrepintió de haber dicho la última frase. La rabia la llevó a dar un golpe bajo, a pesar de estar segura de

ser la única mujer en la vida de su marido.

—Estás rodeada de una brillante plantilla de científicos en la que podrías delegar sin problema alguno.

—Hay cosas de las que solo puedo ocuparme yo.

—Querrás decir de las que solo quieres ocuparte tú.

Ahora era él quien levantaba la voz.

—Te quedas en el laboratorio horas y horas. Hay días que hasta te olvidas de comer ¡Te vas a volver loca! ¿Es que no estás agotada?

—Aunque seas incapaz de entenderlo, lo que hago me estimula. Lo que me fatiga, solo de pensarlo, es el plan que me propones.

—No veo qué tiene de malo bajar un poco el ritmo... o recurrir a la ayuda de tu equipo...

Ella negaba con la cabeza. Ramón reparó en que asomaba a sus labios un gesto de sorna. Como si lo que él acabase de decir fuera una solemne tontería. Al comprobar que sus palabras no provocaban ninguna otra reacción, decidió seguir hablando:

—Apenas nos vemos. Pensé que este viaje te serviría para desconectar y para disfrutar un poco el uno del otro.

—¿Te parece que se puede desconectar entre un montón de políticos y de directivos de compañías? Para mí no es precisamente relajado adoptar el comportamiento babeante de esposa de gran empresario, puedes estar seguro.

—Sabes que nunca he pretendido que te comportes como tal. Mi plan era utilizar el acto como pretexto para descansar unos días. ¿Cuál es el problema?

—Si no eres capaz de entenderlo...

Clara dio por terminada la conversación. Salió de la cocina y se dirigió decidida al piso superior de la vivienda con el propósito de establecer la misma distancia física que la que en ese momento la separaba emocionalmente de su marido.

Ramón continuó sentado. Colocó los codos sobre la isleta de la cocina y se sujetó la cabeza con las manos. Nunca había sido hombre de complicaciones en el plano sentimental. A lo largo de su vida había procurado que sus relaciones fueran placenteras. Cuando intuía que podían convertirse en fuentes de dolor, huía. Sobre todo para evitar el daño en la otra

parte. Pero pensar ahora en hacerlo con Clara le parecía un sinsentido. Tan desgarrador como cortarse una pierna. Al contrario que su mujer, él no estaba enfadado. Se sentía triste. Ignoraba lo que había hecho mal, pero era consciente de que en algo se había equivocado. Habían transcurrido algo más de seis meses desde la boda y las cosas no fluían de la manera prevista. Las discusiones eran frecuentes y la sintonía que se estableció entre ellos previamente al enlace parecía diluirse a medida que pasaba el tiempo. Formalizar su relación había revuelto las piezas encajadas del puzle y ahora eran incapaces de encontrar la manera de volverlas a ajustar.

Acuerdo tácito

«**I**mprevisto de última hora: un problema en el laboratorio que es preciso solventar sin demora. Te quiero».

Le hubiera gustado encontrarla esperándole a la llegada al aeropuerto. Eso habían acordado en la última charla antes de despegar el avión. Pero cuando conectó el móvil tras el aterrizaje se encontró con el mensaje. Ramón no logró convencer a su mujer para que le acompañase a Suiza. No obstante, el último desencuentro se tradujo en algo positivo. Permanecer alejados un breve periodo de tiempo contribuyó a que las aguas volvieran a su cauce. Las conversaciones telefónicas que mantuvieron durante esa semana denotaron la intención, por parte de los dos, de acortar distancias. La frialdad que se respiraba en el hogar los días previos al viaje se esfumó como por arte de magia. Parecía como si ambos hubieran establecido un acuerdo tácito para disculpar al otro del daño causado. Como si la separación hubiera oxigenado la relación. Y ya que se frustraron los planes de compartir unos días junto a su pareja lejos del marco habitual, De Castro aprovechó el viaje para cerrar un par de negocios en la cena de Berna. Además, visitó la sede de Genotypsa en Basilea y pudo mantener varias reuniones con las que ponerse al día y tomar decisiones respecto a algunos asuntos. Así que las cosas discurrieron en todos los aspectos mucho mejor de lo que en un principio hubiera esperado.

No era costumbre de Clara ser cariñosa al escribirle. Se limitaba a dar la información en frases cortas sin adornarlas con detalles afectuosos. Por eso cuando Ramón leyó el mensaje, fue incapaz de discernir si las dos últimas

palabras con las que se encontró en la pantalla tenían el objetivo de compensar no haber acudido a recogerle o si realmente a ella le apetecía expresarle su cariño. Lo cierto es que le desconcertaba a menudo. No conseguía penetrar en las capas más profundas de su personalidad, aunque llevara junto a ella el tiempo suficiente como para poder comprender los resortes de su carácter. Siempre había sabido adelantarse a las reacciones de las mujeres que habían desfilado por su vida muy poco después de relacionarse con ellas. En ese aspecto, como en casi todos, Clara también era única. Cada vez con más frecuencia él se sentía incapaz de adivinar lo que había detrás de sus palabras. O de su silencio.

Aprovechando el tiempo en que el avión se desplazaba por la pista hasta la puerta de desembarque, telefoneó a Teo, su chófer, para que fuera a recogerle.

—Ya estoy en el aeropuerto, señor —respondió el conductor nada más descolgar.

—¿Y eso? —preguntó Ramón, extrañado.

—Su esposa me ha enviado.

A Ramón le agradó saber que, a pesar de estar ocupada, Clara había gestionado aquel pequeño detalle de intendencia.

No haber facturado equipaje y portar solo una ligera maleta de cabina hizo que tardara muy poco en abandonar el edificio de la terminal. El conductor lo esperaba apoyado en el vehículo a solo unos metros de la puerta por la que salió.

—¿Le llevo a casa? —le preguntó Teo mientras abría la portezuela trasera de la berlina.

Ramón consultó su reloj de pulsera antes de decidirse. Casi era la hora del almuerzo.

—No. Vamos directamente a la oficina.

El empleado arrancó el vehículo y encendió el equipo de música. Conocedor de los gustos de su jefe, seleccionó una selección de arias de María Callas para amenizar el trayecto.

Tras apenas quince minutos llegaron a la sede de la empresa. De Castro subió primero a su despacho para dejar el *trolley* y acto seguido se dirigió a las dependencias de Clara. Llamó al timbre un par de veces, pero no obtuvo

respuesta. Supuso que la encontraría en el laboratorio general de bioimpresión. Se desplazó al ala izquierda de la planta y nada más entrar en la estancia la distinguió al fondo. Saludó a los investigadores que se encontraban en la sala y fue al lugar donde estaba su mujer.

Alex Jansen, especialista en regeneración de células sanguíneas, estaba junto a ella. Jansen se había incorporado a Genotypsa al poco tiempo de hacerlo Clara. El científico había sido uno de sus principales colaboradores en el Palmer Manning y Clara pidió a su marido que lo contratara. Al contrario que el joven David Lambert, Jansen era un maduro científico con una larga carrera a sus espaldas. Quizá no tan creativo como el brillante muchacho que había experimentado con embriones de cordero en el útero artificial, pero con una gran solidez. Y, lo que era más importante, merecedor de una confianza que hacía que la doctora Ulman pudiera delegar en él gracias a la seguridad de su solvencia. Fue Jansen quien reparó primero en la presencia de Ramón.

—Buenos días, señor De Castro —dijo al tiempo que se ajustaba las gafas en el puente de su afilada nariz.

El saludo hizo que Clara saliera de su ensimismamiento y levantara la vista. Se hallaba observando cómo un ratón avanzaba por un laberinto en busca de comida.

—¡Qué pronto! —exclamó al ver a su marido.

Ulman le dedicó una sonrisa que trasladó a Ramón a los primeros días de su relación. Él correspondió de la misma forma afectuosa.

—Sí. El avión aterrizó con puntualidad y he venido directamente... ¿Sigues liada? —preguntó, recordando el mensaje que ella le había enviado.

—Ya no. Lo hemos solucionado, afortunadamente. Se trataba de un cultivo de células que nos estaba dando quebraderos de cabeza, pero ya está —dijo sin explayarse en detalles técnicos—. Ahora estábamos con Grini.

En ese momento, Grini, el roedor, empujaba la pequeña portezuela que le permitía acceder a su alimento.

—¿¡Has visto qué listo es!?! —exclamó ella, celebrando el comportamiento del pequeño animal.

—Más que algunos cenutrios que andan por ahí —bromeó Ramón.

Alex y Clara sonrieron. Ambos parecían de excelente humor.

—Te dejo solo —dijo la doctora Ulman a Jansen, posándole amistosamente la mano sobre el hombro—. Si me necesitas, llámame al móvil, por favor.

—Tranquila. No hará falta —afirmó el científico, acariciándose la calva en un gesto característico.

Clara cogió del brazo a su marido y se encaminaron hacia el vestíbulo. Allí ella se adelantó a lo que él iba a proponerle.

—¿Comemos juntos o tienes algún compromiso? —preguntó, agarrándole cariñosamente por la cintura.

—¿Tú qué crees?

Aunque contestó con otra pregunta, la entonación convirtió el interrogante en una seductora respuesta.

—Dejo la bata en mi laboratorio y estoy contigo en cinco minutos —aseguró ella mientras se desabrochaba su uniforme de trabajo.

—¿Te acompaño?

Clara se tomó unos instantes para decidir.

—Mejor te recojo yo en tu despacho.

Ella se demoró bastante más del poco tiempo que prometía. Al cabo de media hora, subió una planta para ir en su busca. Él estaba dando a su secretaria unos documentos. Esta no pudo reprimir un gesto de hartazgo al ver a Clara.

—Perdona, me he liado más de la cuenta —se disculpó con su marido por la tardanza.

—Eres incorregible —la recriminó él cariñosamente.

—Rosalía, ya puede marcharse a comer. Regrese más tarde, ya que hemos retrasado su almuerzo...

Las instrucciones de Ramón y el gesto adusto de la empleada al salir llevaron a Clara a entender que esta le hacía responsable de alterar su horario.

Almorzaron en un restaurante cercano. Ella parecía contenta. Nada que ver con los días anteriores al viaje. Como si nada hubiera sucedido. Le había echado de menos. No se lo dijo, pero su lenguaje físico lo delataba. Al menos fue lo que él percibió.

—¿Tienes algo que hacer ahora? —le preguntó ella después de apurar el último sorbo de café.

—¿Tienes algo que proponerme? —cuestionó él.

Encontró la respuesta en los ojos verdes que tanto habían marcado su vida y que tradujeron el verdadero significado de lo que ella dijo a continuación:

—Tendrás que pasar por casa. Te puedo ayudar a deshacer la maleta...

La hora del cerebro

— ¡Es alucinante! —exclamó David Lambert, sin terminar de dar crédito a lo que estaba contemplando.

El joven investigador se mordía las uñas con nerviosismo para intentar asimilar lo que aparecía ante sus ojos.

— ¡Por fin! ¡Por fin!

Alex Jansen no paraba de saltar. Los pocos cabellos blancos que ya solo le quedaban en las sienes contrastaban con el entusiasmo infantil que demostraba.

La doctora Ulman había pedido a David que subiera a la séptima planta para ser testigo de lo que ella y su colaborador acababan de conseguir: la incipiente creación de un cerebro de ratón a partir de las células epiteliales del propio animal.

— ¿Cómo ha sido el proceso? —preguntó un estupefacto Lambert, sin apartar la vista del receptáculo.

Clara se esmeró en detallarlo.

— La clave ha sido utilizar células madre pluripotentes que, como sabes, tienen la cualidad potencial de convertirse en cualquier tejido que nos interese. En este caso hemos seleccionado un poco de piel de nuestro pequeño roedor y Alex la ha cultivado en la placa de Petri. Tras las manipulaciones pertinentes, ha transformado esa materia, primero en células cerebrales y, posteriormente, en lo que ves —dijo, señalando el proyecto de órgano—. Ya que hemos sido capaces de crear corazones, hígados o riñones,

pensamos que era bastante interesante ponernos manos a la obra con un cerebro, ¿verdad, Alex? —preguntó con impostada frivolidad.

La sonrisa de Clara revelaba una enorme satisfacción.

—Con la diferencia de que es el órgano más complejo que existe —apuntó el doctor Jansen—. ¡Al quinto intento! ¡Menos mal que no desistimos!

El científico no podía contener su alegría. Levantaba el puño a modo de un campeón olímpico en el pódium. Ella decidió mantener los pies en la tierra.

—No podemos cantar victoria todavía. Es preciso acabar de desarrollarlo. Lo único que tenemos por el momento es solo un boceto.

—¿Un boceto? —preguntó su colaborador, sin entender exactamente lo que la doctora Ulman quería decir.

David también la miró interrogante. Clara dedujo entonces que ambos carecían de la cualidad de comprender un término si se sacaba de contexto. Algo habitual en los científicos: a pesar de ser muy inteligentes, a sus colegas les costaba comprender el doble sentido. Ella miraba alternativamente a uno y a otro. Se le antojó que parecían un dúo de cómicos. Lambert, tan pipiolo y espigado, y Jansen, con su calvorota brillante, bajito y compacto. Muy diferentes, pero semejantes por dentro.

—La primera etapa del proceso —aclaró la científica. A continuación, se dirigió a David y le señaló con el dedo índice—: Ahora es tu turno —afirmó, tajante.

—¿Mi turno? —preguntó el muchacho, algo intimidado.

—Vamos a experimentar algo parecido a lo que hacías en la Fred Waterford Corporation con los corderos.

—¿Cómo... cómo dice? —balbuceó el joven, desconcertado.

—Quiero decir que usaremos la misma técnica —aclaró la doctora.

—¿¡La del útero artificial!? —exclamó sorprendido.

—Sí, para terminar de desarrollar por completo el cerebro del ratón.

—Pero si ese ensayo lo realizábamos con un embrión, no con un órgano independiente... —comentó, totalmente desorientado.

—Por eso en esta ocasión no utilizaremos un útero artificial propiamente dicho, sino el biorreactor Alfa —afirmó la científica.

—¿El de su laboratorio?

—No. Ese es demasiado grande. El que tenemos en las dependencias generales. Lo acondicionaremos de forma parecida al dispositivo en el que maduraste los embriones de cordero.

Los dos científicos la miraban expectantes sin llegar a comprender del todo. Clara continuó su discurso con la seguridad de conocer a la perfección el terreno que pisaba:

—Si lo hemos aplicado con éxito para cultivar células y hacerlas crecer, confío en que también lograremos que los tejidos del cerebro maduren en su totalidad.

—¿Quiere decir que lo emplearemos como una especie de útero *sui generis*? —preguntó Lambert.

—¡Eso es! Además de mantener el pH, la temperatura, concentración de oxígeno y las condiciones ambientales propicias para fomentar el crecimiento celular, el Alfa promueve con mucha más efectividad que un biorreactor estándar la creación de los vasos sanguíneos que llevan los nutrientes a las células.

—Bueno... al fin y al cabo, en eso consiste la gestación de un ser vivo: en la formación de diferentes órganos para crear un cuerpo completo —matizó con su voz profunda Alex Jansen, en un intento de entender del todo la propuesta.

—¡Eso es! Lo que vamos a hacer en esta ocasión es «gestar» solo uno de esos órganos —confirmó Clara, dibujando las comillas con los dedos índice y corazón de cada mano.

—Ya... pero... ¿usted cree que podremos lograr la vascularización adecuada de los tejidos? —preguntó Jansen con escepticismo.

Clara emitió un suspiro.

—Ese es el gran problema... Soy plenamente consciente de la dificultad que entraña... Es muy complicado, pero no perdemos nada por intentarlo. Confío en la alta capacidad en este sentido del biorreactor Alfa. De no haber contado con él ni se me hubiera pasado por la cabeza, pero para algo lo tenemos, ¿no? —Ambos científicos hicieron un gesto afirmativo—. Y en el hipotético caso de que lo consigamos, en poco tiempo esta cosa con

apariencia de guisante tendrá la misma forma y peculiaridades que el cerebro de Grini —remató ella, señalando el receptáculo.

—¿Grini? —preguntó intrigado David.

—¡El ratón adulto al que le extrajimos las células! —aclaró Jansen.

El maduro investigador miraba a Lambert como si fuera un extraterrestre recién llegado a la Tierra al que hubiera que explicarle lo más básico. Para Alex Jansen aquel roedor llevaba tanto tiempo siendo un elemento imprescindible en su trabajo, que le parecía increíble que alguien no lo conociera.

A David la emoción le embargaba. Se esmeraba en retirar el mechón rubio que, rebelde, le caía sobre los ojos. Empezó a sudar y su blanquísima piel se tornó rojiza. Incluso se notaba algo mareado. Sentirse un poco más cerca de su sueño le alteraba por completo.

—Trabajarás con Alex. Os dedicaréis en cuerpo y alma a ello —ordenó Clara.

Lambert, con la boca inconscientemente abierta, estaba paralizado. Al final, consiguió reaccionar.

—Lo que ocurre es que no sé si podré compaginarlo con el trabajo en mi sección...

David vio en peligro sus expectativas. De improviso, se le pasó por la cabeza la incompatibilidad de su cometido con esta nueva tarea. La respuesta de la doctora le tranquilizó.

—Dejarás la planta de criogenización. El seguimiento del proceso requerirá todo vuestro tiempo y energías.

—Es muy delicado. Si surge alguna anomalía habrá que reaccionar de inmediato. De lo contrario, se fastidiaría todo —corroboró, serio, Alex Jansen, incidiendo en la aseveración de Clara.

A continuación, los pequeños ojos negros del maduro científico, achinados a la inversa, empezaron a brillar especulando con las aplicaciones del método que se disponían a desarrollar.

—¡Podremos abrir el camino para curar algunos de los principales trastornos cognitivos! —comentó entusiasmado.

David le escuchaba sin contagiarse de su alegría.

—Eso es solamente un primer paso. Sería posible ir mucho más allá —matizó el muchacho, sereno, pero con la mayor de las ambiciones.

Jansen lo miró interrogante. Antes de que el joven se extendiese en su comentario, Clara intervino:

—Para ello habrá que comprobar si es de verdad operativo o únicamente un conjunto de células sin capacidad para funcionar como un cerebro normal. Todo ello en el supuesto de que consigamos desarrollar totalmente el órgano sin que surjan impedimentos durante el proceso. El tiempo dirá...

Bastaron unos días para que se formara completamente el cerebro en el que depositaron tantas expectativas. En la pequeña sala del laboratorio general en la que estaba situado el biorreactor Alfa se encontraban Ulman, Jansen y Lambert. Los tres solos. La brillante luz artificial hacía refulgir la calva de Alex. David se mordía las uñas. Clara, con las manos en los bolsillos de la bata, respiraba tan suavemente que parecía una muñeca de cera. No se miraban entre sí. Apenas hablaban, y cuando lo hacían era en voz baja. Como si el tono normal de conversación pudiera interferir en el milagro que estaban presenciando. El ambiente creado era más propio de iglesia que de laboratorio. Veneraban el cilindro que albergaba el pequeño órgano. Comprobaban con admiración cómo cada una de sus partes estaba formada. Era perfecto. Al menos tan perfecto como podía ser el cerebro de un roedor.

Clara lanzó de pronto lo que llevaba desde el principio del experimento rebullendo en su interior. La segunda etapa del proceso.

—Ahora hay que despojar al ratón que seleccionemos de su propio cerebro y situar este en su lugar —dijo con pasmosa naturalidad.

De golpe, ambos investigadores levantaron la vista del Alfa y la dirigieron atónitos hacia la doctora Ulman.

—¿En serio vamos a hacerlo? —preguntó Jansen maravillado

Clara se limitó a afirmar levemente con la cabeza.

—Pero eso... eso... es imposible... —afirmó el investigador, pasándose la mano por la calva y tan desorientado como si le acabaran de meter la cabeza en una lavadora.

—Intentaremos hacerlo posible. Creo que con los medios que tenemos podríamos conseguirlo —aseguró ella con osadía—. Nos enfrentamos a dos retos: mantener vivo al animal receptor durante este delicado procedimiento y, si superamos esa fase, vendrá la más complicada: lograr que funcionen las conexiones del órgano artificial para evitar que el pobre roedor se nos muera después. Confío en que con la técnica y los conocimientos que ya tenemos será factible. En cualquier caso, lo intentaremos.

—Lo peor que puede pasar es que nos quedemos sin uno de los ratones... —comentó David, encogiéndose de hombros.

—¿Qué criterios seguiremos para escoger al individuo susceptible de ser trasplantado? —preguntó Jansen tras asimilar la información.

—Será el mismo del que provienen las células, ¿no? —manifestó el joven Lambert con ligereza.

—¿¡Despojar a Grini de su cerebro para implantarle el clonado con su propio material genético!? —preguntó Alex, alarmado.

La doctora negó con la cabeza.

—¡Claro que no! Nos limitaría mucho en caso de éxito. Lo ideal y verdaderamente interesante, si la intervención sale bien, será comparar la forma de actuar del ratón primigenio, o sea de Grini, con la del receptor del órgano clonado. Dejemos en paz a nuestro Grini con su cerebritito y comparemos su comportamiento con el del animal al que trasplantaremos el órgano artificial. Todo ello en el hipotético caso, claro está, de que consiguiera sobrevivir este último. Así podríamos contrastar las acciones de dos individuos diferentes con cerebros idénticos.

—¡Por supuesto! ¿Qué sentido tendría despojar a Grini de su cerebro original para trasplantarle el formado con sus propias células? —recriminó Alex Jansen a Lambert.

El experimentado doctor respiró aliviado. Había estado tantas horas en contacto con el roedor, adiestrándolo casi desde su nacimiento en el laberinto, que lo consideraba su pequeña mascota.

—¡Las similitudes y diferencias en las formas de reaccionar de dos seres distintos con cerebros calcados! —se entusiasmó Lambert, al terminar de comprender el ambicioso alcance del objetivo.

Escogieron al ratón más fuerte del laboratorio. Clara quería asegurar, dentro de lo posible, que su organismo aguantaría la complicada operación.

Tres días después, la doctora Ulman realizó la compleja intervención asistida por los dos científicos. Fue un proceso muy largo y extremadamente minucioso. Eran casi las doce de la noche cuando lo dieron por concluido.

—Parece que todo ha discurrido sin incidentes —afirmó ella mientras se despojaba del gorro quirúrgico y los guantes—. Ahora no queda más que esperar.

Los tres estaban agotados. La tensión acumulada les estaba pasando factura. Jansen insistió en que ella y David se fueran a descansar. Él haría guardia y les avisaría de inmediato cuando hubiera alguna novedad.

Cuando Clara llegó a su casa, se encontró a su marido profundamente dormido. Aquel día él había madrugado mucho y su jornada estuvo repleta de reuniones. Ella se metió en la cama procurando no hacer ruido. Ramón apenas notó que su mujer se había acostado: se movió ligeramente y enseguida volvió a conciliar el sueño.

Aunque lo intentó, a Clara le fue imposible pegar ojo durante toda la noche. La cabeza le daba vueltas haciendo especulaciones sobre lo que podría estar sucediendo en el laboratorio. Solo se relajó un poco al pensar que lo peor que podía pasar era constatar que el esfuerzo había sido inútil. Uno más de tantos ensayos clínicos que se quedan en agua de borrajas.

Empezaba a quedarse dormida cuando vibró su móvil. Eran las seis y cuatro minutos de la mañana. En la pantalla apareció el nombre de Alex Jansen. Se abalanzó con rapidez sobre la mesilla para responder a la llamada.

—El animal acaba de despertar.

A Ulman se le saltaron las lágrimas cuando escuchó esas palabras. Percibió en el tono del científico emoción y expectación a partes iguales.

—Voy ahora mismo.

Se levantó con cuidado para no despertar a su cónyuge, pero cuando se disponía a entrar al cuarto de baño él la interpelló:

—¿Cómo ha ido?

—Creo que bien, pero ya te contaré luego. Ahora tengo que marcharme corriendo.

Entró al vestidor y cogió los primeros pantalones que encontró. Remató su vestimenta con un suéter y unas bailarinas. Bajó al garaje y se dispuso a iniciar aquel día tan especial.

El camino se le hizo muy largo. Se sentía como una niña que acude a su fiesta de cumpleaños para recoger los regalos. Cuando llegó, David ya estaba allí. Él y Jansen observaban emocionados hasta el más mínimo detalle. El ratón portador del cerebro artificial apenas se tenía en pie, pero hacía intentos de caminar. Clara se estremeció. Solo había tenido un momento igual de apasionante en su vida científica: cuando vio latir el primer corazón que formó en la bioimpresora.

—¿Cree usted que sería posible utilizar este mismo método para clonar un cerebro humano y poder trasplantarlo después? —se atrevió a preguntar David con ingenuidad.

Clara pensó que solo un crío podía preguntar algo semejante con tal naturalidad. Se tomó tiempo antes de contestarle:

—En primer lugar, las conexiones de nuestro cerebro son mucho más complejas. Y en segundo lugar... —Ulman dejó la frase en suspenso mientras fijaba pensativa la mirada en el roedor trasplantado—. La cuestión no es si sería posible. Es... si nos permitirían hacerlo.

Puntos de vista

—¡Vamos, boss! Es cierto que Clara no ha seguido los cauces habituales. Pero me consta que en ningún momento ha tenido intención de puentearte. Sencillamente ignoraba el procedimiento burocrático a seguir. Ya sabes cómo son los científicos...

Aldrich paseaba por el despacho de De Castro subrayando con el brío de sus movimientos la disconformidad ante lo que consideraba inaceptable. Se mostraba tenso, con la característica actitud de quien siempre juzga a los demás. Las palabras de Ramón, en lugar de tranquilizarlo, aumentaron su cólera.

—¡Me lo tenía que haber consultado! Hubiera tomado las medidas pertinentes para evitar el desorden que impera en bioimpresión.

—¿Desorden? —preguntó Ramón, intrigado.

—Hace y deshace a su antojo. Primero se lleva a Lambert dejando a la deriva la unidad de criogenización y de rebote el departamento de fecundación asistida. Y no contenta con eso...

—Se ha quedado coordinándolo todo alguien tan competente como el doctor Marvin. Además, no olvides que Clara sigue supervisando la unidad. No me preocupa en absoluto —le rebatió Ramón, interrumpiéndole.

—Es que ahí no queda la cosa... —De Castro hizo un gesto con las manos para animarle a seguir—. El colmo ha sido que me ha dejado con el culo al aire al decidir ella, unilateralmente, reestructurar el grupo de investigadores de la séptima planta.

La ira de Jorge contrastaba con la calma de su socio.

—No ha reestructurado nada —le contradijo De Castro, repantigándose en la butaca—. Lo único que ha hecho ha sido establecer que roten para fomentar su motivación.

—Cuando se sientan desmotivados bastaría con que echasen un vistazo a sus nóminas... —sugirió cínicamente.

—¡Oh, vamos! Lo que ganan lo amortizamos más que de sobra y lo sabes. Además, si adquieren más experiencia en cada uno de los campos, todos estarán preparados para reaccionar ante cualquier problema que pudiera surgir.

—¿A qué problemas te refieres?

—Tú eres el que mejor conoce lo delicados que son los aparatos nuevos y su elevado coste. A mí, al menos, me da tranquilidad que toda la plantilla los maneje con solvencia.

Aldrich no refutó esto último. Se limitó a seguir trasladando su escuálida figura de un lado a otro del despacho. Su silencio animó a Ramón a continuar:

—Por cierto, respecto a reclutar a Lambert para su equipo, Clara consideró fundamental contar con su experiencia, ya que era imprescindible trasladar la técnica del útero artificial al biorreactor y poder llevar a buen puerto el experimento. Y... ha sido una decisión bastante rentable, ¿no crees? —soltó con intención.

Jorge tampoco pudo rebatir esto. A raíz de la publicación en *Clinical Magazine* del experimento del ratón, las acciones de Genotypsa subieron notablemente. Nadie hasta ese momento había conseguido clonar un cerebro que tuviera operatividad: el ratón receptor era capaz de ver, oler, comer, sentir dolor... y, lo más extraordinario, se comportaba exactamente igual que Grini, el originario. Incluso había asimilado de tal manera la información que poseía este, que se guio sin problemas a través del laberinto y encontró la comida al primer intento, sin necesidad de adiestrarle. Ese era uno de los detalles que parecía constatar que al roedor trasplantado se le había transmitido la misma impronta neuronal y, en consecuencia, las vivencias del original. Como si el cerebro clonado fuera un disco duro en el que se hubiera grabado toda la información que contenía el órgano primigenio. Tras muchas pruebas, además, habían llegado a la conclusión de que el cerebro del animal

receptor tenía la misma edad biológica que el órgano del que provenía, con idéntico desarrollo y desgaste.

Por supuesto, Aldrich era plenamente consciente de las implicaciones positivas que todo ello suponía para la empresa, aunque se resistiera a reconocerlo. Se esforzaba por evitar delante de Ramón que su lenguaje corporal emitiera la más mínima complacencia que socavara su postura. De ninguna manera podía tolerar que su autoridad fuera puesta en tela de juicio.

Tras recorrer un par de veces más la estancia de arriba abajo, se detuvo al fin frente a De Castro.

—Lo único que pido es un poco de respeto.

De pie, desafiante y altivo, con las piernas abiertas y los brazos cruzados, frunció el ceño y tensó las mandíbulas a la espera de la reacción de su socio y presidente de la empresa.

—Lo sé. Y tienes toda la razón. A partir de ahora, nadie va a saltarse los cauces establecidos —afirmó Ramón, transmitiendo que el mensaje le había llegado.

Jorge, con gesto serio, afirmó ligeramente con la cabeza. Dio la espalda a De Castro y con paso digno salió del despacho.

El detonante

—¿Qué clase de queja es esa? Todo ha sido para mejorar. Es como lamentar que un vino sea demasiado bueno.

—Se trata simplemente de una cuestión de formas, cariño. No te cuesta nada notificarle tus iniciativas respecto al personal. Él se va a sentir mejor. Luego se va a hacer lo que tú consideres conveniente... —dijo, encogiéndose de hombros—. Tal y como van las cosas, Jorge no se va a oponer a ninguna de tus decisiones. ¿Para qué crear entonces tensiones innecesarias, no crees?

Ramón dijo la última frase aderezada con la más atractiva de sus sonrisas. Clara emitió un suspiro de resignación. Las relaciones públicas eran su punto flaco. No se trataba de educación: en eso era exquisita. Pero consideraba un desgaste de energía innecesario lo que para ella era mero pasteleo. Además, el esfuerzo se multiplicaba a la hora de tratar con Jorge.

Acababan de llegar a Le Coq Rico, el restaurante francés situado en la misma calle en la que se encontraba la galería Baltar. Ramón pulsó el botón del convertible para dejárselo al aparcacoches con la capota puesta. En esta ocasión había optado por prescindir de Teo, el chófer. Normalmente, en sus ratos de ocio prefería conducir él mismo y acostumbraba a elegir el Maserati biplaza en lugar del Lexus. La berlina la usaba para ir a trabajar y siempre se acomodaba en la parte trasera. De esa forma, aprovechaba los desplazamientos para preparar reuniones o gestionar asuntos laborales. Elegir un vehículo u otro era una manera de separar trabajo y ocio. No es que él lo precisara, pero cuando iba acompañado de su mujer pensaba que aquel

detalle la ayudaría a alejarla mentalmente del laboratorio. Como una especie de reflejo condicionado a modo de perro de Pavlov.

La cita era con Jorge y su esposa. Así como solía ser habitual que Clara y Úrsula quedaran a menudo, era poco frecuente que cenasen los dos matrimonios juntos. La iniciativa fue de Ramón. Pensó que una cena informal sería la mejor manera de relajar las tensiones entre Jorge y Clara.

Dentro del restaurante, mientras Ramón preguntaba por la reserva, Clara miró a su alrededor. Entre el ajetreado ir y venir de camareros uniformados con el característico delantal negro de la casa, distinguió a Jorge y a Úrsula, ya instalados en la mesa. A Clara le dio la impresión de que estaban discutiendo, dada la contenida tensión que transmitían. Úrsula arqueaba las cejas a la vez que hacía un gesto con la mano que parecía indicar un considerable grado de hartazgo. Al girar la cabeza vio a Clara y a Ramón al fondo. Su expresión cambió y también la de Jorge al reparar en la llegada del matrimonio. Ambos se levantaron para recibir a la pareja.

La docena de pasos necesaria que la separaba de la mesa era una distancia suficiente para que Clara pudiera cambiar de actitud. Resultaba imprescindible hacerlo si no quería que se notase la falta de empatía con Jorge. Aspiró hondo para darse fuerzas. Era un modo de ordenarse a sí misma armarse de paciencia. Sabía que, si no hacía un esfuerzo por mentalizarse, la cena se le haría demasiado cuesta arriba y no serviría para el fin que Ramón pretendía. Mientras este saludaba afectuosamente a Úrsula, Clara se aproximó a Jorge estirando la comisura de la boca con el objetivo de transmitir simpatía. Aproximó la cara para darle dos besos, que él recibió con la satisfacción que provoca la rendición del adversario.

La velada transcurrió de forma distendida. Solo hubo un instante al principio, tras pedir los entrantes, que sobrevino un silencio incómodo. El tintineo de los cubiertos de la mesa contigua se amplificó inexplicablemente. Ramón, con su habitual destreza para esos menesteres, se encargó de amortiguarlo haciendo un chiste sobre los largos delantales negros de los camareros, que casi les llegaban a los tobillos.

—Parecen urracas que fueran a salir a volar de un momento a otro.

Los cuatro se echaron a reír. El tema evolucionó hacia las inexplicables modas que surgen sin que nadie les encuentre sentido alguno, y de cómo se

distingue una mamarrachada de una tendencia que acaba marcando estilo. A partir de ahí, la conversación desembocó en el criterio a seguir para valorar una obra de arte.

—¿Para qué os voy a engañar? En realidad, es un misterio de qué depende la cotización de un artista —comentó Úrsula.

—Supongo que es como en la Bolsa: nadie conoce realmente los resortes que la hacen subir o bajar —matizó Ramón.

Úrsula afirmó con la cabeza tras beber un sorbo de vino.

—Eso es. Por ejemplo, últimamente hay predilección por obras de gran tamaño, y si quieres estar en el mercado no te queda otra que exponerlas. Ese ha sido uno de los motivos por el que me he embarcado en la reforma de la galería.

—¿Cómo va? —se interesó Clara.

—A punto de acabar. ¡Estoy deseando!

—Yo también, porque está insoportable —dijo Jorge, medio en broma, abriendo desmesuradamente los ojos.

Úrsula obvió el comentario de su marido y continuó hablando.

—Ya solo falta retocar pequeños detalles. La hemos hecho mucho más diáfana. De esa forma, podré dar relevancia a piezas de considerables dimensiones. Tengo muchas ganas de que esté terminada para que veáis cómo ha quedado —dijo ilusionada.

Después sacaron a colación variedad de temas, pero evitaron todo lo relacionado con el laboratorio y con asuntos que hubieran podido resultar incómodos. Hasta Clara, a pesar de sus reparos iniciales, estaba disfrutando de la cena y de la charla. La tensión surgió cuando Jorge se fijó en una de las mesas del restaurante.

—¿No es esa Sara Kunis? —preguntó, señalando con la barbilla hacia el lugar en el que se encontraba la mujer en cuestión.

Ramón, Úrsula y Clara dirigieron la mirada hacia donde había indicado. Comprobar que se trataba de la que había sido su última amante antes de conocer a la que ahora era su mujer causó cierta sensación de incomodidad en De Castro. No pudo resistir recriminar a Jorge con un foganazo visual, aunque este no se dio por aludido. Era obvio que acababa de ponerle en un aprieto.

—Eso parece... —dijo, sin darle importancia.

Sara Kunis compartía mesa con dos amigas. Las tres parecían muy animadas, probablemente a causa de la generosa cantidad de vino con la que estaban acompañando la comida.

—¿Pedimos el postre? —preguntó Ramón, cambiando de tema.

—¡Claro! Sé que voy a cometer pecado mortal, pero no me pienso resistir a los *crêpes Suzette*, pero solo si tú también te animas —retó Úrsula a Clara.

—Que no sea yo la culpable de que te prives del antojo —respondió, divertida.

Al levantar Ramón el brazo para solicitar la atención del *maître*, la Kunis reparó en su presencia mostrando en su rostro una mueca de sorpresa. Se recreó en De Castro con una panorámica visual y a continuación en Clara, recorriéndola de arriba abajo. Su gesto evidenciaba la superioridad de haber sido la poseedora previa del trofeo que ahora exhibía esa otra mujer. Por mucho que se hubiera casado con él, Kunis consideraba que Clara Ulman se había tenido que conformar con sus sobras.

Ramón le sonrió cortésmente levantando la cabeza para cumplir estrictamente con las normas de cortesía. El guiño cómplice de la Kunis indicaba que esperaba algo más que ese somero saludo.

—Perdonad un momento.

De Castro se limpió suavemente la boca con la servilleta y la dejó sobre la mesa. Consideró que era preferible ir al lugar en el que se encontraban las tres mujeres. Así evitaría el riesgo de que la que había sido su amante se acercara. Un instante después de que Ramón se levantase acudió el *maître* para tomar nota de los postres. Úrsula pidió sus *crêpes* favoritos mientras Clara seguía con atención el desplazamiento de su marido. Jorge la observaba con detenimiento sin poder reprimir una sonrisa maliciosa de cruel regocijo. Aunque intentaba no dejar traslucir su expectación, secretamente estaba disfrutando de lo lindo con el culebrón que acababa de provocar.

Sara Kunis aguardaba repantingada en su silla con la copa de vino en la mano derecha y el brazo izquierdo posado con indolencia sobre el respaldo. En ningún momento hizo intención de ponerse en pie, forzando así a Ramón a aproximarse a ella para darle los dos besos de rigor. Justo cuando se estaba

agachando para saludarla, Sara acercó la mano a su cara y le acarició sutilmente en un ademán más ambiguo de lo que las normas de educación recomendarían en esa circunstancia. A él le incomodó su comportamiento y Kunis se dio cuenta.

—¡Qué paradito te veo, Moncho!

De Castro torció el gesto tras escuchar el diminutivo con el que solía llamarle en otros tiempos. Ella reparó en el detalle.

—¡Relájate, hombre, que no te vamos a comer!

Las dos amigas que la acompañaban le rieron la gracia. Los vapores etílicos propiciaban el ambiente de desenfado que se respiraba en la mesa.

Él se desplazó a la izquierda de Sara para dirigirse a la mujer que estaba junto a ella.

—¿Qué tal, Valeria? Hace mucho que no nos vemos.

—La última vez fue en la fiesta de despedida que di antes de marcharme a vivir a Londres.

—Sí, es verdad. ¿Has vuelto para quedarte?

—¡Dios me libre! Llevo solo unos días de vacaciones y, si te soy sincera, me está cansando más que nunca el ambiente provinciano que se respira aquí —respondió la tal Valeria con afectación.

Sara Kunis festejó el comentario.

—A Marta no la conoces, ¿verdad? —intervino, ejerciendo su papel de maestra de ceremonias.

La tercera integrante del grupo era una pelirroja despampanante con los pechos operados y, aunque su aspecto era más vulgar que el de las otras dos, se la veía más sobria y comedida. Ramón se acercó a ella y la saludó educadamente. A continuación, Sara volvió a reclamarle señalando la silla vacía que estaba a su lado y le indicó que se sentara. Él se resistió en un primer momento, pero cedió ante la insistencia de ella.

—Está claro que si quiero saber de ti me veo obligada a comprar la prensa del corazón...

—Bueno... eso no es ningún sacrificio. Te encanta leerla... y formar parte de ella —respondió él, sonriendo.

Kunis acusó el golpe, aunque lo disimuló con actitud altanera.

—El problema es que tampoco te encuentro últimamente en las revistas... ¿Te acuerdas de las fotos que nos sacaron en el mar Rojo?

—¡Sí, claro! ¿Cómo las iba a olvidar? —respondió Ramón con retintín.

—Fue un reportaje precioso... —comentó soñadora. Él subió una ceja expresando su escepticismo—. ¿No te gustó? —preguntó ella con sorpresa impostada.

—Hubiera preferido saber que nos estaban fotografiando.

—Me juego lo que quieras a que no has vuelto a bucear desde entonces —especuló la Kunis, desviando el cauce de la conversación.

—Las cosas cambian, Sara.

—Mientras sea para bien... —dijo ella con cara de asco.

—¿No te lo parece?

—Lo que a mí me parezca importa poco. Pero digo yo que merezco que me pongas al día personalmente —apostilló con más curiosidad que enojo.

—¿Y eso por qué? —preguntó Ramón con coquetería.

—Hombre... no te digo que me invitaras a la boda... pero podrías haberme llamado alguna vez para charlar... como un par de buenos amigos que se cuentan sus cosas.

Ella dijo esto último aproximándose a él para peinarle las cejas en un mimo lo suficientemente cómplice como para adivinar que se lo dedicaba cuando eran amantes. Al menos eso fue lo que Clara percibió desde la distancia mientras oía a Úrsula hablar sobre los materiales empleados para la renovación de su local. Por fortuna, la dueña de la galería se hallaba tan entusiasmada en los detalles que no reparó en que su amiga estaba más pendiente de lo que sucedía unos metros más allá que de atenderla. La llegada del camarero con el postre y la ceremonia de verter el licor sobre los *crêpes* para quemarlo impidió la visibilidad de Clara durante unos instantes. Discretamente, ella volvió a dirigir la mirada hacia la mesa de la Kunis sorteando la exhibición de las llamas. Clara se esforzaba en mantener una expresión neutra, aunque no era fácil. Especialmente, en el momento en que vio a Ramón recorriendo con su mano la melena rubia de aquella mujer. En realidad, le estaba haciendo un comentario admirativo sobre su nuevo corte de pelo, pero Clara pensó que ese gesto nunca lo había tenido con ella. De repente, se le quitaron las ganas de degustar el postre que con tanto mimo

había flambeado el hombre del largo delantal negro. Por su parte, Jorge seguía la acción de lo que ocurría en ambas mesas con el mismo interés con el que presenciaría la final del Roland Garros.

Objeciones éticas

En el gimnasio instalado en el ático, Clara apuraba con un *sprint* los últimos minutos programados en la cinta de correr. Los compases de «All the Lovers» en sus oídos se interrumpieron con el sonido de la llamada entrante. Coincidió con el timbre que indicaba la finalización de su entrenamiento. El nombre de Úrsula apareció en la pantalla del teléfono. Mientras ralentizaba el paso, pulsó la tecla de respuesta.

—¿Tienes una televisión cerca? —preguntó Úrsula.

—Sí. Espera...

—Pon el tercer canal.

Cogió la toalla que tenía colgada del manillar y bajó del aparato. Se secó el sudor de la cara y, mientras recuperaba el aliento, se quitó los cascos y sacó la clavija del móvil. Dio unos pasos hacia la mesa auxiliar donde se hallaba la bandeja de los mandos. Rebuscó entre media docena de ellos hasta que encontró el que buscaba. Siguiendo las indicaciones de su amiga, conectó el televisor. Fue pulsando hasta que encontró el canal. La primera imagen que apareció fue la de un numeroso grupo de personas portando pancartas.

«Sí a la individualidad», «Stop a la barbarie», «El alma no se trasplanta», «Un cerebro es una vida», «Cada ser vivo es único», fueron algunas de los lemas que le dio tiempo a leer. Seguidamente, apareció un plano general de la fachada de Genotypsa con un grupo de manifestantes bloqueando el acceso a las instalaciones. El sonido estaba demasiado bajo para escuchar con claridad la locución. Clara subió el volumen:

«... Aunque se limita a un experimento con roedores, los manifestantes quieren alertar de los riesgos potenciales de esta técnica si se sigue desarrollando...».

La voz del periodista dio paso al delegado de los allí presentes. Una robusta cabeza de hombre con cabellos blancos y papada se pronunció soliviantada:

«Lo que exigimos es una regulación. No todo vale. Hay que concienciar a la sociedad del peligro de ciertos avances tecnológicos. Permitir que se desarrollen sin control es demasiado comprometido. Tanto, que puede poner en riesgo nuestra civilización. Deberían saber que no se puede jugar a ser Dios sin tratar con el diablo. La toma de decisiones para prevenir...».

Clara bajó el volumen para que la perorata se oyera solo de fondo.

—Vaya... El señor Quivera presidiendo la concentración.

—¿Lo conoces? —preguntó Úrsula al otro lado de la línea.

—Más o menos... El buen hombre se dedica a tocar las narices siempre que se le presenta la ocasión —resumió Clara al tiempo que apagaba el televisor y volvía a depositar el mando a distancia en la bandeja.

—Quizá deberías emitir un comunicado.

—¿Para qué?

—Pues para matizar. De esa forma impedirías que las cosas se salgan de madre. Ya sabes cómo es la prensa sensacionalista...

Clara paseaba entre las máquinas para terminar de bajar las pulsaciones.

—No quiero entrar en conflicto. Por eso me he negado a conceder entrevistas. «Alma, ética, Dios...» —pronunció en tono cansino—. Estoy harta de las grandes palabras, Úrsula... ¿Es que es tan grave quitarles las mayúsculas?... No, no voy a hacer ninguna declaración. Sería engordar la bola y dar juego a estos personajes. Quien quiera detalles sobre el ensayo, que lea lo que hemos publicado. No pienso dedicar ni un minuto a entrar en dilemas que no me corresponden. Eso se lo dejo a los tertulianos y a los filósofos. Yo solo soy una investigadora que trabaja con los elementos que tengo a mi disposición. Punto.

En vista de la contundente respuesta de Clara, Úrsula dio un giro a la conversación.

—El maquetista me ha enviado dos versiones del catálogo para la próxima exposición. Me gustaría que les echaras un vistazo antes de elegir el definitivo.

El rostro de Clara se transformó. El cambio de tercio la relajó lo suficiente como para sentarse en uno de los bancos y, de esa forma, poder hablar más cómodamente con su amiga.

—¡Claro, me encantaría! —exclamó, suavizando el tono áspero que estaba empleando antes.

—Ya sabes... cuatro ojos ven más que dos.

—¡Será un placer! Es un honor que te interese mi opinión.

Después de charlar un rato sobre algunas cuestiones intrascendentes dieron por finalizada la conversación. Acto seguido, Clara fue en busca de su ordenador portátil y lo llevó al cuarto de baño. Lo encendió y buscó una página que cubriera en directo la manifestación: antes de dirigirse al laboratorio quería estar segura de que Marcos Quivera y todos los suyos habían abandonado la entrada de Genotypsa. Aprovechó para depilarse mientras se mantenía al corriente de la marcha del acto. Después se duchó con tranquilidad. Ese día, al contrario de lo que era su costumbre, se tomó con calma su llegada al trabajo.

Reencuentro

Clara supo que ya no amaba a Ramón cuando le vio coquetear con Sara Kunis en Le Coq Rico y no le dolió. De hecho, se preguntó si alguna vez le había querido realmente. Otra cosa era que él no le importara. Eso sí. No quería perderle. Pero de lo que estaba segura era de que aquel episodio no la hizo sufrir. Ni siquiera la puso de mal humor. Se podría decir que la dejó fría, como si hubiera visto comportarse de ese modo a un simple desconocido. Con la vergüenza ajena que provoca la zafiedad, pero nada más.

Al contrario que él, en el tiempo que llevaban casados, Clara no se había esforzado en conseguir que la emoción de los primeros tiempos se prolongase. Simplemente se había dejado llevar por una relación que le proporcionaba momentos agradables, incluso felices. Y estabilidad. Por otra parte, sabía que lo que observó aquella noche no tendría consecuencia alguna: flirtear con mujeres se hallaba en el ADN de Ramón. En él era una forma natural de comunicarse. Aunque una cosa era un sutil coqueteo y otra lo que presenció aquella noche. Algo cambió en Clara cuando le vio exhibir delante de sus ojos esas artes de conquistador. Aquello le hizo contemplar su matrimonio con una perspectiva diferente a la que había tenido hasta entonces. Ramón nunca le había parecido vulgar... hasta aquel instante. Su comportamiento de pavo real desplegando las plumas para acaparar la atención de aquellas mujeres fue de mal gusto. La imagen de la Kunis, junto a sus dos amigas, riendo las gracias del macho testosterónico en el que había mutado su marido hería su sensibilidad. Si las relaciones que tienes o has tenido te definen, lo que se traslucía en esa complicidad dejó en mal lugar a

Ramón a los ojos de Clara. Ese impulso dominador que se intuía en sus ademanes jamás lo había ejercido con ella: Ramón era lo suficientemente inteligente para detectar los gustos de Clara desde el principio. Por eso le costaba entender por qué se dejó llevar de esa manera olvidando que ella estaba delante. Perdiendo el decoro más elemental.

Ese juicio de valor que estaba practicando respecto a su marido en absoluto implicaba que ella fuera a tomar medidas al respecto. ¿Por qué habría de hacerlo? La desaparición de la parte sentimental no implicaba que su relación hubiese dejado de funcionar. De hecho, lo hacía de una forma diferente, más madura. Mientras la convivencia fuera razonablemente cómoda descartaba iniciar un proceso que solo le acarrearía quebraderos de cabeza. En último término, eso era lo único desencajado en el transcurso de sus días. Sus revisiones rutinarias de corazón no mostraban indicios preocupantes y el equilibrio reinaba en su devenir cotidiano. Además, lo que había deseado durante tanto tiempo estaba al alcance de su mano. Los escollos que Jorge, el socio de Ramón, iba colocando en el camino se contrarrestaban con los buenos resultados económicos que sus hallazgos proporcionaban a Genotypsa. Podría decirse que eran la patente de corso que le deparaba la libertad de actuación con la que siempre había soñado.

Esos pensamientos rondaban por su cabeza mientras esperaba a que Doris Kininmott terminara de hablar con un colega. A Clara no le gustaban las recepciones. Le parecían enormemente aburridas. Se solía situar en un rincón para perderse en su mundo interior trasladándose a algún lugar mental más sugestivo para ella. Miró el reloj y a continuación se fijó en la seriedad con la que Doris departía con aquel hombre de barba blanca y aspecto sesudo. Seguramente contrastaban opiniones respecto al tema sobre el que había versado la mesa redonda organizada por embajada de los Estados Unidos: «Ingeniería genética mediante estructuras tridimensionales». Las doctoras Ulman y Kininmott formaban parte del grupo de los seis expertos invitados a participar en el acto. Tras la finalización del mismo, se ofreció un cóctel. Clara daba un sorbo a su copa de champán cuando vio a Doris acercarse. Había sido una gran alegría volver a ver a su maestra. Tenía mejor aspecto. En el trascurso de los últimos tiempos había perdido peso:

prescripción facultativa. Además, se había maquillado y peinado para la ocasión. Aprovecharon para ponerse al día.

—El discurso del embajador podrá ser muy bonito, pero la realidad es que desde que dejaste el Palmer solo hemos podido trasplantar otro hígado y un pulmón creados en la 3D —se lamentó Doris mientras un camarero le ofrecía una bebida.

—Ya... Es desesperante —asintió Clara, conocedora de la situación.

Doris dio un trago al zumo de tomate que había elegido y se encogió de hombros con resignación.

—El proceso es tan caro que muy pocos pueden permitírselo. Así que al común de los mortales no le queda más remedio que seguir esperando un donante compatible. A veces pienso que no sirve para nada lo que hacemos.

—Eso no es así, Doris. Ya sabemos que de nosotros solo depende la parte básica. El resto está en manos de *lobbies* de poder. Recogeremos los frutos. Más tarde de lo que sería deseable, eso sí. Pero nadie puede poner puertas al aire.

—Para ti es más sencillo, *my dear*. Tu cometido se centra fundamentalmente en la investigación. Pero cuando el testigo lo toman los médicos la cosa cambia.

Clara reconocía con su silencio lo que acababa de aseverar su maestra. De pronto recordó que un par de semanas atrás le mencionó en un correo electrónico que acababa de ser abuela.

—¿Cómo está Tommy?

La seriedad de Doris se tornó en alegría. Abrió su bolso y sacó un retrato del recién nacido.

—*It's nice, isn't it?*

Observando la foto, a Clara se le antojó que compartía con su abuelo, además del nombre, la misma cara de conejito.

—*Sure...!* ¡Qué gracia! Me recuerda a Tom.

—Sí... Todo el mundo dice que tiene sus mismos ojos.

Doris empezó a detallar las gracias del bebé como hubiera hecho en su lugar cualquier otra abuela. A Clara le resultó tierno contemplarla en esa faceta.

—¿Te quedas aquí un día más? —le preguntó.

—Sí. Me convenciste.

—¡Estupendo! Así llevarás mejor el *jet lag*. Y además... —A Clara se le iluminó la cara. Después, en su rostro se adivinó un guiño pícaro, casi infantil. Como el de un niño que ha hecho una travesura que considera divertida y no la quiere seguir manteniendo en secreto por más tiempo—... Mañana quiero enseñarte algo que creo te va a impresionar.

La última fase

Ulman aguardaba inquieta a su mentora en el vestíbulo del ala derecha de la séptima planta. Paseaba de un lado a otro sin apartar la vista de los ascensores. Le habían comunicado desde recepción su llegada y no era capaz de esperarla sentada en el despacho. La impaciencia provocaba que el corazón le latiera con fuerza. Iba a ser testigo de la reacción de su maestra ante lo que le iba a presentar. Y quería disfrutarlo. No solo porque la hubiera llevado de la mano desde los comienzos de su carrera. Tampoco por ser una autoridad en el mundo de la ciencia. No. Sencillamente porque le iba a demostrar que había asumido plenamente su filosofía. La respuesta de su admirada preceptora al comentario de alguien que tildó de inviable y poco práctico uno de sus proyectos se le quedó grabada: «El pragmatismo consiste en hacer realidad los sueños».

Doris fue la precursora. La que sentó las bases para llegar al punto en el que se encontraba ahora. «La siguiente fase». Así le gustaba denominar al experimento que desarrollaba en absoluto secreto. Podría haber elegido a cualquiera de los brillantes científicos del Palmer Manning, pero la escogió a ella para ser su asistente. Confió algo tan sensible a una muchacha que en aquel momento todavía era una veinteañera. La siguiente fase... El culmen de su carrera... Clara había recogido su testigo y, poco a poco, con minuciosidad artesana, le había ido dando forma en Genotypsa. De hecho, había superado el objetivo de su maestra. Sí. Había alcanzado la última fase. La que va más allá de la siguiente. Ahí se encontraba ahora: en la última fase.

La puerta del ascensor por fin se abrió. Doris salió cargada de paquetes.

—He aprovechado para ir de compras. Quería llevar un regalito para Tommy, y ya ves —dijo, mostrando lo voluminoso de las bolsas—. ¡A ver si me cabe todo en la maleta...! ¿Te encuentras bien?

Kininmott conocía perfectamente a su pupila y percibió su nerviosismo.

—Mejor que bien —respondió Clara, ilusionada.

La liberó de los bultos y la condujo al interior de sus dominios. Una vez dentro, bloqueó la puerta para que nadie las molestara. Traspasaron el pequeño vestíbulo y llegaron al despacho. Mientras Clara colocaba los paquetes sobre la mesa de escritorio, Doris curioseaba la habitación. Miraba las fotos que mostraban momentos importantes de la vida de Clara. Sonrió al ver que tenía enmarcada una junto a ella. A continuación, se dirigió hacia la parte derecha. Se quedó observando el cuadro enmarcado en la pared.

—Es el que te regaló Ramón, ¿verdad?

—Sí. *Mi otro yo* —respondió Clara.

Doris no hizo comentario alguno. Clara tampoco le preguntó si le gustaba. Tenía la cabeza en otro sitio. Estaba ansiosa por conducirla al laboratorio. Se acercó al acceso que dividía ambos ambientes y acercó la huella dactilar al lector que permitía el acceso a las instalaciones. Primero entró Clara. Después indicó a Doris con un gesto que hiciera lo mismo. Esta empezó a analizar con la mirada los sofisticados equipos que se encontraban allí dentro.

—Es envidiable todo lo que tienes aquí, *my dear* —comentó Kininmott con admiración a medida que iba reparando en los caros aparatos.

—Y todavía no has visto lo mejor...

Recorrieron por completo la estancia hasta llegar al fondo. Entonces Clara se detuvo ante otra puerta que requería de nuevo su huella dactilar. Acercó el pulgar izquierdo y el clic que sonó a continuación accionó una puerta corredera.

—Quiero que sepas que eres la primera persona que va a ser testigo de lo que hay aquí dentro.

Ejerciendo su rol de maestra de ceremonias, se apartó hacia un lado. Mediante un pomposo ademán con su brazo derecho acompañado de una reverencia le indicó que pasara al interior. Como si su mentora fuera una reina y ella la doncella que le cede el paso con respeto.

Kininmott apenas tuvo que caminar unos pasos para quedarse petrificada ante lo que surgió frente a ella. Se paró en seco y se mantuvo inmóvil. Incapaz de accionar un solo músculo, apenas pestañeaba. Únicamente era capaz de recorrer con su mirada la superficie del biorreactor Alfa. Más exactamente lo que contenía ese gran cilindro. A través del cristal de la parte frontal, lo examinaba de arriba abajo. De un lado a otro. Escrutando lo que había en su interior. Dentro, un ser vivo respiraba. Sus signos vitales estaban monitoreados.

Clara no quería perderse un ápice de la reacción de Doris. Lo único que advirtió en ella fue un gesto apenas perceptible. Le pareció que se tambaleaba, como si se estuviera mareando. Reparó en que su maestra movía ligeramente la cabeza de un lado a otro negando la evidencia. Intentando convencerse de que lo que tenía ante sí no era más que un producto de su imaginación. Después de unos segundos que a Clara le parecieron una eternidad, Doris volvió la mirada hacia ella y luego en dirección al gran cilindro. Comparando. Cerciorándose de que aquello no se trataba de una fantasía.

Clara desnuda, dormida... duplicada...

—Eres tú —alcanzó a pronunciar.

—No. Es Carla.

De vuelta en el despacho, Doris aguardaba sentada en el sofá a que Clara sacara dos refrescos del frigorífico. El silencio solo se alteró con el sonido del gas que escapaba de las latas al verter su contenido en los vasos. Kininmott la observaba desde detrás. Reparaba en el blanco impoluto de su bata y en las perneras desgastadas de los pantalones vaqueros que asomaban por debajo. Como si su intelecto necesitara distraerse con algo prosaico para compensar el impacto anímico recibido unos minutos antes. La siguió con la mirada hasta que tomó asiento junto a ella. Clara entonces le ofreció uno de los vasos mientras la interrogaba con sus ojos. Doris se limitó a dar un trago a la bebida y a fijar la mirada en el suelo. Su cercanía, que siempre había asumido con normalidad, ahora la tensaba. Doris estaba descolocada. En su interior fluían sentimientos encontrados. Por un lado, le fascinaba la materialización que su

pupila había llevado a cabo, pero, por otro, la transgresión cometida le provocaba una intensa sensación de repulsa.

—¿Crees que he ido demasiado lejos?

Clara sabía perfectamente que esa pregunta era una provocación. Sobre todo, dirigida a alguien como Doris Kininmott.

—Tú eres la única que puede responder a eso...

No era lo que le habría gustado escuchar. Todo el tiempo imaginó una reacción entusiasta por su parte.

—Era lo que estábamos buscando, ¿no? «Todo el mundo podrá tener un duplicado de cualquiera de las partes de su cuerpo. Lo haremos realidad». Son tus palabras, Doris.

—Exacto. Un banco de órganos completo al que poder recurrir en caso de necesidad. ¡Pero lo que hay ahí dentro es un ser humano! —aseveró, perpleja.

—¡Vamos, Doris! Llamemos a las cosas por su nombre. Estábamos creando cuerpos completos. Lo único que les faltaba era la cabeza. Cuando dejé el Palmer ya habíamos diseñado un perro. Y tú ahora estás a punto de completar un primate.

—No te confundas. En ningún momento hemos dado vida a animales. Son conjuntos de órganos ensamblados —especificó.

—¡Con las funciones vitales básicas reguladas artificialmente! —dijo, levantando la voz más de lo prudente—. Llegar a esto era una consecuencia inevitable —aseguró con vehemencia, señalando hacia el cuarto donde se encontraba la criatura.

—Es increíble... ¿cómo has podido?

Clara solamente apreció el primer nivel de la pregunta que le hacía Doris. Pareció no percatarse de la desaprobación implícita que contenía.

—La clave fue culminar con éxito el ensayo del ratón. Hasta entonces conocíamos la forma de configurar todos los órganos excepto el cerebro. Por eso no formábamos cabezas, ¿o es que se te ha olvidado?

Doris desvió la mirada para no tener que responder ante lo que era una recriminación semejante a la que ella acababa de hacerle.

—Compréndelo, tenía que verificar si era factible utilizar el mismo procedimiento para crear un cerebro humano —dijo Clara ya más calmada.

—¿Qué has hecho para lograrlo? —preguntó Doris, incapaz de resistir la curiosidad.

—Combinar las prestaciones del biorreactor Alfa con el método del cultivo tridimensional. Básicamente el mismo proceso que seguimos con el roedor.

—Y recurriste a tus células para realizar el experimento...

Doris constataba la evidencia con un tono de reproche. Queriendo confirmar que Clara era del todo consciente del verdadero alcance de lo que había hecho.

—¿Tenía otra opción? —preguntó, abriendo desmesuradamente los ojos—. ¡Pero si tuvimos que mantener en secreto que estábamos experimentando con perros y tú ahora con monos para evitar que se nos echaran encima! —Ulman buscaba desesperadamente la comprensión de Kininmott. Ante la ausencia de comentario alguno por parte de esta, prosiguió—: Tuve que ejercer yo misma de conejillo de Indias —dijo, golpeándose el pecho con la mano, reafirmandose—. Era la única manera. De otro modo, la información habría trascendido y no me habrían permitido trabajar en el ensayo. ¿Es que es tan difícil de entender? —Doris, callada, la miraba con seriedad—. Era lo único que nos faltaba por conseguir, Doris. ¡El cerebro! —subrayó entusiasmada. En la expresión de la doctora Kininmott se mezclaban desconcierto y estupor. No hallaba las palabras que reflejaran todo lo que pensaba en ese momento. Dejó que Clara continuara explayándose—: Y después... pensé que se podría ir un poco más lejos. Ya era posible clonar la cabeza completa y conectarla con el resto para formar un todo. Era imposible dejar a medias la historia que estábamos forjando. Habría sido insoportable parar. Piénsalo: de no haber sido yo, alguien, más pronto que tarde, la habría culminado.

En vista de que nada de lo que decía motivaba una respuesta, Clara se levantó y comenzó a pasear como un tigre enjaulado de un lado a otro de la sala, ahora inmersa en la turbulencia que bullía en el interior de su cabeza. Se paró frente a su maestra y le dirigió una mirada cuya intensidad heló la sangre a Doris.

—No he hecho más que coronar tu idea. Tú horneaste el pastel. Yo solo he puesto la guinda —le espetó.

Kininmott torció la boca en un conato de sonrisa. En otras circunstancias habría considerado las palabras de su pupila como un elogio. Pero el tono con el que Clara las pronunció la inculpaba. La estaba haciendo cómplice de aquella aventura. No le rebatió porque, en el fondo, sabía que tenía razón. Las ideas tienen alas y una vez emprenden el vuelo es imposible controlar hacia dónde se dirigen.

Clara estaba profundamente enfadada. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para contenerse. Si hubiera estado sola la habría emprendido con el mobiliario, o se habría puesto a gritar sin control. Lo que más le podía enojar era que las cosas se desarrollaran de modo tan distinto al previsto. La rabia la invadía. Notaba la vena de su cuello palpar tan desagradablemente que se la habría arrancado si se hubiera dejado llevar por sus instintos. Estaba convencida de que iba a recibir la bendición de su maestra y era obvio que se encontraba muy lejos de lograrla. Lo que más le desesperaba era su silencio. Tenía ganas de zarandearla y así conseguir una reacción visceral: que la golpease o le gritase. Pero no podía soportar esa indolencia.

Doris, por su parte, se limitaba a observar el movimiento de las burbujas en el vaso que sujetaba entre las manos. Después de un rato lo depositó lentamente sobre la mesa y se levantó del sofá. Se aproximó de nuevo al habitáculo donde estaba situado el biorreactor Alfa y empezó a escudriñar a través del cristal cada centímetro del ser que se hallaba dentro del gran cilindro. Era asombroso. La complexión física, el pelo, el tono de piel, el dibujo de las cejas, los labios, el pequeño lunar en el lado inferior del ojo izquierdo... incluso las pequeñas arrugas de expresión... Ni siquiera los gemelos univitelinos llegan a ser tan idénticos de adultos, pues durante el embarazo el transporte de oxígeno de la madre es menor en uno de los compartimentos de la placenta y, en consecuencia, hace que se establezcan pequeñas diferencias entre los hermanos desde el nacimiento; luego, con el paso del tiempo, las distintas experiencias vitales suelen reflejarse en sus rostros y cuerpos estableciendo algunas disparidades. Pero a aquella criatura se le marcaban los mismos surcos en el entrecejo y exactos pliegues en los extremos de la boca. Asimismo, a Doris le pareció distinguir que en las sienas de ambas asomaban algunas canas incipientes. No parecía más joven ni mayor, ni más delgada ni más gruesa, ni más morena ni más pálida...

Imposible hallar la diferencia por mucho que se las comparase. La cuestión era que aquel ser no era la gemela de Clara, pues no provenía de una madre común... ¿Qué es lo que era entonces? ¿Su reflejo de carne y hueso? ¿Otra versión de sí misma? ¿Su clon? Desde luego no al estilo del experimento que se hizo en el Instituto Roslin con las ovejas: Dolly necesitó desarrollarse en el interior de una hembra hasta su nacimiento y, por supuesto, nunca hubiera coincidido en edad con el animal del que provenían sus células, ya que pertenecían a generaciones distintas... Era extraordinario lo que Clara había conseguido: el clon perfecto.

—Y ahora, ¿qué piensas hacer?

La pregunta de su maestra la pilló de improviso. Aún no había tenido tiempo de tomar una decisión al respecto. Respiró varias veces para sosegar. Necesitaba mostrarse calmada. No podía ofrecer a Kininmott la sensación de que era una loca o algo parecido. Eso habría sido el peor remate de una situación que, muy a su pesar, había discurrido por cauces tan imprevistos. Se mentalizó para hablar despacio y sin levantar la voz.

—En principio, mantenerla en observación. Las constantes vitales se mantienen reguladas. El biorreactor se ha encargado hasta ahora de su mantenimiento y conservación. Creo que ya está totalmente formada. En breve la sacaré del aparato y la mantendré sedada y monitorizada. Mientras las condiciones sean las adecuadas, no tiene por qué haber ningún problema para que Carla pueda seguir viviendo.

Carla... su nombre con el orden de las letras alterado. Así había bautizado a su criatura. Lo pronunció con la naturalidad con la que se habla de una amiga o de una hija. A Doris Kininmott un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

Sin comunicación

El sonido de la alarma indicó que algo marchaba mal en el aparato que controlaba el estado de Carla, su criatura. La monitorización había sufrido un pequeño colapso. Nada grave. Se trataba de un simple desajuste electrónico que pudo volver a regular sin consecuencias. Las extraordinarias medidas de seguridad eran tales que tendría que caer una bomba atómica en el laboratorio para que cualquiera de las máquinas dejase de funcionar. Clara lo sabía perfectamente, pero aun así el susto fue mayúsculo y le hizo perder la noción del tiempo.

Hacía apenas una semana que había trasladado a Carla desde el biorreactor Alfa a la mesa electrohidráulica, que había acondicionado a modo de camilla, y era imprescindible fijarse detenidamente en la evolución de su estado. Por suerte, el pequeño inconveniente surgió estando Ulman en el laboratorio, pero le inquietaba que volviera a pasar sin encontrarse ella presente. Sabía que su miedo carecía de fundamento, pero se jugaba tanto con aquello que le era imposible deshacerse de esa desconfianza irracional. En previsión de que un imprevisto como aquel pudiera ocurrir, ya se había equipado con un sofisticado *smartwatch* en el que descargó una aplicación que le avisaría si detectaba alguna irregularidad en el estado de las constantes vitales. Este *gadget*, además, estaba sincronizado con una cámara que permitía observar a través de su pantalla lo que ocurría en el interior de la habitación, de modo que la facultaba para mantener la vigilancia de Carla sin importar el lugar en el que se encontrara.

El problema surgió tan de improviso que no se percató de que la batería de su móvil se había agotado. Cuando quiso darse cuenta lo conectó a la red. Al adquirir carga suficiente, apareció en la pantalla la notificación: siete llamadas perdidas de Ramón. Las doce cincuenta y siete. La primera impresión fue que el teléfono se había estropeado. Pero el *smartwatch* le confirmó la exactitud de la hora. La reunión en el Ministerio de Investigación y Desarrollo habría empezado hacía un buen rato. A Clara se le hizo un nudo la garganta. El representante del Gobierno había convocado a los delegados de diversos sectores sociales y tecnológicos. El objetivo era contrastar los diferentes puntos de vista con el fin de redactar una ley para regular los límites de la experimentación genética. Ramón iba a representar a Genotypsa, y Clara fue citada como artífice de uno de los experimentos que más controversia habían suscitado en los últimos años: la creación del cerebro duplicado del ratón y su posterior trasplante. No debía faltar bajo ningún concepto. ¿Cómo se había despistado de esa manera? Más que la poca consideración que implicaba un plantón al ministro, le preocupaba la reacción de su marido. La noche anterior habían preparado juntos la reunión y recordaba su insistencia sobre la necesidad de llegar con margen suficiente... *¿Pero cómo he podido ser tan gilipollas!? Ahora, por mucha prisa que me dé, es imposible llegar antes de la una y media...* Y eso era demasiado tarde. Conocía la duración habitual de esos actos y era contraproducente aparecer cuando, con toda probabilidad, estarían a punto de darlo por finiquitado. Desde luego, era preferible no acudir que demostrar una inaceptable falta de formalidad. Al faltar, especularían sobre si habría sucedido una contingencia imponderable. Barajó la posibilidad de enviar un mensaje a Ramón, pero prefirió esperar a que él la llamara al salir del ministerio.

Al contrario de lo que suponía, Ramón no contactó con ella. Eran ya las cuatro de la tarde cuando Clara decidió telefonarle. Tenía el móvil encendido, pero no respondía a la llamada. Lo volvió a intentar varias veces a lo largo de la tarde con el mismo resultado. Decidió marcharse a casa. Justo cuando se había preparado para salir alguien llamó a la puerta. Supuso que sería él. Se aseguró de que había bloqueado el cuarto donde estaba instalada

Carla, su clon, y se mentalizó para pasar el trago lo más rápidamente posible. No era Ramón a quien se encontró al abrir, sino a Rosalía, su secretaria.

—El señor De Castro quiere confirmar que se encuentra bien.

La forma de decirlo fue con corrección y distancia, como lo haría un mayordomo. Con pulcritud, pero con un cierto matiz de desagrado. Sin implicarse. Aunque era un rostro tan inexpresivo que era difícil saber lo que en realidad estaba pensando. Rosalía era como un apéndice de su jefe y, aunque siempre estaba presente, se las ingeniaba para parecer invisible. A Clara aquella actitud le parecía la adecuada en una persona cuyo cometido requería una gran dosis de discreción. Pero en ese momento hubiera agradecido que su semblante transmitiese algún atisbo del tono y del estado emocional con los que su superior le había encomendado el recado.

—Sí, perfectamente. Pero...

—Bien. Se lo diré.

La secretaria no tenía la más mínima intención de escuchar nada que se saliera de una ajustada contestación a lo requerido.

—¿Está Ramón ahora en su despacho?

—No, doctora.

Clara esperaba más detalles, pero Rosalía continuaba de pie delante de ella. Impertérrita. Tan paralizada como su peinado. Como si a toda ella la hubiesen rociado con laca. Ese aspecto *vintage* llevaba a creer que seguiría tecleando en máquina de escribir, aunque a Clara le constaba que, pese a la edad que aparentaba, manejaba con pericia la informática. Era imposible imaginarla en otro contexto que no fuera el de la oficina. En la playa tomando el sol, por ejemplo. O bebiendo unas copas con amigos. Todavía más difícil era situarla en su infancia: jugando o haciendo alguna travesura.

—¿Ha salido a algún sitio?

—Ha estado ausente de la oficina durante todo el día. Me ha dicho que la vería en casa.

A continuación, después de dar por finalizado el cometido que se le había encargado, dio media vuelta y volvió sobre sus pasos. Su forma de moverse era tan indescifrable como su rostro.

Ya había anochecido cuando Ramón llegó a su domicilio. Clara le aguardaba en el salón de la planta baja mientras apuraba una copa de vino blanco. Cuando lo vio entrar posó la bebida sobre la mesa y se levantó. Hizo ademán de acercarse, pero él la paró en seco con un elocuente gesto, leve pero rotundo. Si no hubiera sido por la vena que le latía con fuerza en la frente, probablemente se le habría escapado la verdadera intensidad de su ira. Pero era precisamente esa contención lo que más la asustaba. El último calificativo que se le hubiera ocurrido poner a su marido era el de violento. Pero de pronto se le pasó por la cabeza que podría llegar a serlo. Que sería capaz de agarrar una silla y estamparla contra el ventanal que tenía a su izquierda.

—No digas nada. Me da igual la excusa que vayas a darme porque no me importa. Te la ahorras y así no empeoras la situación.

Sus ojos no parecían enfocarla. Tenía la cara pálida, pero mientras hablaba un oscuro rubor comenzaba a teñir sus mejillas. Su respiración estaba acelerada. Ella pensó que, tal vez por eso, se aflojaba el nudo de la corbata. Después se fue despojando de la americana mientras se dirigía a la planta superior.

Clara escuchó cómo subía los peldaños de las escaleras. Acto seguido, notó que tenía la boca seca. Apuró los restos de la copa y se dirigió a la cocina para depositarla en el fregadero. Estaba aturdida. No tenía la más mínima idea de cuál era la forma de reaccionar más adecuada en esa situación. En este tipo de circunstancias se daba cuenta de que había una parte de su personalidad que no se había desarrollado correctamente. La sorprendente madurez profesional que desde los comienzos de su carrera la hizo destacar y sorprendía a todo el mundo contrastaba con la falta de experiencia vital, tan necesaria en casos como este. Como si su intelecto hubiera necesitado todos los recursos y no hubiera quedado nada para organizar la gestión de sentimientos. Habría sido de gran ayuda poner nombre al estado en el que se encontraba. No estaba segura si estaba arrepentida o apenada. Si se sentía vulnerable. Si tenía remordimientos... Era preciso actuar de alguna manera. Eso era lo único que tenía claro. Que no podía quedarse de pie en la cocina mirando por la ventana después de enjuagar la copa. Los errores hay que enmendarlos. La cuestión era encontrar

la fórmula más adecuada de hacerlo. Ese razonamiento era idéntico en la vida y en la ciencia...

Abrió el frigorífico, cogió una botella de agua y bebió directamente de ella. Un gran trago. Sin molestarse en utilizar un vaso. La casa se le hizo inmensa. Habría agradecido encontrarse en un pequeño apartamento. Con Ramón a solo unos metros de ella. Todo es más fácil en las distancias cortas. La invadió un silencio que se le antojó sepulcral. En un impulso, encontró la clave. La acción precisa. Tenía que aproximarse físicamente a él. Para bien o para mal. Llenó de aire sus pulmones. Era la manera de dar la orden a su cuerpo para sincronizarlo con su mente. Al encaminarse hacia las escaleras aprovechó para echarse un vistazo en el espejo de cuerpo entero instalado en el vestíbulo. Tampoco el reflejo de su imagen le dio pista alguna sobre cómo debería mostrarse ante Ramón. Según iba ascendiendo, lenta pero decidida, intuía que todo se arreglaría. La intuición. Raras veces le había fallado. No es que creyera que poseía un don sobrenatural ni nada por el estilo. La clarividencia consiste sencillamente en calcular con acierto el resultado de una serie de factores, y su subconsciente se encargaba de hilvanar cada uno de ellos para prever el resultado final.

La puerta del dormitorio estaba cerrada. Clara golpeó la madera suavemente con los nudillos, como en voz baja. Sin esperar que Ramón la invitara a pasar, abrió la puerta. Era una buena señal que no hubiera echado el pestillo. Se lo encontró tumbado en la cama, vestido, ni siquiera se había quitado los zapatos. Como si le hubieran dado un puñetazo y se hubiera caído a plomo. Sin aire en los pulmones. Abatido y ojeroso. El aura de triunfador que habitualmente lo rodeaba le había abandonado. Clara se culpabilizó por ello. Le inundó un sentimiento que nunca hasta entonces había sentido por él: ternura. La vulnerabilidad que ahora mostraba le hacía contemplar un prisma de su personalidad que o siempre le había ocultado, o ella no había sabido ver.

Él incorporó el tronco lentamente. Se quedó sentado y se pasó las manos por el cabello, alisándoselo hacia atrás. Alzó la mirada. Las bolsas de debajo de los ojos más marcadas que nunca. La dureza del rictus de su boca se convirtió en una sonrisa amarga. Expulsó con fuerza el aire por la nariz y

cabeceó varias veces siempre con la mirada fija en el suelo, lejos de ella. De su boca salió un suspiro, tan entumecido como su cuerpo.

—Lo siento tanto...

Clara no se estaba disculpando por su inexcusable ausencia en la importante reunión. Estaba lamentando, desde lo más profundo, ser la causa de la infelicidad de su marido. Le dolía su incapacidad de desarrollar a esas alturas un sentimiento que fuera distinto al de la compasión. Al de la piedad que se siente por un enfermo, o por quien ha perdido la dignidad y se tiene que enfrentar desollado al mundo, sin la coraza del orgullo.

Él levantó la vista cansadamente y la fijó en el rostro de la mujer que había vuelto su vida del revés. Se le humedecieron los ojos al recibir algo que confundió con amor. Creyó encontrar lo que hacía mucho tiempo había dado ya por perdido: la mirada de Clara.

Un antes y un después

Al despertar, sintió a Ramón entre sus brazos. Se le hizo extraño. Que se acostaran en la misma cama ya no significaba que la cercanía existiese. Pero la pasada noche, en lugar de acentuar el distanciamiento tal y como habría sido previsible dadas las circunstancias, retomaron una intimidad olvidada. Aun así, el cariño que la postura mostraba no reflejaba la sensación de leve repulsión que Clara sentía. Apoyado sobre su pecho, él aún dormía. Clara analizaba el perfil de su cara. Decidió que no era Ramón. No el Ramón que ella conoció. El tiempo le había pasado por encima demasiado deprisa. Un extraño mecanismo había multiplicado el efecto cronológico normal. Eso era lo que parecían decirle la laxitud de la piel del rostro y las canas que vislumbraba en su barba incipiente. Se preguntaba si él tendría la misma impresión respecto a ella. Se contestó a sí misma a esa cuestión de forma inmediata. No. Estaban en planos distintos: él seguía enamorado. Si le quedaba alguna duda, su forma de reaccionar la noche anterior acabó por despejarla. Como si en el fondo hubiera agradecido llegar a la estresante situación que supuso el grave plantón al ministro. Como si necesitara un revulsivo que les sacara anímicamente a ambos de la esfera de confort. Esa resignación en la que tácitamente se asume lo que, si se verbalizara, haría demasiado daño. Por eso, la noche anterior, bastó que Clara se sentara en la cama y le hiciera una leve caricia en el rostro para que él acercase su boca a la suya, la besara con una pasión impetuosa, casi agresiva, y le hiciera el amor con una intensidad que a ella le pareció anacrónica. La forma en que

todo se desarrolló hizo que en ningún momento del acto ella se sintiera protagonista de lo que estaba pasando, sino una mera espectadora.

Por la mañana, ninguno de los dos hizo mención a lo sucedido durante el día y la noche pasados. De hecho, fueron veinticuatro horas que se quedaron entre paréntesis. Ese contenido aprisionado entre dos comas del que se podría prescindir para comprender la frase. Aparentemente. Porque para Clara marcó un antes y un después.

Aquella jornada salió de casa con una actitud singular. Recordó el día en el que Doris la eligió para cubrir la vacante en el Palmer Manning. También llovía. El ruido de las gotas cayendo sobre el paraguas le hacía rememorar la misma sensación que tuvo entonces: que su vida sería diferente a partir de ese momento.

La decisión que acababa de tomar rondaba por su cabeza, pero no terminaba de contemplarla con seriedad. No era que se resistiera a afrontar las consecuencias de lo que ya no tendría marcha atrás: a fin de cuentas, ese paso ya lo había dado. Lo que le impresionaba era entrar en un mundo que además de desconocido era inédito. Y, aunque no quería reconocérselo a sí misma, le daba miedo. Por eso lo había ido posponiendo. De todos modos, lo que se disponía a emprender era ya algo inevitable. La consecuencia lógica. Lo único que había estado haciendo hasta ahora había sido dilatar el desenlace. Pero a esas alturas era imprescindible pasar a la acción. Por muchas razones...

Se secó las manos para que la humedad no impidiera al lector de huella dactilar abrir la puerta de sus estancias. Una vez dentro del despacho, Clara terminó de sacudir el paraguas y lo apoyó contra la pared. Sustituyó la chaqueta por la bata, las sandalias por los zuecos sanitarios, y se colocó la mascarilla y el gorro quirúrgico. Finalmente, se lavó con cuidado las manos y se las enfundó en los guantes de látex antes de dirigirse al cuarto en el que permanecía Carla, su doble. Tenía más ganas que nunca de encontrarse con ella. Desde que terminó de crearla se pasaba cada día mucho tiempo observándola. Era una especie de ritual. La forma de cultivar un estado mental que le proporcionaba paz interior. Cada mañana la comenzaba

sentándose frente a ella. Si tenía alguna tarea pendiente a primera hora, procuraba llegar un poco antes al laboratorio para realizar esa especie de ceremonia, antes de iniciar su jornada de trabajo. Aquel cuarto era su lugar de culto y esa era su manera de meditar. Podían transcurrir varios minutos. A veces hasta una hora. No pensaba en nada mientras lo hacía. Simplemente se recreaba en su milagro viéndola respirar. Allí estaba Carla, tendida en la mesa de operaciones, transmitiendo la sensación de disfrutar de un sueño reparador. Clara contemplaba su pecho moverse casi imperceptiblemente. Arriba y abajo con un compás perfecto. Las dos solas en ese habitáculo en el que el único mobiliario era la silla colocada a un metro del catre en el que estaba instalada Carla. Clara Ulman, la creadora, con la espalda recta, apoyada contra el respaldo de la butaca y las manos plegadas sobre el regazo, examinando a Carla, su obra. Seguramente nada de aquello tenía que ver con la idea que la gente tiene de la vida, pero a la doctora Ulman esa sencilla acción la desbordaba de emociones. Entraba en una especie de euforia en la que los sonidos se amortiguaban y las imágenes fuera del foco de atención desaparecían. Entonces llegaba la paz. Todo parecía tan fácil... Ese solemne acto le transmitía las mismas sensaciones que le producían los bebés recién nacidos durmiendo en su cuna. Envidiaba la tranquilidad y el bienestar de esos diminutos seres carentes de preocupaciones. Sin pasado. Sin ser conscientes del futuro que les espera. Ni siquiera de su presente. Tal vez por eso no se reconocía en Carla. Eran idénticas pero ese abismo las hacía totalmente diferentes.

Días atrás, cuando la sacó del biorreactor, tuvo que elegir entre dos opciones: dejar seguir el curso natural de los acontecimientos y esperar a comprobar si Carla despertaba espontáneamente, o mantenerla en estado de sedación. Optó por esto último hasta decidir qué hacer con ella. Ahora ya lo sabía... Por eso ese día, al encontrarse frente a su criatura, notó una especial punzada de excitación: iba a comenzar el proceso que previsiblemente no tendría marcha atrás. ¿Lograría despertarla? Y si lo consiguiese, ¿en qué estado lo haría? ¿Su cerebro sería operativo? ¿Tendría movilidad? ¿Sería capaz de comunicarse? O, por el contrario, ¿permanecería en estado vegetativo? Aun en el peor escenario, no todo estaría perdido: sus órganos servirían para poder ser trasplantados en un futuro. ¿No había sido ese el

objetivo principal de su creación? Carla, su otro yo, sería su seguro de vida en el caso de que su corazón fallase. No obstante, habiendo llegado al punto en el que estaba, este último supuesto le repugnaba. Imaginársela como un conjunto de vísceras era ya algo inaceptable. Tan especial era la intimidad que había establecido con ella que le costaba asumir que no fuera alguien especial. Su segunda hermana...

El día que inició el proceso del coma inducido, le costó calcular la dosis justa de fármacos. A un ser humano normal una elevada cantidad de drogas de ese tipo podría ocasionarle graves problemas neurológicos. Carla tenía sus mismas características. Por tanto, era una mujer como cualquier otra. Toda su estructura física lo era. Así que la forma de calcular la dosificación había sido la misma que si lo hubiera hecho para una persona con su mismo peso y estatura. Ahora comprobaría si había acertado.

El momento de empezar el proceso inverso había llegado: sacarla de ese coma provocado reduciendo paulatinamente la dosis de medicamentos. No tendría que esperar mucho para comprobar si había actuado con pericia. Según sus cálculos saldría de dudas en solo unos días. Aun así, estaba tan ansiosa que se vio tentada a acelerar el procedimiento. Pero, por muchas ganas que tuviera de conocer el desenlace, se veía obligada a obrar con cautela e ir despacio. Actuar con prisas podría provocar graves fallos en el organismo de Carla.

¡Adelante!, se dijo a sí misma. Y empezó con la tarea de ir reduciendo poco a poco la sedación. Era razonablemente optimista: si Carla era igual a ella no había razón para pensar que fuera menos fuerte y, en consecuencia, estaría capacitada para superar el trance sin problemas. Era preciso armarse de paciencia. Al día siguiente realizaría la misma operación y así sucesivamente hasta suprimir los fármacos por completo.

Un jarro de agua fría

—Lo siento mucho, chicos, pero tenemos que abandonar el ensayo. Nos lo han paralizado.

La decepción se reflejó en los rostros de Alex Jansen y de David Lambert. Sentados frente a Clara se convirtieron en la viva imagen de la frustración.

—Pero ¿por qué? —preguntó Jansen, sin terminárselo de creer.

—Me imagino que porque nos han llovido las críticas desde que lo publicamos. Leéis la prensa, ¿verdad? Raro es el día en que uno no desayune con el revuelo montado por esos cretinos reaccionarios —respondió Clara, alterada, dejando al descubierto la sinceridad de su desdén.

—Pero quizá se pueda hacer algo... si usted hablase con el señor De Castro... —sugirió Jansen, inclinándose hacia delante como si con eso pudiera dar más intensidad a su ruego.

Clara se levantó de la butaca como un resorte y dio un golpe en la mesa que impactó en los investigadores tanto como el tono autoritario, tan inusual en ella.

—¿Es que todavía no lo entendéis? —preguntó, agitando los brazos con ira—. Si dependiera del criterio del laboratorio habríamos dejado ya los ratones para aventurarnos con algún animal más complejo y, por supuesto, no estaríamos tratando este tema.

Estaba airada. Furiosa. Nunca se había mostrado ante ellos de esa manera. La doctora Ulman, siempre tan comedida y tan sobria, rezumando calma por los cuatro costados, y ahora...

La adrenalina la forzaba a moverse de un lado a otro. Caminaba con una mano metida en el bolsillo de la bata, y con la otra frotándose la barbilla mientras miraba hacia abajo. Cuanto más lo pensaba, más grave le parecía lo que había sucedido. Volvió a ponerse detrás de la mesa. Apoyó las manos sobre ella y, mirando alternativamente a ambos científicos, les explicó la trascendencia de la comunicación recibida a primera hora de la tarde.

—Las altas instancias gubernamentales europeas, siguiendo las directrices de la Comisión Internacional de Bioética, consideran que hemos rebasado los límites.

En la cadencia de sus palabras asomaba un asomo de paciente burla. El desprecio y el resentimiento como reacción a la impotencia. La imposibilidad de no poder levantar la losa de los organismos superiores la machacaba.

—A partir de ahora, solo nos permitirán que sigamos desarrollando la tecnología tridimensional con el resto de los órganos. Pero el cerebro, ni tocarlo.

Se esforzaba por hablar lentamente y con claridad. Intentando, sin éxito, disimular su profundo enojo.

—Era demasiado bonito para ser verdad... —comentó David Lambert abatido.

—Bueno, tú ya estás acostumbrado. No te debería sorprender... —dijo Clara con hiriente ironía al tiempo que volvía a sentarse.

La alusión a la experiencia frustrada en la Fred Waterford Corporation aplastó al joven doctor aún más de lo que estaba.

—Confío en que llegue el día en que el mundo no tenga miedo a la ciencia. En que nuestros coetáneos dejen de comportarse como ganado. Les repiten tanto lo que deben pensar y sentir que no se plantean hacerlo por sí mismos —dijo Ulman con arrogancia—. Más les valdría que se dieran cuenta de que están rodeados de realidades mucho más terroríficas que eso que les da miedo abordar. —Apoyó los antebrazos sobre la mesa. Cruzó las manos con crispación. Siguió hablando, más para sí misma que para ser escuchada —: Claro que uno se ahorra mucho si se comporta de modo gregario, marchando en la misma dirección que el resto y sin...

Dejó la frase en suspenso. Resoplar con indignación fue la forma de rematarla. Jansen asintió con la cabeza. Era incapaz de ocultar su desaliento.

Un silencio sepulcral planeó sobre las tres cabezas durante unos instantes.

—¿Y ahora... qué? —se atrevió a preguntar al fin David Lambert.

—Tú volverás a la planta de criogenización y Alex seguirá avanzando en los cultivos con sus placas de Petri —ordenó Ulman con frialdad.

Acercó bien los riñones en la parte posterior de la butaca para evitar el arco lumbar. Le dolía la espalda a causa de la tensión acumulada.

—Independientemente... tengo una idea que me gustaría comentarle para ver si se puede llevar a cabo —se atrevió a introducir el muchacho con cautela.

—Preséntamelo por escrito... por favor.

La orden le salió tan contundente que se vio forzada a terminar la frase con la coletilla del ruego como dulcificador.

Nada más escuchar esas palabras, Lambert se arrepintió de haber sacado a colación su propuesta. Obviamente, había elegido un mal momento para hacerlo. La doctora Ulman tenía la cabeza en otro sitio y sus ocurrencias ahora no eran prioritarias. En otra situación hubiera pedido al chico que le explicara en qué consistía su proyecto, aunque fuera someramente. La curiosidad era sin duda una de sus virtudes. La curiosidad... y el rechazo al papeleo. Por eso David la miró con extrañeza. Se le hacía muy raro que le requiriera semejante formalidad.

—Yo no invento las normas, David. Lo estudiaré. Si creo que tiene posibilidades, lo tramitaré a través del conducto pertinente solicitando que sea autorizado.

La desilusión de Lambert caló en Clara. Pensó que el investigador merecía una aclaración:

—Por desgracia, ya no tengo la misma libertad de acción. Siento reconocer esto: las cosas han cambiado. A partir de ahora, cualquier iniciativa tiene que seguir el cauce burocrático. Esos son los pasos. Creedme que a mí me han perjudicado estos cambios más que a vosotros.

David y Alex seguían sentados, sin moverse. Si no fuera por el pestañeo del primero y el movimiento del dedo índice para subirse las gafas del segundo, habrían parecido dos maniqués vestidos con bata blanca.

—Eso es todo.

El golpe seco que dio en la mesa con el bolígrafo sirvió para finalizar la reunión. Una mueca que pretendía ser una educada sonrisa acompañó el gesto. Necesitaba quedarse sola. No le apetecía dar más explicaciones. Estaba tan enfadada que podría perder los nervios en cualquier momento y decir algo que quizá lamentara después. Además, le parecía injusto descargar su mal humor en las personas que fueron clave en el brillante experimento.

Ambos doctores se levantaron y se dirigieron cansinamente al laboratorio general. Con menos ganas que nunca de retomar unas tareas que antes encontraban de interés pero que, comparadas con lo que habían tenido entre manos hasta ese mismo momento, se habían convertido casi en rutinarias.

Justo cuando desaparecieron de su vista Clara asumió que les había mentido: al contrario de lo que acababa de decir, ellos eran las principales víctimas del devenir de los acontecimientos. A ella le quedaba Carla. Se aferraba a su obra para mantener viva la ilusión. Ahora, más que nunca, se felicitaba a sí misma por haber planificado el proceso con tal grado de precaución. Desde que la concibió, había extremado la cautela. Sabía que jugaba con fuego y que tendría que actuar adelantándose a los acontecimientos. Evitando sospechas. Planificando detenidamente cada paso. Mintiendo si era preciso. Como se hubiera comportado un criminal. Sin embargo, ¡lo único que había hecho era crear vida! Aunque nunca trascendiera a la opinión pública, estaba convencida de que su creación era el paso más trascendental dado por la humanidad. Esa reflexión le pareció tan pretenciosa que se avergonzó nada más tenerla. Pero después cambió de opinión. Se trataba de una verdad objetiva. ¿Podría haber algo más extraordinario que hacer lo que hasta ahora era solo privilegio de Dios? Le daba igual la ausencia de reconocimiento. Le traía al paio que jamás le dieran el Premio Nobel o cualquier otro galardón. La plenitud que sentía era tal que no necesitaba testigos. Sin embargo le indignaba la pequeñez de miras. La insistencia en mirar por el extremo equivocado del telescopio, transformando la grandeza en insignificancia. Las orejeras de la ignorancia y del temor a lo desconocido que impiden percibir lo verdaderamente importante. Su delito era tratar de adaptar el mundo a sus ideales. Tal vez no

fuera lo sensato. Pero entonces estaba convencida de que el progreso dependía de las personas poco sensatas.

Apretó las mandíbulas. Sintió tal rabia que su corazón respondió acelerándose más de lo debido. Era una señal de que debía recuperar el sosiego si quería prevenir consecuencias indeseables. Decidió tumbarse un rato en el sofá hasta que la agitación desapareciese. Ya tendida, extendió los brazos a lo largo del cuerpo e hizo un esfuerzo para respirar pausada y profundamente.

Inspirar y espirar... inspirar y espirar... despacio... repitiendo el proceso varias veces hasta que el ritmo de su músculo cardiaco se ralentizara y sus neuronas se apaciguaran en la misma medida. Con la armonía que requería un estado de ánimo sensato y sin altibajos. Tuvo resultado. De repente, se sintió fuerte: no iban a poder con ella. Y mucho menos si lograba despertar a Carla.

Universo paralizado

—**D**octora, ¿conoce a Eduardo Riordan?

—¿Perdón?

Estaba tan absorta en sus pensamientos que ni siquiera había advertido que, detrás de ella, Alex Jansen había entrado en el ascensor acompañado de un joven.

—Eduardo acaba de incorporarse como becario de planta.

Solo entonces Clara reparó en su presencia desaliñada. Calculó que mediría casi dos metros, estatura que se subrayaba todavía más debido a la corta talla de su compañero. Asimismo, se percató de que era muy delgado cuando le tendió su mano huesuda.

—Para mí es todo un honor formar parte de su equipo, doctora Ulman.

—Gracias. Es usted el más alto de la empresa —fue lo único que se le ocurrió decir.

El muchacho sonrió. Era evidente que escuchaba frecuentemente el mismo comentario.

—En cuanto entré en Genotypsa le dije a Alex que...

El sonido de tres agudos pitidos impidió que Eduardo Riordan concluyera su frase. La alarma del *smartwatch* de su jefa se había disparado. A Clara Ulman le dio un vuelco el corazón. Los dos últimos días había estado muy pendiente de Carla. Ya le había retirado casi totalmente la sedación. En consecuencia, podrían surgir novedades de un momento a otro. Durante el proceso no había observado signos de complicaciones a ningún nivel y la evolución que estaba teniendo hasta la fecha se encontraba dentro de la

normalidad. Acababa de asearla y su estado permanecía estable. Por eso decidió que podría irse a casa con tranquilidad. Pero aquella señal acústica cambió sus planes.

A pesar de tratarse de un ascensor de última generación se le hizo eterno el tiempo que tardó en llegar hasta la planta baja. Si hubiera estado sola habría conectado inmediatamente la función de la cámara del reloj para divisar el habitáculo y comprobar cuál era el motivo que había provocado el aviso, pero tenía que extremar las precauciones. En cuanto se abrieron las puertas cedió el paso a los dos investigadores.

—Encantada, Eduardo. Ya tendremos más tiempo de charlar, pero ahora tengo que volver a subir.

Los dos científicos se despidieron de ella. Una vez se cerraron las puertas aproximó su tarjeta al lector del elevador para que hiciera el recorrido inverso. Aprovechó el breve trayecto para abrir la aplicación que le permitiría ver la imagen de su criatura sin preocuparse de miradas indiscretas. Previamente se aseguró de situarse en un lugar estratégico. De ese modo a la cámara de vigilancia situada en uno de los ángulos del techo del ascensor le sería imposible captar lo que aparecía en la pantalla del *smartwatch*. Entonces, amplió con los dedos la imagen para tener acceso a cada detalle del cubículo. Aparentemente, no apreció cambio alguno. Todo seguía tal y como lo acababa de dejar. Sin embargo, no quería marcharse sin la absoluta certeza de que todo ocurriría sin imprevistos. El timbre del ascensor indicó que el trayecto había finalizado. A grandes zancadas se dirigió a sus dependencias. Ejecutó la rutina de equiparse con las prendas esterilizadas y, ya dentro de la habitación, se acercó a la acolchada mesa electrohidráulica. Con lentitud. De puntillas. Sin hacer ruido. De esa forma, percibiría cualquier señal, por pequeña que fuera, que indicara si su doble, su otro yo, estaba entrando en estado de consciencia. Tras chequear las constantes vitales de la criatura se subió la manga de la bata y le tocó ligeramente la frente con el antebrazo. La temperatura parecía ser la normal, tal y como marcaba el medidor. Tampoco detectó alteración en la frecuencia cardíaca. Acercó la cara a la suya aproximando las mejillas de ambas, como en una caricia. Constató que transpiraba un poco. El característico olor a medicamento que emanaba de sus poros traspasaba la barrera de la mascarilla. Sujetó su mano izquierda con

suavidad, cuidando de no desplazarle la vía intravenosa. Le pareció notar entonces una ligerísima presión. Aguardó unos instantes, inmóvil, conteniendo la respiración, para centrar todos sus sentidos en aquella extremidad y observar si la compresión que acababa de sentir en la mano se volvía a repetir. Eso indicaría un prometedor indicio de actividad. Después de un tiempo prudencial supuso que el sutil movimiento probablemente había sido fruto de su imaginación. Comprobó todas las conexiones y se cercioró de que el desajuste electrónico que aquel día le impidió acudir a la reunión con el ministro no se había producido. Entonces, ¿qué era lo que había provocado que la alarma se disparase? Sin dejar de mirarla, se planteó cuál sería la mejor forma de actuar. Pronto llegó a una conclusión: para bien o para mal, había llegado el momento de retirar por completo la ya ligerísima sedación que aún le estaba administrando y seguir el curso de los acontecimientos.

Optó por pasar la noche en el laboratorio. Tras retirar por completo los barbitúricos que mantenían a Carla inconsciente era imprescindible mantenerla en constante observación. Lo que menos deseaba era que aconteciera lo que llevaba esperando tan ansiosamente y la pillara lejos de allí. Por fortuna, podía prescindir de tener que inventarse una excusa para dormir fuera de casa: Ramón se encontraba en Estocolmo. Había acudido a la presentación de un nuevo compuesto para regular la presión sanguínea que Genotypsa acababa de patentar.

Caminaba de un extremo a otro de la pieza y de vez en cuando se detenía para mirar hacia la camilla, aguardando algo que ni siquiera tenía la seguridad de que sucediera. La invadió la desolación. Tuvo que reconocer que no era autosuficiente. Se sintió débil. Habría dado cualquier cosa por poder compartir ese momento con alguien. Pero ya ni siquiera podía contar con la comprensión de Doris. La luz blanca de aquella habitación la apabullaba. La imperiosa necesidad de contemplar un lugar menos hospitalario la hizo salir de allí. Dejó la puerta entreabierta, atravesó la siguiente estancia y pasó al cuartito de descanso, que tenía por lo menos un cierto aspecto hogareño. Se sentó en el sofá con las piernas abiertas. Incluyó el tronco hacia el suelo y apoyó los antebrazos tensos sobre los muslos. La autocompasión pudo con ella. Un llanto incontrolable la estremeció. De los pies a la cabeza. Se ahogaba. Tuvo que desprenderse de la mascarilla para

poder respirar con cierta normalidad. Ahora, sin nada que lo impidiera, le resultaba fácil y agradable llorar. Y eso podía permitírselo. Dar rienda suelta a su desconsuelo. Nadie sería testigo de lo indigno de aquel signo de debilidad. El sollozo interminable hacía que las lágrimas se estrellaran contra el impoluto suelo blanco. Con la suela de sus zuecos de goma extendía lentamente por la superficie de las baldosas las gotas del líquido que caían de sus ojos. De vez en cuando se enjugaba las lágrimas con el dorso de la mano para dirigir su mirada, ya sin la vista nublada, hacia el interior del laboratorio. Poco a poco fue sosegándose hasta que el sueño la venció sin darse cuenta.

Las pesadillas son traicioneras. A veces siguen acechando la vigilia. No importa que ya hayas despertado. Como tampoco importa que, mientras se desarrollan, tengas conciencia de que su amenaza se limita al plano onírico. Ni siquiera eso te tranquiliza. Da igual. Hacen que el dolor y el miedo se vivan aún más intensamente que en la realidad. Sobre todo, si los fantasmas son los únicos seres que te acompañan.

Le dolía el cuello. Quedarse dormida de cualquier manera le había ocasionado una molesta tortícolis. La intensidad del dolor la llevó a pensar que había permanecido en la misma postura bastante más que unos pocos minutos. El reloj lo constató: las dos menos veinte de la madrugada. Más de hora y media, sentada, con la cabeza apoyada de forma imposible en el duro respaldo del sofá, le habían pasado factura. Lo primero que hizo al despertar fue deshacerse de las prendas esterilizadas. Le picaba el cuero cabelludo y le sudaban las manos dentro de los guantes de látex. No entendía cómo semejante incomodidad le había permitido amodorrarse de aquella manera. Al incorporarse notó que le crujían las articulaciones de las rodillas. Tenía todo el cuerpo agarrotado. Ello no le impidió dar los pasos necesarios para asomarse a ese universo paralizado situado en la estancia contigua. Apenas cien metros cuadrados constituían ahora su mundo. Todo lo demás había entrado en la lista de lo nimio. Como cuando se mira con perspectiva el pasado y la memoria criba los tiempos muertos recordando solo lo esencial.

Nada... Era como si el cosmos se hubiera detenido y el cambio de hora que iba marcando el reloj fuera lo único que escapara al inmovilismo,

creando la falsa sensación de que la vida transcurría. La maldición del tiempo. Clara convertida en una Alicia científica en el País de las Maravillas.

Tan insufrible era la situación que necesitó ocupar su mente. Se sentó en el escritorio y conectó el ordenador. Sin propósito alguno. Simplemente pretendía navegar sin rumbo y despejar la cabeza de lo que se había convertido en lo único. Necesitaba diluir esa sensación de angustia como fuera.

Después de un buen rato ojeando artículos intrascendentes sobre moda y tendencias, le sobresaltó un ruido. Un sonido sordo. Como cuando se quedaba dormida con el televisor conectado y la despertaba el golpe del mando a distancia estrellándose contra el suelo al caerse desde la cama. Ocurrió tan de improviso que no fue capaz de distinguir de dónde provenía. La primera impresión fue que alguien llamaba a la puerta, pero le pareció improbable, dado lo avanzado de la noche. Antes de que le diera tiempo a reaccionar, volvió a escuchar una especie de crujido. En esta ocasión diferenció con claridad el lugar en el que se había producido. Se levantó como un resorte y se dirigió a la zona de trabajo. No llegó a franquear el paso que comunicaba la estancia principal del laboratorio con el pequeño cuarto en el que se hallaba la criatura. Lo que vio desde el umbral la dejó paralizada: Carla estaba golpeando con su mano derecha un extremo de la camilla. Tardó unos segundos en reaccionar. Esta vez corrió a situarse junto a ella. Se percató de que sus ojos permanecían cerrados. Su boca emitió una especie de lamento. Parecía que estaba soñando. Más exactamente, daba la impresión de que estaba delirando. Al principio se vio tentada a despertarla, pero prefirió no interferir en el curso natural de los acontecimientos. Después de unos instantes todo cesó.

—¡¡No, por Dios!!

El terror que invadió a Clara la hizo gritar invocando a alguien en quien no creía. Hubo un mínimo lapsus de tiempo en el que pensó que Carla, su creación, había dejado de respirar. La tranquilizó observar que el ordenador central registraba el funcionamiento del corazón sin incidencias y seguía indicando actividad cerebral. Supuso que había vuelto al estado de inconsciencia de nuevo. El miedo se tornó en alegría. A pesar de lo poco que había durado, aquella reacción era una señal inequívoca de que Carla estaba

despertando. La incertidumbre se iba atenuando. Ahora sí, ahora tenía el convencimiento de que las medidas que había tomado eran las correctas. Levantó la silla desde la que la observaba cada mañana y la colocó a pocos centímetros de la camilla. Antes de sentarse se percató de que no llevaba ni la mascarilla ni el gorro quirúrgicos. Tampoco los guantes de látex. No le preocupó en exceso. Se hallaba dentro de un ambiente lo suficiente aséptico. Mantener tantas medidas de protección tenía el objetivo de evitar posibles infecciones, pero, si las cosas marchaban como a ella le parecía constatar, ya no sería necesaria esa excesiva precaución: sus signos vitales indicaban que, por lo menos en el plano físico, se trataba de una persona sana y, como tal, sus propias defensas la protegerían. Una persona. Eso era Carla.

La proximidad de su creadora hizo que la criatura abriera los ojos. Eso quiso pensar la doctora Ulman. Fue un instante. Clara estaba observando el rostro de su clon, cuando de improviso sintió su mirada y, a continuación, vio que sus labios dibujaban una leve sonrisa. Después volvió a cerrarlos. Como si comprobar que alguien estaba pendiente de ella le proporcionara el sosiego necesario para seguir durmiendo. Clara Ulman fue incapaz de permanecer impasible. Casi de forma automática se puso en pie y cogió el rostro de Carla entre sus manos zarandeándolo suavemente. Esa pequeña estimulación fue suficiente para que aquel ser volviera a espabilarse y se fijara con detenimiento en la mujer que la observaba desde arriba y que ahora la saludaba.

—¡Hola!

—Hola —respondió la doble con una voz casi inaudible.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó Ulman.

—Sí.

—¿Quién?

—Yo.

Carla, la clon, la recién llegada a la vida, contestó con el desconcierto que provoca una pregunta cuya respuesta es obvia.

A la doctora Ulman la mente le funcionaba a tantas revoluciones que le costaba mantener la calma. ¿Qué significaba aquello? En primer lugar, que

sus conexiones cerebrales funcionaban: Carla entendía el lenguaje y era capaz de hablar. Y, en segundo lugar, que se reconocía a sí misma. Ambas evidencias parecían indicar que al cerebro de Carla se había transmitido la misma impronta neuronal de su creadora. Exactamente igual que se logró con los ratones. Pero ¿hasta qué punto eso era así?

Carla

El primer día, Carla lo pasó casi totalmente en cama, dormitando. Ulman lo atribuyó al cansancio provocado por la asimilación de su nueva realidad. Después de todo, era una recién nacida y, como los bebés, necesitaba dormir mucho para adaptarse al mundo y reponerse de la excitación que sentía al estar despierta. También supuso que necesitaba sobreponerse a las dosis de medicamentos que su cuerpo se había obligado a metabolizar durante una considerable cantidad de tiempo. La doctora Ulman aprovechó ese estado de semiinconsciencia para practicar algunas pruebas sencillas. En primer lugar, le tomó las huellas dactilares. Si recurría al ejemplo de los gemelos monocigóticos, dichas huellas deberían ser distintas a las suyas: la misma información genética no es óbice para que cada individuo posea particularidades que lo hagan único. Pero Carla y ella no eran del todo gemelas. Al haber utilizado un proceso técnicamente inédito, necesitaba asegurarse hasta qué punto había conseguido la exacta duplicidad o si había peculiaridades que seguían diferenciándolas al igual que en el caso de los monocigóticos.

Para ello descargó en el ordenador un *software* de verificación dactilar y, tras escanear las huellas de ambas, procedió a la comparación. Una oleada de euforia recorrió su cuerpo: el programa no detectó diferencia alguna entre sus huellas y las de Carla. Repitió la operación varias veces para descartar el error y siempre con el mismo resultado. Era como si correspondiesen a la misma persona.

A partir del segundo día la criatura fue adquiriendo más y más movilidad hasta que pudo desplazarse sin la ayuda de su creadora. Clara Ulman vivía el proceso con intensidad y admiración. Reprimía sus ganas de indagar qué había detrás de ese ser idéntico a ella misma.

Temía que una excesiva exigencia colapsara la mente que acababa de ver la luz. Se propuso no forzar nada. Quería que Carla, casi sin darse cuenta, fuera asumiendo su nueva realidad con la relativa normalidad que la situación permitía. Durante esas dos primeras jornadas la convivencia, si es que podía llamarse así, se desarrolló en silencio. La comunicación entre ambas se limitaba a lo esencial. La doctora Ulman ejercía de enfermera atendiendo a las necesidades de Carla: «Quiero comer», «Estoy cansada», «Tengo sueño»... Ulman se encontraba cómoda en ese ambiente sereno. Le asombraba oír a Carla articulando esas pocas palabras, despacio y de manera entrecortada. Los largos silencios que en cualquier otra circunstancia habrían exigido ser llenados allí eran bienvenidos. Dos seres idénticos complementándose en armonía... Lo que más le sorprendía era la falta de curiosidad de su criatura frente al mundo... como si todo le resultara familiar. Cogía alguna revista que Clara tenía a mano y pasaba las páginas. Con la misma naturalidad que si lo hubiera hecho la propia Ulman. Se entretenía haciendo bocetos de fotos que encontraba en las publicaciones y que le llamaban la atención. De aquel modo tan sencillo Clara comprobó que la clon sabía leer y escribir. No solo eso: Carla dibujaba con la misma destreza y estilo que ella misma. Tanto era así que Ulman habría reconocido como propias cualquiera de las cuartillas que Carla garabateaba.

Si de Clara Ulman hubiera dependido no se habría despegado de su doble. Necesitaba estar segura de que todo discurría sin imprevistos. Como mínimo, hasta superar la fase que decidió llamar «de peligro». No obstante, en el transcurso de ese par de jornadas tuvo que desplazarse tres veces al laboratorio general a realizar tareas que eran imposible delegar. La criatura lo asumía con serenidad, sin expresar desacuerdo o desazón. Clara salía de sus dependencias encerrándola dentro, y controlando siempre su actividad a través del *smartwatch*. La primera vez que se ausentó tuvo previamente la cautela de cambiar la contraseña de acceso al ordenador. Si la criatura sabía leer y escribir, era posible que también tuviera nociones de informática, así

que prefirió tomar precauciones. Desconectó el teléfono fijo: si alguien la reclamaba la localizaría a través del móvil. Por último, antes de salir, se aseguró de bloquear con doble mecanismo de seguridad todos los aparatos que equipaban su laboratorio privado. Enseguida comprobó que nada de eso hubiera sido necesario. Era tranquilizador constatar, a través de la pantalla del *gadget*, que Carla permanecía inmóvil sentada en el sofá mirando al vacío con la barbilla apoyada en las manos. Únicamente se movía al ver regresar a su creadora. Como si el único sentido de su vida fuera interactuar con ella. Era como esas personas que viven a pocos kilómetros del mar y pasan años sin desplazarse hasta allí porque no tienen necesidad ni interés alguno en ver la inmensidad del océano.

Esas dos noches la doctora Ulman durmió en el laboratorio. Se acostaba en el sofá convertido en cama, y Carla lo hacía en el catre instalado en su cubículo. La cosa se empezó a complicar al tercer día: Ramón regresaba por la tarde de Estocolmo.

—Hoy vas a tener que dormir sola.

—Sola...

—Lo que quiero decir es que yo no pasaré la noche aquí, contigo — especificó Ulman.

—¿Por qué?

—Porque Ramón regresa del viaje y tengo que ir con él a casa. ¿Lo comprendes?

Era la primera vez que Clara lo mencionaba en su presencia.

—Ramón...

—¿Sabes quién es?

—¡Claro! Mi marido —respondió la clon.

Clara Ulman estaba impactada. ¿Tenía Carla registrados, al igual que el roedor portador del cerebro clonado, el pasado y las experiencias vitales del original?

—¿Te importa? —indagó, procurando mantener la serenidad.

—¿Qué?

—Pues... que esté con él...

—No. Hay que acompañarle. Estaré bien.

La respuesta de Carla mostraba la total naturalidad con la que aceptaba la relación de Clara con Ramón, a quien asumía también como su propio cónyuge.

—Aquí tienes todo lo que puedas necesitar. Yo volveré por la mañana. En la nevera tienes comida. ¿Te gustaría que te trajera algo antes de irme?

La doctora medía el tono para que sus palabras no sonaran forzadas ni artificiales.

—No quiero nada. Gracias.

Con los cinco sentidos aguzados, Clara Ulman intentaba averiguar si había algo más que neutralidad en las palabras de su doble. Para marcharse tranquila necesitó transmitirle una orden en la que no cupiera ambigüedad alguna.

—Puedes hacer lo que quieras salvo salir de aquí.

—¿Salir? ¿Por qué tendría que hacerlo? —preguntó con extrañeza.

Clara confiaba en que no le diera por explorar el exterior. Si quisiera no podría impedirselo, ya que todas las puertas se accionaban al acercar su pulgar izquierdo. Del de ella y, en consecuencia, del de la mujer clonada... Se trataba de un riesgo que tendría que correr. Pedir un cambio de sistema en los mecanismos de seguridad resultaría extraño. No solo eso, requeriría permitir el acceso a los técnicos para que pudieran realizarlo.

Dejar a Carla aquella noche fue como abandonar a una hija. Exponerla a su suerte. Lo único que la consolaba era saber que le había dicho la verdad. Carla no saldría de allí. Esta vez ese convencimiento iba más allá de la simple intuición: la conocía tan bien como a ella misma.

Retrospectiva

La rutina en su relación de pareja era una mochila cargada en la que ya no quedaba hueco. El lastre le pesaba. Tal vez por eso, cada día se despertaba con aquel dolor de cuerpo que no desaparecía hasta bien empezada la jornada. Se suavizaba con la rutina de ejercicios que ejecutaba en el gimnasio de su casa, pero no cesaba completamente hasta que entraba en ese otro nivel vital, tan diferente al cotidiano.

Extendía despacio la mermelada de cereza sobre la tostada con la mente lejos del desayuno. El sonido de fondo lo ponía Ramón, que comentaba la salida de tono del secretario de estado cuando el presentador de un programa de humor le hizo una pregunta inconveniente. La risa de su marido fue el detonante que le hizo levantar la cabeza. Dedujo que lo que acababa de contar le había parecido muy gracioso. Se le hacía raro verle dar palmadas mientras se inclinaba hacia atrás desternillándose. La sonora carcajada contagió a Clara, que no pudo evitar reírse de algo a lo que apenas había prestado atención. Fue un simple reflejo. Pero aquella absurda conexión que se había establecido entre ambos consiguió una complicidad que el diálogo, cada vez más escaso, era incapaz de lograr. Seguramente porque escapó a lo predecible, al contrario de como acostumbraba a discurrir cada mañana. Ambos mirándose a los ojos, riéndose con ganas. Igual que lo habrían hecho como reacción al buen hacer de un excelente cómico. Aquella tontería hizo que la apatía con la que Clara había despertado desapareciera. Le vino a la memoria un anuncio de café de mediados del siglo xx. El eslogan:

«Momentos de placer». Ambos, marido y mujer perfectos, disfrutaban de un desayuno perfecto en una casa perfecta. Una imagen que rezumaba falsedad pero que, paradójicamente, transmitía paz y alegría.

Como un cónyuge ideal, tras dar un último sorbo al café, Ramón se levantó de la mesa y se despidió de su mujer estampándole un cariñoso beso en la frente. Exactamente como Clara imaginaba la continuación de la publicidad que había recordado.

Mienten aquellos que dicen que el aleteo de una mariposa puede cambiar el mundo. Si eso fuera cierto, sería impensable que el devenir de los días siguiera con su cadencia habitual. La perturbación ocasionada por un ser hasta ahora imposible de concebir se habría trasladado a todos y a cada uno de los aspectos que uno pudiera imaginar. Sin embargo, nada de eso había sucedido desde el advenimiento de Carla, el clon. La Tierra seguía girando al mismo ritmo, sin alteración alguna. Advenimiento... sí, así lo consideraba la doctora Ulman. Un acontecimiento que marcaría el inicio de una época, aunque todavía nadie lo supiera... O si... A veces se preguntaba si algún científico se encontraría en vías de desarrollar el mismo experimento o ya habría sido capaz de concluirlo. A fin de cuentas, los medios necesarios estaban disponibles en los principales laboratorios dedicados a la investigación con células madre. Cualquier experto en bioimpresión o en medicina regenerativa tenía al alcance de su mano los recursos que ella había empleado. Era como plantearse si la Tierra sería el único planeta habitado del universo... Desde luego, en el hipotético caso de que alguien hubiera progresado hasta donde ella lo había hecho, estaba actuando con su misma cautela.

Al cabo de poco tiempo, la doctora Ulman había asumido como normal la presencia de Carla en su vida. Tal vez porque la consideraba una extensión de sí misma. Una proyección tridimensional de su propio ser. Como el amigo invisible con el que charlamos para no sentirnos solos. Al principio, Carla era como una niña que requería la aprobación de su madre en cada paso que

daba. Frecuentemente le hacía preguntas para ratificar si lo que pensaba era correcto o, lo que era lo mismo, si coincidía con exactitud con el pensamiento de su creadora. En la gran mayoría de las ocasiones así era. Rara vez Ulman, la originaria, discrepaba con ella. Si eso sucedía, la clon reajustaba sus pensamientos. Su disposición a adaptarse a los principios de la que era su único referente resultaba chocante. Clara Ulman tenía un criterio bien definido respecto a casi todo y poca disposición a mostrarse sumisa. En eso eran diferentes. Probablemente porque tal y como sucede a cualquier persona en la primera etapa de su vida, Carla necesitaba la confirmación de su progenitora para estructurar su mente e introducir cada idea o reflexión en el compartimento adecuado. Más extraño era lo que le pasaba con algunos recuerdos. Como sucedió aquel día cuando Ulman entró en sus dependencias, impresionada por lo que le acababa de contar uno de los conserjes.

—Han atropellado hace un rato a una mujer y a su hijo cuando cruzaban la calle.

—En Bangkok casi me atropellan a mí también —comentó Carla.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Ulman, perpleja.

—Allí no respetan los semáforos. Da igual que estén en rojo. Si vas a cruzar, te pitan y pasan. Si no te retiras es tu problema. Menos mal que di un salto hacia atrás. Me caí en un charco. Llevaba un pantalón blanco y me puse perdida.

La clon reía rememorando lo ridícula que creyó sentirse en aquel momento.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Ulman, desconcertada.

La criatura se la quedó mirando fijamente, rebobinando el mecanismo que accionaba su memoria.

—Hace poco...

—Creo que te estás equivocando. No hemos estado nunca en Tailandia —puntualizó Ulman.

—Ah...

La turbación de Carla forzó a su creadora a quitar importancia al asunto.

—No pasa nada. A veces confundimos la información que recibimos por la televisión o lo que alguien nos cuenta con lo que en realidad vivimos. Nos acostumbraremos a diferenciarlo, no te preocupes.

Parecía que en el cerebro de la clon estaban impresos sus conocimientos y vivencias, su misma historia, pero de una manera caótica, mezclando lo en verdad vivido con estímulos provenientes de otros canales.

En efecto, a medida que pasaba el tiempo, Ulman fue constatando que la criatura asumía como vividas en su propia carne experiencias que amigos o conocidos habían contado en su momento a su hacedora. La mente de Carla era como un trastero que requería ser ordenado. Al principio, la doctora Ulman decidió posponer el entrenamiento propiamente dicho y se limitaba a satisfacer la curiosidad de su doble respondiendo a sus preguntas. Solo hacía puntualizaciones como la anterior si se daba el caso. Pero, en general, evitaba someterla al más mínimo estrés emocional. Era importante que Carla aceptase su situación sin cuestionarla, con normalidad. Del mismo modo que un niño va adaptándose a su entorno sin preguntarse la razón de su existencia y dando por supuesto que la única realidad posible es la que percibe a su alrededor. El universo de Carla se limitaba a las dependencias del laboratorio de la doctora Ulman. No fue necesario que le volviera a repetir la obligación de permanecer en aquella estancia. Carla ni se planteaba salir de allí. Cuando su creadora se ausentaba, ella nunca le preguntaba dónde se dirigía, ni lo que iba a hacer. A pesar de todo, Clara Ulman le solía dar explicaciones. Más que para justificarse por dejarla sola, para que se fuera familiarizando con el resto de los elementos y personas que constituían la vida de su «madre»... «Me espera Alex en el laboratorio general», «He quedado con Úrsula», «Tengo una reunión con el equipo técnico para supervisar el mantenimiento...». Carla asentía, plenamente familiarizada con las situaciones que mencionaba. Cuando la puerta se cerraba toda ella se ponía en modo de pausa. La curiosidad cesaba. Era algo que no había variado desde el principio. Lo único que hacía era esperar a que la mujer que le había dado la vida, su yo primigenio, regresara a su lado. Siempre sentada en el sofá mirando al vacío con la barbilla apoyada en las manos y los codos en las rodillas. Las únicas actividades que realizaba eran las biológicamente necesarias: comer, beber, ir al baño... Aparte de eso, a lo máximo que llegaban sus ocupaciones era a coger alguna cuartilla del escritorio para entretenerse esbozando algún dibujo. Parecía haber retomado una costumbre que Clara Ulman había ido abandonado tras dejar atrás su primera juventud. Los motivos eran simples:

un árbol, una casa, una mano... También le gustaba probarse ropa. Abría el armario y se detenía a mirar con calma el interior con la misma atención y seriedad que se dedica a un asunto de vital importancia. Examinaba las escasas prendas y las volvía a colocar como si devolviera a su estuche una carísima alhaja. Cuando encontraba lo que le apetecía ponerse, sustituía la bata por lo que consideraba más favorecedor. Clara Ulman enseguida se dio cuenta de que le gustaba estar presentable. Daba la impresión de que el hecho de verse atractiva le proporcionaba la misma satisfacción que a ella misma. Consideró conveniente nutrir el ropero de la estancia con varios pantalones, camisetas y camisas, además de algo de ropa interior y de un par de pijamas. De ese modo, cada mañana, al levantarse, Carla podría optar por vestirse como más le apeteciera. Ulman incluso decidió renovar parte de su vestuario comprando por duplicado las prendas. Fue interesante comprobar cómo Carla decidía cada mañana su indumentaria en función de lo que llevara puesto su progenitora.

Según transcurrían los días, la doctora Ulman fue adquiriendo la confianza suficiente para desarrollar su actividad cotidiana sin el temor de que Carla tuviera un comportamiento imprevisible. Asimismo, empezó a plantearse el sentido de la existencia de su criatura y a cuestionarse su utilidad. Los sentimientos que iba desarrollando hacia ella eran extraños. No podría decirse que la quisiera como a una hija, aunque... ¿cómo era la forma de amar de una madre? El fantasma de la enfermedad y de la posterior muerte de su hermana Alba estuvo demasiado presente en la historia de su familia como para dejar hueco al afecto: apenas unos cuantos gestos de cariño localizados en su más tierna infancia eran todo su patrimonio en este sentido. Tampoco la consideraba una amiga: no era alguien con quien le apeteciera compartir confidencias. Entonces, ¿qué era Carla para ella? En cualquier caso, ¿era necesario responder a esa pregunta? ¿Debería poner una etiqueta a lo que experimentaba cuando la miraba o cuando hablaba con ella? Y, por otra parte, ¿iba a tenerla indefinidamente enclaustrada entre esas cuatro paredes? ¿Cómo se desarrollaría su personalidad a partir de ahora? ¿Iría paralela a la de ella misma o funcionaría como la de un ser autónomo? ¿Era bueno proporcionarle más información de la que ya poseía? Todo era tan inédito que le era imposible contar con referencia alguna para responder a

estas cuestiones con una mínima garantía de acertar. Si bien es cierto que los genes condicionan de manera sustancial los comportamientos de cualquier individuo, no lo es menos que las circunstancias del entorno son determinantes en su trayectoria vital.

Cuando la doctora Ulman concluyó que la estructura básica de la mente de Carla estaba ya organizada, consideró que debería someterla a examen. Necesitaba indagar en su interior a un nivel más profundo. Ya había comprobado que estaba familiarizada con su realidad, pero tenía dudas que necesitaba aclarar. ¿Poseería la criatura sus conocimientos científicos? ¿Sería capaz de hablar los mismos idiomas que ella había estudiado? ¿Hasta qué punto tenía registrado su pasado en la memoria?

El temario del test no dejaba lugar a dudas: giraría en torno a la vida de ella misma, Clara Ulman. Los pocos datos contrastados le inducían a pensar que Carla conocía los hechos fundamentales: ya había comprobado que sabía quiénes eran Ramón, Úrsula, Jorge Aldrich y la mayoría de las personas que la rodeaban, pero desconocía la nitidez con la que tenía grabado su recorrido vital. Dedicó una considerable cantidad de tiempo a confeccionar la lista de preguntas, pues previamente se vio obligada a hacer una amplia retrospectiva. Desde sus primeros recuerdos siendo niña hasta el presente. Una especie de escaleta de memorias que procuró fuera lo más minuciosa posible. Le importaban mucho los pequeños detalles. Hasta ahora no había mencionado a Carla nada relacionado con Alba ni con sus padres. Tampoco había sacado a colación su pasado en la universidad ni su época en Mineápolis. Era de suponer que esos hechos también los tendría fijados en su mente, pero Carla no había hecho alusión a nada de ello. Su curiosidad se centraba fundamentalmente en hechos cotidianos o en conocer las opiniones de su creadora respecto a asuntos variados, pero nunca la interrogaba sobre personas o acontecimientos pasados.

Durante casi dos semanas, al finalizar su jornada de trabajo y antes de dirigirse a su casa, Clara Ulman se sentaba frente al ordenador para avanzar en la confección de ese cuestionario. Parte fundamental del mismo eran las imágenes. Hizo una extensa recopilación de fotografías de lugares, pero sobre todo de personas. Desde las que formaban parte de su vida en la actualidad hasta las que lo hicieron cuando era una cría. Incluso buscó a través de las

redes sociales fotos de compañeras del internado en el que pasó una temporada tras la muerte de su madre y con las que no se había relacionado desde entonces. Cuanto más meticulosa fuera la inmersión en su propia vida, más podría ahondar en el conocimiento del ser que había creado.

Se le hizo raro que una vida se pudiera contabilizar en páginas. Noventa y nueve exactamente ocupaban la suya. Casi cuarenta años resumidos en eso. Le pareció poco, aunque, bien pensado, a pesar de que intentó ser bastante escrupulosa en los detalles, se trataba solo de un resumen. El dossier lo dio por concluido tras comprobar que, si alguien no la conociera en absoluto y lo estudiase, tendría una información exhaustiva sobre su persona. Imaginó que algo parecido harían las agencias de inteligencia cuando se proponían espiar a alguien.

Para asegurarse de que todo ese trabajo sirviera para el fin propuesto fue imprescindible hacerlo de espaldas a la criatura. Para ello, cada vez que quería enfrascarse en la labor, la encerraba en el cubículo habilitado en el interior de su laboratorio. Después accedía al ordenador con la clave que solo ella conocía y, al terminar, apagaba el aparato. Era primordial que a Carla le fuera imposible acceder al mismo. De ese modo, Ulman tendría la seguridad de que si conocía la información no la habría adquirido de esa manera. La científica se sentía como la catedrática que guarda bajo llave el examen de fin de carrera.

Sombra de carne y hueso

—Alba...

Al pronunciar el nombre de la que creía ser su hermana un rictus de tristeza asomó a su rostro.

Clara Ulman se demoró en enseñar las fotos más sensibles a Carla. Prefirió comenzar por preguntas más o menos asépticas y por imágenes de gentes que habían pasado por su vida de refilón. A algunos de ellos el clon los reconocía perfectamente, otros le evocaban la etapa en la que Clara se relacionó con ellos, y del resto guardaba un vago recuerdo. La percepción sobre todos y cada uno de aquellos individuos era equivalente a la que tenía la propia Ulman. En un momento dado, Clara decidió alternar esas fotografías con las de amigos o personas determinantes en su vida. Cuando Carla, su doble, se topó con la imagen de Alba y reaccionó de esa manera tan sentimental, la doctora Ulman se sobrecogió. La clon no solamente tenía grabados en su memoria los mismos sucesos que habían formado parte de su propia biografía, sino que además le provocaban los mismos estímulos. Quiso ahondar en ello para corroborarlo. Así pues, continuó probando con las imágenes de Andreas, su primer novio, Beatriz, la primera chica con la que tuvo una aventura, algunos colegas del Palmer Manning, compañeros de piso de la época de la universidad, Tom (el marido de Doris), la propia Doris y, por supuesto, las de las personas que conformaban su presente más cercano: Jorge, Úrsula, David, Alex... Carla parecía atesorar en su interior sentimientos semejantes a los de su original respecto a cada uno de ellos: cariño, respeto, desprecio, añoranza, ternura, admiración... A veces surgía

alguna discordancia en la que Carla volvía a atribuirse experiencias que habían sido vividas por alguna amiga o conocida de Ulman. También creía haber realizado acciones que su creadora planificó. Proyectos que estuvieron a punto de ver la luz pero que nunca llegó a materializar.

Le llamó especialmente la atención cómo se comportó ante la foto de Ramón: acercó su mano a la pantalla del ordenador, acariciando la imagen congelada de su marido.

—¿Te gusta?

—Le amo.

Carla parecía de verdad enamorada, igual que creía haberlo estado ella misma en una etapa de su relación. Daba la sensación de que en el cerebro de su doble no se habían ocasionado los cambios emocionales que había sufrido la propia Ulman con el transcurso del tiempo. Como si no se le hubiera impreso el desgaste de la convivencia que ella había experimentado.

Cuando la doctora dio por concluida la parte que decidió denominar «afectiva» del examen, dio paso al nivel «técnico». La sección consistía en un test encaminado a calibrar si Carla tenía el mismo nivel de conocimiento profesional que ella misma. Las preguntas las formulaba en inglés, español o francés, alternando los idiomas según Ulman creía conveniente. Al principio comenzó por asuntos generales: «¿Para qué sirve una bioimpresora?», «¿Cuál es la utilidad de las células IPS?», «¿Qué material es el indispensable para formar el hidrogel con el que habitualmente trabajamos?»..., para, posteriormente, dar paso a materias más concretas: «¿Podrías explicarme paso a paso la técnica que utilizamos para formar el primer corazón humano en la 3D?», «¿Cuántos intentos fallidos tuvimos que superar hasta lograr hacerlo operativo?», «Detállame desde el principio el proceso de clonación del cerebro de Grini». Carla respondía en la misma lengua en la que era interpelada con una precisión escalofriante. Cuando Ulman acabó la lista de contenido técnico, dio paso al cuestionario sobre temas de actualidad. A medida que transcurrían los minutos, la criatura articulaba ideas cada vez más elaboradas y empezó a expresar sus propias opiniones. Puntos de vista sobre política, ética, etc., que coincidían con los que tenía la propia Clara. Esta dudaba si realmente los había heredado o los estaría formando de manera inconsciente por su propia influencia. La vivencia estaba siendo tan intensa

que se vio obligada a interrumpir el ejercicio. Apagó el ordenador y giró su silla para situarse frente a Carla, que se encontraba sentada a su derecha. Se arrió a ella y le puso las manos sobre los hombros.

—¿No te parece raro que seamos dos «yo»?

Clara Ulman pudo percibir la sorpresa en los grandes ojos verdes, idénticos a los suyos.

—No es raro. Es necesario —aseveró Carla.

—¿Por qué? —preguntó Ulman.

—Para saber lo que tengo que hacer.

—¿Crees que es normal tener un duplicado de uno mismo?

—¿Duplicado? ¿Quién es un duplicado? —cuestionó extrañada.

Ulman se tomó unos segundos para encontrar la respuesta adecuada.

—Ambas... Tú y yo...

—No somos duplicados. Soy yo y tú también eres yo —respondió Carla con aplastante seguridad.

A Ulman le costaba comprender esa peculiar conciencia de individualidad. Lo hizo cuando asumió que Carla, desde su «nacimiento», había aceptado como natural tener un reflejo corpóreo frente a ella. Una sombra de carne y hueso tan parte de sí misma como podían ser sus extremidades. La voz de su conciencia. Un Pepito Grillo con su mismo aspecto. Pensando por ella, responsabilizándose de sus decisiones.

Clara Ulman aproximó su rostro a pocos centímetros del de su otro yo, frente a frente, escudriñando su propia imagen.

—Ahora quiero que reflexiones antes de responderme. —La clon afirmó con la cabeza como habría hecho una buena alumna—. ¿Te gustaría salir de aquí?

—¿Adónde?

—No sé... a la calle, al laboratorio general.

—¿Eso es bueno?

—¿Tú qué crees? Piénsalo bien.

La criatura se concentró con el fin de encontrar las palabras que expresaran con fidelidad lo que opinaba.

—Si es bueno para ti, es bueno para mí. Si es malo para ti, es malo para mí —asintió con un ademán inocente en el que Clara Ulman se reconoció

como la niña que fue. Un gesto ya olvidado que le hizo regresar a su infancia, pero que su doble, a pesar de tener aparentemente su misma edad, parecía conservar—. ¿Es lo correcto?

Ulman le acarició el negro cabello, del mismo modo que lo hubiera hecho con un animal indefenso.

Tan solo sé tú misma

La clon ignoraba su verdadero nombre o, lo que era lo mismo, el nombre con el que su creadora la había bautizado. Cuando Ulman quería atraer su atención, le daba una ligera palmada en el hombro, o la requería verbalmente eludiendo el nominativo: «Oye..., mira..., ven..., escucha...». Como siempre estaban solas no existía la posibilidad de que estuviera llamando a nadie más. ¿Qué objeto hubiera tenido decirle que se llamaba Carla? Además de confuso era inexacto. Al menos respecto al sentimiento de la criatura. Carla era, al igual que su original, la hija de Félix y de María, la hermana de Alba, la mujer con la que se había casado Ramón de Castro, la directora del Departamento de Medicina Regenerativa y de Criogenización de Genotypsa..., en definitiva, la doctora Clara Ulman. Desde luego, esa era la personalidad que asumía. La misma que la del ser del que provenía. Por muy parecido que fuera al de su creadora, Carla era un nombre lo suficientemente distinto como para crear unas disparidades que habría sido incapaz de comprender. Ese baile de letras la hubiera arrojado al abismo de la diferencia otorgándole una identidad en la que no se habría reconocido.

—Buenos días, doctora Ulman.

—Buenos días, Alex. ¿Has descansado bien?

—Perfectamente. Veo que usted también. El nuevo peinado le sienta fenomenal.

—¿Mi nuevo peinado? —preguntó extrañada.

—¿No lleva el flequillo hacia el otro lado?

Carla, la clon, no contestó. Se limitó a exhibir una atractiva sonrisa. La misma que hubiera ofrecido su yo originario para corresponder a alguna gentileza. Después de unos segundos incómodos por la ausencia de respuesta, Alex Jansen se retrepó en su silla para reemprender la tarea que andaba realizando.

—Le favorece...

Clara Ulman no había reparado en ese detalle. *Tenía que haberme dado cuenta de que veo a Carla como si me mirase a través de un espejo...* Creía haber cuidado todos los pormenores, pero se le escapó algo tan sencillo como eso. Recluida en sus dependencias, escuchaba el diálogo a través del dispositivo preparado a tal efecto. Se mordía el puño izquierdo mientras se lamentaba mentalmente del imperdonable fallo. Sabía que el reto al que había decidido enfrentarse precisaba de una gran dosis de osadía y que iba a ser difícil mantener todo bajo control. Estaba preparada para asumir incidentes inesperados. Aun así, no podía evitar enfadarse consigo misma. Había iniciado un juego que dejaba de ser entre dos para incluir a más participantes. Los progresos de Carla habían sido tan espectaculares que se hacía necesario seguir avanzando, aunque ello supusiera asumir un riesgo que no por medido dejaba de ser imprevisible, tal y como se estaba demostrando.

Previamente, antes de dejarla salir de sus dominios para emprender la aventura del exterior, permaneció un buen rato vistiéndola, peinándola y arreglándola de la misma manera que cuidaba su propia apariencia. Le dio instrucciones acerca del lugar hacia el que debía dirigirse, el tiempo que permanecería alejada de su progenitora, y las acciones que debería realizar.

—Y ¿la forma? —preguntó de improviso la criatura.

—¿A qué te refieres?

—Sé lo que debo hacer, pero no cómo...

Clara Ulman requirió meditar unos instantes la respuesta que su doble estaba esperando.

—Tan solo sé tú misma —le dijo mientras le ajustaba una gargantilla en el cuello que incorporaba una cámara.

Por último, le introdujo un minúsculo pinganillo inalámbrico en el oído a través del cual podría darle indicaciones si lo consideraba conveniente,

entonces le abrió la puerta al mundo.

Entre el abanico de posibilidades había optado por escoger una situación cotidiana, anodina... Eligió ese día porque el trabajo del laboratorio general se limitaría a tareas corrientes. No estaba previsto emprender ningún experimento nuevo. Era importante alejar a Carla del trance de tener que decidir sobre algo complicado, por lo menos de momento. Quería quitarle protagonismo para colocarla en el rol de regidora, un trabajo que en el teatro se limita a supervisar que todo esté listo y en su sitio. Su primer contacto con la realidad fuera de aquellas paredes debía de ser lo suficientemente neutro como para esquivar las miradas sobre su persona. No se trataba de que Clara Ulman temiera la sospecha por parte de alguno de sus colaboradores de que algo raro estaba ocurriendo: nadie podría imaginar ni por lo más remoto lo que se cocía en su laboratorio privado, pero aun así quería evitar situar a Carla en una coyuntura que pudiera estresarla. Aparentemente cualquier otro día habría servido, pero algún pequeño suceso que en un contexto normal sería perfectamente intrascendente, en aquellas particulares circunstancias podría provocar un tsunami de consecuencias irreversibles. Aquella mañana nada iba a salirse del guion... o eso creía... Se equivocó, y lo que más le enojaba era que el imprevisto se debió a un fallo suyo: si lo que pretendía era alejar a Carla del punto de mira de quienes la rodeaban y de que asumieran su presencia como algo rutinario, de la forma más tonta consiguió todo lo contrario... *¡Mierda, mierda, mierda!*... Esperaba haber aprendido la lección para evitar de ahora en adelante flecos sueltos. Peinar a Carla con la raya en el lado izquierdo en lugar de en el derecho, tal y como siempre lo llevaba ella, había provocado una situación que, si bien no tenía importancia, podría haber descolocado a su criatura más de lo conveniente.

Ulman continuaba encerrada en su despacho siguiendo a través de su *gadget* el periplo de Carla. Afortunadamente, el pequeño incidente careció de consecuencias. La clon conservó la calma y seguía con serenidad las instrucciones de la que era su conciencia. Se desplazaba por el laboratorio general ejerciendo de supervisora. Caminaba relajada con los brazos cruzados entre probetas, microscopios y los sofisticados aparatos repartidos por las instalaciones. Se limitaba a saludar con educación a los investigadores, siempre llamándolos por su nombre propio. A veces se paraba e interpelaba a

alguno de ellos interesándose por algún dato concreto del trabajo en el que estaba inmerso. Si alguno le pedía asesoramiento, ella le aclaraba la duda con un comentario certero. Clara Ulman contemplaba en la pantalla el recorrido de su doble con sentimientos encontrados. Por un lado, le tranquilizaba comprobar que trataba a cada uno de sus colegas como lo hubiera hecho ella misma, y, por otro, le inquietaba que de repente pudiera cometer alguna indiscreción o actuar de modo incoherente. El resultado de las pruebas a las que la había sometido previamente alejaba en gran medida este temor, pero ella por su experiencia sabía muy bien que los factores ambientales pueden trastocar la estructura de un compuesto, por mucho que ya haya sido contrastado en otras condiciones.

—Doctora, por favor, ¿tiene un momento?

—Dígame.

—Lo he intentado de varias formas, pero no logro sacar adelante el cultivo de las células epiteliales. He tenido que desistir. Lo siento. Creo que hay algún detalle del proceso que se me escapa.

—¿Es usted nuevo?

Ulman contempló horrorizada a través de la cámara la perplejidad del altísimo Eduardo Riordan.

—Ehhh... no exactamente... —titubeó el muchacho—. No llevo mucho aquí, pero poco después de incorporarme estuvo usted explicándome durante toda una tarde la técnica a seguir. La verdad es que tuvo mucha paciencia conmigo, ¿no se acuerda?

Carla no tenía registrado aquello en su cabeza. Su silencio forzó a Clara Ulman a comunicarse con ella a través del pinganillo: «Se llama Eduardo. Dile que te disculpe, que te encuentras indispuesta y te tienes que marchar. Luego le atenderás. ¡Ah!, y tutéale. Ahora ven hacia aquí...».

Aunque la doctora Ulman no pudo verla, a Carla apenas se le alteró su expresión firme y controlada al escuchar las indicaciones. Obedeció al pie de la letra las directrices recibidas comprendiendo que tenía que tratar a ese gigantón de silueta desgachada con la misma familiaridad que a los demás, aunque no tuviera ni la más remota idea de quién era.

Mientras la aguardaba, Ulman se desesperaba intentando entender qué podía haber sucedido... *¿Por qué Carla no conoce a Eduardo si sabe quiénes*

son todos los demás?... Después de estrujarse las neuronas, creyó saber de dónde provenía el error. Se dirigió al ordenador y buscó la ficha de Eduardo Riordan. En un barrido visual localizó el día de su incorporación a la empresa: 5 de marzo. Carla hacía ya tiempo que estaba totalmente formada. No solo eso, recordó que cuando Alex Jansen le presentó al becario en el ascensor, ya había iniciado el proceso para revertir el coma inducido. Por tanto, era lógico que le resultara extraño: en el cerebro de Carla estaban grabadas las vivencias de su creadora hasta el momento de la formación del mismo. Todo lo que había acontecido después lo ignoraba, a no ser que ella se lo hubiera contado. Ulman respiró aliviada. Le ponía frenética ser incapaz de racionalizar algo. Tan de mal humor como la incompetencia o la estupidez. Por suerte, los dos incidentes ocurridos en el transcurso de la primera incursión de Carla en el mundo real carecerían de apreciables consecuencias. Es más, si lo analizaba fríamente, lo sucedido le había proporcionado una información preciosa. Lo máximo que podría pasar era que Jansen por un lado, y Eduardo Riordan por otro, la tomaran por excéntrica. ¿Y qué?, pensó mientras se arrellanaba en la butaca estirando sus brazos por encima de la cabeza... ¿No lo son todos los genios?

La buena de Carla jamás ocasionaba inconveniente alguno. Ulman se sentía asistida por una ayudante especialmente dotada. No solo seguía escrupulosamente sus instrucciones, sino que su singularidad hacía que previera problemas y los resolviera sin involucrar a su otra mitad, con la cabeza tan despejada como ella. Era como si leyese la mente de su progenitora. Siempre pendiente de ella, observándola... esperando cualquier punto de vista o indicación que saliera de su boca para afianzarse en esa individualidad compartida. Cuando estaban juntas en el laboratorio privado, que era casi siempre, Carla solo hablaba si su hacedora se dirigía a ella. Aunque su conciencia asumía una dualidad en la que las diferencias eran inexistentes, había incorporado una disciplina militar que la ponía en una posición claramente subalterna.

Después de la accidentada primera incursión de la criatura en sociedad, la doctora Ulman hizo un minucioso repaso de las personas que habían

aparecido en su vida tras la creación de Carla. Para eso tuvo que poner en marcha la moviola de su memoria. Fue complicado. Si solo hubieran desfilado durante ese periodo gentes con peso, protagonistas de esos días, habría resultado más sencillo, pero la mayoría eran figurantes cuya aparición carecía de trascendencia. Aun así, era imprescindible familiarizar a Carla con ellos para evitar otro incidente como el sucedido con Eduardo Riordan. Desde que ocurrió el percance, ponía en alerta sus cinco sentidos con el fin de recordar el nombre de cualquier hombre o mujer que le presentaban o que por cualquier causa había tenido contacto. Si alguno de ellos poseía mascota, retenía mentalmente el nombre del animal. Procuraba sacarles con discreción una foto con el móvil para confeccionar el expediente que posteriormente mostraría a su «gemela». Cada día, además, Ulman la mantenía al tanto de su actividad cotidiana comunicándole hasta los detalles más nimios... «Hoy Lambert llevaba unas zapatillas de colores muy graciosas: le he dicho que me encantaban», «Úrsula me ha hablado de otra galería que han abierto cerca de la suya», «Rosalía podrá ser muy eficiente, pero es bastante desagradable. He visto cómo la miran cuando entra en el laboratorio. Creo que no cae bien a nadie».

Carla permaneció recluida en la estancia durante varios días. Era preciso alejarla de la vida social por el momento. Volvería cuando estuviera suficientemente preparada. Ulman asumió, al ponerla a prueba por primera vez, que aquello había sido tan solo un ensayo general. Un pase para comprobar los matices que era necesario pulir antes del estreno. Esa experiencia le mostró que la había dejado salir al escenario con lagunas en el texto y sin haber ensayado lo suficiente. La impaciencia le hizo acelerar la marcha de los acontecimientos. Había confiado demasiado en su bagaje, que era el suyo propio, pero no cayó en la cuenta de que Carla carecía de experiencia práctica en el trato humano, por mucha teoría que poseyera. Aun así, supo improvisar con pericia saliendo del paso como lo hubiera hecho una buena intérprete.

Todas las mañanas Ulman le tomaba la lección. Obsesivamente. Ambas incorporaban ese proceso como parte de su rutina a modo de trabajo cotidiano. La directora y la actriz perfilando la puesta en escena y los matices del personaje. A Clara, la original, nunca le parecía excesivo repasar una y

otra vez caras, nombres, particularidades, y todo lo que le podía proporcionar la seguridad de no volverse a equivocar por defecto. Y Carla, la copia, jamás se quejaba. Con esa minuciosa puesta a punto, la directora Clara Ulman adquirió la certeza de que su intérprete estaba ya bastante madura para el estreno. Era imposible que algo volviera a descuadrarse. Así fue. Las siguientes representaciones fueron un éxito total. Sin cavilaciones. Sin fisuras. Con el aplomo y personalidad de una prima donna. No podía ser de otra manera teniendo en cuenta la sangre que corría por sus venas: Carla entró en el teatro de la vida triunfando incontestablemente.

Clara y la muerte

—...**A**nte el tránsito de la joven Alba, cada uno de nosotros se ha quedado con el corazón conmovido. Pero no olvidemos que Dios tiene el derecho de llamar ante sí, a su mansión eterna, a quien desee. Así ha sido con Alba, a quien el Señor ha querido cobijar en su seno. Ella ahora se encuentra feliz en su compañía. Porque la separación no es para siempre, ya que el Señor tiene la voluntad de que nos volvamos a reunir con ella en el reino de la paz y la felicidad. Mientras tanto, Alba está velando allí por todos nosotros, pero sobre todo por sus padres, Félix y María, y por su hermana Clara. Dios es el Creador de nuestro cuerpo y de nuestra alma, el Señor absoluto del tiempo y de la eternidad, de los ámbitos materiales y de las esferas espirituales. Alba, como buena cristiana, quería estar ante Dios en actitud de humildad y fe, y esperando su llamada...

Clara, en primera fila de la iglesia, situada entre sus progenitores, escuchaba al sacerdote con atención e intentaba comprender lo que había detrás de sus palabras.

—¿Por qué sabe el cura lo que Dios y Alba quieren si no conoce a ninguno de los dos? —preguntó la muchacha en voz baja.

María mantuvo la mirada hacia el frente sin aparentemente haber escuchado a su hija. Después, en su boca se dibujó la más amarga de las sonrisas que desembocó en un sollozo sordo e inconsolable. Clara, sin embargo, no lloró. Se limitó a cerrar los ojos con fuerza, a abrazar a su mamá y a estrujar la cara contra su vientre. Presionaba el oído izquierdo contra el

cuerpo de su madre y se tapaba el derecho con la mano para evitar escuchar la homilía del clérigo.

El ser humano acaba por familiarizarse con cualquier cosa, por muy extraño que ello resulte. El hábito siempre acaba penetrando en nuestros comportamientos como el gusano en la manzana. Ni siquiera nos paramos a pensar que aquello que hemos asumido como una parte perfectamente normal de nuestro devenir cotidiano, visto con otros ojos, chirriaría estrepitosamente. Por eso Clara Ulman necesitaba repetirse a todas horas la excepcionalidad del universo paralelo en el que se hallaba inmersa. Temía que, si no lo hacía, alguien podría morder la manzana de manera inesperada y arrancarle medio cuerpo, tal y como le sucedería al gusano. Se había propuesto luchar contra el impulso que la llevaba machaconamente a considerar a Carla como una persona tan corriente o tan especial como cualquier otra. Ya apenas le chocaba lo idéntica que era a ella misma. Su cabeza la llevaba a olvidar el singular proceso que había recorrido hasta llegar allí. Pero ese hecho no era normal, como no lo era nada de lo que venía ocurriendo en su vida desde hacía mucho... ¿Cómo alguien puede acostumbrarse a convivir con su propio clon? «De la misma manera que nos habituamos a convivir con algo tan extraño como la muerte», se respondía a sí misma. Porque, ¿qué sentido tiene llegar al mundo para un tiempo después esfumarse irremediabilmente? Algo tan traumático y atroz como la defunción de alguien llega siempre de una forma tan extremadamente vulgar. Da igual que sea a causa de un accidente, o de una enfermedad. No digamos si se presenta como consecuencia inevitable de la vejez. De repente todo se acaba. Sin alharacas. Sin trompetas. Sin que el mundo se vuelva del revés o al menos se pare un rato. Aquello se remata con la dulzona cadencia evangélica de las palabras de manual del sacerdote de turno, quien ni siquiera hace esfuerzos para que parezcan sentidas. El patetismo de la falsedad. Deprimente pero indiscutible. El resto se limita a la rutina de la cadena de oficios relacionados. Esa cotidianeidad debería ser intolerable ante algo tan grave. ¿O acaso hay algo más determinante que el tránsito de existir a desaparecer? No obstante, la mayoría de los asistentes al funeral retoman su actividad tras despedirse unos de otros

con la misma naturalidad que lo harían en cualquier otro acto social. Esperan en la acera hasta que la luz del semáforo les indique que crucen la calle, entran en un centro comercial para comprar lo que habían dejado pendiente, o beben una copa antes de volver a casa, dejando al finado en la trastienda de su memoria. Y los pocos a los que el suelo se les abre bajo los pies contienen el dolor porque no es de buen tono manifestarlo. Aunque tuvieran ganas de arrasar con toda la absurda estructura del ritual, al final se comportan con la misma medida que los demás. La pena no es de buen gusto porque deja en evidencia a los que no la sienten. Así que nunca pasa nada. La manera de ser del mundo no cambia cuando uno lo ha abandonado. Si a nadie le importa un bledo quién vive, ¿cómo les va a alterar el que deja de hacerlo?

Desde la pérdida de Alba, Clara reflexionaba a menudo sobre la muerte. Consideraba que hacerlo contribuía a darle la solemnidad y el respeto que merecía. Tenía el convencimiento de que era una traición a la vida pasar de puntillas por los elementos que forman parte de su fin.

Sí, seguro, si se puede asumir la muerte como parte de la propia vida, entonces es inevitable que uno, en efecto, se acostumbre absolutamente a todo...

El clic

Viernes. Las duras jornadas abarrotadas de compromisos, con junta de accionistas incluida, un viaje relámpago y algunas decisiones arriesgadas en las que un error podía suponer una enorme pérdida de dinero para la empresa, habían dejado a Ramón exhausto. Clara, sin embargo, estaba radiante. Al igual que su marido había trabajado muchas más horas que el común de los mortales, pero lo que para él era desgaste para ella suponía una inyección de energía que se reflejaba en su estado vital. Llevaban prácticamente toda la semana sin apenas verse. Solo coincidían por la mañana al levantarse. Respecto a las noches, tan solo cenaron juntos el miércoles, pues el resto de los días uno u otro llegaba lo bastante tarde para que fuera inviable pasar la velada en pareja. Por eso, Clara le había prometido que el sábado y el domingo estarían los dos solos, sin compromisos de ningún tipo. «Preferiblemente en casa. Estoy harto de ir de acá para allá». Ella accedió. Lo cierto es que la previsión meteorológica prometía un tiempo espléndido y eso le permitiría disfrutar de la piscina nadando, tomando el sol, o leyendo una buena novela tumbada confortablemente. Tantas horas encerrada sin apenas salir de Genotypsa, le hicieron contemplar con ganas la perspectiva de deleitarse al aire libre. Al principio le pareció un plan apetecible... Al principio...

El sábado por la tarde, nada más terminar de comer, Ramón se recostó en una hamaca bajo la sombrilla. Lidia, la empleada doméstica, había dejado preparada la comida en el jardín siguiendo las instrucciones de la señora de la casa. Un variado y succulento bufé frío y una buena botella de vino. Clara, con

los pies descalzos sobre el césped, aún no había dado por finalizada la sobremesa. Entre el magnolio y los jazmines, tomaba un café con hielo mientras observaba discretamente, a través de la pantalla de su reloj, cómo Carla degustaba el plato de salmón ahumado con alcaparras que le había dejado preparado en el frigorífico de su despacho. El ruido de una respiración entrecortada y áspera desvió su atención hacia Ramón. Estaba repantingado, con la boca abierta, la carne flojeando en sus mandíbulas y el cabello revuelto. La grasa de la incipiente barriga cubría totalmente los músculos abdominales que hasta hacía poco más de un año se le marcaban con atractiva nitidez. Había dejado de rasurarse el pecho y unos largos pelos blancos recubrían sus tetillas. Su cabello, antes tupido y solo griseando por las sienes, ahora empezaba a ralearse dándole un aire de juez jubilado... *¿Es una percepción mía, o realmente está hecho una pena...?* ¿Cómo se podía cambiar de la admiración al asco pasando tan de puntillas como para no percibir la transición? Clara se sintió en ese instante incapaz de digerir esos cambios. El príncipe se había convertido en sapo... y los sapos carecen de atractivo sexual. Confiaba en que el cansancio atenuase la libido del batracio para evitar el esfuerzo de cumplir con algo que no le apetecía lo más mínimo...

Al llevarse el vaso a los labios para dar un último sorbo al café, comprobó que el hielo lo había aguado por completo. Se levantó cuidadosa con la intención de dirigirse hacia el interior y prepararse otro. Al incorporarse se sintió un poco mareada debido al vino ingerido en el transcurso del almuerzo. Lamentó haber dicho a Lidia que podía tomarse la tarde libre. Ahora le tocaría a ella retirar la mesa, con la modorra que le ocasionaba haber bebido. Ni siquiera se puso las chanclas. De puntillas, se encaminó hacia la cocina. Las baldosas frías y el contraste de la temperatura de la casa con la del exterior la espabilaron actuando como desencadenante. De pronto todo le cuadró: Ramón durmiendo plácidamente en la hamaca, la imagen de Carla a través de la pantalla apurando los restos de salmón, junto con la audacia que proporciona una dosis un poco excesiva de alcohol, hicieron que en su cabeza sonase un clic. Fue como si súbitamente hubiera encontrado el método para armar el cubo de Rubik en unos pocos segundos.

En primera persona

Hasta ese fin de semana Clara Ulman no se había planteado seriamente la función práctica de su creación. De hecho, empezaba a ser engorroso articular la infraestructura de su mantenimiento. Aunque Carla no ocasionaba problema alguno debido a su total colaboración en las iniciativas de su *alter ego*, a Ulman le requería un considerable gasto de energía organizar el día a día de sus dos personalidades sin que nadie se percatase de la duplicidad. Por eso aquellos días fueron decisivos. No porque sucediese algo excepcional, sino porque llegó al convencimiento de que su clon podía tener una utilidad que fuera más allá de un apasionante experimento científico y sociológico.

Clara Ulman sabía que había ganado una gran batalla, pero no se sentía vencedora. Le dolía la indiferencia del mundo. Le parecía injusto. Bien es cierto que hacer público su hito la podría llevar a entrar en la Historia por la puerta grande. Su nombre se inscribiría, independientemente de consecuencias posteriores, junto a los de Isaac Newton, Louis Pasteur, Marie Curie, Alexander Fleming, Albert Einstein, o su preferido, Galileo Galilei. Pero si este último fue acusado de hereje y perseguido por la Inquisición por asegurar que la Tierra giraba alrededor del Sol y no a la inversa, y a Einstein le bautizaron como el padre de la bomba atómica, se hacía una idea de la gravedad del delito que le podrían imputar... «Aberrante experimento», «La nueva Mengele», «El lado perverso de la ciencia». Imaginaba ese tipo de titulares ilustrados con fotografías de ella llegando a los tribunales para ser procesada. A veces fantaseaba con la idea de convocar una rueda de prensa: cuando todos los medios de comunicación estuvieran en la sala esperando

ansiosos los detalles de la jugosísima información, aparecerían ella y su querida Carla. Las dos solas para no distraer la atención de lo esencial. Disfrutaba solo con imaginar la expresión de sorpresa de los asistentes... Desgraciadamente, esa opción estaba muy lejos de poder llevarse a cabo. El mundo todavía no estaba listo para asumir lo que ella había materializado. Ni siquiera para comprenderlo en su justa dimensión. Se preguntaba si alguna vez lo estaría...

—Ya está, señora. Si tiene alguna molestia llame y dígaselo a mi secretaria. Le haré un hueco y la atenderé en el día. No obstante, espero que ni lo note.

—Gracias, doctor.

La criatura salió de la consulta del ginecólogo llevando un dispositivo intrauterino insertado en su útero. El mismo tipo de DIU que llevaba Clara Ulman. Como medida de precaución esta pidió cita a un doctor que no conocía. No podía recurrir al suyo propio por razones obvias, así que buscó a través de internet alguno con la solvencia suficiente como para poner en sus manos a Carla. Se decidió por un tal doctor Santiago Montalbán Vega, de Infansalus, clínica especializada en planificación familiar. Su edad y experiencia parecían acreditarle para poder confiar en él sin problema. Podría haber sido la propia Ulman la que se encargase de realizar la inserción: al haber cursado estudios de medicina tenía conocimientos de obstetricia más que suficientes para llevarla a cabo, pero le daba un cierto reparo. Estaba convencida de que cualquier médico lo haría mucho mejor que ella, aunque solo fuera por la costumbre de realizar el procedimiento habitualmente. No quería correr ningún riesgo: para ella Carla era una especie de valioso jarrón chino y le preocupaba poder «romperla». A la mujer que había sido capaz de trasplantar un cerebro y de formar un cuerpo completo a partir de unas cuantas células le daba miedo realizar una manipulación tan simple. Ironías inexplicables.

Carla era el ser más valioso existente sobre la tierra. La más especial de las individualidades. La particular piedra filosofal creada por la doctora Ulman: un elixir de vida y el medio al que recurrir para el fin que su hacedora estimara conveniente. El *alter ego* que se ocuparía de las tareas engorrosas,

incómodas, desagradables o tediosas. Carla correría a cargo de lo que Ulman consideraba el lado plomizo de su existencia: el de esos tiempos muertos que la aburrían soberanamente. De esa forma, la protagonista de esta historia podría volcar sus energías en lo esencial nada más, transformando cada minuto en auténtico oro vital. Porque la vida solo tenía sentido así, siendo perfecta. Tan perfecta como Carla. Tras la visita al ginecólogo, ese ser idéntico a ella misma estaba del todo preparado para comenzar la convivencia con Ramón sin que nadie, ni siquiera él, se percatase de la suplantación.

Carla, la clon, no tenía planes. Carecía de ambiciones. El futuro no significaba nada para ella. El presente iba poco a poco adquiriendo importancia a medida que se familiarizaba con él. Pero en lo que en verdad se anclaba su personalidad era en el pasado de Clara Ulman, su primigenia y única identidad. Tal vez por ello la primera vez que se encontró frente a frente con Ramón de Castro lo asumió como si lo conociera de toda la vida. Más exactamente, como si lo conociera desde hacía tres años, seis meses y cinco días, la fecha en la que la original Clara Ulman y él tuvieron su primer contacto. Tampoco Ramón percibió nada fuera de lo habitual salvo que *Clara* sonreía más de lo acostumbrado y se mostraba algo más cariñosa de lo normal.

Clara Ulman, por su parte, sentía una sensación extraña cuando presenciaba a través del *gadget* los encuentros de su doble con Ramón. Jamás había sido celosa: era una mujer lo suficientemente segura de sí misma como para caer en esa trampa. Por eso le sorprendía la incomodidad que le provocaba ver y escuchar cómo su marido hacía el amor con Carla. Era tan paradójico... A pesar de conocer el pasado mujeriego de Ramón, de saber que era un hombre deseado, incluso de haberle visto coquetear delante de sus narices con Sara Kunis, en ningún momento percibió el pellizco en el estómago que experimentaba en esos instantes. ¿Realmente tenía celos de sí misma? ¿Ramón estaba teniendo relaciones sexuales con Carla de manera distinta a como lo hacía con ella? ¿O simplemente veía al hombre que compartía su vida desde una perspectiva diferente y ese distanciamiento la inquietaba? Había momentos que prefería cortar la conexión para evitar el acceso visual y auditivo, y, de ese modo, ahorrarse la violencia que le producía la situación. En cambio, cuando la curiosidad vencía al pudor,

inspiraba hondo y reubicaba sus pensamientos. Se vio obligada a recolocar un sentimiento que se le había ido de las manos. A mentalizarse de que debía de identificarse con su clon pensándola en primera persona. Esa era la clave. Al menos cuando la viera con Ramón. Era la forma de expulsar ese desagradable demonio que se le había metido dentro. No obstante, a pesar de tener que transitar por esas sensaciones tan insólitas, estaba convencida de que la relación que su otro yo estaba afianzando con su marido era la ideal, la que ella nunca había conseguido lograr. En eso la copia había superado a la original. Examinado fríamente, a alguien como Clara Ulman constatar esa inferioridad le tendría que haber molestado. Sin embargo, ver a su marido más feliz con Carla que con ella le producía la misma sensación de euforia que un trabajo bien realizado. La satisfacción de haber logrado superarse a sí misma.

A veces se sentía tan identificada que le costaba recordar si había sido Carla o ella misma la que había hecho tal o cual cosa. Otras, la percepción que tenía al mirarla era la de una extraña, aunque eso era poco frecuente. En esas raras ocasiones la contemplaba como un ser ajeno. Se podría decir que más que por la conducta de Carla ese cambio de perspectiva se debía al estado de ánimo de su creadora. Al principio dejaba que su doble la suplantase por las noches solo esporádicamente, pero, según pasaba el tiempo, esa costumbre se iba haciendo cada vez más habitual. Por una parte, el comportamiento de Carla no podía ser más idóneo y eso le daba la seguridad necesaria para poder delegar en ella con tranquilidad. Y por otra, descubrió el placer de pasar algunas noches sola encerrada en su laboratorio, que, casi sin darse cuenta, iba transformando en un hogar. Le fue cogiendo gusto a la agradable libertad que le proporcionaba la impunidad. Respecto a su matrimonio, le parecía una práctica saludable. Carla aportaba a su relación de pareja una frescura que difícilmente ella era ya capaz de proveer. De esa manera, distribuir el tiempo y las energías entre las dos ayudó a Ulman a ser plenamente consciente de lo que tenía, de lo que necesitaba y de lo que podía prescindir.

La certeza de haber hecho una trampa al destino la embriagaba. Se había convertido en una prestidigitadora, en una maga del tiempo. Mientras que su doble ejecutaba impecablemente las tareas que le encomendaba, ella

descubrió las satisfacciones que el ocio le ofrecía sin el remordimiento de dejar abandonadas sus obligaciones. Empezó a gozar de cosas que nunca había hecho o que habían transcurrido tantos años desde la última vez en la que pudo recrearse en ellas que apenas las recordaba. Coger su pequeño híbrido y perderse por una carretera elegida al azar. Sin rumbo fijo. Por el mero disfrute de conducir, dejándose hipnotizar por el horizonte que aparecía ante sus ojos. Sin mirar el reloj. Escoger un acogedor restaurante situado en algún hermoso paraje y saborear sin prisas un buen almuerzo mientras se deleitaba con las vistas. A la vuelta, parar en lo alto de un puerto de montaña para hacer un boceto del paisaje. O detenerse a la orilla de un río, extender la manta de viaje que llevaba en el maletero y sentarse a escuchar el sonido del agua. O simplemente tumbarse en el sofá de su despacho para leer a Scott Fitzgerald o a Flaubert. Releyó *Madame Bovary*: «El deber es sentir lo que es grande, amar lo que es bello y no aceptar los convencionalismos de la sociedad, con las ignominias que nos impone». Fue toda una experiencia recuperar ese viejo volumen y reencontrarse con páginas dobladas tímidamente en un extremo y con líneas subrayadas a lápiz. Le llamó la atención una anotación que ella misma había hecho en uno de los márgenes, pero que no recordaba: «Su gran drama fue verse inmersa en una vida no elegida». Se topaba con frases o párrafos que le habían llamado la atención en su primer encuentro con aquel libro, pero que ahora había olvidado por qué le habían impactado. Sin embargo, otros fragmentos, desapercibidos en su momento, al releerlos la sacudían con fuerza.

A veces se recreaba con parsimonia confeccionando heterodoxas listas musicales de sus cortes de ópera favoritos y los ordenaba sin aparente criterio: a una aria de *Sansón y Dalila*, le seguía la obertura de *Tristán e Isolda* para después continuar con «Il cavallo scalpita», de *Cavalleria rusticana*. Esas notas recibidas en sus oídos con hermosa armonía a través de los cascos la aislaban de todo lo que era vulgar y desagradable. Unos pequeños placeres del corazón que la emocionaban. Volvía a sentir que su alma adquiría corporeidad. Esa alma que, en parte, se había evaporado siendo absorbida por la ciencia. Hasta entonces había tenido que dedicar la práctica totalidad de sus energías a la investigación. Incluso había abandonado el hábito de dibujar. Apenas había dispuesto de tiempo para dedicarlo a lo que

ahora le estaba fascinando. Aunque su profesión era lo que le había hecho palpar, poco a poco iba adquiriendo el convencimiento de que la existencia estaba repleta de experiencias de las que habría tenido que prescindir si Carla no existiera. Esta, por su parte, cuando Ulman lo consideraba conveniente, atendía con precisión sus obligaciones científicas y también el resto de ellas. Obedecía ciegamente a su creadora, a quien veneraba. Tenía registrado que el sentido de su vida estaba íntimamente ligado a la conveniencia de la mujer que le había dado el ser. Que no existía distinción entre lo que beneficiaba a una o a otra: uno jamás actúa contra sí mismo. Por eso nunca cuestionaba la voluntad de ese anexo, de ese espejo de carne y hueso. Conocía su misión y su fin era cumplirla. No racionalizaba nada. ¿Para qué? Uno solo discute una orden si considera que va contra sus intereses, que va contra sus principios. Dios no se equivoca. La amaba como quien ama a un ser supremo.

Ulman era plenamente consciente de todo lo que provocaba en la criatura que había creado y ello la hacía sentirse el ser más dichoso sobre la tierra. Aun así, la euforia de sentirse realizada era incapaz de mantener indefinidamente su cuerpo y su mente en estado de nirvana. Lo cierto es que la rutina siempre llega y las mentes privilegiadas como la de Clara Ulman precisan subir un escalón más en su ascenso a las estrellas. Algo bullía en su interior por muy plena que fuera su vida en aquel momento. El problema radicaba en que lo logrado ya formaba parte del ayer, y ella tenía hambre del mañana. El periodo de asueto que tan bien le había sentado en realidad le sirvió para pergeñar el siguiente paso de su ambiciosa aventura.

Un anhelo incómodo

—¿Qué has dicho?

A Clara Ulman le pareció tan extraño lo que su marido acababa de exponer que le pareció que la mente le había jugado una mala pasada.

—Que podríamos tener un niño. Creo que estamos en un buen momento para plantearnos ser padres —repitió alegremente Ramón.

—Pero si tú nunca has querido tener hijos... —comentó ella ante el inesperado deseo de su cónyuge.

—¿De dónde has sacado eso? ¡Claro que sí! Lo que ocurre es que estaba esperando a la persona adecuada... Estoy cansado. A veces creo que tu trabajo y el mío no merecen la pena si no tenemos a nadie a quien ofrecer los frutos de nuestro esfuerzo.

Ramón manifestaba su voluntad con la seriedad de haber calibrado con detenimiento la propuesta. A Clara, probablemente porque no se lo esperaba, aquello le pareció discordante con el lugar, el momento y la situación. También con sus deseos. Le chirriaba en los oídos.

A instancias de ella, aquel domingo habían salido a dar un paseo por el monte que rodeaba la urbanización con el fin de disfrutar de la agradable temperatura. Aunque el verano daba ya sus últimos estertores y tuvieron que cubrirse con prendas de manga larga, los rayos de sol, interrumpidos de cuando en cuando por la presencia de alguna nube, templaban en su justa medida el ambiente y resultaba agradable percibirlos en el rostro. Pero el confort que Clara sentía desapareció al instante. Esa petición inesperada hizo que la atmósfera se cargara como el aire antes de una tormenta. En lo primero

que pensó fue en la suerte de ser ella la que estaba ese día con su marido en lugar de Carla. De forma casi inmediata decidió restringir por el momento el tiempo que su doble pasaría con Ramón. De esa forma llevaría las riendas del asunto de la manera más apropiada. Gestionar el proceso de algo que implicaba tanta responsabilidad debía quedar exclusivamente en sus manos.

—¿Para qué?

El interrogante de Clara era más una reflexión en voz alta que una pregunta.

—Bueno... si decidimos dar ese paso no deberíamos dejar pasar mucho más tiempo... Más que nada, porque me gustaría poder disfrutar de ese niño o de esa niña como un padre, no como un abuelo... —respondió él, socarronamente.

No era la respuesta a lo que Clara cuestionaba. Ella no quería saber por qué quería tener descendencia, ni la razón de ser el momento oportuno para ello, sino para qué, con qué fin. Si tenía motivos vitales, que no prácticos, con el suficiente peso como para querer aumentar la familia ¿solo para tener un heredero? Para ella desde luego era insuficiente.

Sin dejar de caminar, Ramón pasó su brazo por el hombro de Clara estrechándola con suavidad contra sí. Sosteniéndola. Protegiéndola. Ella no correspondió. Solo miraba hacia el suelo andando al ritmo de su esposo a la vez que asentía ligeramente con la cabeza.

—¿Eso quiere decir que estás de acuerdo? —le preguntó Ramón, creyendo identificar ese pequeño gesto con sus deseos.

—No... En fin... No sé... Quiere decir que comprendo que te lo hayas planteado.

—Ya sé que es la primera vez que hablamos de ello, pero estoy seguro de que tú también lo has pensado.

Clara se paró y le miró de frente.

—¿Ah, sí? ¿Por qué estás tan convencido? —le preguntó, neutra, sin intención.

—Todas las mujeres que he conocido, más tarde o más temprano, se enfrentan al reto de la maternidad —respondió Ramón, encogiéndose de hombros.

A ella nunca se le había pasado por la cabeza reproducirse. Por lo menos de la forma convencional. Entre múltiples razones, porque ya había hecho lo necesario para trascender con sus genes.

—Vamos a pensarlo con tranquilidad, ¿te parece? —le dijo, a la vez que le acariciaba tiernamente la mejilla.

Mintió. Pretendía ganar tiempo. Clara no tenía nada que pensar. Ni tenía instinto maternal, ni se veía embarazada. Y mucho menos se imaginaba pariendo.

Cambio de estrategia

—Nos hemos dormido en los laureles, jefe.

Jorge Aldrich, en pie, mostraba a su socio un gráfico con una significativa curva descendente que evidenciaba los resultados económicos del último trimestre.

A Ramón le dolía la cabeza. Era como si le apretaran las sienes con un torno que ejercía, según pasaban los minutos, más y más presión. Tenía la inequívoca sensación de que si no tomaba a tiempo un analgésico los sesos se le iban a licuar.

—Por favor, Rosalía, tráiganos dos cafés y un ibuprofeno —pidió a través del intercomunicador—. La paralización del ensayo del cerebro ha sido un varapalo, sí... —asintió, cariacontecido, dando la razón a Jorge.

—No solo eso, las expectativas que al principio ofrecimos respecto a la creación de órganos humanos para trasplantes se están quedando en agua de borrajas. No aportamos nada original desde hace demasiado tiempo. Seguimos haciendo exactamente lo mismo y de idéntica manera que el Palmer Manning. Además, nuestros rivales nos están pisando los talones: CryoDimension y Lifetransmission Laboratories han aportado últimamente varias propuestas innovadoras.

—Que publiquen más no significa que sus ensayos lleguen a buen puerto. Por otra parte, nuestro Revatofil ya supera las ventas de Viagra en toda Europa y eso lo vamos a notar en la cuenta de resultados de los próximos meses. Así que no hay que mostrarse catastrofistas en absoluto, todo lo contrario. Es muy difícil ser eternamente los primeros en cada una de

nuestras secciones. Lo lógico es que haya altibajos. Me doy por satisfecho con tener siempre como líder a alguno de nuestros productos, como viene siendo el caso desde hace años. Y tú también deberías.

—Lo cierto es que nos estamos apagando respecto a todo lo relativo a la bioimpresión. Nos están tomando la delantera por la falta de iniciativas que nos desmarquen de los demás —matizó Aldrich.

Ramón se recostó en su butaca y permaneció inmóvil durante unos segundos. La maldita migraña le impedía pensar con la claridad acostumbrada. Aun así, su mente se movía a gran velocidad, pero sin lograr encontrar una salida lo suficientemente sólida para ofrecer a su socio.

—¿Qué propones? —preguntó al fin.

Aldrich dejó el gráfico sobre el escritorio de Ramón y tomó asiento frente a él, en el extremo opuesto de la mesa.

—Como bien has puntualizado, el Revatofil ha pasado a ser nuestro producto estrella desbancando a la bioimpresión. Eso quiere decir que nuestros esfuerzos tendrían que ir dirigidos a seguir manteniéndolo por delante de sus competidores. Para garantizar esa preponderancia deberíamos continuar en la línea de eliminar, o como mínimo seguir disminuyendo en nuestro medicamento los efectos secundarios que ocasionan en el organismo el resto de marcas. No en vano uno de los motivos de que hayamos superado a Viagra ha sido la mayor inocuidad que ofrece nuestro compuesto. Lo que te intento transmitir es que deberíamos centrarnos en lo fundamental y poner por detrás lo que actualmente no lo es tanto.

—Explícate.

Jorge se revolvió en el sillón y se aclaró la garganta. Lo que le iba a decir era delicado.

—Con respecto al sector 3D, podríamos reducir gastos sin restar eficiencia a lo que hacemos. Es más, creo que eso ayudaría a concentrarnos en lo que tenemos entre manos estableciendo una relación adecuada entre costes y beneficios. De esa forma sacaremos más provecho a lo que es realmente lucrativo para la empresa. Y, por otra parte, estoy seguro de que el talento de Clara sería más útil si trabajase en equipo que aislada en su laboratorio.

—Ya lo hace. Pasa gran parte de su tiempo con sus colaboradores, te lo aseguro. Si algo puede decirse de Clara es que es incansable. Dedicar más horas al trabajo que cualquiera. No solo en su laboratorio privado, sino también en el general.

—Por supuesto. Eso es evidente —dijo en modo conciliador—. Muchas veces me pregunto de dónde saca tantas energías. Cualquiera diría que sus días tienen cuarenta y ocho horas en lugar de veinticuatro. Y lo que más me sorprende es que nunca se la ve cansada, como si el esfuerzo no le pasara factura. Pero esa no es la cuestión, jefe.

—¿Cuál es el problema entonces?

—A lo que me refiero es que se podría sacar más rendimiento a las máquinas que están en su estudio si se compartiesen. Además, si Clara prescindiera de su laboratorio privado y trasladásemos todo su material al general podríamos dedicar el que ahora es su espacio a ampliar la investigación sobre la disfunción eréctil con el objetivo de seguir perfeccionando el Revatofil.

—Pero...

Aldrich levantó la mano interrumpiendo a su socio para adelantarse a lo que Ramón iba a exponer. Quería demostrar la fuerza de su argumento antes de tener que repeler el ataque.

—Ya. Ya sé que fue una de las condiciones que puso para venir con nosotros. Pero han variado muchas cosas desde que empezó a formar parte del equipo de investigadores de la empresa.

—¿Por ejemplo?

—Aparte de la evolución de resultados, Clara está mucho más vinculada a Genotypsa que cuando se incorporó.

—¿Porque se ha casado conmigo?

—Así es. Por tanto, si permites que dé mi punto de vista, debería valorar lo que está pasando teniendo más en cuenta los intereses de la empresa de su marido, que en consecuencia también son los suyos, y dejar de momento a un lado la conveniencia estrictamente personal. Un negocio es como un coche. Hay que estar preparado para cambiar de rumbo cuando el camino por el que vamos se hace difícil de transitar. Me remito a uno de tus principios... —dijo, pasándole el testigo.

Ramón de Castro se pellizcaba la pequeña cicatriz del cuello, pensativo. Mientras tanto, Aldrich esperaba a que se pronunciara. Unos casi imperceptibles golpes en la puerta rompieron el silencio.

—¡Pase, Rosalía!

El malestar de la jaqueca y la desagradable disyuntiva en la que su socio le estaba situando crisparon el tono de su voz y frustraron la intención de su secretaria de no interrumpir más allá de lo justo.

Embarazados

La asistenta recogía los platos con los restos de comida. El de Clara estaba intacto: ni siquiera lo había probado.

—¿Me llevo las copas, señora?

—Sí, muchas gracias, Lidia.

Clara llevaba esforzándose durante toda la cena para no transmitir con toda crudeza a su marido la opinión que le merecía Jorge Aldrich. Previamente pasaba sus pensamientos por el filtro que la buena educación requería. Contenía la ira que la estaba revolviendo por dentro a costa de una incómoda sensación en el estómago. Las medidas que Aldrich quería llevar a cabo le afectarían mucho más de lo que cualquiera podría imaginar. Lo de menos era dejar de disponer de los aparatos para su uso privado. El verdadero problema estribaba en que la estancia que había servido de vivienda para Carla, y últimamente cada vez más a menudo para ella misma, desaparecería como tal. El sistema que tan bien había articulado se desmoronaría como un castillo de naipes. ¿Qué haría con su obra, con la creación de su vida? Aguardó a que Lidia terminara su labor y cerrara la puerta tras de sí para seguir hablando.

—Tienes el cincuenta y uno por ciento de las acciones. Eres el socio mayoritario. Nadie te puede obligar a tomar esa decisión —apuntó con vehemencia.

—No quiero forzar la máquina y mantener un pulso que perjudicaría a la empresa. Ten en cuenta que Jorge dispone del veinticinco por ciento, por no

hablar de los accionistas minoritarios... —explicó Ramón, esforzándose por llenar su discurso con argumentos de peso.

—¿Y qué? Es totalmente improbable que estos le apoyen. Siguen obteniendo cuantiosos dividendos. Tienen claro que eres tú quien lleva el timón, y no creo que quieran correr el riesgo de apoyar una medida que no compartes. En el peor de los casos tú seguirías teniendo la última palabra —dijo, del todo convencida de contar con su apoyo.

—Ya... de todas formas es una situación compleja, mi amor... Jorge es moralmente el otro fundador de Genotypsa, aunque fuera yo quien invirtiera más capital a la hora de crearla. Y, si lo piensas bien, tampoco sería tan grave trasladarte al laboratorio general de bioimpresión, al menos de forma provisional...

Clara no daba crédito a lo que parecía querer transmitirle su marido. A pesar de ello, su rictus permanecía inalterable.

—Por probar durante un tiempo no pasará nada —insistió él—. Siempre se podría volver a la fórmula actual —dijo, quitando gravedad a lo que acababa de exponer revistiéndolo de ligereza.

Ramón empleó todo su arsenal de seducción a la hora de soltar semejante bomba. El brillante fogonazo de su cautivadora sonrisa apareció con premeditación, de forma medida, nada espontánea, manejando conscientemente esa habilidad que poseía. Clara leyó entre líneas no solo que su marido comprendía los motivos de su socio para llevar a cabo la reestructuración, sino que, y esto era lo más preocupante, estaba de acuerdo con él. Sin embargo lo que acabó de colmar su paciencia fue lo que sucedió a continuación. Él extendió sus brazos por encima de la mesa para coger las manos de Clara entre las suyas y le hizo una propuesta:

—Mira... te pido que pongamos a prueba la nueva fórmula durante nueve o diez meses... Así podrás estar más tranquila durante ese periodo. Y, ¿por qué no?... Podría ser una etapa dedicada a quedarnos embarazados...

Dar por sentado que comulgaba con sus planes de tener hijos exacerbó su cólera, pero el hecho de utilizar ese plural absurdo la acabó de sacar de sus casillas. Ojalá se hubiera tapado los oídos para evitar escuchar todo aquello. Notaba la cara ardiendo y el cuello rígido, al borde de la contractura. Como si hubiera recibido una fuerte bofetada. El tono de Ramón desbordaba

paternalismo y condescendencia. Con ese gesto de dominio, fatuo y absurdo, desde muchos escalones por encima. Humillante... *¿Cómo se atreve a hablarme así?* Sabía que la amaba, pero en situaciones como esa tenía la impresión de que no la respetaba. Lo peor de todo era que estaba segura de que él no era consciente de aquella actitud intolerable.

—Disculpa. Creo que algo me ha sentado mal.

Las palabras le salieron ahogadas. La rabia pugnaba por aflorar, pero consiguió controlarse. Trataba de no estallar y hacerse añicos. Era una bomba a punto de explotar y de convertirse en metralla. Lo odiaba. Retiró sus manos de las de él lo más suavemente que pudo y dejó sobre la mesa la servilleta que reposaba sobre su regazo. Temblando de indignación, se levantó con gran esfuerzo. Casi no podía mantenerse erguida. Las piernas apenas le respondían y en su cabeza comenzó a sonar un pitido estridente intercalado con un zumbido semejante al que haría un enjambre de avispas. La impotencia y la consternación la invadían. Guardando la compostura lo mejor que pudo, salió del comedor. Se dirigió al porche, apoyó la espalda contra la pared y respiró profundamente varias veces. Inspiraba el aire a bocanadas, pero parecía que solo una pequeña parte de oxígeno llegara a su cerebro. Se concentraba en bajar el ritmo de su corazón y en amortiguar el ruido que martilleaba sus neuronas. El pulso le palpitaba en los oídos. Quería moverse, correr, pero las rodillas se le doblaban y apenas podía mantenerse en pie. Sintió una viscosa humedad en la palma de la mano derecha. Miró hacia ella y se percató de que se estaba clavando con tal fuerza las uñas que había comenzado a sangrar. Ni siquiera fue capaz de cambiar de postura. Solo podía permanecer allí, odiando la situación y aborreciendo a su cónyuge.

Úrsula, rodeada de su aura glamurosa, mostraba una de las pinturas de la colección a una pareja de aspecto adinerado. Vio a Clara que entraba en la galería. Consultó su reloj de pulsera y comprobó que había llegado antes de la hora concertada. Ulman la saludó tímida con la mano y se mantuvo discretamente alejada mientras echaba un vistazo a algunas de las piezas. Pasaron pocos minutos hasta que su amiga se despidió de los clientes.

—¡Clara, cariño! —dijo, abrazándola con afecto—. Cada vez que te veo me sigue sorprendiendo lo guapa que eres, sobre todo si hace tiempo que no quedamos.

Ulman aceptó el cumplido con la naturalidad de tener asumido desde niña ser una persona agraciada físicamente. Para ella no era más que una particularidad, como el timbre de voz, el color de la piel o tener los ojos claros.

Había quedado con Úrsula para que esta le mostrase la sala de exposiciones que la competencia había abierto a doscientos metros de la suya. Tras ordenar unos papeles en su despacho, la dueña del establecimiento recogió su bolso y juntas se encaminaron a husmear la pinacoteca situada en la misma calle. La sala era algo más grande que la Baltar. Estaba decorada con un gusto exquisito. Más que una galería de arte parecía una tienda de moda de la *avenue* Montaigne de París. Tras dar por finalizada la visita se dirigieron al café que ambas solían frecuentar y pidieron dos cócteles.

—¿Crees que podrá perjudicarme la cercanía? —preguntó Úrsula algo inquieta.

—Todo lo contrario. Que el espacio esté tan cuidado te beneficia: da categoría al entorno. Los potenciales clientes aprovecharán para visitar las dos galerías, pero comprarán en la tuya. Aunque estén en el mismo rango de precio, tu colección es mucho mejor —respondió Clara con sinceridad.

Baltar asintió satisfecha. Como casi siempre, Clara coincidía con su punto de vista. Una vez llegó el camarero con las bebidas, Ulman, tras beber un generoso sorbo de su Manhattan, se dispuso a tratar el tema que le preocupaba y por lo que en realidad quería ver a su amiga. Sabía que recurrir a ella podría ser su tabla de salvación. Había descartado el enfrentamiento directo con Ramón. Conocía muy bien a su marido y ese camino empeoraría la situación. Respecto a Aldrich, si desde que se conocieron se hizo evidente la falta de sintonía entre ambos, en el punto en el que se encontraban ahora la guerra estaba declarada abiertamente. Su esposa era la única persona que podría llevar a Jorge a entrar en razón o, en todo caso, conducirlo con sutileza a una opción alternativa menos perjudicial para Clara. Si lo lograba, Ramón no tendría en quien escudarse para llevar a cabo la aberración que pretendía. Úrsula era mayor que Jorge. La diferencia de edad era más o menos la misma

que entre Clara y Ramón, pero a la inversa. Si bien es cierto que dicha disparidad no afectaba a estos últimos, cualquier buen observador se daría cuenta de que había algo de materno filial en la relación de Úrsula y su esposo. Sabía el ascendiente que su amiga tenía sobre su cónyuge y confiaba en que quisiera utilizarlo.

—Supongo que estás al tanto de la remodelación que pretenden hacer en Genotypsa... —apuntó Clara con fría indignación.

—Sí, claro. Me imagino que no te habrá hecho mucha gracia. De todas formas, creo que es algo que todavía está en pañales.

—En confianza, ¿crees que se podría hacer algo para dar marcha atrás? Úrsula se mostró asombrada ante la pregunta.

—Eso depende de Ramón...

—Pero la idea ha partido de Jorge. La verdad, me parece deprimente que se prefiera perfeccionar un fármaco que ni siquiera combate una enfermedad grave a fomentar ensayos capaces de salvar vidas.

Baltar dio un sorbo a su daiquiri y sonrió.

—¿Sabes? Creo que lo que a Ramón le haría verdadera ilusión ahora mismo sería ser papá. Se lo ha comentado en varias ocasiones a Jorge.

Clara la miró desconcertada... *Otra que viene con la monserga...*

—¿Y eso qué relación tiene con lo que estamos hablando?

—Bastante más de lo que piensas. Verás... no me hagas mucho caso porque puedo equivocarme, pero creo que está viendo la manera de darte un empujón para que tomes una decisión que has ido posponiendo. Deduzco que cree que si dejas de estar tan volcada en tu trabajo verás con otros ojos la posibilidad de tener un niño.

—Pero si Jorge ha sido el que...

Úrsula la interrumpió.

—Mi marido ha sido el que ha hecho esta propuesta como ha podido hacer tantas otras, pero ten el convencimiento de que si Ramón no lo tuviera claro este proyecto jamás llegaría a buen puerto —aseguró tajante. La expresión de Clara reflejó su decepción—. Cariño, puedes estar segura de que te echaría un cable si estuviera en mi mano: estoy cien por cien de acuerdo contigo en que el problema de la disfunción eréctil no merece las inversiones millonarias que Genotypsa u otras empresas farmacéuticas realizan. La

cuestión es que reporta cantidades ingentes de dinero y eso es lo que verdaderamente importa y lo que inclina la balanza. Así son las cosas... — comentó resignada.

—¿Qué puedo hacer?

Más que preguntar Clara suplicaba consejo. Baltar acariciaba el borde de su copa mientras pensaba qué respuesta ofrecer para ayudarla.

—Dentro de poco celebrareis vuestro segundo aniversario de boda, ¿verdad?

—Sí, el 11 de octubre.

—¿Por qué no le regalas un viaje de placer? Cámbiale de ambiente. Cuanto más lejos mejor.

—¿Para qué?

—¡Os hace tanta falta como respirar! ¡Pero si ni siquiera os fuisteis de luna de miel!

—Bueno... Vamos a centrarnos en la otra cuestión...

—¡Es que está relacionado! El fin es aislarle de influencias externas. En vacaciones lo tendrás para ti solita. Si estoy en lo cierto respecto a su deseo de ser padre, podrías llegar a un acuerdo con él: tú estás abierta a la posibilidad de ser madre a cambio de seguir manteniendo tu laboratorio privado. En un clima relajado será más fácil llevártelo a tu terreno.

Dicho esto, apoyó los antebrazos sobre la mesa y se inclinó hacia delante para dar mayor confidencialidad a sus palabras.

—Lo que yo haría sería planificar algo que le pudiera apetecer... no sé... un lugar exótico que no conozca... Una vez engolosinado, te será más fácil convencerle para que, como mínimo, retrase la decisión hasta que volváis. Esa es tu baza.

Clara fijó sus habitualmente expresivos ojos en los de su amiga, pero esta vez con una frialdad inusual. Las piezas dentro de su cabeza se movieron, situándose cada una en el lugar que en verdad le correspondía. Inexplicablemente sus neuronas se habían descuadrado, impidiéndole pensar con claridad a raíz de conocer las intenciones de Aldrich y de saber que su marido las compartía. Era como si la ira hubiera contaminado su mente. Pero las palabras de Úrsula Baltar, sin que Clara supiera con exactitud por qué, ejercieron la labor de directoras de orquesta, haciendo que cada parte de su

cerebro se coordinara con el resto. Ella la había orientado en escoger el camino, pero lo que no sabía era que su idea acababa de actuar como detonante para que Clara tomara una importante decisión: seguiría sus indicaciones utilizando los medios que le estaba proponiendo, pero para lograr un fin mucho más ambicioso de lo que su amiga jamás llegaría a suponer.

Vacaciones

Zanzíbar. Un pequeño barco en medio del mar, rodeado de delfines. Al fondo, el paisaje tropical de la pequeña isla de Mnemba. En el interior del bote, submarinistas con sus trajes de neopreno deleitándose con las acrobacias de los simpáticos animales. Después, el grupo sumergiéndose entre corales, enormes tortugas, bancos de peces escorpión, rayas, langostas, lenguados que se mimetizaban con la arena para pasar desapercibidos, morenas, pequeños escualos, curiosas estrellas de mar de color azul...

Clara pulsó el botón de pausa y encendió la luz. La imagen en la gigantesca pantalla de la sala se congeló en un plano general que mostraba el brillante colorido de la fauna y flora del océano. Miró a su marido de reojo y supo que ni siquiera se vería obligada a utilizar sus dotes de persuasión. A Ramón se le hacía la boca agua con la idea de volver a ponerse la máscara, las aletas, las botellas de oxígeno y el resto del equipamiento de buceo. Estaba tan convencida de que la estrategia iba a funcionar que ya tenía todo planificado: un mes en un exclusivo resort que les permitiría, además de descansar en las paradisíacas playas de la isla de la costa oriental africana, realizar varias inmersiones en los alrededores. El programa de actividades incluía una excursión por la ruta de las Especies y un safari fotográfico en Tanzania.

Al principio a De Castro le pareció excesivo permanecer durante treinta días alejado de sus compromisos profesionales, pero Clara tardó muy poco en convencerle utilizando la misma táctica que él a veces ponía en funcionamiento... «Tienes un magnífico equipo en el que delegar...».

«Tómalo como la luna de miel que dejamos pendiente...». «A ambos nos vendrá de perlas esas semanas para regresar con las pilas cargadas...». «Cambiar radicalmente de decorado va a ser terapéutico para los dos...». «Por fin vamos a viajar solo por placer...». «Hemos estado sometidos a tanta presión...».

Ahora era su mujer la que buscaba alicientes con el fin de expulsar al fantasma de la rutina que, a esas alturas, ya había pasado a formar parte inevitable de su relación de pareja.

Antes de decidir poner en marcha la maquinaria propuesta por Úrsula, Clara analizó escrupulosamente los elementos y los factores que la rodeaban. Contempló diversas posibilidades para actuar en consecuencia. Incluso llegó a plantearse dejar que Carla asumiese la tarea de ser la madre de su futuro vástago, pero enseguida desechó la idea. Por muy perfecta que fuera, su obra era un prototipo que no había sido diseñado para abordar esa aventura biológica. Ciertamente era una mujer semejante al modelo original y por tanto en teoría debería estar capacitada para ello, pero podrían aparecer complicaciones inesperadas que, o bien impidiesen que su embarazo llegase a buen término o, en el peor de los casos, que el fruto de ese vientre padeciera quién sabe qué defectos insalvables. Aun considerando que el proceso se pudiera desarrollar sin imprevistos y la clon quedara encinta, sería inviable justificar los cambios físicos que se producirían en una y no en la otra, con la consiguiente imposibilidad de suplantación. Así pues, acabó por darle la razón a su experimentada amiga y se lanzó a organizar esas vacaciones de ensueño.

A medida que se acercaba la fecha del viaje, el matrimonio se iba enfrascando más y más en los preparativos. Cenaban rápido y después se encerraban en la sala de proyecciones de la casa para ver en pantalla grande todo lo que encontraban en la red de los lugares que visitarían. Documentales, fotografías, guías turísticas... Ramón gastó una considerable cantidad de dinero en equiparse con los accesorios más sofisticados. Le ilusionaba la idea de hacer sus inmersiones inolvidables. El equipo fotográfico escogido podría inmortalizar hasta el detalle más insignificante del hermoso fondo marino. Se empapó de las costumbres de los masái.

Aprendió de memoria las especies animales susceptibles de fotografiar durante el safari en el Parque Nacional del Serengeti...

A apenas doce días del segundo aniversario de boda y trece del principio de sus vacaciones, Clara Ulman daba los últimos retoques a su plan. La improvisación no era una alternativa. De ninguna manera podía serlo. Se jugaba demasiado para dejar a expensas de la espontaneidad lo que marcaría de forma indeleble su futuro. Había planificado cada uno de aquellos treinta días, y, en consecuencia, los inmediatamente anteriores y posteriores. A su mente le costaba concentrarse en tareas cotidianas. Por fortuna, Carla, la doble, podía enfrascarse sin distracciones en esa labor.

Ulman dejó atado lo preciso para que durante el periodo en el que permanecieran ausentes, fuera Alex Jansen quien la sustituyera a todos los efectos. A Ramón lo convenció para que procediera de la misma manera y delegara en Jorge durante ese tiempo. Sería inútil haber programado todo aquello si tuvieran que recurrir a él un día sí y otro también: las vacaciones implicaban desaparecer con todas las consecuencias. Jorge cogería las riendas y tomaría las decisiones pertinentes. Con una salvedad: convertir el laboratorio privado de Clara en la sala de ensayos del Revatofil. La decisión de ese tema quedaría pendiente para el regreso. En eso ella se mostró inflexible.

La percepción que Clara tenía de los años compartidos con Ramón era ambivalente. Por un lado, podía compararse a haber conducido un coche de carreras con el único objetivo de llegar a la meta. Se podría decir que la máquina corría tan deprisa que lo que había a ambos lados de la carretera había pasado sin pena ni gloria. El motor había girado a tantas revoluciones que la velocidad le había impedido recrearse en el paisaje. Clara aceleraba y aceleraba. Lo cierto es que ni siquiera tuvo la suficiente curiosidad para mirar de vez en cuando el panorama con objeto de disfrutar de lo que le ofrecía la ruta. Siendo sincera consigo misma, lo único realmente interesante de todo aquello había sido el mecanismo del vehículo, que solo alguien como ella era capaz de pilotar y, por supuesto, el premio final. Culminar el objetivo. El resto había sido la comparsa cuyo único fin era amenizar las pequeñas

pausas. Por otra parte, parecía haber transcurrido una eternidad desde que efectuó el cambio de vida que Ramón de Castro le propuso. Aquellos primeros tiempos los percibía tan lejanos que los rememoraba rodeados de una nebulosa que difuminaba las emociones. La neblina era tan espesa que llegó a dudar de que hubiera existido algo similar a la pasión. Ese pasado se había llenado de lagunas, y, cuando intentaba rellenar los huecos con datos que creía recordar, ya no estaba segura de si en verdad ocurrieron en el plano real o eran simples frutos de su imaginación. En dichos momentos se sentía más identificada con Carla que nunca, entendiendo esa forma tan particular que la clon tenía de confundir lo real con lo supuesto.

Carla fue precisamente la única pieza que a Clara Ulman le costó encajar durante el periodo de asueto que les aguardaba. ¿Qué haría con ella durante ese mes? Debería buscarle un acomodo que dejara satisfecha a ambas y, sobre todo, no acarrease quebraderos de cabeza a la doctora Ulman original. Barajó varias posibilidades... hasta que creyó encontrar la solución ideal.

La mejor de las decisiones

La noche del 11 de octubre marcó el inicio de las vacaciones con una cena en La Ribout. Si Clara había sido la promotora del viaje, fue Ramón quien organizó la velada de aniversario. La Ribout era uno de los restaurantes de Mario di Luca, empresario gastronómico de éxito y amigo personal de De Castro. Aunque vivía en Roma, desde la distancia se tomó todas las molestias para que su amigo disfrutase de una celebración inolvidable junto a su cónyuge. Luca había dado orden de preparar uno de los acogedores reservados de su local con el fin de que el matrimonio pudiera celebrar el íntimo acontecimiento sin interrupciones. Sabedor de la afición de la pareja por el buen comer, dio instrucciones para que se les confeccionara un selecto menú degustación regado con los mejores vinos. El postre consistió en una tarta de crema de mango decorada con las iniciales de ambos. Tras la ceremonia de soplar las velas, el *maître* cortó el pastel con un espadín especial y, asistido por un camarero, sirvió dos generosas porciones. Al terminar, los dos hicieron una formal reverencia y salieron del saloncito. Tras reírse un rato a costa del barroquismo de la puesta en escena, el matrimonio se dispuso a degustar la tarta.

Clara comenzaba a saborear el dulce cuando vio que Ramón sacó del bolsillo de su americana un coqueto paquete y lo puso delicadamente delante del plato de su mujer. Se trataba de un estuche de una lujosa marca de joyería. Ella dejó los cubiertos a un lado para descubrir lo que contenía el regalo. Al abrirlo se encontró con una elegante pulsera de oro blanco con un único diamante encastrado en el centro.

—Era la que tanto te gustaba, ¿verdad? —preguntó él con la ilusión de un adolescente—. Cuando nos detuvimos frente al escaparate y la señalaste, dudé si te referías a esta o a la que estaba a su lado.

Mostrando la mejor de sus sonrisas, ella consiguió superar el desconcierto.

—Sí, claro... Es preciosa...

—Se me quedó grabado cómo la miraste. Tenía pendiente comprártela para una ocasión especial.

Mientras se la ajustaba en la muñeca, su mente se puso a trabajar intentando sin éxito localizar aquella escena. Tardó poco en deducir que había sido Carla, y no ella, quien en alguna de las ocasiones en las que estuvo suplantándola se habría fijado en el brazalete. Le extrañaba que no se lo hubiera mencionado, ya que ambas acostumbraban a hacer un minucioso relato de su día a día para estar familiarizadas con todos y cada uno de sus respectivos pormenores cotidianos. Imaginó que en esa ocasión se le pasó por alto comentar ese detalle. La situación le hizo recordar la cara de lelo que se le quedó a Eduardo Riordan cuando Carla no lo reconoció.

—¿De qué te ríes? —le preguntó él.

—Será porque estoy feliz... —respondió ella, saliendo del paso.

Discretamente un camarero se aproximó para rellenar las copas. Clara aguardó a que terminara de hacerlo y se alejase lo suficiente.

—Yo también tengo algo para ti...

Ramón miró hacia la mesa auxiliar donde Clara había depositado su cartera de mano esperando sacase el obsequio de la misma. Ella se percató.

—No es nada material, pero me juego lo que quieras a que te va a gustar...

El modo de decirlo y las expectativas que él tenía le llevaron a adivinar el acertijo.

—¿Estás embarazada? —preguntó casi de inmediato.

—No, pero si nos ponemos manos a la obra, quizá en poco tiempo tengamos a alguien nuevo en la familia...

A Ramón le brillaban los ojos y las comisuras de su boca se elevaron casi imperceptiblemente. No podía ser más feliz. Allí estaba el amor de su

vida, radiante, con un entallado y muy favorecedor vestido rojo, diciéndole lo que hacía tiempo ansiaba escuchar. Cogió la copa de vino y la levantó.

—Por el mejor de los regalos.

Acababa de quitarse un peso de encima. Le preocupaba más de lo que aparentaba que su mujer no terminara de dar aquel paso. Era lo bastante buen observador para darse cuenta de sus reticencias, por mucho que no se las hubiera transmitido abiertamente. Por fin Clara había entrado en razón y había comprendido que era una decisión que convenía acelerar: a punto de cumplir los cuarenta años su reloj biológico avanzaba inexorablemente. Una nueva etapa se iniciaba.

—Al *signore* Di Luca le gustaría invitarles a una botella de champán — dijo el *maître* con marcado acento italiano.

Clara hizo un gesto con la mano rechazando el agasajo con cortesía.

—Estoy un poco cansada y tenemos que madrugar... —comentó a Ramón.

—Agradezca el detalle a Mario de mi parte, pero ya es tarde y mañana nos espera un largo viaje —se disculpó De Castro con el hombre con una sonrisa.

Tras pagar la cuenta y agradecer al personal del restaurante el esmerado servicio, se dispusieron a retirarse. Ya en el coche, Clara llamó con un gesto la atención de su marido:

—¡Vaya! —exclamó preocupada

—¿Qué ocurre?

—Tenemos que pasar un momento por el laboratorio. No estoy segura de si he desconectado la 3D de extrusión coaxial.

A él fue como si le echasen un jarro de agua fría.

—Si no voy ahora me quedaré intranquila... Estamos muy cerca, será rápido. Te prometo recuperar el tiempo perdido... —le apuntó sugerentemente al oído para después pasarle los labios tórridamente por el cuello.

Ramón respondió dando un acelerón a su deportivo. En pocos minutos llegaron a la sede de Genotypsa. Aparcaron el vehículo en el garaje y subieron directamente al laboratorio privado de Clara. Nada más entrar en la estancia a él le sorprendió escuchar la lista de jazz favorita de ambos. Ella lo

miró con complicidad. Los tulipanes de varios colores distribuidos estratégicamente por diversos rincones proporcionaban un ambiente cálido a la salita de descanso. Ramón sonrió. A él nunca se le habría ocurrido que un espacio frío como aquel pudiera convertirse en un lugar tan íntimo y sensual. Ella era capaz hasta de lograr aquello. Había vuelto a impresionarle.

Clara cogió a su marido de la mano y le hizo sentarse en el sofá para, a continuación, ponerse a horcajadas encima de él. Ya sobre sus piernas se recreó comprobando la satisfacción que irradiaba su rostro. Después cogió la cabeza de Ramón entre sus manos y le acercó lentamente los labios para besarle. Él sentía la lengua de ella dentro de su boca con una voluptuosidad que le excitó de inmediato. Respondió metiendo sus manos debajo del vestido para acariciarle con suavidad las nalgas que el tanga dejaba al descubierto.

—Espera... —dijo Clara en voz baja al tiempo que le abandonaba un instante.

Se dirigió al frigorífico y sacó una botella de champán y dos copas. Ramón se deleitaba observándola por detrás. Su mujer proporcionaba a sus movimientos la mezcla justa de elegancia y erotismo que hacía que la deseara como el primer día. Cerró los ojos para almacenar el momento en su memoria, para congelar aquella imagen. El ruido del tapón al descorchar provocó que volviera a abrirlos. Clara, de espaldas a él, servía la bebida. Con una copa en cada mano se volvió y empezó a caminar lentamente hacia el sofá. Ahora era ella quien sugería el brindis.

—Por lo que vendrá —dijo con la seguridad de quien está acostumbrada a lograr lo que se propone.

Bebió el champán de un solo trago y él hizo lo propio. Después, recogió la copa vacía de su marido y la llevó al fregadero junto a la suya. Al volverse, en lugar de aproximarse hacia él para retomar lo que ambos habían iniciado, se apoyó en el mueble y cruzó las piernas. Su actitud era de una provocación pasiva. Ramón, antes de entrar en el juego que Clara tácitamente le proponía, ordenó su desordenado cabello retirándoselo hacia atrás e hizo ademán de incorporarse para ir a su encuentro, pero una rara sensación lo invadió. Se mareaba. Le costaba mantener el equilibrio. Solo fue capaz de dar tres pasos, al cuarto se trastabilló y cayó desplomado sobre el suelo. En su rostro, la

sorpresa, la estupefacción ante lo inesperado. Sin comprender lo que verdaderamente le estaba pasando. O, al contrario, casando todas las piezas gracias a la lucidez que da la muerte al acercarse. Al cabo de unos instantes perdió el conocimiento. Clara lo contempló tendido a sus pies con la tranquilidad de haber tomado la mejor de las decisiones. Sin compasión alguna. Preguntándose si ese hombre, al que llevaba tiempo sintiendo tan ajeno, habría sido capaz de entender sus razones. Durante unos segundos se mantuvo inmóvil, componiendo involuntariamente una escena propia de una pintura de Hopper, con la soledad como tercer protagonista. Él allí tumbado, inerte, y ella en pie mirándolo, con el corazón latiéndole con normalidad y sin rastro de vínculo emocional. Con los suaves compases de jazz que ahora chirriaban en su cabeza. Sobraba la banda sonora. Desconectó la música. Solo faltaba el silencio.

En pocos pasos atravesó el umbral que la llevó al laboratorio. Cambio de decorado. Segundo acto. Con parsimonia, comenzó a desarrollar lo necesario para poner en funcionamiento la maquinaria que la llevaría a conseguir su objetivo: dejar de ser la mujer de Ramón de Castro y continuar siendo ella misma. Sin prisa. Toda una noche para concluir el procedimiento.

Miró el reloj. Carla, su otro yo, estaría a punto de aterrizar en Zanzíbar.

Antes de que desapareciera el efecto del Rohipnol que su marido había ingerido con la bebida, Clara le inyectó un poco más del compuesto por vía intravenosa. A continuación, extrajo de diferentes partes de su cuerpo muestras de tejido para posteriormente convertirlas en células madre pluripotentes. Una vez acabado el proceso, le inoculó cien centímetros cúbicos de aire en una arteria. La embolia gaseosa provocó que Ramón expirara poco después. A pesar de ser un hombre brillante, murió como cualquier ser mediocre. Sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Sin que su poder fuera capaz de contrarrestar la voluntad de Clara. Arrasado por su destino.

En un repaso visual, Ulman se cercioró de que los estores se hallaban totalmente bajados, de modo que era imposible ver nada desde el exterior. Desvistió al cadáver y colgó delicadamente la ropa en una percha. Tuvo

especial cuidado de comprobar que tenía en los bolsillos la cartera, tarjetas de crédito, llaves del coche, de casa, teléfono móvil y demás efectos personales. También le despojó del reloj. Valoró si debería dejar los enseres en un cajón, pero al final consideró más oportuno mantenerlos dentro de esos mil compartimentos de los que dispone el vestuario masculino. Para quitarle la alianza tuvo que embadurnarla con jabón líquido. No fue una tarea fácil, ya que tenía el dedo un poco inflamado.

Se tomó tiempo en dejar todo listo para, a partir del día siguiente, dedicarse a desarrollar el método que había seguido en la creación de Carla, ya con la experiencia de lo contrastado. Miraba el cuerpo del que había sido su marido con indiferencia. Como si se tratara de un desconocido. Le hubiera gustado sentir algo. No necesariamente pena, desazón, temor o intriga hacia lo que pudiera pasar a partir de ahora, pero en cualquier caso, que lo compartido con él durante esos años hubiera dejado un poso de nostalgia. Nada. Si acaso el vergonzoso patetismo de verlo desnudo en aquella absurda postura más propia de payaso que de alto ejecutivo. Tan distinto a como parecía unos minutos antes. Como si todo el poder que poseía se hubiera esfumado de golpe. Póstumo. Transformado por la muerte en un ser indefinido.

Mejor. La etapa que acababa de iniciar requería mantener la cabeza fría y para ello era imprescindible dejar a un lado las debilidades.

Lo más engorroso fue hacerlo desaparecer. Sobre todo, porque era preciso desmembrarlo previamente. Antes de enfrascarse en la faena, se desprendió del hermoso brazalete que Ramón le había regalado en el restaurante, metiéndolo en uno de los cajones del escritorio. Aquella pieza le pareció tan absurda que necesitaba quitarla de su vista cuanto antes. A continuación, se descalzó, se quitó el vestido para poder desenvolverse con mayor comodidad y se recogió el pelo en una coleta. Cortó un gran trozo de plástico de uno de los rollos que tenía en el laboratorio y lo extendió en el suelo del cuarto de baño. Acto seguido se preparó para comenzar lo más desagradable del proyecto que tenía en mente. El aseo se hallaba a unos dos metros de donde yacía el cadáver. Probó a arrastrarlo tirándole de las piernas, pero apenas pudo moverlo. El esfuerzo la hizo sudar copiosamente, aunque sus manos conservaban la frialdad del hielo. Comenzó a desesperarse con la

idea de que iba a ser una tarea inviable. Tras varios intentos desistió. Por un momento se sintió titubeante y sin aliento. Tendría que despiezarlo allí mismo y la habitación se pondría perdida. Calibró las consecuencias. Hacerlo la ayudó a conservar la calma: tardaría más en limpiar y en el peor de los casos se vería obligada a dar una mano de pintura, eso era... todo. *Pintura... ¡Pero no he comprado pintura!...* Por un momento el pánico la invadió... *No pasa nada, fregaré las paredes si es preciso...*

Descolgó *Mi otro yo* y las fotografías enmarcadas e introdujo todo dentro del armario. Se dirigió de nuevo al interior del laboratorio para coger el resto de los rollos de plástico que quedaban y los trasladó a la sala. Cortó grandes pedazos, cubrió los muebles para protegerlos de las salpicaduras y cubrió con él las paredes para resguardarlas. Por suerte tuvo bastante como para *forrar* la parte de la estancia que era necesario proteger e incluso sobró lo suficiente para fijar una buena cantidad en el suelo mediante cinta adhesiva. Al no haber aparecido todavía el *rigor mortis* pudo colocar estiradas las extremidades del cadáver de modo que fuera más sencillo hacerlo rodar hasta ubicarlo encima del área plastificada. A pesar de su empeño, le fue imposible situar la totalidad del cuerpo encima. Permaneció mirándolo fijamente durante un rato, como esperando al oráculo que la orientara por el camino a seguir. Del ropero sacó la sierra eléctrica que tenía escondida en su interior. Era un modelo bastante pequeño y relativamente silencioso. Días atrás la había puesto en funcionamiento para probarla y a nadie le llamó la atención el ruido. Además, el edificio a aquellas horas estaba vacío. El único que podría constituir un problema era el guarda de seguridad, y, con toda probabilidad, se encontraría en la parte exterior del edificio, en su garita. Además, le constaba que la estancia estaba lo suficientemente bien insonorizada para que no tuviera que inquietarse al respecto. Aun así, fue varias veces hasta la puerta, de forma compulsiva, para comprobar que estaba cerrada. Tenía la desconcertante sensación de que podría haberse quedado abierta dejando libre el paso a cualquiera. Lo irracional en esos momentos era más poderoso que la mayor de las evidencias.

Tardó más de dos horas en el descuartizamiento y posterior cremación de los trozos en el incinerador de residuos de su laboratorio. Se desprendió del tanga y del sujetador y los quemó junto al vestido, los zapatos y los plásticos con los que había forrado paredes y suelo. Limpió todo a conciencia. Hacer desaparecer restos de sangre y de médula espinal de entre los dientes de la sierra eléctrica fue la tarea más farragosa. Gracias a un paño impregnado en alcohol y a su insistencia logró que la herramienta pareciera que jamás se había utilizado.

Antes de ducharse comprobó que todo estaba en orden. Lo único que testimoniaba la carnicería era su reflejo en el espejo del cuarto de baño. Además de en su cuerpo, pudo ver la sangre inyectada en sus ojos devolviendo su propia mirada. No reconocerse en aquella imagen la desconcertaba. Se soltó la melena y permaneció un buen rato bajo la ducha, sintiendo la cascada de agua caliente deslizándose por su rostro y golpeando sus párpados. Tardó en eliminar el olor a casquería que se le había metido en los pulmones y colonizaba su cuerpo. Lo consiguió después de introducir reiteradas veces agua en su nariz. Inspiraba tan fuerte el líquido desde el cuenco de la mano que le ocasionaba accesos de tos. Uno de ellos le provocó una arcada que le hizo expulsar lo ingerido en la cena allí mismo, en la ducha, sin darle tiempo para hacerlo en el retrete... *¡Qué asco!...* De cualquier forma, la agria fetidez de lo regurgitado anuló el hediondo aroma de la muerte. Ya más tranquila, aprovechó la presión del agua para masajearse la zona cervical. Después se secó, se peinó con esmero y se perfumó generosamente. Igual que lo hubiera hecho si Ramón la estuviera esperando. Tras limpiar bien la ducha, se dirigió a la salita y volvió a colgar las fotos y *Mi otro yo* en sus correspondientes ubicaciones. Nadie hubiera imaginado lo que allí acababa de ocurrir. Se mentalizó para borrar de su memoria todo lo que le estorbaba. Sin miramientos. Con decisión. Rápida y eficazmente. De todos modos, aquellas cuatro paredes nunca más volverían a ser las mismas.

Dormir doce horas seguidas la hizo recuperarse de la tensión del día anterior y del trabajo de planificación en el que se había inmerso durante las últimas

semanas. El sofá en el que Ramón había pasado los últimos minutos de su vida le sirvió para tal fin tras convertirlo en cama. Al despertar, reparó en que había perdido la noción del tiempo. La ausencia de luz contribuyó a ello. Le dolían los músculos, como si tuviera agujetas. Pero no eran unas agujetas normales, esas las conocía muy bien. Era como si estuvieran producidas por músculos nunca antes ejercitados.

El hambre atroz que le estrujaba el estómago le indicó que había dormido mucho más de lo acostumbrado. Por suerte, tanto el frigorífico como el armario estaban repletos de comida. Se había provisto de suficientes víveres para que no fuera necesario salir durante los treinta días en los que, de cara a todos, se encontraría en otro continente. Platos precocinados, fruta, cereales, pan de molde, zumos, mermelada, embutidos, leche, café, latas de conservas, batidos de proteína, un par de botellas de vino... lo preciso para sobrevivir sin problemas. Devoró un sándwich de jamón y queso y después se preparó un café soluble para acompañar la ingestión de un analgésico.

Conectó el ordenador y probó a comunicarse con Carla mediante FaceTime. Tras varios intentos en los que la conexión se cortaba reiteradamente, pudo verla y hablar con ella.

—¿Cuándo llegará Ramón? —preguntó la criatura a través de la pantalla.

Carla se encontraba en una amplia y agradable *suite*. A su espalda, se divisaba un gran ventanal por el que Ulman pudo apreciar el característico color azul turquesa que tiene el mar por esas latitudes.

—No creo que tarde mucho. En cuanto termine lo que tiene pendiente —mintió la auténtica Clara.

La respuesta pareció satisfacer a la clon porque cambió de tema con naturalidad y le hizo un relato pormenorizado de lo que iba a hacer durante lo que quedaba de jornada. Ulman la emplazó al día siguiente a la misma hora y desconectó la aplicación. Envidiaba la sensación de bienestar que Carla transmitía.

En el otro extremo del planeta

Necesitaría solo unas semanas para cumplir las diferentes etapas del proceso de clonación. Antes de perfeccionar la técnica que Doris Kininmott y ella habían desarrollado, hubiera sido preciso emplear mucho más tiempo para, a partir de células madre, configurar cualquier tipo de tejido. Pero ahora, el método patentado por el Palmer Manning le permitiría acelerar la multiplicación celular, y así, en un tiempo récord, formar los diferentes órganos y ver materializada su obra. Con la ayuda de la 3D y del biorreactor Alfa, precisaría de poco más de veinte días para rematarla. Eso fue lo que tardó en crear a Carla. Por tanto, no debería demorarse más tiempo en moldear a Román. Ese sería su nombre. Román. Bautizaría al futuro ser continuando la estela de Carla: un pequeño baile de letras en el nombre original. Un poco de superstición había en ello. Si todo había salido a pedir de boca con el primer clon, era un modo de exorcizar los posibles problemas que pudieran surgir con el segundo. Más que nunca, necesitaba que todo evolucionase tal y como estaba previsto. Exactamente igual que la primera vez. Y sí, en efecto, sabía que era algo irracional. Pero no le avergonzaba. Nadie se enteraría.

Confiaba en que en esta ocasión sería más sencillo, pues podría saltarse la fase del coma inducido: con Carla fue preciso mantenerla en ese estado hasta tomar la decisión sobre qué hacer con ella. Ahora el fin de Román estaba claro, tanto como la hoja de ruta a seguir con él. Su salud mental le impedía contemplar siquiera la posibilidad de que un inconveniente fortuito le impidiera llegar hasta la meta.

No sabía nada de Doris desde el día en que le mostró a su gemela artificial. A partir de entonces su maestra no se había comunicado con ella a través de ninguna vía. Tampoco Clara lo había intentado. Intuía que Kininmott quería evitar establecer cualquier tipo de complicidad con la autora de lo que consideraba una aberración. Ese distanciamiento era ya dolorosamente obvio. Estaba decepcionada: nunca hubiera pensado que la mujer que le había trazado el camino que desembocaría en Carla le diera la espalda. Que, en definitiva, fuera a actuar con los mismos prejuicios que esa mayoría ignorante manipulada por la cortedad de miras de unos pocos. Le hubiera gustado creer que aquella lejanía afectiva iba a ser provisional. Resultaba duro asumir que su referente en tantas cosas había desaparecido de su vida de forma permanente. Intuía, además, que el monstruoso secreto que ahora guardaba la aislaría, más aún de lo que ya estaba, del resto de los humanos.

La primera semana pasó volando. Los días en el laboratorio desarrollando el proceso discurrían a toda velocidad. El poco tiempo libre que le quedaba lo pasaba alternando varias tablas de ejercicios para mantener el tono muscular. La oxigenación cerebral que le suministraba la liberación de endorfinas la ayudaba a conservar el equilibrio psíquico. Internet le facilitaba el contacto con el exterior. Leía los periódicos, accedía a las redes sociales... Todos los días programaba la alarma del teléfono a la misma hora para hablar con Carla. Resultaba imprescindible tenerla bajo control. Era necesario mantenerla lejos, pero también suponía un arma de doble filo. Esperaba que siguiera al pie de la letra sus instrucciones, aunque resultaba imposible tener la absoluta certeza de que lo estuviera haciendo. Le sugirió tener el trato estrictamente imprescindible con la gente que la rodeaba y, por supuesto, evitar proporcionar datos personales.

—Estás demasiado morena.

—¿No me queda bien?

—Estás muy guapa, pero deberías resguardarte más del sol.

—Uso crema con protección.

—Ya... Pues utiliza, además, gorras o sombreros.

Al finalizar la conexión, Carla determinó seguir a pie juntillas el consejo de su creadora. Seguir sus instrucciones la llevaría a evitar quemaduras y

efectos potencialmente lesivos para la piel. Sin embargo, ignoraba lo que escondía esa recomendación: evitar la diferencia que existiría entre su apariencia y la de su original a la vuelta del viaje. La imagen cada vez más cetrina que el espejo devolvía a la doctora Ulman contrastaba con la lozanía de su doble. La falta de exposición a la luz natural en lo que ya sentía como una cueva le estaba empezando a pasar factura. Hasta su pelo había perdido el brillo habitual. Por mucha precaución que Carla tuviera, Ulman se vería obligada a equiparar el tono de su epidermis con el de ella. Y aunque el maquillaje se encargaría de matizar el rostro y las toallitas autobronceadoras el resto del cuerpo, era conveniente que el aspecto de la clon cambiase lo mínimo posible. Respecto al peso, Ulman había constatado por la báscula del baño que estaba un poco más delgada. Esperaba que Carla regresara sin haber engordado más de la cuenta debido a los cambios en la alimentación. De momento no lo parecía. Además, la clon, al igual que ella, era bastante rigurosa en el cuidado de la línea, así que confiaba en que no hubiera problema en ese sentido.

Casi en el ecuador de las *vacaciones* ni el teléfono de su marido ni el suyo propio sonaron una sola vez. De todas formas, se cuidaba de mantenerlos siempre con la batería cargada en previsión de que tuvieran que contactar con ellos por un imponderable. Las instrucciones que tanto Ramón como ella dieron a sus respectivos equipos habían calado. No obstante, Clara tomó precauciones añadidas para que continuara siendo así. Enviaba un *mail* a Úrsula de vez en cuando. Alguna fotografía de *su* estancia en Zanzíbar. Habría resultado extraño una desconexión tan absoluta. Una cosa era la toma de distancia con el trabajo y otra distinta la interrupción de toda comunicación. Para ello encargó a Carla que realizara un completo reportaje fotográfico con la sofisticada cámara adquirida por Ramón. *Clara* en la playa, *Clara* degustando un cóctel en el resort, *Clara* en una embarcación preparándose para la inmersión, *Clara* en un jeep contemplando un grupo de jirafas... Como era lógico, el que era imposible que apareciera era Ramón, pero se suponía que él era quien ejercía de fotógrafo. Contempló la posibilidad de hacer algún montaje, pero era inexperta en el tema y el resultado podría resultar poco creíble. Para compensarlo, Ulman localizó en la red algunas instantáneas de submarinistas, con características físicas

semejantes a las de su cónyuge, haciendo inmersiones en la zona. Sus comentarios a pie de foto junto a los trajes de neopreno con capucha y las máscaras de buceo lograrían el efecto deseado. Aunque encontró mucho material, le supuso bastante esfuerzo localizar las imágenes apropiadas. Buscó que fueran hechas por simples turistas con el fin de que no tuvieran una calidad excesivamente profesional. Asimismo, era imprescindible que no aparecieran en las primeras páginas de los buscadores: había que asegurarse que Úrsula no tuviera acceso a ellas en el caso de que le diera por curiosear el lugar en el que se encontraban sus amigos.

—Ramón no va a poder viajar.

—¿Se le ha complicado el trabajo?

—No. Verás... Es una cuestión de salud...

Ulman pudo apreciar claramente a través de la pantalla que a Carla se le desencajó el semblante. Por un momento, se arrepintió de haber dado ese paso, pero era una información necesaria para el desarrollo de su plan.

—Ha sufrido un traumatismo craneo encefálico al caerse por la escalera de casa —dijo con gravedad, pero sin cargar las tintas.

—Eso... eso es horrible... —comentó la criatura, con voz temblorosa.

—No te preocupes. Está ya fuera de peligro —la tranquilizó.

—¿Se va a curar? —preguntó la clon con los ojos brillantes.

—Tiempo al tiempo. Necesita reposo. Lo verás a la vuelta. Mientras tanto no te preocupes y procura disfrutar. Te mantendré informada.

—Informada...

Carla asintió, seria, con los párpados entornados y aparentemente impasible. A Ulman le dio la sensación de que estaba llorando, aunque no podía asegurarlo. La criatura parecía dar por suficiente las escasas explicaciones de su creadora. Sin comentarios. Sin revelar sentimientos. Como si su cerebro se negase a aceptar la noticia. Como una marine, programada para cumplir los objetivos que su superior le encomienda sin que cuestiones personales interfieran en su rendimiento. No obstante, una desagradable sensación de inestabilidad invadió a Ulman. No se debía a que Carla la desconcertase por no comunicar una señal lo suficientemente

transparente de su estado. No era eso. No solo. Se trataba de la descomunal distancia que las separaba. Si hubiera podido estrecharla entre sus brazos... Más que para protegerla, para empatizar con ella, para que le transmitiese a través de los poros sus sensaciones. Pero la percibía tan lejos... Lo que le acababa de contar, a tantos kilómetros de distancia, podría desencadenar en aquella mujer emociones que aún no había contrastado.

Unos minutos después de apagar el ordenador y, en consecuencia, abandonarla a su soledad, la doctora Ulman comenzó a ponerse realmente nerviosa.

¿Y ahora qué?

El tramo final entre aquellas cuatro paredes le resultó interminable, en especial las noches. Los días eran más llevaderos. Aunque al principio dejaba los estores bajados durante las veinticuatro horas, después decidió subirlos por las mañanas ligeramente y mantenerlos así hasta que llegara el crepúsculo. Gracias al tono ahumado de los cristales, desde el exterior no se apreciaría el cambio, y la presencia de luz natural la ayudaría a conservar la cordura. Solo cuando se hacía necesario recurrir a la iluminación artificial volvía a echarlos. El lejano zumbido de la ciudad reverberando al otro lado durante las horas diurnas le producía también una dulce sensación de acompañamiento que mitigaba la soledad en la que se hallaba inmersa. Pero el silencio de la noche la aplastaba. Con la llegada de la oscuridad el tamaño de la estancia se estrechaba y el techo se le antojaba opresivamente bajo.

Al contrario que al inicio del proceso, arrastraba las horas con la misma lentitud que si tratara de desplazar un carro sin ruedas. A medida que transcurrían las jornadas le costaba más conciliar el sueño, y, si lo lograba, se despertaba varias veces a lo largo de la noche con la cabeza tan revolucionada que le impedía continuar acostada. Todos sus sentidos en alerta máxima, al borde del sufrimiento. La forzada calma se tornaba en desesperación. Era como si estuviera olvidando dormir y requiriera de enormes esfuerzos para recordar cómo se hacía. La locura se condensaba en el ambiente como electricidad estática. Amenazando cualquier descuido para desencadenar un aluvión de consecuencias ignotas.

Se mentalizaba para dotarse de paciencia y asumir la espera sin que la paralizase, haciéndole perder una serenidad que ahora, más que nunca, necesitaba. Para ello era preciso tomar las riendas de cada segundo, de cada minuto y de cada hora. Era el único modo de impedir que esas unidades de tiempo adquirieran una dimensión distorsionada que acabaría trastornándola sin remedio.

Román, el clon de Ramón de Castro, estaba ya totalmente formado. La temperatura corporal, el pulso, la frecuencia respiratoria y la presión arterial eran las adecuadas. Vería la luz en uno o dos días o eso esperaba Clara. Pero ¿quién podría asegurarlo? Ni siquiera estaba convencida de que fuera capaz de dar ese paso. De *nacer*. ¿Y si tan solo se tratara de una especie de espectro? Que Carla hubiera emergido de su limbo no implicaba que también lo hiciera él. Por vez primera desde la eliminación de su marido sintió la esquirla del miedo, y por vez primera pronunció la palabra «a-se-si-na-to». En voz baja, separando las sílabas. Reiteradamente. Soportando la brutalidad del vocablo. Calibrando el peso de la acción llevada a cabo. Asimilando su significado desde el borde del precipicio. Siendo consciente de conducir sin frenos. Con el riesgo inminente de estrellarse si no manejaba con pericia las marchas y el volante. Sintiendo el tirón gravitatorio de la desintegración. De repente sobria tras la euforia de una borrachera.

Con la sangre latiendo en sus sienes caminaba de un extremo a otro de la habitación, despacio, al ritmo de la cadencia de su propia voz. No la mortificaban el arrepentimiento ni la culpabilidad, sino las consecuencias. Era como haber tirado una cerilla a una superficie inflamable y temer que el fuego se extendiera hasta quemarte. Había matado a su marido. Era algo evidente, pero hasta entonces no lo había concebido así, como un error, sino como una sucesión de acontecimientos y de causas que habían desembocado forzosamente en ese final. Como en una tragedia griega en la que el destino es algo inalterable.

El instinto de supervivencia se apoderó de ella. Desde luego, flagelarse era algo inútil. Percibía el presente con toda su crudeza. El pasado era irremediable y el futuro incierto. Todas sus energías se volcaban en salir indemne de aquella coyuntura. Idear un plan alternativo resultaba imprescindible. Hasta ahora había estado tan convencida de su éxito que ni se

le pasó por la cabeza preparar una coartada a la que recurrir. Pero a esas alturas las dudas la invadían. La torturaba la sensación de que no había nada a lo que aferrarse si las cosas evolucionaban de manera diferente a la prevista. Como tierra que se escurre entre los dedos. El tiempo apremiaba: Carla regresaría en unos pocos días.

No solo la asustaba que el clon de su marido fuera incapaz de recuperar la consciencia, sino su adiestramiento posterior: nadie debería percatarse del engaño. El pesimismo la venció. Aun suponiendo que Román despertara, ¿cómo iba a estar segura de que poseería las cualidades de Carla? ¿Sería tan moldeable como ella? ¿Y si hubiera que partir de cero y enseñarle a hablar y a andar como a un niño? El cerebro no es más que un ordenador que puede resetearse por accidente. Y, obviamente, algo más que una suma de neuronas. Estaba enfadada consigo misma por haber actuado de modo tan frívolo. Se había metido hasta el cuello en un terreno de arenas movedizas. Tenía que haber contemplado la posibilidad de aquellos contratiempos antes de ejecutar el plan. Dio demasiadas cosas por supuestas y ahora ya no había marcha atrás.

Las agitadas zancadas alrededor del biorreactor Alfa la hacían parecer una fiera enjaulada en el zoo. Ni siquiera contemplaba expectante el interior del aparato. La serenidad que en su día le proporcionara mirar a Carla mientras se gestaba se había tornado en desesperación con el duplicado de su cónyuge. Mientras caminaba, se masajeaba las sienes con las manos, evaluando alternativas. Esperando que de aquel frotamiento emergiera el genio que le concediera su ansiado deseo. La efigie de Román presidía desde lo irreal el ir y venir de su creadora... paralizado... como un muñeco desde el fondo de su caja.

Había llegado el momento de sacarlo de allí. Abrió la tapa del biorreactor y puso en funcionamiento el motor que deslizaba la superficie para desplazar al hombre hasta la mesa electrohidráulica, acondicionada a modo de camilla. Los primeros minutos en el nuevo espacio fueron cruciales. Se quitó un peso de encima al verificar que sus constantes vitales se mantenían con normalidad fuera del habitáculo. Parecía profundamente dormido. Envidió ese sueño apacible, reparador, imperturbable...

Un trueno avisó de que iba a desencadenarse una tormenta. Pocos segundos después, el denso caudal de agua rompió el silencio sepulcral de la estancia. El repiqueteo inconfundible de la lluvia golpeaba los cristales de las ventanas. Ese fenómeno meteorológico se le antojó extraño, como llegado de una dimensión ajena. La mareante sensación de encierro se acrecentó. La atufaba la atmósfera rancia de la estancia y la opresiva iluminación artificial. La invadieron unas ganas incontrolables de bajar a la calle y de correr a toda velocidad. Necesitaba que sus ojos se perdieran en un horizonte más amplio que el de aquellas cuatro paredes. Deseaba con fuerza llenar los pulmones con el aire fresco del que se había privado durante ya demasiado tiempo. Le urgía percibir la realidad del asfalto y de la lluvia en la cara. Por fortuna, estaba tan agotada que el cuerpo le impidió seguir su instinto frenando el ímpetu delirante que se apoderó de ella. A lo que no pudo resistirse fue a abrir una rendija de la ventana y aspirar con ansia el olor a tierra mojada. Al principio pensó que era un gesto demasiado temerario, pero el reloj marcaba casi las tres de la madrugada. Tuvo la precaución, antes de subir el estor, de apagar previamente todas las luces para evitar la posibilidad de que nadie la viera desde el exterior. El frescor de la noche y el ruido de la ciudad dulcificaron la angustia que sentía. La brisa le acariciaba el rostro. Cerró los ojos y respiró hondo. Tras varios minutos disfrutando de lo que para ella en su estado era el mayor de los lujos, cerró la ventana y volvió a enclaustrarse en su particular infierno.

La asustaba el desequilibrio que notaba entre organismo y mente. Temía que su cerebro desbocado la destruyera. Necesitaba dormir sin interrupciones, a pierna suelta, profundamente. Su capacidad de aguante había llegado al límite. La avergonzaba sentirse débil. Ella no era así, y dormir sería la panacea que le permitiría recuperar su verdadera personalidad.

Se dirigió al baño en busca de un somnífero suave para escapar por unas horas de aquel castigo. Era inviable continuar en estado de vigilia si no quería perder la cabeza. Necesitaba anularse un rato para hundirse en la nada. Se llevó el frasco y un vaso de agua al sofá, convertido en cama desde el primer día. Necesitaba quitarse el pijama que se había convertido en su uniforme de campaña. Su cuerpo desnudo con el único roce de la sábana la ayudaría a relajarse, a establecer la frontera entre la cordura y la paranoia. Sin darle

muchas vueltas se tragó una pastilla acompañada de un gran vaso de agua. El paso del líquido a través de su garganta marcó el principio del sosiego. Se tumbó. A los pocos minutos los párpados le empezaron a resultar tan pesados como dos gruesas láminas de acero. Sin apenas darse cuenta se adentró en ese universo paralelo que tanto anhelaba y al cerrar los ojos se escapó de la ola de vértigo que amenazaba con engullirla.

Fantasmas

—Así... continúa... no pares...

Al igual que los recuerdos almacenados en algún rincón de la memoria, de vez en cuando los deseos sexuales surgen inesperadamente. Un olor, una prenda, un tema musical o una asociación inconsciente actúan de detonante para que unos y otros surjan de modo inexplicable. Sin convocarlos. De forma inoportuna. A veces llenando lagunas. A veces arrasando. La medida nunca los acompaña: es incompatible con la fuerza que conllevan. La evocación del pasado y el erotismo huyen despavoridos cuando la vida se paraliza, cuando todo se vuelve flácido, torpe y feo. El sexo y la memoria no siempre son bien recibidos. Duelen o, sin hacerlo, incomodan. Sobre todo si llaman a la puerta después de haber dejado de esperarlos.

El espejo cenital era testigo de las suaves acometidas de él. Bajo aquel cuerpo, Clara Ulman se excitaba con la visión de la escena. Observaba las tensas nalgas de aquel desconocido reflejadas en el techo. Contrayéndose. Sentía su miembro rozando ajustada y reiteradamente las paredes de su vagina. Escuchaba sus susurros descontrolados. Cada uno de los músculos de su fornida espalda se marcaban en cada embestida. Los estímulos que recibía provocaban a Clara un placer extraordinario. Beatriz, a su lado, en contraste con su pacífico desnudo y la agresividad del hombre, sonreía. Con aquel lunar en la comisura de la boca que tanto le gustaba. Tan guapa como cuando se conocieron, recién comenzada la carrera. La excitación, aumentando gradualmente, desbocaba el corazón de Clara, pero sin terminar de lograr el placer deseado. Este llegó cuando Beatriz acercó la boca a uno de sus

pezones y lo besó de forma tan húmeda y caliente que abrasaba. Lo succionó de tal manera que Clara, toda ella, explotó en mil pedazos, salpicando las paredes y escurriéndose hasta encharcar el suelo. Cambiando su estado de sólido a líquido en unos pocos segundos.

Ya en otro nivel de consciencia, su rostro, ahora hundido en la almohada, pugnaba por desprenderse de la superficie de tela para poder respirar. Los latidos de su cuerpo testificaron que seguía siendo un ser compacto, completo. Poco a poco fue percibiendo que estaba despertándose y que se hallaba tumbada boca abajo en el sofá de su despacho. Quería abrir los ojos, pero no tenía fuerzas para hacerlo. Hasta que una voz familiar la sobresaltó, a pesar de la dulce cadencia de sus palabras.

—Eres increíble...

Volvió la cara y vio a su marido desnudo junto a ella. Jadeante y sudoroso, le pasaba las yemas de los dedos por el hombro. Pausadamente. Admirándola. Todavía saboreando el momento. La sensación de haber vuelto al estado de vigilia se esfumó y a Clara le pareció sumergirse de nuevo en el terreno de lo onírico. Un resorte interior la empujó a levantarse de la cama. Tardó solo unos segundos en abandonar, ya completamente, la confusa dimensión en la que aún se encontraba, y se introdujo sin ambigüedades en la realidad. Dio unos pasos para entrar al laboratorio. Miró hacia el interior y comprobó que la mesa electrohidráulica estaba vacía. Entonces fue consciente de que aquello que había experimentado no fue un simple sueño. Román, el clon de Ramón de Castro, acababa de hacerle el amor mientras dormía.

La espontaneidad con la que su nueva criatura se desenvolvió llevó a Clara a un estado de turbación que la mantuvo en silencio. Se limitó a volver a la cama y echarse junto al duplicado de Ramón. Más allá del mutismo, su mente anestesiada permanecía como sin sangre en la cabeza, intentando recuperarse del impacto. La lucidez de la mujer que se codeaba con Dios se rebajó a niveles tan básicos que apenas era capaz de estructurar un razonamiento con sentido. Por contraste, Román cayó desfallecido entre las sábanas con la

confianza de yacer junto a la pareja establecida. Con la relajación que sigue al orgasmo. Con el desparpajo de lo acostumbrado.

Clara Ulman no asumió aquello como una violación. ¿Cuál era el criterio para juzgar el comportamiento de ese ser? No hubo forzamiento, ni profanación. Sin embargo, lo que acababa de experimentar fue voraz. Tan intenso que traspasaba los límites de lo material. No en vano, se había producido en un nivel de consciencia incontrolable. Después de haber sido capaz de transformar tantas cosas ahora tendría que modificar la forma de verbalizar pensamientos y acciones. Lo necesitaba para reflejar con exactitud lo creado y, en consecuencia, los actos de esa especie de criatura, surgida de una fantasía que ya había dejado de serlo.

Hay palabras que arrastran un componente moral. Y la moral entendida como norma para discernir el bien del mal era algo que ella había dejado atrás. Algo que no correspondía a su escala de valores. Se nombra solo lo que se conoce, tal vez por eso su espíritu se quedó en blanco.

El efecto hipnótico del somnífero ralentizaba sus reflejos. Permanecer inmóvil junto a aquel ser tan extrañamente familiar era la mejor de las opciones. Confiaba en que continuara durmiendo lo máximo posible. El ritmo de su respiración delataba un sueño profundo. En el estado en el que ella se encontraba no podía arriesgarse a tener que responder preguntas. Que se esfumara la fastidiosa resaca que le había producido la pastilla era imprescindible para volver a discurrir con normalidad, para rellenar su cerebro y reencontrarse. Durante ese proceso, la oscuridad, una vez más, se apoderó de su mente y sin poner trabas se dejó hundir en ella.

El desconocido

—¿Dónde vas?

El armario estaba abierto. Román, totalmente vestido y concentrado en buscar algo en los bolsillos de la americana que creía suya, no escuchó la pregunta directa de Clara. Tampoco reparó en la sierra eléctrica apoyada en una de las paredes del ropero.

Recién despertada, ella observaba cómo ahora el clon de su marido terminaba de ajustarse la corbata. Con el automatismo de un gesto realizado a diario. Con la falta de atención de lo integrado. Se detuvo frente a ella con un ademán inequívocamente familiar para que le recompusiera el nudo. Clara se incorporó para dar ese último toque, uno más de los pequeños detalles cotidianos que habían llenado la convivencia de la pareja.

—No sé dónde he dejado el teléfono...

—Hoy es sábado. No tienes que ir a ningún sitio —puntualizó ella tras sentarse en la cama.

—¡Ah!... Con el lío del viaje no sé en qué día vivo... —comentó, justificándose—. Tampoco encuentro mi anillo.

De repente, la seguridad que estaba imprimiendo a sus acciones desapareció. Ahora parecía aturdido, sin saber apenas dónde se encontraba. Como si le hubieran introducido dentro del cráneo algo demasiado grande para su tamaño.

—Creo que lo metiste en el bolsillo interior de la chaqueta.

Román localizó la alianza y se la puso en el dedo anular derecho donde creía que siempre había estado, desde que creía haberse casado con la que

creía era su mujer.

Clara, por primera vez consciente de su desnudez, se cubrió ligeramente con la sábana. Extendió su mano para coger la de Román y le aproximó hacia ella.

—Anda, siéntate a mi lado.

Palmeó el borde de la cama a modo de cariñosa invitación. Él se acomodó junto a ella y le dio un tórrido beso en los labios.

—Está bien eso de dormir aquí de vez en cuando... —dijo intencionadamente.

—Cambiar de hábitos es lo que tiene —improvisó Clara.

La alusión que Román había hecho del viaje la intrigó, pero tuvo la prudencia de no mencionar directamente el asunto.

Durante la siguiente hora Clara Ulman pudo calibrar la información registrada en la cabeza de la criatura recién *nacida*. Se dedicó a tantearlo con sutileza para que fuera narrando el contenido de lo almacenado en su mente. Ella jugaba con la ventaja de tenerlo cautivado, de conocerlo más que de sobra después de años de convivir con él. O esa era la engañosa sensación que le reportaba el ser recién formado. Por supuesto, era plenamente consciente de que esa percepción de familiaridad se trataba de una ilusión: ateniéndose a la estricta realidad era un desconocido recién llegado a su vida. Pero cuanto más se iba adentrando en los recovecos de su cerebro, más se afianzaba en ella. Román se comunicaba con Clara sin prudencia alguna, con la confianza de tratar temas cotidianos con su media naranja.

La investigación la condujo a conclusiones que, aunque chocantes, le resultaron mucho más ventajosas de lo que hubiera podido imaginar. Román, aparte de haber hecho suya la trayectoria vital de Ramón de Castro, creía haber pasado, como Carla en su momento, por experiencias que el primigenio nunca vivió: asumía haber disfrutado de las vacaciones en Zanzíbar junto a Clara, asimilando en primera persona lo que era simple información adquirida. El empacho de imágenes y de datos, almacenados previamente a través de diversos canales por el Ramón original, imprimió en su peculiar cerebro una historia alternativa de la estancia en aquel lejano lugar. Clara Ulman, al contrario de lo que hizo en su día con su propio clon, no le sacó del error. Muy al contrario. Engordaba la aventura virtual, asumida por Román

como cierta, con detalles y curiosidades que Carla le había ido suministrando a través de sus comunicaciones diarias.

Este comportamiento inesperado de Román le despejó un camino que suponía bloqueado. Durante el tiempo de *gestación*, Ulman se planteaba cómo explicaría en sociedad que su marido no hubiera viajado a Zanzíbar. Barajó varias hipótesis. Una de ellas, la que consideraba más verosímil, fue la que había argumentado a Carla, la del traumatismo craneal: Ulman, de acuerdo con los médicos que supuestamente lo habrían tratado tras el percance, habría mantenido el hecho en secreto para no desestabilizar el futuro de Genotypsa. Al ser Ramón el socio mayoritario, si la noticia hubiera trascendido, las acciones habrían caído de forma alarmante y podría haberse generado un terremoto financiero de consecuencias imprevisibles. Respecto al protagonista de la historia, hubiera sido sencillo persuadirle de la desgraciada caída, dado el aturdimiento que llevaba consigo su particular *nacimiento*. Nada de ello fue necesario: el convencimiento de Román de haber vivido una experiencia que tan solo se había desarrollado en su imaginación despejó esa ruta llena de matorros para convertirla en una cómoda autopista. Fue una carambola que Clara Ulman agradeció a los hados.

A veces a Román le surgían lagunas. Entonces callaba y en su boca, tan parecida a la del original, se le congelaba una mueca con forma de sonrisa... tan semejante a la del original. Disimulando el desconcierto por la irregularidad con la que funcionaba su cerebro. Deseando mantener una actitud de normalidad y de seguridad en sí mismo de la cual carecía. Otras veces su confusión era mayor. Entonces su expresión era la misma que cuando se intenta entender una frase en medio del estrépito producido por el paso de un tren. En aquellos momentos, Clara parecía encontrar en su mirada una súplica.

La doctora Ulman percibía aquel modo de actuar como una muestra de debilidad que jamás notó en su marido. Sentía a Román como a un extraño. Como una simple carcasa. Sin embargo, ese componente frágil le dotaba de una humanidad que iba más allá de lo que habría esperado. Entonces ella aprovechaba para llenar esos huecos a conveniencia, adulterando lo realmente sucedido o matizando acciones de la forma que le interesaba y creía más

propicia para conducirlo por la senda trazada. De ese modo, fue tejiendo a la carta una vasta telaraña de asociaciones que condujeron a Román exactamente donde ella deseaba.

Clara Ulman no podía permitirse el lujo de cometer un error que pudiera llevar a derribar la obra de ingeniería que con tanto cuidado estaba construyendo. Por eso, decidió no confiar en su memoria y fue apuntando todos y cada uno de esos detalles en el documento referente a Román. Este archivo, del mismo modo que el que abrió de Carla en su momento, recogía el comportamiento y las diferentes reacciones que observaba en el sujeto. El procedimiento requería una gran minuciosidad para, en el futuro, poder recurrir a esas notas en busca de una información que, a medida que pasara el tiempo, era susceptible de ser olvidada. Ambos archivos (el de Carla y el de Román) le serían de gran utilidad, no solo a la hora de establecer diferencias entre una criatura y otra, sino para comparar a cada clon con el individuo del que provenía. El objetivo era tener una documentación lo bastante extensa como para escribir un ensayo especializado. Que se publicase o no, dependería de multitud de factores. Desde luego, Clara Ulman sospechaba que, si ese libro en algún momento llegara a ver la luz, probablemente ella ya no existiría.

Tras la inquietante noticia que su creadora le había transmitido, Carla permaneció dos días enclaustrada en la lujosa *suite* del resort de Zanzíbar. Asomada a un paisaje ajeno. A un ruido de olas que no le procuraba paz alguna. A olores que penetraban a través de las rendijas de puertas y ventanas, y que constataban una lejanía no deseada.

La acogedora estancia construida en madera y decorada en tonos cálidos se había transformado en su mente en una cárcel de muros de hormigón. Los pensamientos eran clavos que le penetraban en el cerebro causándole un sufrimiento que solo se calmaba si conseguía dormir. Algo que solo lograba de forma intermitente. Y cuando lo hacía, se despertaba sobresaltada, delirando. Se sorprendía escuchándose a sí misma hablando en los diferentes idiomas que constituían el bagaje cultural heredado de su yo primigenio. A

veces en inglés, otras en español y en algún momento balbuceando en francés.

Invasada por la nostalgia y alerta como el servicio de urgencias de un hospital, abría los ojos desmesuradamente haciéndolos recorrer el espacioso cuarto o guiándolos hacia la lejanía del océano que se divisaba a través de los cristales. Sin embargo, la fiebre y el decaimiento casi no le permitían mover el cuerpo. Los escalofríos le provocaban una tiritona incontrolable. ¿O era el miedo? Dentro de su cabeza bullían demasiadas amenazas y temores. Sentía la garganta irritada y dolores musculares agudos. Apenas ingirió nada sólido durante esas cuarenta y ocho horas. Chupaba pastillas para suavizar la faringe y consumía una taza de té tras otra que encargaba por teléfono al servicio de habitaciones.

Enferma y lejos de su hogar se encontraba paralizada. No se atrevía a darse la vuelta en la cama. Temía sentir el cuerpo de él a su lado, tangible, aunque no estuviera allí. Doliendo igual que una pierna amputada. Ocupando su ausencia. Aunque Ulman la tranquilizaba a través de la pantalla con noticias esperanzadoras, la distancia distorsionaba cualquier mensaje, transformando lo ambiguo en negativo y lo positivo en dudoso. Hasta que, ya en plena convalecencia, débil, pero sin el profundo malestar sufrido anteriormente, recibió la ansiada videollamada de cada día, esta vez comunicándole lo que llevaba tanto tiempo aguardando.

—Ramón ha salido de peligro.

Ulman, en el laboratorio, observaba cómo el clon de su marido, fuera del ángulo de la cámara, dormía plácidamente. Tras las horas en las que se estableció la toma de contacto inicial, Román empezó a sentirse muy cansado. Se acostó y cayó en un sueño profundo. De vez en cuando se despertaba, pero enseguida volvía a dormirse. Era tranquilizador ver cómo seguía el mismo proceso que Carla experimentó durante los primeros días de su llegada a la vida.

—¿De verdad? —preguntó ilusionada la gemela artificial a través de la pantalla del ordenador.

Desprenderse de la losa que la angustiaba le hizo recuperar su característica frescura.

—No ha sido más que un susto. La evolución ha sido como esperábamos. Ya te dije que todo saldría bien —aseguró Ulman con el optimismo como bandera.

La criatura se transformó por completo. La tristeza mudó en una euforia que le hizo encarar el viaje de vuelta con sus componentes encajados. Los físicos y los emocionales.

La clon de Clara paró en casa el tiempo justo para deshacer el equipaje. Apenas tardó veinte minutos desde que llegó hasta que volvió a salir por la puerta. Se movía con tal brío que fue capaz de acabar en la mitad del tiempo habitual aquella tarea. Quería salir cuanto antes y encaminarse al encuentro de su otro yo. Ni siquiera despidió al taxi, tal y como le sugirió su creadora. No fue necesario pasar por el trámite de toparse con Lidia, ni con el jardinero, ya que Clara, la verdadera, les había enviado un mensaje dándoles el día libre con el fin de evitar interferencias no deseadas. Únicamente tuvo que cruzar un somero saludo con el guardia de seguridad de la garita.

Carla iba de camino al laboratorio cuando Román llegaba a *su* hogar. Todo sincronizado.

Ulman ansiaba ver de primera mano el estado en el que se encontraba su doble. La distancia, por mucho que se acortara a través de la pantalla del portátil, distorsionaba demasiado la comunicación personal. Hay signos cuyo significado solo la proximidad del cara a cara permite traducir con exactitud. Y la falta de precisión, bien lo sabía la doctora Ulman, podía alterar la percepción lo suficiente como para sacar conclusiones erróneas. Ese distanciamiento que se había producido durante los últimos treinta días le había llevado a intuir que algo se estaba forjando en el espíritu de su propio clon. Algo que ella no controlaba. Era inevitable que su gemela artificial fuera adquiriendo rasgos específicos de personalidad, ramalazos propios de comportamiento. Y tenía claro que debía mentalizarse para ello. Más que para resignarse, para ir modificando la forma de maniobrar ante esa hija-

hermana tan insólita, con el objetivo de adelantarse a sus reacciones y actuar en consecuencia.

El sonido inconfundible de la puerta de su laboratorio privado al desbloquearse le hizo dar un respingo. El largo periodo de soledad y de silencio la hacía sobresaltarse desmesuradamente con los ruidos. Encontrarse cara a cara con su otro yo le produjo una agridulce sensación, como la melancolía que ocasiona la visión de una foto antigua. El vigor y la belleza de Carla la golpearon. Solo había transcurrido un mes, pero ese corto espacio de tiempo se multiplicó por varios años para Clara Ulman. O eso fue lo que sintió tras esa primera impresión de fuerza, inocencia y juventud que ofrecía la mujer que se encontraba frente a ella. Ya mucho menos idéntica de lo que hubiera deseado. Ya mucho menos ella. Por supuesto, se trataba de una impresión subjetiva, pero lo cierto era que los hechos ocurridos durante el intervalo de la separación grabaron a fuego imágenes en la retina de Clara Ulman. Sus ojos, después de haber visto lo que sus manos hacían, ya no volverían a ser los mismos. Era como si un elemento tóxico la hubiera contaminado, transformándola. Produciéndole cicatrices que la habían convertido en una mujer marcada. Solo a ella. Dejando al margen a su doble. Esas huellas habían pasado una factura que únicamente Clara Ulman, la originaria, había pagado.

—¿Todo bien? —preguntó la doctora con voz cansada.

La criatura sonrió a la vez que afirmaba con la cabeza.

—Ven...

Ulman agarró de la mano a Carla y la llevó hasta el sofá.

—Siéntate.

La clon obedeció sin rechistar. Ulman permaneció en pie frente a ella.

—Ramón ha superado la crisis sin secuelas importantes, pero es necesario que te cuente ciertos detalles que debes conocer.

El hecho de haber sido concebida de forma tan atípica, hacía que Carla se enfrentase a la información que recibía con una credulidad más propia de una niña en la primera etapa de su vida que la de una mujer de casi cuarenta años. Adolecía de la perspectiva propia de un adulto. Cronológicamente era un bebé, por muy exclusivas que fueran sus características. Esta particularidad la dotaba de una receptividad superior ante los nuevos

estímulos que le llegaban. Igual que los críos, captaba detalles que a una persona con trayectoria vital se le escapaban. Para ella no existía lo tácito, lo sobrentendido, el lugar común. Razonaba con la peculiar lógica de una chiquilla. Salvo las experiencias adquiridas con las que había nacido, todo lo que percibían sus sentidos era nuevo y, por tanto, susceptible de analizar antes de asimilarlo. Eso no impedía que su capacidad para creer a pie juntillas lo que Clara Ulman daba por cierto fuera ilimitada. Para Carla era tan impensable que una falsedad saliera de la boca de la que asumía ser la voz de su conciencia, como para un niño cuestionar lo que veía con sus propios ojos, o la verdad absoluta encarnada en su madre. Por eso, cuando Ulman le aseguró que Ramón, después de estar al borde de la muerte, despertó sin ser consciente de lo que le había ocurrido y con la creencia de haber pasado las vacaciones junto a ella, Carla lo dio por verdadero sin plantearse la más mínima duda. Al fin y al cabo, ella, al igual que su original, tenía conocimientos neurológicos más que suficientes como para saber que un traumatismo craneal podía ocasionar trastornos en la memoria.

—Fue su personal *déjà vécu* —le comentó Ulman con el humor con el que se adereza *a posteriori* una mala experiencia.

La clon sonrió en sintonía con su yo alternativo.

—¿Y qué pasó con los compromisos profesionales que le llevaron a aplazar el viaje?

—Me encargué personalmente de gestionarlos —mintió Ulman—. Nunca hay nada tan grave que sea imposible solucionar.

Carla asumió que era imprescindible evitar mencionar «el accidente», incluso ante los más íntimos, en especial ante el propio Ramón... «Hemos llevado el episodio discretamente para no crear inestabilidad a la compañía»... «Se ha recuperado por completo, así que lo mejor es pasar página»... «Con lo aprensivo que es, le condicionaría demasiado»... «De lo que no se habla no existe, es como si nunca hubiera sucedido»... «Compórtate con él como si hubierais pasado todo el mes juntos», «Síguele la corriente, lo mejor es que no se estrese»... Estos y otros razonamientos fueron sembrándose en la mente de Carla como semillas en un huerto. Y así, casi sin darse cuenta, su cerebro convirtió lo que no era más que un relato de ficción en una realidad sin ambages. Con la misma lógica con la que un hueso de

albaricoque germina para dar lugar al árbol del que surgen los sabrosos frutos.

—¿Dónde está ahora?

La recién llegada hizo esa pregunta tras escuchar sin pestañear el relato de su creadora.

—¿Para qué?

—Me gustaría verlo.

Lo que Ulman había planificado era posponer el encuentro de Román y Carla, pero el deseo de esta le bastó para calibrar los inconvenientes de esa decisión. Inconvenientes que le hicieron cambiar de opinión. Retrasar la situación que más tarde o más temprano habría de producirse implicaría el riesgo de que Carla comenzase a especular, y eso era justo lo que Ulman deseaba evitar. Por otra parte, el control lo tenía garantizado al haber colocado, días antes de la última cena con Ramón, cámaras y micrófonos en lugares estratégicos de la vivienda: dormitorio principal, salón, cocina y gimnasio. De esa forma, sería más sencillo observar las reacciones de los clones sin tener que depender exclusivamente de las imágenes recogidas por el accesorio que Carla llevaba permanentemente colgado en el cuello. Imágenes que, ni por asomo, tendrían la calidad y la perspectiva de las proporcionadas por los dispositivos instalados en el interior del inmueble.

—Podrás verlo esta misma noche en casa —aseguró con una amplia sonrisa.

Ulman permaneció con la mirada fija en esos ojos que ya no reconocía como propios. Intentaba sumergirse en el fondo de aquella mirada, pero no lo lograba. Como si se hubiera alterado el orden de lo que había en el interior de su cerebro y no encontrase lo que buscaba, emplazado en algún rincón ilocalizable. Como una habitación redecorada en la que se había modificado la disposición de los muebles y trastocado el contenido de los cajones. Se preguntaba si ese entramado neuronal, al que hacía esfuerzos por asomarse, había empezado a adquirir unas diferencias, que, solo de imaginarlas, le creaban un desasosiego inquietante. Lo cierto es que pensarla en primera persona ya no era algo automático que la inducía a una identificación consustancial a sus genes.

Román llegó a casa conduciendo el Maserati que creía haber estacionado en el garaje de Genotypsa el día antes de sus vacaciones, con el mismo nervio que el auténtico De Castro solía imprimir a su estilo de conducir. Ya en su hogar, tras ponerse cómodo y repantigarse en sus dominios, se dispuso a organizar su próxima reincorporación al trabajo y a adaptarse a la rutina habitual.

—¿Qué pasa, jefe? Ya era hora. Vaya vidorra te pegas...

—¿Me echabas de menos, eh, boss?

—Tú sueñas. ¡Con lo a gusto que estaba sin que nadie me tocara las narices!

Hablaba por teléfono con Jorge Aldrich con la misma confianza y desparpajo que el original De Castro habría empleado. Lo hizo aderezando la conversación con los guiños, frases hechas y complicidades que hacía ya muchos años aliñaban la comunicación entre ambos. Tras hacer un repaso del periplo de asueto adornado de jocosas curiosidades y detalles, y en el que no faltaron las bromas que acompañan a la relajación de estar libre de obligaciones, su supuesto socio le puso al corriente de las novedades que habían surgido durante su ausencia. Román tomó notas, organizó reuniones y planificó la agenda de los próximos días. Sin discordancia, sin cavilaciones, y con la firmeza de lo realizado una y otra vez desde su, sin saberlo, recién heredada atalaya de triunfador.

Siguiendo las indicaciones de su yo alternativo, Carla se comportó esa primera noche con el que creía era su marido como si acabara de dejarle hacía unas horas en lugar de haberlo añorado durante treinta largos días. Con la confortabilidad de tener una jornada más a su lado al compañero con el que había compartido los últimos tiempos. Sin percibir nada extraño en el hombre que tenía junto a ella. Se aproximó a su cuerpo y lo estrujó con fuerza. Solo cuando el sueño la invadió aflojó el abrazo, pero sin despegar su piel de la suya durante toda la noche. Temiendo que se esfumara al dejar de tocarlo y volviera a abandonarla.

Román, obviamente, ignoraba el desdoblamiento de su cónyuge del mismo modo que desconocía su propia y verdadera identidad. La familiaridad

con la que percibía el paisaje humano que había formado parte de la vida del ser originario lo llevaba a sumergirse en esa realidad sin plantearse nada fuera de lo evidente. ¿Acaso alguien en sus mismas circunstancias lo habría hecho?

Salvo ese primer día en el que Ulman decidió hacer la excepción de permitir a Carla dormir junto a él, fue ella la que permaneció junto a Román durante las jornadas siguientes. Se podría decir que se convirtió en su sombra. Se las ingeniaba para encontrar pretextos de manera que resultase natural quedarse a su lado durante reuniones o actividades que, en principio, debería realizar solo. Prestaba especial atención a su modo de reaccionar cuando se encontraba con personas con las que el auténtico De Castro se relacionaba habitualmente.

—Señor Castro, Stéphane Gayet quiere saber si da usted el visto bueno a los últimos retoques para la modernización de la planta de Toronto.

—Gracias, Rosalía. Ya he visto su *mail* y acabo de responderle.

Conversaciones en apariencia habituales producían en Clara una satisfacción equivalente al mayor reconocimiento al que pudiera aspirar. Le fascinaba la facilidad con la que ese segundo ser nacido de su mano se adaptaba a una vida suplantada con la pasmosa desenvoltura de lo integrado. Román respondía con soltura a las curiosidades de unos y otros respecto al viaje que todos envidiaban. Las raras ocasiones en las que se desconcertaba, bastaba con su característica mueca en forma de sonrisa acompañada de una mirada de sutil ruego para que Clara rematase la frase que había empezado o le ayudase eficaz e inadvertidamente. En esos momentos era como si perdiese la concentración y ya no tuviera una idea ajustada de lo que tuviera que decir. Era algo tan tenue que únicamente Clara se daba cuenta. Román le pertenecía más allá de lo que pudiera suponer él mismo. No solo era dueña de su corazón, sino de la totalidad de su ser. En toda su dimensión. Y esa sensación de poder la deslumbraba. Nadie salvo ella era capaz de apreciar las diferencias con el original. Que las había. Abismales. Disparidades sustanciales, y enormemente ventajosas para ella. Porque Román había incorporado, de forma semejante a como lo hizo Carla, la implícita necesidad de aprobación del ser que le había dado la vida. Daba por sentado que ese era

el modo normal de relacionarse con la que creía era su mujer. Sin plantearse otra opción. Aceptando las reglas de juego que le hacían la vida fácil. Normas que ni siquiera se planteaba pudieran cambiarse. Seguramente por eso Román era más feliz que lo que Ramón de Castro lo había sido en los últimos tiempos. Y quizás por eso Clara enterró en un profundo nivel de su memoria ese mes tenebroso. El peso de la angustia la abandonó. El espectro de la muerte también. Ya no se sentía contaminada por ella. No se trataba de volver o no la vista atrás. Era innecesario hacerlo. Nadie había desaparecido. Todo seguía igual que antes. La muerte incorpórea es menos muerte. Tanto así lo consideraba que ni siquiera se sentía culpable moralmente. Ella fue capaz de transformar ese crimen en una vida reconstruida y de instaurar una nueva ley. Las piezas continuaban ocupando el sitio que les correspondía y el protagonista seguía interpretando su papel. Mejor que nunca. Habiendo corregido los errores que se habían puesto de manifiesto tras contrastar el espectáculo con el público.

Prueba de fuego

—Creo que es la perfecta. El formato horizontal ocuparía casi toda la pared, tal y como habíamos pensado. Los tonos y las formas darán el ambiente adecuado, ¿no te parece, cariño?

Román, tras analizar la obra pictórica, aguardaba en silencio la respuesta de su mujer. Esta, sin embargo, no lo estaba escuchando. Ambos habían acudido a la galería Baltar para elegir la pintura que presidiría la sala de reuniones principal de Genotypsa. La atención de Clara no estaba centrada precisamente en el cuadro, sino en la dueña de la galería, situada entre ambos.

—Perdona, estaba distraída.

Román sonrió, perdonando esa pequeña falta de atención. La perfección no podía abarcar todas y cada una de sus acciones, parecía pensar.

—Te preguntaba si crees que esta reúne los requisitos que buscamos —dijo, señalando la obra en cuestión.

—Es la que tú habías sugerido, ¿verdad, Úrsula? —preguntó ella.

—Sí. Me parece que esas pinceladas a medio camino entre lo figurativo y lo abstracto harán que decore la estancia con la calidez que deseamos, pero sin ser demasiado agresiva. Me alegra que Ramón opine lo mismo.

—Tenéis razón. Es ideal —afirmó Clara, tratando de parecer interesada.

Úrsula era la última prueba a superar. Tenía una capacidad de observación superior a toda la gente que pululaba alrededor de la pareja. Su aptitud para el análisis visual era imprescindible para el buen ejercicio de su profesión y se le daba de forma automática. Ello la dotaba de un instinto especial para diferenciar lo auténtico de lo falso y lo excelente de lo bueno.

En definitiva, tenía un olfato lo bastante refinado como para evitar que le dieran gato por liebre. Por eso, a Clara le preocupaba, y mucho, su reacción. Se preguntaba si habría algo que le indujera a descubrir un cambio, por mínimo que fuera, en el que se suponía era Ramón de Castro. Procurando disimular, escrutaba el rostro de su amiga en busca de un tic o una señal de desconcierto que delatara cierta sospecha. Nada. Felizmente, Úrsula se comportó con la confianza y cercanía creadas tras muchos años de estrecho contacto. Ulman no detectó el menor signo de extrañeza ante el que en realidad era un desconocido, aunque para Baltar se tratara del mismo de siempre: el Ramón socio y compañero de juventud de su pareja, y el cónyuge de su íntima amiga.

—¿Jorge qué opina?

—Querida, mi esposo está demasiado ocupado con otros menesteres. Le daría igual este cuadro o cualquier otro. Si para todo fuese tan de buen conformar, me ahorraría esa peculiar faceta suya de cascarrabias —afirmó con complicidad.

Román y Clara festejaron jocosos el comentario.

Lo que ocurrió a continuación pilló a Ulman de sorpresa: a raíz de la apreciación de Úrsula, el clon de Ramón de Castro se puso a relatar anécdotas de su época estudiantil. Todas tenían como protagonista a Jorge expresando su descontento en multitud de situaciones: en clase peleándose con un compañero porque se había sentado en su asiento; discutiendo con un profesor; insultando por la ventana del colegio mayor a un grupo de borrachos que no lo dejaban dormir; quejándose en un restaurante por lo elevado de la factura... Algunas de esas historietas las conocía Úrsula, otras las dos, pero el resto eran nuevas para ambas.

La regresión de Román se convirtió en una improvisada forma de corroborar la aparentemente exacta trayectoria personal heredada del ser originario. Suponiendo, claro está, que esos pocos chascarrillos desconocidos fueran reales, y no fruto de su imaginación. O que se tratara de un cóctel de hechos verdaderos y supuestos que tan proclive era a mezclar. Aunque, suponiendo que lo cierto fuera esto último, a Clara no le preocupó en exceso. Siempre hay acontecimientos intrascendentes que, por su propia naturaleza, se encuentran en capas profundas del recuerdo durante años y una referencia

o un detonante inesperado hacen que se desplacen a un plano más superficial de la memoria. Clara estaba convencida de que, aun en el caso de que fueran falsos y los escuchase el mismísimo Jorge, los hubiera dado por buenos, al creer que los habría olvidado debido al tiempo transcurrido.

Tras el certificado de calidad que supuso superar las pruebas a las que Román había estado expuesto sin saberlo, Clara Ulman fue aflojando las riendas. Ejercer de «guía espiritual» con el remedo de su marido la estaba saturando. No solo eso: le aburría. Empezaron a ser tan predecibles sus reacciones que tenía la sensación de estar jugando una partida de póquer con las cartas marcadas. El cosquilleo que provoca la sensación de asomarse a lo desconocido había desaparecido por completo. Ello tenía, sin duda, el aspecto positivo que proporciona la seguridad de tenerlo todo bajo control, pero cada vez soportaba menos el tedio que la invadía cuando se quedaba a solas con él.

El único cabo suelto que quedaba era la falta de interés por algo que a Ramón, el original, le obsesionaba en los últimos tiempos: que Clara se quedase embarazada. Ni una sola vez Román, el clon, había hecho alusión a ello. ¿La pulsión de ser padre se había «traspapelado» en el proceso de formación de su cerebro? Podría ser, pero le extrañaba. Tener un hijo había estado tan presente en el proyecto vital del Ramón originario en los últimos tiempos que era extraño que ese anhelo se hubiera esfumado de su yo desdoblado. En cualquier caso, consideró que ya no era necesario el marcaje absoluto al que, durante semanas, le había sometido. Dejó de ser su sombra para que Carla tomase el relevo. De ese modo, Ulman podría ir retomando poco a poco su rutina habitual respecto al trabajo y a las aficiones que había ido recuperando en la última etapa y dejaría a su doble disfrutar de la compañía de su amado. Cambiarían las tornas y cada una se centraría básicamente en sus prioridades.

«Gracias».

Una única y lacónica palabra, pero llena de significado. Escrita en el espejo con rotulador de color rojo. Poder abandonar el sofá del laboratorio

con la perspectiva de dormir en *su* propia casa produjo a Carla una satisfacción que expresó en forma de agradecimiento hacia Ulman. A esta le causó una extraña sensación reconocer su propia letra en el espejo del pequeño cuarto de baño. No pudo reprimir una sonrisa de suficiencia. Era consciente de que Carla asumía como un favor el hecho de permitirle disfrutar de su vida privada.

Durante el proceso de rodaje de Román, Carla había sido la que se había ocupado de la faceta profesional. De la mañana a la noche. Exclusivamente. Sin tregua. Hasta que el sueño la vencía. Era el único modo de controlar su imaginación. No le gustaba cuando la dejaba volar. La llevaba a visualizar situaciones que la ponían de mal humor. Seguro que por envidia, aunque no pusiera nombre a su estado de ánimo. Ahora, podría sentirse protagonista de su propia historia. El hecho de cambiar ese sucedáneo de hogar por el aire libre y las confortables habitaciones de la espaciosa villa en compañía de *su* marido le produjo una satisfacción que expresó educada y sinceramente: «Gracias».

Cuando Ulman salió del baño y se dirigió al saloncito de su estancia privada, se encontró a Carla sentada en el sofá. Con los brazos relajados sobre su regazo y la mirada perdida en el suelo. Ulman no supo diferenciar si estaba tranquila o triste, meditabunda o cansada, de buen humor o deprimida, en paz o en lucha interior. Indescifrable, por mucho que creyera conocerla. Se sentó junto a ella, pero Carla no se movió. No levantó el rostro ni cambió la mirada. Esa inacción silenciosa, sin embargo, no sorprendió a la doctora Ulman. Su yo secundario había sido siempre de pocas palabras. En eso seguían siendo iguales. Repasando el tiempo que llevaban juntas, Ulman se dio cuenta de que la comunicación entre ambas había sido muy poco verbal. Se conocían tanto que prescindían de expresar con palabras lo que sentían o deseaban. Se podría decir que entre ellas funcionaba una especie de singular telepatía. Al menos hasta ahora...

Durante los días inmediatamente posteriores, Ulman analizó con curiosidad entomológica el fenómeno del enamoramiento de Carla. Observaba a los clones a través de los dispositivos sin implicarse emocionalmente: al fin y al cabo, el objeto del amor de Carla ya no era su marido, sino ese gemelo tan peculiar. Se cuestionaba la diferencia abismal

entre ellas respecto a este asunto. Una desigualdad patente desde el principio. Al *nacer*, Carla dio muestras inconfundibles de adorar al que asumía como su pareja. Pero, así como en otros aspectos había ido experimentando cambios, en esa faceta seguía como al principio, sin disminuir ni un ápice la intensidad de su amor. Cuidaba los pequeños detalles que Clara Ulman tenía al principio con Ramón, pero que descuidó al poco tiempo de casarse: levantarse a darle un beso para recibirlo, ocuparse de encender velas para dar ambiente al dormitorio, acercarse por detrás y revolverle cariñosamente el cabello...

Estas y otras cuestiones provocaron que, a medida que el tiempo transcurría, la doctora Ulman se sintiera cada vez menos identificada con Carla. Empezó a contemplarla más como su hermana menor que como otra versión de sí misma. No solo le parecía más ingenua y menos madura: eso podría tener cierta lógica. Era algo más. El carácter. Pero ¿cómo una cuestión tan personal y tan ligada a las experiencias previas, que eran las mismas, podía ser tan dispar entre una y otra? Esa nueva singularidad era un misterio que se había propuesto descifrar.

TERCERA PARTE

Sentimientos peculiares

Jorge Aldrich consultó su reloj de pulsera por tercera vez. A continuación, dirigió la mirada hacia Rosalía, quien transcribía algo en el ordenador sin reparar en su presencia. Habían pasado diecisiete minutos desde que esta comunicó a *De Castro* su llegada.

Pensando que tal vez estaba tan concentrada en su tarea que no era consciente del tiempo transcurrido, Jorge optó por levantarse y pasear de un lado a otro de la antesala con la esperanza de llamar su atención, y que de esa manera volviera a recordar a su jefe que él estaba allí esperando. Pese a ello, esta seguía sin inmutarse, ejerciendo su cometido con la parsimonia del subalterno que espera órdenes de su superior y sin asumir más responsabilidad que la de llevarlas a cabo. Aldrich la miraba por el rabillo del ojo para comprobar, cada vez más molesto, que continuaba impertérrita con su tarea. Como si él fuera invisible. Con la misma indiferencia con la que habría hecho esperar a cualquier empleado. Sin la más mínima consideración hacia su cargo.

Justo cuando estaba a punto de entrar directamente en el despacho de *Ramón* con la misma falta de delicadeza que la que estaban teniendo con él, escuchó el sonido del picaporte de la puerta al accionarse.

—Perdona, *boss*, me he entretenido más de la cuenta. Pasa por favor.

El *alter ego* de *Ramón de Castro* le cedió el paso con cortesía. Jorge entró en el despacho, dirigiendo a la secretaria una mirada de reproche que ella pareció no advertir.

—¿Has podido leer lo que te he enviado? —preguntó a su socio nada más entrar y antes de tomar asiento.

Román cerró la puerta y caminó con parsimonia hacia su butaca, se acomodó y se le quedó mirando con una sonrisa que a Jorge le pareció de lo más estúpida.

—Verás, a veces hay que tomar distancia para darse cuenta de que ciertas cosas requieren una organización algo más compleja de la que habíamos previsto.

Aldrich intuyó enseguida que aquel comienzo preparaba el terreno de algo que no le iba a gustar.

—¿En qué sentido?

Román se acariciaba la barbilla algo peor rasurada que de costumbre.

—Quiero decir que nos empeñamos en una idea sin darnos cuenta de que hay otras posibilidades que encajarían mejor en el objetivo que pretendemos.

—Ve al grano, por favor... —pidió Aldrich, soltando un suspiro de impaciencia.

—Teniendo en cuenta que el Revatofil lo fabricamos en Suiza, ¿por qué no centrar allí exclusivamente todo lo relacionado con la disfunción eréctil? —dijo con la actitud persuasiva con la que se ofrece una genial idea.

—Pero si habíamos quedado en que...

—Ya, ya... Tienes razón. Pero he estado dando vueltas al asunto y creo que es lo más práctico.

—¿Por qué?

—Porque de ese modo podríamos ampliar aquí la sección de vitrificación. Tenemos mucha demanda de congelación de órganos.

—No sé qué tiene que ver una cosa con otra. Pensaba que estabas de acuerdo con mis planteamientos. Pero veo que se trataba solo de una ilusión.

Se levantó de la silla como un resorte y comenzó a andar de un lado a otro.

—Parece como si la conversación que tuvimos hace menos de veinticuatro horas no hubiera tenido lugar. Me he pasado horas para transcribir en ese documento todo lo que hablamos —dijo, señalando el ordenador que Román tenía sobre su mesa—. Y ahora me vienes con esto...

—¡Cálmate, *boss!* Uno puede cambiar ciertos matices después de sopesar con detenimiento los posibles beneficios e inconvenientes.

—¿Matices? —preguntó sonriendo con ironía—. Que yo sepa un matiz es una variación leve de algo y lo que tú sugieres implica poner todo patas arriba.

—No exageeeeres —dijo, con un tono y una cachaza que sacó a Jorge de sus casillas—. Simplemente, al repasar tu propuesta, me he dado cuenta de que lo que planteas como malo es precisamente lo interesante de la cuestión.

—¿Me lo podrías explicar, por favor? —solicitó, volviendo a sentarse para soportar mejor lo que le sonaba a desesperante tono didáctico de profesor trasnochado.

—Este tío es imbécil. ¿Tú sabes lo que es hablar con alguien a quien lo que dices le rebota como si fuera una pared? Menuda cara de tonto se me debe de haber quedado después de más de una hora en medio de un auténtico diálogo de besugos. Era como si no habláramos el mismo idioma.

A pesar del tono cortante e irritado, Úrsula Baltar oía despoticar a su marido sin prestarle demasiada atención. Los decoradores acababan de reformar las paredes del salón de la casa de ambos. El fin era dar cabida a su última adquisición: la pintura de un artista islandés emergente con el suficiente interés como para desplazar una de sus valiosas obras a un emplazamiento secundario. Sus sentidos estaban más centrados en admirar el cuadro y en calibrar si estaba en la ubicación adecuada que en responderle.

—Peor aún: un auténtico calzonazos.

Jorge subrayaba el insulto con regocijo rencoroso. La amarga vehemencia con la que hablaba impedía imaginar que Ramón de Castro había sido un elemento fundamental en su vida. Una guía de actitud y comportamiento. Mucho más que un simple socio, compañero y amigo. Era como si a aquellas alturas no le perdonase ese lugar secundario que, no obstante, el mismo Jorge se atribuyó y en el cual se había encontrado tan cómodo. Un sitio que ahora consideraba condenadamente injusto. Se diría que de los diferentes estratos de la relación entre ambos fuera solo el

resentimiento lo que había conseguido permanecer a flote. Una inquina que se le había acumulado en su estómago y que ahora expulsaba al exterior.

—A lo mejor simplemente se ha detenido a valorar los posibles inconvenientes de tu propuesta inicial. A veces, la rentabilidad económica condiciona solo relativamente el camino a seguir —le rebatió Úrsula mientras se movía de un lado a otro para observar la obra desde diferentes perspectivas.

—¡Venga ya! —dijo él, haciendo un gesto de rechazo con la mano—. Lo que ocurre es que ha caído en lo que siempre se jactaba de evitar...

Dejó la frase en suspenso para captar la atención de su mujer. Tras unos segundos y en vista de ser incapaz de suscitar la suficiente curiosidad como para provocar una pregunta, siguió con su alegato:

—Desde luego, hay que reconocer que es lista. Le ha lavado el cerebro para imponer su santa voluntad. ¿A ti te parece normal que el tonto del culo ahora diga que las sedes están demasiado diversificadas y que hay que especializarlas?

Negó con la cabeza manifestando incredulidad. Ante lo directo de la pregunta Úrsula se vio obligada a responder:

—Bueno, es una opción...

—Ganas de marear la perdiz. Ninguna ventaja, costes innecesarios nada más.

—Supongo que tendrá sus razones.

—Te voy a decir cuáles son: únicamente los intereses de su mujer.

—¿En qué te basas?

—Si en Toronto reunimos la investigación del Alzheimer y la de los compuestos para regular la presión arterial, en Basilea el Revatofil y los analgésicos de última generación, ¿con qué nos quedamos aquí? —Sin dejar resquicio para que su mujer interviniera, él mismo respondió a su propia pregunta—: Pues con la bioimpresión y la unidad de criogenización y sus correspondientes departamentos, que, mira tú qué casualidad, son justo las áreas que ella dirige. Es fácil de deducir, ¿no? De hecho, ella se queda en nuestra sede como la gran jefa del cotarro. Es la única explicación. De otro modo, no tendría ningún sentido llevar a cabo lo que va contra la política que hemos practicado durante estos años y que nos ha funcionado perfectamente.

—Tras una pausa, que le sirvió para recrearse en su enojo, continuó—: Será todo lo cualificada que quieras como científica, pero de negocios no tiene ni la más remota idea. A ver si se queda embarazada de una puñetera vez y deja de meter la nariz en asuntos que no son de su incumbencia.

Haciendo acopio de paciencia, Úrsula se sentó a su lado. Con voz calma, en contraste con la rabia que él imprimía a sus palabras, se propuso apaciguarle.

—Tenéis uno de los negocios biofarmacéuticos más lucrativos y no paras de ver el vaso medio vacío. Eres un pesimista incorregible.

Le hablaba despacio, del mismo modo que una madre se dirige a su hijo e intenta que razone después de una rabieta.

—¿No querrás que me quede de brazos cruzados ante lo que me parece inaceptable? —preguntó con ojos desmesuradamente abiertos.

—Lo que quiero es que disfrutes más y no seas tan injusto con todo lo que te ha dado la vida.

—Bien sabes que no me ha caído del cielo —apuntó con la suficiencia que da el orgullo.

—Sin duda. Pero a Ramón tampoco.

—Por eso no entiendo que le resbale todo —afirmó, gesticulando con los brazos—. Está cada día más abúlico, como si tuviera la cabeza en otra parte. Le comento algo y me pide que se lo repita. De tanto bucear se le han debido de aguar los sesos.

Úrsula rio ante el comentario. No pudo evitar que se le representase la imagen de Ramón metiéndosele por la nariz litros de agua con todo tipo de criaturas marinas. El gesto contagió a Jorge, que bajó la intensidad de la perorata tras esbozar una sonrisa.

—En serio, Usi, ¡no se entera! Me hace sentir gilipollas, la verdad. Cada vez que hablo con él me dan ganas de estrangularlo. Si te soy sincero, no lo reconozco.

—Las personas evolucionan, mi amor.

—El problema es que él va para atrás, como los cangrejos —dijo, volviendo a retomar el tono crispado.

Ella levantó la cabeza y resopló con hartazgo.

—¿Podrías por una vez hacer un esfuerzo y ponerte en el lugar de los demás?

—Ya lo hago. ¡Vaya si lo hago!

—No, no lo haces. Si así fuera, te sería más fácil ver más allá de tus narices. Mirarte tanto el ombligo te impide comprender muchas cosas...

Úrsula dejó caer esta última frase con la suficiente ambigüedad como para interrumpir la línea obcecada del discurso de Jorge. Este, que hasta ese momento se diría que ejecutaba más un monólogo en compañía que un diálogo propiamente dicho, cambió su registro mental. Se levantó y, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, dio unos pasos centrado en la tempestad de pensamientos que rugía en su cerebro. Quizá reflexionando sobre lo que ella le acababa de decir... quizás preguntándose si su mujer quería enviarle un mensaje tras aquellas palabras... o tal vez buscando una justificación para su propia actitud.

—Maldita la hora en la que conoció a esa mujer.

El lapidario despecho con el que pronunció la frase causó en Úrsula una impresión inesperada.

—¿Estás celoso? —le preguntó a bocajarro.

Él le sostuvo la mirada desde arriba con una mueca que transmitía desafío y burla. Evitaba interpretar en toda su dimensión lo que había detrás del interrogante que ella acababa de lanzar. Negó con la cabeza rechazando lo que intuía bajo la pregunta. Ella, en cambio, tras intentar digerir lo que pensaba, se mantenía impertérrita, seria, dominando la situación. Aguardando más su reacción que una respuesta.

Con aire orgulloso, Aldrich, ocultando la ira tras su silencio, salió de la estancia con un ademán más teatral de lo que hubiera deseado.

Tan iguales, tan distintas

Apoyada en la mesa de su despacho, la doctora Ulman bebía un vaso de agua mientras observaba cómo Carla, sentada cómodamente en el sofá, hojeaba una revista de moda.

—¿Y si tuviésemos un hijo? —preguntó después de apurar la bebida.

La clon levantó la cabeza para mirar a su otro yo con ese gesto inalterable suyo. Sin inmutarse. Sin sorprenderse por lo que le acababa de escuchar. Sin afirmar. Sin negar.

—¿Para qué? —respondió, después de tomar un sorbito de la taza de café que tenía sobre la mesa.

Ulman sonrió al recordar que ella hizo la misma pregunta a su marido cuando él le propuso por primera vez tener descendencia. Las dos mismas palabras. Seguro que con esa escasa musicalidad interrogante, casi en tono afirmativo, sin apenas separar los labios, aunque no lo recordaba. Uno carece de la suficiente perspectiva para observarse a sí mismo. Pero ahora, desde que Carla existía, podía permitirse el lujo, único y exclusivo, de analizarse desde fuera. De poder identificar unas características gestuales o de comportamiento tan impresas en los genes que, paradójicamente, cuesta identificar. Era como ver a una actriz haciendo una imitación de Clara Ulman. Un remedo en el que se reconocía relativamente. Tan extraño y tan familiar a partes iguales.

—Para demostrar que podemos hacerlo. Que tú puedes hacerlo —dijo mientras enjuagaba el vaso bajo el grifo.

Ulman lanzó esas dos frases con naturalidad, apenas subrayando el pronombre personal, pero lo suficiente como para que no cupiera duda de que iba a recaer sobre Carla esa responsabilidad. A esta le golpeó con fuerza lo que acababa de escuchar. Sin embargo, siguió manteniendo esa contención expresiva tan propia de ella. Aquello la confundió mucho más de lo que Ulman pudiera suponer. Carla, desde el momento en que vio la luz en el laboratorio, siempre se había sentido tan identificada con su otra parte que no concebía que pudiera existir motivo alguno para alejarse de esa íntima compenetración. Asumía ser una persona desdoblada en dos imágenes corpóreas. Ni más ni menos. Jamás se planteó una realidad que se tradujese en identidades diferentes. Por eso, la propuesta que acababa de escuchar actuó como una especie de revulsivo. Su otro yo le estaba planteando algo tan extraño que le costó comprender el alcance de aquella proposición.

—¿Por qué no íbamos a poder? —preguntó la clon, dejando la revista sobre la mesa—. Todo el mundo puede, a no ser que tenga algún problema de fertilidad —afirmó con el convencimiento de que ese no era su caso.

A Ulman le sorprendió la confianza de Carla en su capacidad reproductora. Algo que ella no tenía tan claro dadas sus peculiares circunstancias.

—¿Te gustaría? —quiso saber la Clara original de su doble.

Nunca habían hablado de ello y le intrigaba saber si su *alter ego* tendría la misma opinión al respecto. Carla, por su parte, se cuestionaba a qué obedecía sacar a colación un tema tan inesperado.

—No estoy segura de querer quedarme embarazada —respondió la criatura con la serenidad que la caracterizaba.

Ulman le sonrió con una ternura que Carla recibió como una caricia.

—Necesito que tengas confianza, ¿de acuerdo?

La clon miró desconcertada a su creadora. ¿Cómo no iba a tener confianza en sí misma? Lo discordante era que le costaba aceptar algo tan alejado de sus ambiciones. Una contradicción que surgía del complemento de su ser. Una orden fuera de lugar. En su interior percibió algo parecido a un cortocircuito que la paralizaba.

Ulman esperaba una contestación que nunca llegó. Asumió el silencio de Carla como un modo de dejarse llevar de la mano hacia la meta propuesta.

No obstante, la inexpresividad de la clon en ningún modo significaba que su mente estuviera inactiva. Muy al contrario, intentaba encauzar las reacciones encontradas que bullían dentro de su cerebro.

La doctora caminó hacia Carla y se puso en cuclillas para situar su cabeza a la altura de la de ella. Frente a frente. Posó las manos sobre los hombros de ese ser enigmático para recorrer sus brazos hasta llegar a las manos, agarrándolas con fuerza. Después cerró los ojos. Quería concentrarse en percibir la textura de su epidermis y el calor que desprendía su organismo. Necesitaba sentir la proximidad de ese cuerpo idéntico al suyo. Un cuerpo en el que delegaría la continuación de la extraordinaria aventura que se había propuesto culminar.

Por su parte, la criatura se esforzaba en apuntalar esa confianza que la original Clara Ulman le pedía. Una confianza que necesitaba imperiosamente para seguir disfrutando de su paz interior. El contacto de su piel con esa extensión de sí misma ejerció de bálsamo. Fue entonces, y solo entonces, cuando se esfumó la sensación de que estaba siendo abandonada. Una idea que la hubiera llevado a una soledad que se le hacía intolerable imaginar. La íntima cercanía que su otra mitad le estaba transmitiendo le proporcionó un sosiego que en ese instante necesitaba más que nunca para consolidar la seguridad de existir. De existir tal y como hasta el momento había sido capaz de concebir.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—Yo ya lo había descartado.

—¿Por qué?

—No sé... Supongo que quería evitar angustiarte, por eso no sacaba el tema. La noche antes del viaje estabas tan ilusionada... —dijo, rememorando una de las últimas experiencias heredadas del auténtico Ramón de Castro.

Carla no hizo comentario alguno, como siempre que él traía a colación algo que ella no había vivido. Román, en el gran *jacuzzi* circular del baño del dormitorio, acariciaba el cabello mojado de su mujer. De espaldas, sentada entre las piernas de él y con la cabeza apoyada sobre su pecho, la clon de Clara Ulman percibía la sensación de fracaso que él estaba experimentando.

Desde su *nacimiento*, el yo alternativo de De Castro no había mencionado el asunto de su futura descendencia. Hasta ahora. Y fue Carla quien quiso entrar en materia a instancias de la creadora de ambos.

—Me había hecho ya a la idea —continuó Román—. Llegué a la conclusión de que si tenía que pasar sería estupendo, pero que si no era así tampoco ocurría nada. Además, la verdad es que no se me pasó por la cabeza tener un hijo por otros medios que no fueran los naturales.

—Ya hemos esperado mucho...

—Pero igual todavía puedes quedarte embarazada sin tener que recurrir a otra alternativa.

Carla calló. Pensaba en lo engañado que estaba al creer que no podía quedarse encinta naturalmente, cuando la realidad era que llevaba en su interior un dispositivo intrauterino que impedía la fecundación. Él, por el contrario, creyó notar en su silencio la decepción de quien ha tirado la toalla. De quien ha llegado a una conclusión a partir de evidencias innegables. Tras un rato durante el cual el único sonido era el del movimiento del agua en la bañera, Carla fue taxativa:

—Es hora de que tomemos una decisión —anunció mientras moldeaba formas caprichosas con la espuma—. Si dejamos pasar más tiempo, será demasiado tarde.

—Bueno, hay mujeres que se someten al procedimiento bien entradas en la cuarentena.

Román se resistía a participar en una aventura que rechazaba sin saber muy bien por qué.

—Pero entonces todo se complica más. Cuanto más tiempo pase las posibilidades de conseguirlo bajan exponencialmente —le rebatió ella.

—Lo sé...

—Llegados a este punto tenemos que ser prácticos. Es el momento idóneo y esta es la fórmula más adecuada. Créeme —afirmó la clon sin ambages.

—No quiero que corras ningún riesgo.

—¿Qué dices? Si el método carece de peligro —dijo ella, aligerando la situación.

Él reaccionó con la soltura con la que se maneja un proyecto estudiado desde diferentes prismas. Analizando las circunstancias y asumiendo la necesidad de dar un paso al frente y escoger la decisión más conveniente, aunque no fuera su preferida, con el objetivo de llevarlo a cabo. Del mismo modo que tenía registrado cómo actuar en los negocios.

—De acuerdo —accedió, resignado.

—Somos afortunados. Tenemos a nuestra disposición los mejores especialistas en la materia y todo lo necesario para abordar el tratamiento con seguridad. Y eso ayuda, ¿no crees?

—Bueno... depende. Ya sabes: en casa de herrero...

Carla se giró y besó en la boca a Román larga y tórridamente. Sin dejarle terminar la frase. Dando paso a otra dimensión mucho más placentera. Mucho más íntima. No quería seguir tratando el tema. Le sobraban las palabras y necesitaba fundirse con él. Percibirlo con todos sus sentidos. Con los ojos entornados. Sin querer mirarlo. Solo notarlo dentro de ella. Con la agradable mezcla del olor de su cuerpo y el aroma de las sales de baño. Con su característico modo de acariciarla. Con su forma de perderse en su interior. Sin pensar. Como un animal que sigue sus instintos. Disfrutando de la que sería la última vez que haría el amor con él hasta que, al menos, el procedimiento al que se iba a someter hubiera finalizado.

Necesitaba mentalizarse de que nada se había perdido. De que todo seguía igual tras esa separación de treinta días que los había mantenido alejados a tantos kilómetros de distancia. De que su estancia en aquella remota isla africana no fue más que un paréntesis en su convivencia. De que nada había cambiado tras ese viaje que, a decir verdad, los había separado mucho más de lo que ella quería aceptar.

Ubicuidad

Desde la acera, el joven observaba a su jefa esperar en el interior del vehículo a que el semáforo le indicara poder continuar su camino. La veía seguir con la cabeza los compases de un tema musical que él probablemente habría identificado de no haber sido porque las ventanillas subidas le imposibilitaban escucharlo. Disfrutaba con la dulce sensación de impunidad de quien observa sin ser visto.

David Lambert sabía mucho más de Clara Ulman de lo que ella pudiera sospechar. Al menos eso era lo que pensaba mientras la veía alejarse por la avenida en su pequeño híbrido hasta perderse en el horizonte. Como si tenerla presente a todas horas en su imaginación le abriese las puertas de su universo. Como si pudiera visitar la trastienda de su vida ahondando en los diálogos estrictamente profesionales y llenos de conceptos repetidos que con ella mantenía. Esos intercambios de información y su presencia eran lo único con lo que contaba, así que no le quedaba más remedio que apañarse.

Había surgido una atracción que iba más allá de la simple admiración. No se podría decir que se tratase de un impulso sexual o erótico: la tenía situada en un pedestal demasiado elevado como para plantearse siquiera una fantasía de ese tipo. No en vano, durante los episodios ficticios que imaginaba con ella, le seguía hablando de usted y Ulman se dirigía a él con aquel aire tan competente que la caracterizaba. Ni una fisura en ese sentido. No se trataba de un enamoramiento platónico. Tampoco era eso. Ella se había convertido en una especie de oráculo. Antes de iniciar cualquier acción, David había creado el hábito de preguntarse si Clara Ulman consideraría

correcto lo que se disponía a hacer o si sería de su agrado. Lo que más le satisfacía era provocar la complacida sonrisa de su jefa acompañada de un leve gesto de afirmación cuando él sacaba adelante algo complicado. Si Lambert en ese momento se encontraba en horas bajas, dicha aprobación le proporcionaba una confianza, una arrogancia cordial, que confirmaba su posición de mano derecha o, cuando menos, de niño mimado de la investigadora estrella de la compañía.

Esa costumbre no se limitaba al ámbito profesional, sino que se extendía al privado. ¿Le agradarían sus amigos? ¿Contarían con su visto bueno las chicas que a él le gustaban? ¿Le emocionaría como a él la película que había visto? ¿Cómo calificaría el vino que le sirvieron en el restaurante? Había incorporado con naturalidad esos pensamientos. La doctora Ulman, Clara para los afortunados, le acompañaba virtualmente en ellos a modo de Pepito Grillo con el fin de orientarlo en la correcta toma de decisiones. Una especie de gurú con bata blanca y encanto indiscutible.

Un día más, se disponía a reiniciar su jornada laboral tras el almuerzo sin resignarse a olvidar el proyecto que le envió. Temía que se hubiese perdido en el magma burocrático de solicitudes o sencillamente que ella lo hubiera desechado basándose en razones que ni siquiera se había tomado la molestia de explicar. Cualquiera de las posibilidades era mala, pero la segunda era peor. Cuando se la representaba ante la pantalla del ordenador arrastrando el archivo con el ratón hasta la papelera, le invadía un desánimo que le quitaba las ganas de todo. Estuvo varias veces a punto de preguntarle, pero volver a meter la pata se lo impedía. Y cuando se mentalizó por fin a hacerlo, ella emprendió sus vacaciones. Pero ya había llegado la hora de quitarse esa espinita. No quería quedarse con la duda. Aunque la doctora ya hacía tiempo que había regresado y se había reincorporado a su puesto, prefería dar un margen de unos días más para asegurarse de que había terminado de ponerse al corriente con los asuntos pendientes. Entonces estaría atento para pillarla en un buen momento, ya más relajada. Todavía le ponía de mal humor lo inoportuno que fue al planteárselo justo cuando llegó la prohibición de seguir con el experimento del cerebro. Le torturaba pensar que, si hubiera esperado a que las aguas volvieran a su cauce, la habría tenido con una predisposición que ni por asomo era posible aquel día. El ansia le

pudo. Y la falta de estrategia... *Tant pis...* Tenía razón su padre: la paciencia y saber estructurar las acciones son las claves del éxito.

—¿Pasa algo, David?

El desconcierto de Lambert fue tan palpable que Ulman tuvo forzosamente que reparar en su modo de proceder cuando se paró ante ella de golpe. Sobresaltado. Reaccionando con exageración ante una situación ordinaria. Como quien tiene que comunicar una mala noticia y no sabe por dónde empezar.

¿Cómo era posible que ella estuviera allí si acababa de ver cómo se alejaba dentro de su coche mientras él esperaba a cruzar la calle? Y de eso no hacía más de cinco minutos, el tiempo que él tardó en entrar en el edificio y coger el ascensor. Se trataba de su vehículo. Ese modelo no era habitual y mucho menos el color berenjena de la carrocería. Inconfundible. Clara lo conducía e iba sin compañía. Era ella, no cabía duda. Lambert incluso tuvo tiempo suficiente para observar que llevaba la camisa de seda verde manzana que tanto le llamó la atención cuando se la vio puesta por primera vez. Era una prenda cara, exclusiva. Nada de esas baratijas que se encuentran en una de las cadenas de ropa que inundan cualquier centro comercial. Ella no vestía como sus amigas... *Apostaría a que nunca ha pisado una de esas grandes superficies y si alguna vez lo ha hecho, seguro que fue hace tanto tiempo que ni siquiera lo recuerda...*

Sin embargo ahora aparecía frente a él, con la bata puesta y una camiseta azul oscuro que asomaba por debajo. Con aspecto de llevar horas en el edificio y a punto de entrar en el laboratorio general.

—Eh... no, no. Solo que no esperaba encontrarme con usted... quiero decir, que pensaba que no había llegado todavía —contestó titubeante.

—¿Algún problema en la unidad? —preguntó, más pendiente del dossier que estaba hojeando que de la respuesta de David.

—En absoluto. Eso sí, mucho movimiento: cada vez más solicitudes de criopreservación de embriones. Así que, muy bien.

De repente, Clara dejó de pasar las páginas. Levantó la vista del documento y fijó la mirada sobre él durante más tiempo del razonable. Sin observarle. Del modo que se hace cuando se mira sin ver, señal inequívoca de que se está pensando en otra cosa. Sin cruzar palabra, pasó por delante de su

colaborador y se adentró en la sala. David se quedó petrificado. Como un pasmarote. Paralizado. Como un ordenador que se queda colgado tras introducir de golpe demasiada información. Miró hacia un lado y hacia el opuesto. Sin objetivo alguno. En un gesto automático comenzó a morderse la uña del dedo pulgar derecho. Intentado recordar lo que se disponía a hacer antes de toparse con la mujer omnipresente en sus pensamientos. La mujer poseedora del don de la ubicuidad.

La clon estacionó su vehículo justo delante de la clínica Infansalus. Cualquiera habría dicho que esa plaza estaba reservada para ella, pues era el único hueco que había en toda la calle. Probablemente se debía a que era un sitio demasiado pequeño para un coche de dimensiones más grandes que las de su híbrido, pero ella prefirió pensar que era cosa del destino. La señal que le estaba indicando un buen augurio.

Antes de salir, Carla se miró en el espejo retrovisor y decidió retocarse los labios con un *gloss* de color. Tuvo que rebañar los bordes del botecito con el dedo meñique pues apenas quedaba... *Hoy mismo compraré dos más...* Le gustaba tener siempre uno de repuesto. Sus labios, demasiado secos, se le agrietaban con facilidad, y quedarse sin hidratación le causaba tanta incomodidad que le afectaba al humor. Al tiempo que se daba pequeños toquitos para que el producto penetrase en la piel, su rostro le recordó a alguien. La fisonomía que reflejaba el espejo era la de otra mujer... *Cada vez me parezco más a María, es increíble... María...* Pero... ¿quién era María? Nombraba de modo automático a esa persona que aparecía ante sus ojos con la familiaridad de conocerla íntimamente, pero sin relacionarla con su vida. Tuvo que hacer una retrospectiva en su historia hasta conseguir identificarla... *Mi madre...* Una oleada de nostalgia la invadió. Cayó en la cuenta de que *su* progenitora murió casi a la misma edad que la que ella tenía ahora. Apenas tenía dos años más cuando se suicidó. Volvió a forzar su memoria para ahora rescatar momentos vividos a su lado, pero nada aparecía en su mente. Solo le venía un destello, siempre el mismo. Le angustiaba no tener la certeza de si en verdad la estaba rememorando, o si aquellos rasgos

aparecidos en el retrovisor se los habría adjudicado a *su* madre en una especie de ejercicio de ilusionismo.

Gracias al reloj digital del coche, que le indicaba que llegaba algo tarde a la cita, esos pensamientos tan embarullados como desconcertantes pasaron a un segundo plano. Cerró con premura el vehículo y entró en el exclusivo centro sanitario. Tras subir a la consulta y esperar a que el doctor Montalbán Vega atendiera a un par de pacientes, por fin llegó su turno. Aunque ya la había recibido con anterioridad, en esta ocasión se fijó más en él que en la anterior visita. Reparó en su avanzada edad y se preguntó por qué no estaría ya jubilado. También se dio cuenta de que llevaba un peluquín que restaba algo de respetabilidad a su madurez.

—¿Su sociedad médica, por favor?

—Ninguna. Vengo a modo particular.

—Muy bien ¿En qué puedo ayudarla, señora? —preguntó, tras revisar su historial.

—Verá, no quiero seguir llevando el dispositivo intrauterino.

—¿Ha tenido un sangrado anormal, dolor, menstruación demasiado abundante o de larga duración?

—No, no, nada de eso. Lo cierto es que ni siquiera noto que lo llevo —dijo, transmitiendo satisfacción por su buen hacer—. La cuestión es que mi marido y yo queremos intentar tener descendencia.

—¡Ah! Pues en ese caso, no hay más que hablar.

El doctor realizó con eficacia y delicadeza las manipulaciones pertinentes para extraer el DIU sin apenas molestias para ella. Tras pagar en metálico la factura, Carla estaba ya preparada para abordar la aventura que Clara Ulman había pergeñado para ella.

Manos a la obra

Uno puede cambiar de opinión con facilidad si se dan las circunstancias adecuadas. O si se trata de alguien tan carente de prejuicios como lo era Clara Ulman. Ella nunca habría imaginado contemplar con simpatía la posibilidad de ser madre o, lo que era lo mismo, que Carla, la clon, lo fuera (tanto monta, monta tanto). Así pues, las células reproductoras de su doble serían las que se usarían, junto a las de Román, para llevar a cabo la fecundación *in vitro* tras desechar la idea de intentarlo por medios naturales.

Para ello, Ulman puso a Carla, su otro yo, en manos de los especialistas del área de fecundación asistida (AFAS). Este departamento dependía de la unidad de criogenización, cuyo subdirector era David Lambert. A Carla se le suministraron los medicamentos necesarios para estimular la producción ovárica. Tener como paciente a la doctora causó inevitablemente un notable revuelo en la sección, aunque ella insistió en que se la tratase como a una más de las mujeres que, cada día, depositaban sus ilusiones en esos magos de la maternidad. Carla se sometió obedientemente a ecografías, análisis de sangre y a todas las pruebas necesarias para certificar que el proceso se desarrollaba sin contratiempos.

Por fin llegó el día clave. Carla y Román llegaron poco antes de las nueve de la mañana a las instalaciones de la AFAS. Ulman, desde su laboratorio, seguía la evolución de la pareja a través de la cámara camuflada en la gargantilla de Carla.

Los ovarios de la clon estaban ya lo suficientemente estimulados para realizar la extracción de ovocitos. Aunque no requería hospitalización, Carla

se iba a exponer a una intervención quirúrgica. Ello significaba que necesitaría ser anestesiada. Se trataba de una sedación ligera. A pesar de ello, Clara, la original, no podía evitar una punzada de inquietud que le hacía moverse con nerviosismo por su despacho. Contrarrestaba su preocupación pensando que la operación duraría poco más de quince minutos y carecía de peligro. Por su parte, Román, mientras tanto, haría lo necesario para proporcionar a los especialistas una muestra de semen con el fin de completar el procedimiento posterior. Para lograr el mismo objetivo esa mujer, tan imprescindible ya en la vida de Clara Ulman como cada órgano de su ser, había tenido que sufrir un agresivo tratamiento hormonal y pasar por el quirófano, y él hacerse una simple masturbación. Dolor y placer. Dos extremos para lograr el mismo objetivo. Así era la vida.

David Lambert estaba exultante. Que el matrimonio formado por el presidente de Genotypsa y la doctora Ulman decidiese que fuera él quien dirigiera el procedimiento, demostraba una confianza que le satisfacía enormemente. Se sentía como el otro padre de la criatura o criaturas que verían la luz. Durante varios días se dedicó con mimo a dar los pasos oportunos para lograr con éxito la fecundación *in vitro*. Al final fue capaz de sacar adelante dos embriones con visos de viabilidad.

—Habría sido ideal conseguir alguno más con las condiciones óptimas. Pero en estos casos es más importante la calidad que la cantidad. Y con estos, créame, tenemos muchas probabilidades de éxito.

Observaba emocionado a la mujer que más admiraba contemplando absorta a través del microscopio esos dos proyectos de persona. Claro que él no sabía que la fascinación de Clara Ulman estaba más motivada por el origen que por el resultado. Porque lo que estaba delante de sus ojos era la prueba definitiva de que sus clones eran personas como ella misma o como Lambert. Sin ninguna particularidad que los hiciera diferentes. Tan capaces de procrear como cualquiera.

—Le insertaremos los dos. La técnica es tan poco invasiva que ni va a notar cuando se los transfiramos. Únicamente le recomendaría que tras el procedimiento disminuya durante unos días su actividad.

—No —dijo la doctora Ulman, sin levantar la vista de los embriones.

A pesar del tono delicado con el que lanzó el monosílabo, a David le sorprendió su rotundidad.

—Es una simple sugerencia. Lo que quiero decir es que puede seguir con su rutina habitual, pero más pausadamente. En cuanto a sus sesiones de ejercicio físico, a medida que vaya avanzando el embarazo yo le aconsejaría que...

—No me refería a eso. Lo que quiero decir es que no se me van a transferir los dos embriones —explicó, ya mirándolo directamente.

—Si usted y su marido temen que se produzca un embarazo múltiple, no se preocupe. De hecho, es improbable que cuajen los dos. Si dispusiéramos de más, entonces...

—Creo que no lo has entendido —dijo suave pero cortante, sin dejarle terminar la frase.

—¿Qué... qué... es lo que no he entendido, doctora? —preguntó, desconcertado.

Clara Ulman no respondió de inmediato. Se limitó a clavar sus ojos verdes en el rostro del joven, pero con el pensamiento situado lejos de él.

—Tengo que hablar contigo.

La frialdad con la que pronunció la frase heló la sangre a David Lambert.

—Usted dirá... —dijo con apenas un hilo de voz.

—No, ahora no.

Ulman consultó su reloj de pulsera.

—En mi despacho. Dentro de hora y cuarto.

A Lambert aquellos setenta y cinco minutos se le hicieron eternos. Hacía especulaciones acerca de lo que querría tratar con él. Intuyó un poso de gravedad y de oscuro secretismo tras la seriedad con la que ella le citó en sus dominios. Uno espera determinado comportamiento de la gente que le rodea, y él creía conocerla muy bien. O todo lo bien que puede llegar a conocerse a quien se tiene en la mente de forma obsesiva. Pero esta vez lo desconcertó. Debería estar ya habituado a la impredecible conducta de su jefa, pero le

impresionaba tanto cualquier cosa que hacía o decía que el nerviosismo le impedía analizar sus reacciones con una aceptable neutralidad.

Llegó puntual a la cita, como no podía ser de otra manera. Se sentó lo más erguido que pudo, esperando a que ella terminase de colocar parsimoniosamente unos archivadores en la estantería. Él mantenía la compostura venciendo la curiosidad que le corroía por dentro, soportando un silencio agitado.

Tras acomodarse en su butaca, Ulman se distrajo apuntando algo en una cuartilla. Mientras lo hacía le espetó:

—¿Ha entrado alguna vez en tus planes crear tu propio bebé?

Lambert no contestó. Se sonrojó y abrió la boca involuntariamente. Ulman levantó la vista del papel y percibió que estaba a punto de provocarse un tsunami en la mente del muchacho.

—Perdona. Me he expresado mal. No era mi intención hacer una pregunta personal. Solo tengo curiosidad por saber si cuando estabas desarrollando el feto del cordero en el útero artificial, pensaste que el ensayo podría trasladarse a seres humanos.

Un escalofrío de satisfacción recorrió el cuerpo del joven científico. ¡Se refería a su proyecto! Lo que le desconcertaba era el modo en el que hablaba de él. Como si lo hubiera leído por encima. De todas formas, el simple hecho de suscitar ese interés conllevaba un reconocimiento implícito hacia su persona. Que sus pensamientos se convirtieran en el foco de atención de ella significaba que lo tomaba más en serio de lo que últimamente aparentaba.

—¡Cómo no! Era inevitable. Siempre pensé que el experimento era un mero ensayo para lo que vendría después. De hecho, en el dossier que le envié, no sé si ha tenido tiempo de analizarlo en profundidad, proponía un paso en ese sentido: la posibilidad de realizar la maduración de fetos humanos extremadamente prematuros, de quince o dieciséis semanas. La idea es sacar adelante criaturas que son abortadas, por ejemplo, a causa de un accidente sufrido por la madre.

—¿Realmente lo consideras viable?

—Si funciona con corderos, no veo ningún impedimento para que lo haga con humanos. Somos mamíferos igual que ellos. La maduración de los órganos en el proceso de gestación es muy semejante.

Ulman giraba entre sus manos el Mont Blanc plateado con el que había estado escribiendo. Su mirada estaba tan fija en el objeto, que provocó que el investigador reparase en el elegante instrumento de escritura... *Un regalo de su marido...*

—¿Qué te parecería si lo desarrollásemos en Genotypsa? —preguntó, sin levantar la vista del bolígrafo.

—¿Mi proyecto? —preguntó esperanzado.

—Hummm... no exactamente. —El desánimo invadió al científico, aunque solo por un instante—. Algo mucho más ambicioso —matizó ella, con la mirada todavía fija en el objeto. Lambert esperaba expectante a que ella lanzase su propuesta. Intuyó que iba a hacerlo cuando estableció contacto visual con él—. La idea es saltarnos ese escalón intermedio —dijo al fin.

«La idea es saltarnos ese escalón intermedio». David tuvo que repetir mentalmente la frase para comprender el alcance de su significado.

—¿Se refiere a calcar el ensayo que hacíamos en la Fred Waterford pero con embriones humanos?

—Exacto. Partir de la fecundación *in vitro* para pasar directamente al útero artificial —resumió ella.

—¿Desarrollar por completo un ser humano prescindiendo del cuerpo de la madre? —volvió a preguntar para corroborar que lo estaba entendiendo de forma correcta.

Clara se recostó en la butaca sin apartar la vista del joven doctor.

—Al contrario de lo que la mayoría de la gente piensa, estarás de acuerdo conmigo, el proceso del embarazo y del alumbramiento tiene un componente considerablemente agresivo. ¿Por qué una mujer tiene que pasar por algo tan traumático para su organismo si podemos ahorrarle desfigurar su cuerpo y unas consecuencias psicológicas tan adversas como la depresión posparto? Las episiotomías y cesáreas deberían ser ya palabras caídas en desuso. Si la ciencia nos permite engendrar un bebé en una probeta y desarrollarlo fuera del cuerpo femenino, ¿por qué seguir haciéndolo de forma tan cruel?

«Cruel». Esa palabra retumbó en la cabeza de David Lambert. Nunca se le habría ocurrido calificar la etapa de gestación y el parto de esa manera,

pero de repente reconocía que tal y como ella lo planteaba tenía todas las características para serlo.

—Porque es el modo natural, supongo... —contestó, sin saber muy bien cuál era la respuesta que ella esperaba.

Ulman sonrió con suficiencia.

—El modo natural también es desplazarse por tierra y no paramos de viajar en avión —le rebatió—. Tener descendencia mediante la vía «natural» —continuó, destacando la última palabra— hace ya tiempo que tendría que haber sido considerado tan anacrónico como vernos obligados a cazar para comer. O tan salvaje como desollar con las manos un jabalí con el fin de confeccionar una prenda de abrigo.

El chico permanecía encastrado en la silla con las manos cruzadas sobre su regazo y sin hacer asomo de intervenir.

—¿No te has parado a analizar las razones del preocupante descenso de la natalidad? —continuó ella.

—Bueno, eso solo está ocurriendo en el mundo desarrollado —puntualizó David.

—En efecto. El único en el que los miembros del sexo femenino son lo suficientemente autónomos como para decidir al respecto. ¿Cuál crees tú que es la verdadera causa de ello?

Él se detuvo a reflexionar sobre el fondo del asunto. Clara aguardaba su respuesta con interés.

—Imagino que porque la crianza de los hijos es todavía fundamentalmente responsabilidad de la madre y requiere dedicarles unas energías que, en muchos casos, hacen casi inviable su permanencia en el mundo laboral. Eso hace que muchas de ellas vayan posponiendo la decisión y con frecuencia la abandonen definitivamente.

—Exacto, David. Esa es la clave. La abandonan porque cuando consideran que ha llegado el momento oportuno se han hecho mayores y su cuerpo ya no está en óptimas condiciones para someterlo a un embarazo. A pesar de los avances realizados en este sentido, llega una edad en la que se corre un considerable riesgo. No solo para la mujer, sino también para el bebé. Y eso pesa a la hora de dar un paso tan importante.

La investigadora hizo un elocuente gesto con las manos que sirvió como remate de su frase. Tras una pausa, siguió exponiendo su teoría:

—Es de perogrullo decir que la reproducción de la especie es vital para la supervivencia de la sociedad. Pero hay mucha gente que prefiere no darse por aludida. En esto sucede algo parecido a lo del cambio climático: es más fácil vivir con una venda en los ojos que tomar medidas. Lo que no nos damos cuenta es que cuando queremos reaccionar puede que sea demasiado tarde. —Entonces se inclinó hacia delante y continuó hablando con una vehemencia que a Lambert le sorprendió—: Y esa responsabilidad es de todos, no solamente de las mujeres. Por eso, es indispensable allanar el camino facilitando el proceso, ahora que está en nuestras manos. Si existe la posibilidad de liberarlas de esa carga, al menos en parte, permitiendo que las crías se desarrollen fuera del seno materno, ¿por qué no hacerlo?

A Lambert le llamó la atención que hablara de las mujeres en tercera persona del plural. Sin incluirse en el grupo. Con la certeza de poseer una óptica singular. Como se contempla desde la ventanilla de un avión el trazado de las calles al iniciar el descenso para aterrizar. Con la superioridad que otorga una perspectiva privilegiada.

La lógica con la que ella se permitía transgredir un pilar social tan básico como la maternidad le dejaba estupefacto. Admiraba su pensamiento crítico, su libertad intelectual. A medida que la escuchaba se identificaba con sus ideas, con la ambición del científico que ansía trascender. Sin embargo, era incapaz de evitar que la duda se le colara en los pliegues del cerebro.

—Pero... pero... ¡no nos dejarán! —dijo como un niño al que se le propone cometer una peligrosa travesura—. Nos prohibieron avanzar en la clonación de cerebros de roedores... Imagínese la que se montaría con esto...

Clara volvió a recostarse en la butaca retomando su frialdad habitual.

—Depende. Si lo planteamos, tal y como sugerías, como un modo de maduración de bebés nacidos muy prematuramente con el objetivo de que sobrevivan, entraríamos sin problema en la esfera de lo políticamente correcto.

—Eso... no sería lo que haríamos...

—¿Y qué? Lo que importa es lo que trascienda a la opinión pública, no lo que de verdad hagamos. Esto ya lo comunicaremos en su momento.

—¿Y cuándo será? —preguntó David, perplejo.

—Cuando la sociedad esté preparada para ello. Ya nos encargaremos de allanar el camino... —Lambert pensó que ese momento estaba demasiado lejos como para contemplarlo en el horizonte, pero se abstuvo de decirlo—. Vamos, David, no me creo que seas tan ingenuo como para que no te hayas planteado lo que te estoy proponiendo. Sobre todo, pudiendo disponer de la materia prima para hacerlo —aseguró con suficiencia.

Un estremecimiento le brotó desde lo más profundo. Tuvo que esforzarse para mantener su rostro a raya, imitando la gelidez de la mujer a la que había situado en un pedestal. Se esmeraba en parecer un hombre de mundo, en consonancia con el tono distendido de su interlocutora, más apropiado para un tema de puro trámite que para un plan que traspasaba los límites de la legalidad. Empezó a pensar en los cientos de embriones congelados de los que era responsable. Embriones almacenados para ser potencialmente utilizados por las parejas con el objetivo de lograr futura descendencia. Parejas que habían depositado su confianza en la unidad de criogenización de Genotypsa, seguras de mantenerlos a buen recaudo. Pensaba en los bancos de óvulos y de esperma. Pensaba en...«la materia prima».

Le habría gustado decir algo, pero se quedó en blanco. Solo era capaz de afirmar con la cabeza. La contención que se estaba esforzando en mantener fue vencida por las ganas de morderse con gula las pielecillas maltrechas de sus dedos. Estaba asustado, aunque se mentalizaba para no admitirlo. Su imaginación le llevaba tan lejos que se le erizaba el poco vello diseminado por su cuerpo lampiño. Mil preguntas se le pasaban por la cabeza, pero todas ellas le conducían por caminos lo suficientemente subversivos como para no verbalizarlas. Dentro de su cerebro se abría un agujero por el que entraba la confusión a raudales. ¿O era una coartada en la que escudarse para no tener que reconocer lo que significaba aquello?

—Si le soy sincero, creo que la posibilidad de utilizar embriones humanos para el experimento en lugar de fetos de corderos fue lo que provocó que la Fred Waterford paralizara el proyecto —comentó al fin.

—Por miedo a adentrarse en terrenos moralmente farragosos —ahondó la investigadora.

—Claro, como siempre. ¿Qué le voy a contar a usted? —dijo con un guiño cómplice, ahora ya envalentonado por la confianza que Ulman le mostraba.

—¿Te atreverías a llevar a cabo esta iniciativa?

—¿Junto a usted? —preguntó, asegurándose de compartir la responsabilidad.

—Sí, claro —respondió, dedicándole una tranquilizadora sonrisa— Más aún. Junto a mí y a mis dos pequeñas futuras personitas que con tanto mimo has sacado adelante, y que, a partir de ahora, se van a continuar formando en ese vientre artificial que tan bien conoces.

David se pasó la lengua por el interior de las mejillas para producir salivación. La boca se le estaba quedando tan seca que cada vez tenía más dificultades para hablar con normalidad... *Así que ella quiere utilizar su propia materia prima...*

—Y... y... ¿cuándo empezaríamos?

—Cuando tú consideres que es el momento adecuado. ¡Ah!, por supuesto, supondrás que es imprescindible tu absoluta discreción. Y ello se extiende también a mi marido.

Si la empresa que se disponían a emprender era arriesgada, hacerlo de espaldas al presidente de Genotypsa y padre de las potenciales criaturas hacía que se convirtiera en temeraria. No dijo nada. Su silencio fue la manera de sellar el pacto que le convertiría, a todos los efectos, en el cómplice de Clara Ulman.

Territorio insondable

El móvil sonó reiteradamente. Clara Ulman tardó tiempo en responder, pues se encontraba supervisando la formación de un fémur que Alex Jansen había desarrollado en la 3D. Comprobó en la pantalla que la llamada provenía de recepción.

—Doctora, perdone que la moleste, ¿dónde se encuentra?

—En el laboratorio general.

—Stéphane Gayet acaba de llegar. ¿Le mando allí?

—No. Que suba a mi despacho en cinco minutos. ¡Ah!, por favor, avise también al doctor Lambert.

Nada más colgar, el ritmo reposado con el que estaba actuando con Jansen se revolucionó de modo automático. Como si lo que acabara de escuchar hubiera accionado su acelerador interno.

—Perdona, Alex —se disculpó, sin dar más detalles.

El compacto Jansen siguió con la mirada a su superior hasta que desapareció de su campo visual. A continuación, continuó su cometido en solitario, ajeno a lo que Clara se disponía a realizar.

Ulman se dirigió con premura a sus estancias privadas. Sentía la excitación de enfrentarse a lo desconocido. Ansiaba tener en su poder el medio que le permitiría conquistar lo que hasta ahora había permanecido en territorio insondable.

Apenas tuvo que aguardar unos minutos. Lambert y Gayet llegaron simultáneamente. Este último arrastraba una maleta con ruedas. Clara los recibió en la puerta.

—¿Y el equipo? —preguntó al comprobar que aquel bulto era lo único que portaba.

—Todo está aquí —dijo el ingeniero, señalando el equipaje de pequeñas dimensiones—. ¿A que parece increíble?

—En definitiva, no es más que una bolsa de plástico un poco sofisticada —afirmó Lambert, bien conocedor del artilugio.

—Si me permite, *madame*...

Ulman dio paso al especialista en infraestructuras médicas hasta el interior de su laboratorio privado. Gayet se adentraba en la estancia con la soltura que le daba haber diseñado él mismo las instalaciones. Lambert y Clara lo siguieron hasta que, decidido, depositó el ligero equipaje sobre la mesa electrohidráulica. Accionó con parsimonia los cierres de la maleta y la abrió. La simpleza del artefacto que se encontraba en su interior provocó en Clara un asomo de desconfianza que la llevó a dirigir una mirada cargada de escepticismo a David Lambert. Este asintió, satisfecho, confirmando la idoneidad del producto que el ingeniero les había traído.

El equipo constaba de lo que sería una especie de saco amniótico preparado para permanecer totalmente esterilizado, con varios conductos destinados a transportar oxígeno, nutrientes y todo lo necesario para el desarrollo del feto.

—*Voilà*. Una cosa muy pequeña para realizar algo muy grande. *Magnifique*.

David y Clara se cruzaron una de esas miradas enigmáticas de quienes comparten un secreto inconcebible para el resto. Mirada que en David se transformó involuntariamente en un gesto de terror incontenible.

—Sí... —afirmó Ulman dubitativa.

—Conseguir que sobrevivan bebés que actualmente mueren sin remedio les va a hacer entrar en la Historia.

A Clara el comentario admirativo del ingeniero la emocionó. Aunque la máquina no se destinaría, al menos en principio, a lo que él creía, estaba convencida de que iba a servir, más tarde o más temprano, para mejorar la calidad de vida de la mitad de la humanidad y para, como decía Gayet, entrar en la historia, pero de una forma mucho más contundente de lo que él podía imaginar.

—¿Necesitan alguna aclaración?

—David... —dijo la doctora, pasando el testigo a su colaborador.

El subalterno revisó con cuidado la totalidad de las piezas. Parecía un niño que inspecciona el mecano que le acaba de traer Papá Noel.

—Todo perfecto, Stéphane, muchas gracias —dijo Lambert al concluir el examen.

—Le acompaño.

Clara condujo al ingeniero a la salida. Se moría de ganas de quedarse a solas con el joven David. Deseaba que le explicase cuanto antes el funcionamiento de esa especie de incubadora de última generación con aspecto de bolsa de polietileno autoadhesiva.

De cara a todo el mundo, Lambert fue el encargado de transferir los embriones al útero de la supuesta doctora Ulman, Carla para ser exactos. Tres semanas después, la investigadora comunicó a *su* marido que la ecografía había confirmado su estado de buena esperanza. A partir de entonces, el fingido embarazo transcurriría siguiendo los cauces normales. Lo que Román no sabía era que el útero artificial estaba suplantando al vientre de *su* mujer.

David estaba como pez en el agua proporcionando a su jefa detalles sobre el peculiar artilugio, ya con los dos embriones en su interior. Señalaba cada pieza del mecanismo con el dedo índice de la mano derecha, más despellejado que de costumbre. Explicaba el proceso con la pasión del escultor que realiza el milagro de moldear un trozo de materia amorfa hasta convertirla en una obra de arte.

—¿Crees que podrán desarrollarse los dos? —le interrumpió Ulman, rodeando el dispositivo para contemplar a las dos incipientes criaturas desde diferentes perspectivas.

—Aunque con los corderos lo hacíamos de uno en uno, no tiene por qué haber problema. El aparato está diseñado incluso para albergar tres embriones.

—Tal vez hubiera sido mejor criopreservar uno de ellos para recurrir en caso de necesidad. Sería un grave contratiempo quedarnos sin otra opción si falla este primer intento.

—No crea, doctora. En ese caso, tendríamos que reiniciar el proceso desde el principio. Es más sencillo de este modo. Así, si uno de ellos no consigue salir adelante, siempre quedará el otro. Tenga en cuenta que funciona de manera muy semejante a un órgano femenino tras culminar el proceso de fecundación *in vitro*. Para tener el éxito asegurado es más conveniente contar, como mínimo, con dos embriones como en este caso. Aunque lo ideal habría sido disponer de tres con la viabilidad necesaria, dadas las características tan particulares de este método. —Justo después de decir esto último, David detectó una leve mueca de preocupación en ella—: Pero, no se preocupe, estos dos tienen una calidad excepcional... teniendo en cuenta las circunstancias.

—¿A qué circunstancias te refieres? —preguntó intrigada.

David se ruborizó mientras calibraba si la respuesta iba a incomodar a su jefa. Él era sensible a lo susceptibles que son las mujeres con el tema de la edad, pero se vio obligado a responder sinceramente:

—A que no suelen ser tan buenos los que provienen de una mujer de casi cuarenta años y de un hombre ya maduro. Se diría que provienen de personas más jóvenes. Estoy convencido de que, al menos con uno, lograremos llegar hasta el final.

El comentario de Lambert no la afectó en el sentido que este suponía, sino que la llevó a pensar que se superaban todas sus expectativas. Carla y Román estaban demostrando no solo que estaban igual de capacitados en todos los aspectos que el resto de la especie humana, sino que, en cuanto a capacidad reproductiva, parecían incluso estar mejor dotados.

—Eso espero. Sería decepcionante para todos si fracasásemos —comentó impávida, como si los músculos de su cara carecieran de movilidad.

La frialdad con la que Clara encaraba la extraña situación perturbaba a Lambert más aún de lo que su mera presencia ya lo hacía. Su actitud ante ella era la misma que la de un fanático del fútbol delante de su estrella favorita. Sin quitarle ojo. Asintiendo cuando hablaba y observándola a hurtadillas cuando callaba. Por fin, David Lambert se sentía protagonista de sus sueños. Tocaba con los dedos lo que hacía poco estaba tan lejano. La ambición se había impuesto al miedo. Es más, la sensación de riesgo lo embriagaba.

El sonido del timbre rompió el silencio que acababa de surgir. Bastó con una mirada de Clara para que David se desplazase hasta el despacho. Ella lo siguió, y tras bloquear la puerta que comunicaba ambas estancias, se dirigió a atender a la visita.

Ver a *Ramón de Castro* besando a su mujer y posándole la mano delicadamente sobre el vientre puso a David muy nervioso. Como si temiera que ese gesto le permitiera descubrir que allí dentro no se encontraba lo que él creía. Como si pudiera detectar el fraude. ¿Fraude? ¿Realmente podía considerarse como tal el hecho de que su proyecto de descendencia se encontrase tan solo unos metros más allá, en la habitación contigua, para ser más exactos?

El, a todos los efectos, presidente de Genotypsa estaba tan ilusionado como un joven recién casado con la feliz perspectiva de ser padre por primera vez. Poseer una información privilegiada de la que carecía ese hombre tan poderoso provocó una insólita sensación de angustia en Lambert que, por fortuna, desapareció enseguida gracias a la afabilidad que le mostraba *De Castro*.

—¿Qué tal va todo, maestro? —le preguntó Román mientras le daba un excesivamente fuerte apretón de manos.

David sintió acumularse la sangre en las mejillas. Su mente se colapsó sin explicación alguna. Las palabras tenían dificultad para fluir desde el cerebro hasta los labios.

—Por el momento, perfectamente —respondió al fin, esforzándose por ofrecerle la mejor de sus sonrisas.

—¿Cómo que por el momento? —preguntó Román, reparando en el nerviosismo del muchacho.

—Quiero decir que todo se desarrolla con absoluta normalidad, y estoy convencido de que seguirá siendo así —asintió, más calmado y ofreciendo toda la verosimilitud de la que era capaz.

Román entonces desvió la mirada hacia Clara. Una mirada que Lambert tradujo como la de un hombre enamorado.

—¿Me permite que le robe un rato a mi mujer y me la lleve a almorzar?

—Por supuesto, señor De Castro. Ya habíamos terminado.

—Comida sana, eso sí. Tenemos que mimarla más que nunca.

—Entre los dos así lo haremos, no se preocupe.

Entonces el presidente de Genotypsa le apuntó con el dedo, con gesto amenazante.

—Eso espero. Tiene que tratar a esta señora como oro en paño, que solo tengo una.

Román festejó su propio chiste mientras estrechaba a Clara entre sus brazos. David miraba alternativamente a cada uno de los miembros del matrimonio observando cómo ambos reían con la ocurrencia.

Solían frecuentar el Vegania a la hora del almuerzo. Tras el *embarazo* de Clara, Román se esmeraba en el cuidado de su salud de forma excesiva. Ella se dejaba llevar ejerciendo su papel de mujer encinta, aunque no le entusiasmara la carta vegetariana del restaurante. La cercanía del laboratorio, a apenas tres calles, y el menú ligero que hacía más llevadero lo que quedaba de jornada hacía que el lado práctico se impusiera al interés gastronómico.

Román masticaba despacio el bocado que tenía en la boca. Con la misma solemnidad que si estuviera enfrascado en una compleja tarea. Se hallaba tan concentrado en el proceso que daba más la sensación de estar valorando una decisión clave para la buena marcha de su empresa que degustando una simple comida. Movía tranquilo los ojos de un lado a otro con gesto serio mientras sostenía el tenedor y el cuchillo a ambos lados del plato. Clara lo escrutaba, como se había acostumbrado a hacer desde su creación. Diseccionando su comportamiento y comparándolo con lo que recordaba del original para luego transcribirlo al documento celosamente guardado en su ordenador. El problema al que se enfrentaba era que el Ramón de Castro que ella conoció estaba, a su pesar, cada vez más lejano en su recuerdo. Llegados a este punto, ambos se superponían y era muy complicado desligar una personalidad de otra sin mezclarlas. La copia adquiría una preponderancia inevitable debido a su presencia constante, en detrimento de la ausencia ya prolongada del primigenio. Esa tendencia la llevaba a confundirlos, dado su idéntico aspecto físico. Y ello no era bueno para el proceso de investigación en el que se hallaba inmersa. Por eso se esmeraba cada día en transcribir minuciosamente sus impresiones en el

documento a modo de riguroso diario. De esa manera, sería más difícil que la memoria le jugase una mala pasada.

—¿No te parece que está más insípida a que otras veces? —preguntó él, refiriéndose a la ensalada de quinoa y calabaza que ambos habían elegido.

Clara miró a su alrededor y comprobó que no quedaba ni una sola mesa libre en el local.

—Quizá hoy vayan más acelerados que de costumbre.

—Sí... Yo diría que se han quedado cortos con las especias, como si hubieran puesto menos interés en prepararlo —afirmó él, después de paladear otro bocado.

—Para la cocina las prisas siempre son malas —corroboró ella.

Tras el comentario de Clara, Román comenzó a hacer disquisiciones sobre las características de cada uno de los ingredientes que componían el plato y la forma ideal de aderezarlos. A ella le chocó que él hiciera alarde de tales conocimientos, dado que no le constaba que la cocina hubiera sido una de las aficiones del auténtico De Castro. El original se limitaba a saber distinguir la buena de la mala comida sin detenerse en aquel tipo de detalles.

La verborrea era otra de las particularidades que a Román también le diferenciaba del ser del que provenía. Carecía del comedimiento y de la prudencia con los que estaba dotado el primigenio. No podría decirse que el verdadero presidente de Genotypsa fuese un hombre de pocas palabras, pero siempre estructuraba su pensamiento haciendo que su discurso se desarrollara de modo coherente y, en muchas ocasiones, apasionante. Sin embargo, Román podía pasarse hablando sin parar una buena media hora si no se le interrumpía. Cambiaba de un tema a otro con extrema facilidad. Sin filtros. Sin transiciones. A veces era complicado seguir sus disertaciones, dada la anarquía con la que articulaba su razonamiento. Todo trufado con una particular euforia que en la mayoría de las ocasiones no cuadraba con el contenido de lo que decía.

A medida que Clara lo analizaba se daba cuenta de que no había logrado la excelencia conseguida con el primer clon. Tenía la certeza de que Carla era tan perfecta como ella. Y si tenía defectos, o errores como ella prefería llamar a los fallos de comportamiento, se sentía tan identificada con ellos que la llevaba al convencimiento de haber moldeado un producto sin taras. Ni mejor

ni peor que el originario, simplemente una copia exacta, por lo menos en lo que a inteligencia se refiere. Incluso las singularidades que Carla iba adquiriendo con sus propias experiencias eran lo bastante interesantes como para que Ulman las considerara complementarias a su propia personalidad.

Román, en cambio, era distinto al grandioso Ramón de Castro, por mucho que nadie reparase en esa disparidad. Sus modales eran algo más masculinos, si se entiende como tal un modo menos refinado de comportamiento. No le cabía duda de que era más primitivo y, en consecuencia, inferior intelectualmente. Como si en el trasvase de células se hubieran amalgamado todas, menos las que dotaban al original de ese poderío carismático que le caracterizaba y que le proporcionó esa solidez de líder de la que Román carecía. La misma diferencia que hacía que ese plato de quinoa, a pesar de contar con los mismos ingredientes, fuera exquisito o mediocre dependiendo de factores inexplicables o, simplemente, de la inspiración que tuviera aquel día el cocinero.

Extraños seres

—Impresiona verlos sin el filtro de la ecografía.

—Sí. Hasta se pueden apreciar las uñas.

Hablaban en voz baja, aunque era del todo innecesario, ya que se encontraban en el laboratorio privado de la investigadora y los habitantes del útero artificial eran su única compañía. Tácitamente era el modo de corroborar los cómplices lazos que los unían.

David Lambert contemplaba aquellos seres de apenas diez centímetros de largo con multiplicada fascinación. El hecho de encontrarse sumido en algo tan inédito como aquello le provocaba un extraño entusiasmo. Entusiasmo que no se manifestaba con alegría, sino con la mesura y la prudencia de estar implicado en una trama que solo dos personas compartían. O eso era lo que él creía, al no diferenciar si estaba con Clara Ulman o con su duplicado.

Junto a él, Clara también examinaba lo que se desarrollaba ante sus ojos. La piel que recubría los fetos era tan sumamente fina que se podían ver los órganos internos y los vasos sanguíneos. Pero lo que les hacía verdaderamente humanos eran las caritas con el puente de la nariz, los ojos y los pabellones auditivos. Todo formado a la perfección.

—No se distinguen bien los genitales... —apuntó Ulman.

—Si fueran varones ya lo sabríamos. Pero no los veo bien definidos todavía. Aunque me atrevería a aventurar que se trata de dos niñas.

Lambert miró fugazmente de reojo a su jefa. Tenía curiosidad por saber el efecto que le había causado el comentario. En su media sonrisa él creyó

leer un asomo de satisfacción.

—Lo importante es que todo sigue su curso sin complicaciones — añadió.

Que los vientres de ella y de Carla siguieran tan planos como antes no preocupaba a la científica. Muchas mujeres no experimentan cambios físicos hasta bien entrado el cuarto mes de embarazo, en especial si se trata de madres primerizas. Más allá de los comentarios halagadores hacia la buena figura que seguía conservando la doctora, a nadie le extrañaba en exceso el hecho de que la futura madre siguiera tan delgada como siempre. «¡Se cuida muchísimo! Además, como tiene un torso largo hay más espacio en vertical para que lo llene el bebé», comentaba Román ofreciendo las explicaciones que Clara le había suministrado. Después, daba al interlocutor todo tipo de detalles sobre las saludables rutinas que su mujer ejecutaba con objeto de mantener su admirable físico.

No obstante, a David Lambert le empezaba a agobiar la idea de que transcurriera el tiempo y los síntomas de embarazo siguieran, como era lógico, sin manifestarse. Esa circunstancia que ahora todo el mundo contemplaba como una anécdota en pocas semanas podría empezar a causar verdadera perplejidad.

In extremis

—¿No puede ir por otra ruta, Teo?

El conductor consultó el GPS por enésima vez para comprobar si le ofrecía un camino alternativo y de ese modo acortar el tiempo de llegada a la sede de Genotypsa.

—Lo siento, señor. Es hora punta. Además, la tormenta no mejora precisamente la cosa... —respondió, habituado a situaciones semejantes.

Constató el creciente nerviosismo de su jefe a través del espejo retrovisor. Román se removía inquieto en el asiento trasero. Teo habría dado cualquier cosa por poder pulsar una tecla y transformar el potente vehículo en un aeroplano. Salvar la maraña de coches que taponaban la avenida habría sido en ese momento su mayor anhelo. No sabía qué le incomodaba más, si el colapso circulatorio o ver a *De Castro* consultar reiteradamente su reloj de pulsera... *Como si eso sirviera para algo...* Apenas avanzaban unos metros se veía obligado a pisar el freno.

Después de pasar diez minutos parados casi en el mismo sitio, Román, sin cruzar palabra con él, abrió la portezuela y salió disparado con la intención de emprender el camino a pie.

—¡Señor, se olvida el...!

El sonido que provocaba la lluvia torrencial al caer sobre el asfalto impidió al presidente de Genotypsa oír el grito de su conductor, quien había descendido del vehículo agitando el paraguas. Al constatar que ya se encontraba demasiado lejos para escucharle, Teo se encogió de hombros y volvió a introducirse en el coche. Dejó cuidadosamente el paraguas en el

suelo del asiento del copiloto e interrumpió el aria de María Callas que sonaba en el equipo de música. Luego, se aflojó un poco la corbata y sintonizó la radio para seguir el partido de fútbol que disputaba su equipo favorito. A partir de entonces, soportó el atasco mucho más tranquilo.

—¿Qué ha sucedido?

Román no era consciente del lamentable aspecto que presentaba. Desaliñado y moviéndose nervioso, en lugar del presidente de una importante multinacional parecía un pobre funcionario sacado de una película de Billy Wilder. La respiración entrecortada, que apenas le permitía articular las palabras, delataba una ansiedad que contrastaba con la serenidad reinante en el laboratorio privado de Clara Ulman. No obstante, se suponía que allí acababa de ocurrir un traumático suceso. Las tornas cambiadas proporcionaban un singular ambiente, más propio de una puesta en escena poco trabajada que del resultante de una contingencia inesperada.

—Estás poniendo todo perdido.

Ulman, tumbada en el sofá de su despacho, veía los goterones que escurrían de la indumentaria de Román. Este, que hasta ese instante apenas había reparado en que su trinchera estaba chorreando, empezó a desabrochársela. David, situándose tras él, diligentemente le ayudó a desprenderse de la prenda.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Román, inquieto, a *su* mujer.

—Sí. Un poco molesta, pero nada más.

—Ha sido todo muy repentino —intervino David.

Lambert se disponía a iniciar el relato de lo ocurrido mientras colgaba en el gancho de la puerta la elegante gabardina color camel. Previamente se había preparado para ejercer con solvencia su coyuntural cometido actoral. Incluso había ensayado «el texto» delante del espejo del cuarto de baño.

—Nos... nos... nos ha pillado...

Clara le interrumpió al ver que comenzaba a tartamudear.

—He notado que sangraba un poco. A continuación, han llegado las contracciones...

—¿Qué es lo que lo ha provocado? —preguntó Román.

Ulman dirigió una mirada a Lambert instándole a intervenir, pero al constatar que no arrancaba decidió detallar ella misma lo acontecido.

—No sabemos. Lo bueno ha sido que ha pasado aquí mismo y David ha podido venir enseguida —respondió, señalando a su subalterno.

—Pero si todo iba fenomenal... No lo entiendo —comentó Román.

—Es relativamente frecuente que suceda, sobre todo, en madres primerizas —matizó Clara con aplomo—. Por suerte, las niñas mostraban signos vitales.

—Casi imperceptibles, esa es la verdad —medió al fin el joven doctor—. Pero la cuestión fue que... al tener... al tener la posibilidad de habilitar el dispositivo, pues... he... he... considerado...

—Ha sido él a quien se le ha ocurrido *in extremis* que podríamos intentar salvarlas introduciéndolas en el útero artificial —remató Ulman.

El científico asentía con la cabeza agradeciendo para sus adentros que ella resumiera la cuestión. La presencia del padre de las criaturas le impresionaba demasiado como para seguir articulando su discurso de manera coherente. Por suerte, el supuesto inesperado episodio podía justificar su desasosegado comportamiento.

—Pero si nunca se ha utilizado para humanos... —comentó Román, abrumado por la acumulación de información.

—Era la única opción. Con apenas diecisiete semanas de gestación habría sido inviable que permanecieran con vida —aseguró al fin Lambert, ya más calmado.

—Además, lo habíamos habilitado justo para casos como este. El azar ha hecho que nos tocase ser los primeros —añadió Clara, asumiendo lo imponderable de la situación.

Román, en silencio, hacía esfuerzos por asimilar lo que le estaban transmitiendo. Se pasaba las manos por la cabeza peinando hacia atrás su pelo mojado en un característico ademán. Observándolo, a Clara le vino una imagen de su verdadero marido durante la última noche de su vida. Le recordaba sentado en el mismo sofá en el que ella estaba ahora tumbada, haciendo el mismo gesto que acababa de ver en su duplicado. A Ulman esa repentina incursión en el túnel del tiempo le provocó una desagradable sensación en el estómago.

—Entonces... ¿Ya es seguro que son niñas? —preguntó Román, reparando en el anterior comentario de Clara.

—Sí. No hay duda. Dos niñas —certificó el doctor.

—¿Hay esperanzas de que sobrevivan?

—Es todavía demasiado pronto para saberlo, pero, de momento, parece que resisten —respondió Lambert tras una pausa.

—¿Puedo verlas?

David lanzó una mirada de interrogación a Clara quien, contrastando su calma con la agitación de los dos hombres, afirmó con la cabeza. Entonces Lambert guio a Román al interior del laboratorio. Antes de franquear el acceso, este último se paró en seco.

—¿Tengo que ponerme mascarilla y guantes?

—No es necesario. El dispositivo está totalmente aislado —respondió el científico—. Aunque ya que lo dice, sería bueno que se quitase los zapatos y se pusiera esto. Más que nada por su comodidad.

David le ofreció unas calzas de plástico al comprobar las huellas que estaban dejando en el suelo los mocasines mojados. Román, ansioso por contemplar el fruto de su semilla, se sentó en el sofá a los pies de Clara. Se quitó los zapatos y posteriormente los calcetines, tras notar que estaban empapados, para después ajustarse las prendas esterilizadas. Después de acariciar con cariño la mejilla de Clara, se encaminó presto hacia la otra habitación. Lambert lo esperaba junto al saco amniótico que contenía a las criaturas.

—¡Se están moviendo! —exclamó el padre, tras permanecer extasiado ante la peculiar bolsa de plástico.

—Es muy buena señal. Se comportan como si estuvieran en el interior del vientre materno. ¿Ve esas mínimas contracciones en las extremidades?

—Sí. ¡Es increíble! —comentó Román fascinado.

—En circunstancias normales, su esposa las percibiría en el abdomen como si fueran pataditas.

—¡Es increíble! —repitió Román, hipnotizado ante lo que estaba contemplando.

—Hemos tenido mucha suerte —aseguró David.

El duplicado de Ramón de Castro empezó a girar en torno al dispositivo en el que se encontraban sus dos hijas. Se fijaba en cada detalle con curiosidad creciente. Era tal el cúmulo de sensaciones contrapuestas que no sabía si alegrarse o preocuparse, si encariñarse, o simplemente mentalizarse de que aquello se trataba de una débil llama de vida a punto de extinguirse.

—¿Van a seguir aquí a partir de ahora? —se interesó el padre de las criaturas.

—Sí, claro. Hasta que estén formadas por completo.

—Me refiero a si el dispositivo permanecerá todo el tiempo en el laboratorio de mi mujer.

—No. La doctora Ulman y yo hemos considerado que lo mejor será habilitar un espacio específico en el laboratorio general. De ese modo, sus hijas estarán bajo vigilancia permanentemente. Así se podrá reaccionar de inmediato si surge algún imprevisto —respondió Lambert.

—¿Cree que podrán desarrollarse con normalidad? —preguntó Román, preocupado.

«Desarrollarse con normalidad». Clara Ulman escuchaba desde la otra estancia la conversación. Se recreaba en lo curiosas que resultaban estas tres palabras viniendo del clon que ella había creado en ese mismo laboratorio.

Un enigma en la distancia

LOGRAN POR PRIMERA VEZ LA SUPERVIVENCIA DE DOS BEBÉS EXTREMADAMENTE PREMATUROS GRACIAS A UN ÚTERO ARTIFICIAL

La noticia toma mayor relevancia por la identidad de los protagonistas. Se da la circunstancia de que los padres de las criaturas son Ramón de Castro, presidente de la multinacional biofarmacéutica Genotypsa, y su esposa, la controvertida científica Clara Ulman. Esta investigadora se hizo célebre por sus avances en distintas disciplinas, pero fundamentalmente por la creación de órganos humanos para trasplantes mediante impresoras tridimensionales. Asimismo, creó polémica con un ensayo clínico a través del cual clonó un cerebro de roedor para trasplantarlo a otro ratón receptor.

La señora de De Castro, tras sentirse indispuesta al comenzar el quinto mes de gestación, requirió la asistencia de su colaborador, el doctor David Lambert, quien estaba en proceso de desarrollar un útero artificial adaptado para bebés nacidos muy prematuramente. Tras comprobar que la mujer empezaba a perder sangre y notaba las características contracciones, decidió provocar el parto para continuar la formación de las criaturas en el dispositivo y de ese modo intentar salvarlas.

El doctor Lambert ya había formado parte de un equipo de investigadores que, con la misma técnica, consiguieron la maduración de fetos de corderos muy inmaduros hasta el momento de su nacimiento sin que presentaran complicaciones posteriores.

Aunque se considera que existen pocas probabilidades de que las pequeñas mellizas evolucionen satisfactoriamente, lo cierto es que ya llevan nueve días en el interior del artilugio sin presentar síntomas preocupantes. El hecho ha causado estupefacción dentro de la comunidad científica ya que, si los bebés lograsen superar el trance, sería el primer caso en el que un feto consigue sobrevivir fuera del seno materno después de un embarazo de tan solo diecisiete semanas, muy por debajo de lo que se denomina límite de viabilidad, que los expertos sitúan algo más allá de las veintidós semanas de gestación.

Doris Kininmott remataba su almuerzo con una infusión de hierbas en la cafetería del Palmer Manning Hospital. Se había sentado en una mesa situada junto a la ventana para contemplar la copiosa lluvia cayendo sobre el asfalto. Leía la página que encabezaba la sección de ciencia del periódico mientras disfrutaba de la agradable sensación del líquido caliente pasándole por la garganta. Recordaba a Clara, tal y como hacía frecuentemente. Esta vez sorprendida por el episodio que estaba dando la vuelta al mundo. Desconocía que su pupila estuviera embarazada. Como ignoraba todo lo relacionado con su vida a partir del día que le abrió las puertas de su laboratorio y le mostró lo que había dejado de ser una quimera. Le entristecía tener que enterarse a través de la prensa del devenir de quien había sido una colaboradora tan brillante. Una discípula que no solo había demostrado estar a su altura, sino que se había atrevido a volar más lejos. Tanto como para que le diera vértigo compartir su aventura. Lo cierto era que Clara era la hija que le habría gustado tener.

Pensaba Doris en lo ilusorio que es todo. Hasta lo que parece poseer una solidez a prueba de bombas puede esfumarse sin dejar rastro, convirtiendo a alguien fundamental en una presencia difusa en la lejanía. A veces se sentía tentada a retomar el contacto, sin embargo algo se lo impedía. Una barrera invisible las había separado. Kininmott no deseaba ser cómplice de lo que consideraba inmoral, y Clara lo sabía. Saber hasta dónde había llevado su pupila aquel experimento y las consecuencias derivadas del mismo, la asustaba. Porque, conociéndola, si de algo estaba convencida era de que no se había quedado en el punto donde la dejó. Eso no significaba que fuera una inconsciente. Conocía perfectamente lo que se jugaba. Pero Clara caminaba con seguridad por la cuerda floja. El riesgo le servía de acicate para sumergirse más y más en las profundidades con el objetivo de llegar hasta donde nadie lo había hecho. Aquello, Doris lo sabía, no era más que el principio de un devenir de acontecimientos bien planificados. Y estar al día de los detalles de esa aventura insólita le haría partícipe de un hecho que rechazaba. Tal vez porque, como le apuntó Clara en aquel momento, había sido ella, la propia Doris Kininmott, quien había puesto los pilares para hacer posible que esa monstruosidad se hiciera realidad. Por eso, en lo más profundo de su ser albergaba un sentimiento de culpabilidad inevitable. Y

aunque la curiosidad era grande, no podía negarlo, sus principios la conducían a continuar manteniendo ese silencio que, por otra parte, lamentaba.

Volvió a leer la noticia. Al finalizar recordó que no había terminado la infusión. Se acercó la taza a los labios y dio un sorbo a la tisana. Tras comprobar que se había quedado fría, la retiró hacia el fondo de la mesa. Cogió una servilleta de papel y se limpió la boca. Mientras realizaba ese gesto cotidiano, pensaba en lo poco que le gustaría a Clara verse reflejada como «la señora de De Castro», tal y como se referían a ella en un punto de la reseña. Además de en esa cuestión anecdótica, reparó en que algo no cuadraba en lo que acababa de leer. Dobló el periódico para hacerlo más manejable y se dispuso a analizar con detenimiento el artículo, ilustrado con dos fotografías.

Solo tuvo que repasarlo una vez para saber dónde rechinaba: lo que en la crónica se definía como parto era en realidad un aborto espontáneo, dado el poco tiempo de maduración de los fetos. Describía el mecanismo natural de reacción del organismo ante un problema, normalmente genético, que habría provocado la inviabilidad de las criaturas. No tenía que dar muchas vueltas para saber que, si el suceso se había desarrollado tal y como estaba narrado, por fuerza habrían sido extraídas sin vida del cuerpo de la madre. Otra posibilidad se le antojaba inverosímil. Por tanto, carecía de sentido continuar el proceso en el útero artificial. Por muy sofisticado que fuera el dispositivo no era posible seguir gestando algo que estaba ya muerto.

Alguna pieza en ese rompecabezas no encajaba. Parecía obvio que el diario se limitaba a recoger la versión que había ofrecido el laboratorio sin plantearse, como solía ser habitual, análisis alguno al respecto... *Una sociedad basada en la ciencia y en la tecnología pero que nadie entiende sus fundamentos. La peligrosa combinación del poder y la ignorancia...* Doris negó con la cabeza en un gesto inconsciente mientras hacía esa reflexión. La inmensa mayoría de los lectores asimilan lo ofrecido por los noticieros sin detenerse a leer entre líneas. Pero Doris se había acostumbrado a incorporar el escepticismo a su pensamiento de modo automático, lo que hacía que le saltara una alarma cuando existía alguna discrepancia entre su conocimiento y la información recibida.

A continuación, se detuvo ante las imágenes que acompañaban la primicia. Eran dos fotografías de distinto tamaño. La pequeña, un primer plano de David Lambert, con más apariencia de bisoño estudiante que de experimentado especialista. La ingenua sonrisa de dientes separados y el flequillo rubio que le caía desordenadamente sobre los ojos contribuían a imprimirle esa frescura de meritorio. La que ocupaba mayor protagonismo recogía a De Castro y a Clara. Presumiblemente se trataba de una instantánea tomada en la sala de reuniones del consejo de administración. Al fondo, una gran cristalera. Clara, sentada, cruzaba las manos sobre la mesa. Llevaba abierta la característica bata, lo que permitía apreciar por debajo una vaporosa blusa rosa pálido. Él, de pie tras ella, vestía un traje oscuro de impecable corte, con una elegante corbata de tonos vivos y un pañuelo que asomaba discretamente del bolsillo superior de la americana y le proporcionaba un toque *chic*. Apoyaba las manos sobre los hombros de su esposa. Ambos posaban para la cámara. Era evidente que se trataba de una imagen promocional de Genotypsa, seguro sacada de la *web* de la empresa. Clara lucía tan hermosa como siempre. Con su brillante melena y sus ojos verdes enmarcados por unas cejas cuidadosamente delineadas. Le llamaron la atención sus pendientes, más grandes de lo que recordaba que solía llevar, también algo en su expresión que no reconocía. Al contrario que Ramón, ella no miraba de frente. No podría decirse que su vista rehuyese el objetivo. No era eso. La sensación era como si su punto de atención estuviera situado más allá del mismo, traspasándolo. Como si estuviera contemplando impunemente lo que se desarrollaba a espaldas del espectador. Se diría que ya había juzgado la debilidad de quien la estaba mirando y, partiendo de la vanidad que le otorgaba la conciencia de su superioridad, convertía a ese impersonal interlocutor, que ahora era la propia Doris, en invisible.

Entonces se preguntó si aquel enigmático rostro pertenecería realmente a Clara Ulman... Doris Kininmott nunca lo sabría. Como probablemente tampoco llegaría a conocer la verdad que se hallaba tras el artículo que acababa de leer.

Carencias, dudas y certezas

El terremoto que se estaba desencadenando en el alma de Carla comenzó como una ligera brisa apenas perceptible que fue aumentando su intensidad hasta devenir en un vendaval. Los recuerdos le empezaban a causar una incómoda desazón. Aunque para ser más precisos deberíamos hablar de la ausencia de recuerdos. Con el transcurso del tiempo los posos del pasado de Clara Ulman, impresos en su alma desde que tomó conciencia de su corporeidad, se fueron haciendo más y más difusos

Al principio la nitidez se enturbiaba de modo casi imperceptible, del mismo modo que la presbicia hace acto de presencia. Tan sutilmente como cuando ese trastorno visual comienza a manifestarse: las letras se van difuminando hasta que, de la noche a la mañana, los ojos no consiguen enfocar y leer sin gafas se convierte en una aventura imposible. De modo semejante, Carla fue dándose cuenta de las lagunas que poco a poco surgían en su interior: un pequeño detalle que se le escapaba, pero que sin el cual perdía la gracia aquella peripecia vivida en la juventud... las bromas que gastaba con *su* compañera de pupitre y que tanto le habían hecho reír, agujeros en el hilo narrativo de una anécdota que antes recordaba con pelos y señales... Consistía en ese tipo de cosas. No se trataba de elementos fundamentales porque solo afectaban a la forma del relato. La cuestión era que seguía viendo lo esencial, pero se le escapaba lo periférico. La diferencia con el trastorno degenerativo de la vista estribaba en que la neblina no solo hacía más borrosos los rostros, los fragmentos, o los decorados de *su* vida, sino también, y esto era lo más preocupante, las emociones. La pena, la

felicidad, el amor, la nostalgia, la amargura de lo perdido o la sonrisa que provoca una evocación de la infancia se estaban quedando en conceptos que no derivaban en estados anímicos sino en meras palabras cuyo contenido era puramente teórico. Sin carga sentimental alguna. Hasta *su* adorada hermana Alba, imprescindible en *su* biografía, se había transformado en una más de las insulsas páginas que recogían *su* historia. La estructura afectiva de *su* existencia había mutado en una simple recopilación de referencias. Se miraba en el interior del alma y no encontraba nada que la conmoviera. Parecía hueca. Sin saber cómo ni por qué estaba siendo despojada de su bien máspreciado. Esa repentina «enfermedad» le producía una impotencia que la desesperaba, porque para los ojos del espíritu no existía gafa alguna.

A veces podía rememorar la consecuencia sensitiva de algún recuerdo ejercitando la concentración. Para ello se sentaba en una silla de respaldo recto y respiraba hondo varias veces. A continuación, apoyaba los codos sobre la mesa, se presionaba las sienes con los dedos y cerraba los ojos con fuerza. Y si eso no le daba resultado, se mordía el interior de las mejillas hasta hacerlas sangrar. Necesitaba experimentar algo más que un frío pensamiento, aunque eso se tradujera en padecimiento físico. Frecuentemente sus intentos se atoraban como neumáticos revolviendo el barro en un profundo lodazal. Por mucho que forzara la máquina le era imposible avanzar. Hacerse daño era un modo de enfrentarse a la impasibilidad, de volver a apoderarse de esa díscola parte que hasta entonces le había pertenecido tanto como cualquier otro órgano de su ser. Percibir como ajena esa porción tan íntima de *su* existencia la torturaba.

En otras ocasiones, la clon procuraba recrear el ambiente de lo vivido utilizando elementos asociados, como una canción relacionada, un olor o, incluso, reproduciendo una determinada ambientación a base de velas para obtener una luz semejante a la que permanecía impresa en su memoria. Era su peculiar búsqueda de la magdalena de Proust. Con esos recursos hallaba la píldora que curaba momentáneamente la dolencia que tanto la exasperaba. Recurrir a esa táctica a veces, solo a veces, la calmaba. El problema era que el esfuerzo que dedicaba a ello resultaba agotador. No digamos cuando toda esa puesta en escena acababa en pura frustración. Aun cuando lograba despertar sus sentidos, era un desmesurado precio a pagar por algo que

debería ser tan instintivo como caminar o respirar. Si las piernas le obedecían llevándola exactamente al lugar donde quería ir, los pulmones oxigenaban su organismo y la piel reaccionaba a los estímulos externos, ¿por qué era incapaz de derramar una lágrima o de reír a carcajadas? Ese etéreo pedazo de sí misma se le sublevaba de manera inexplicable.

No se trataba de que estuviera perdiendo condiciones. Al contrario, físicamente se encontraba mejor que nunca y sus capacidades intelectuales permanecían intactos. La falta de retentiva se limitaba básicamente a *su* historia emocional. La desaparición de referencias en ese aspecto hacía que su estructura interna se volviera de corcho, como si una suerte de anestesia la fuera despojando de todas las sensaciones, sin discriminar las que le proporcionaban dolor o placer. Desde luego, si hubiera podido elegir, habría preferido ver mermadas sus facultades físicas o de conocimiento: la buena forma se obtiene con el ejercicio y los datos se pueden recuperar mediante el estudio. Pero, ¿qué hay que hacer para conmoverse? Ser incapaz de lograrlo le ocasionaba una sutil repulsión. ¿Acaso podía respetarse si se estaba quedando sin resquicio de humanidad? Porque la corporeidad vacía es lo más parecido a un despojo. Eso era ella, una víctima de la rapiña a la que los buitres le han desgarrado el interior a picotazos. Se sentía como una mujer violada que no se atreve a mirarse al espejo, avergonzada de sí misma. Pagando las consecuencias de una acción de la que ella, y solo ella, era la única damnificada.

Nunca hasta el momento se había planteado su duplicidad. Ni siquiera se había detenido a pensar que el resto de las personas eran distintas a ella. Sin embargo lo eran. Poseían unas características singulares que las hacían exclusivas. Hombres y mujeres que habían ido moldeando su personalidad a través de sus propias experiencias. Bien es cierto que todos habían nacido con unos genes determinados imposibles de cambiar, pero poseían la capacidad de construir o destruir todo lo demás. Gentes que se hacen a sí mismas, o, si delegan, es por propia voluntad. Bebés que pasan a ser niños, luego a jóvenes y, al final, al llegar a la época adulta, después de transitar por las diversas fases, han elaborado su particular manera de relacionarse con el mundo. A ellos les permitieron escoger la pintura con la que colorear el lienzo en blanco que eran. Todo lo que el resto de los mortales había ido adquiriendo poco a

poco, ella lo había heredado de golpe. Había llegado a este mundo cargada con una mochila repleta. Dependiendo del prisma con el que se mirase, eso podría parecer una ventaja. Especialmente en su caso, pues había sido dotada de unas cualidades superiores a las de la mayoría. Así lo había estado considerando. Pero ahora comenzaba a cuestionarse si esos bienes concedidos, por muy extraordinarios que parecieran, le gustaban. Y aunque así fuera, ¿qué importaba?, pues del mismo modo que habían constituido su patrimonio espiritual, de repente un huracán le estaba arrebatando una parte fundamental de su esencia sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Se preguntaba por qué no había podido guiar libremente su propia vida tomando decisiones que le habrían permitido influir en su destino. Un destino adjudicado de serie. Mil y una dudas surgían a medida que lo fundamental de su pasado se iba esfumando sin remedio. Esa pérdida provocaba que se rebelara internamente ante su condición. Que se sintiera estafada, aunque no pudiera hacer nada.

Es cierto que nadie tiene control sobre lo que le sucede. Pero sí puede decidir cómo reacciona ante ello. Carla ni siquiera podía permitirse ese lujo. Carecía de las bases en las que apoyarse para poder elegir con criterio suficiente. Desde siempre había sido una obra terminada, pero al menos los recuerdos le provocaban sensaciones. Ahora ya ni eso.

Todo ese derrumbe afectaba a su presente, a la percepción de lo que componían sus días y sus noches. Atañía a Clara Ulman, su espejo de carne y hueso, por ahondar en su desdicha con su mera presencia. Por poner de manifiesto que ella no era más que una sombra, una imitación a la que nadie había preguntado lo que deseaba. Alguien quien ni siquiera sabía que Clara Ulman no era su nombre, sino Carla a secas. Pero desconocer cómo se llamaba era lo de menos. Lo fundamental radicaba en que carecía de la perspectiva adecuada para contemplarse como lo que era de verdad: una niña con cuerpo adulto que se dejaba guiar por la persona en quien confiaba. Pero ahora estaba creciendo. Había mutado en una adolescente que se cuestiona lo que va a querer ser de mayor y comienza a plantearse preguntas.

La metamorfosis por la que estaba pasando también afectaba a Ramón. El hombre que la había llenado de vida y que tan confortablemente la había arropado ya había dejado de entusiasmarla. ¿Es que acaso existía a esas

alturas alguien capaz de provocar en ella algo semejante? Hasta a las dos criaturas que se desarrollaban en el laboratorio general las contemplaba como ajenas a su propia sangre. Desde luego, el aséptico dispositivo en el que se estaban formando no contribuía a establecer una cercanía materno-filial. No obstante, eso era lo único de lo que podía estar segura dentro de toda esa maraña, de que esos dos pequeños seres eran sus hijas. Esa idea tendría que haberla puesto sentimental. Lo sabía y por ello buscaba un resquicio de sensibilidad que se hubiera colado en algún lugar de su interior. Pero enseguida abandonaba, frustrada por la sospecha de que el cuerpo, que engañosamente percibía como suyo, no le pertenecía. En realidad, nada le pertenecía.

Era todo tan inhóspito... Carla sentía frío. Sus dos pilares se habían derrumbado dejándola caer sobre la superficie desangelada en la que ahora se encontraba. Y nadie, ni siquiera Ramón, el hombre que le proporcionó la plenitud que hacía que todo lo demás pasara a un plano secundario, era ya un elemento sustancial. Exactamente igual que el resto de personas que la rodeaban. La única diferencia era que lo relacionado con él le suscitaba un pesar diferente. Ramón ya no era el mismo. La anormalidad de lo que parece real pero no lo es. Incoherente como un sueño. Extraño y familiar al tiempo. *Ramón...*

Bendecido por la suerte

Tal y como hacía sistemáticamente con independencia de factores meteorológicos, Jorge Aldrich se disponía a salir a caminar tras su jornada laboral. Ya había cambiado su traje por un suéter y unos cómodos pantalones vaqueros, que estrenaba esa misma tarde. Era muy maniático con la ropa. Si había algo discordante o que no combinaba adecuadamente, se sentía tan incómodo como si fuera desnudo. Daba igual si se trataba de un conjunto deportivo o de un esmoquin.

Se sentía satisfecho viendo en el espejo cómo le sentaba el nuevo vestuario. Lo que Úrsula le había regalado el día anterior le favorecía, como, por otra parte, todo lo que ella le compraba. Le intrigaba cómo se las ingeniaría su mujer para, sin necesidad de probarlas, acertar con prendas que disimularan su excesiva delgadez, recreando de ese modo una apariencia atlética que no tenía. Ella sabía que la idea que él tenía de la elegancia consistía en ser lo bastante sobrio para que nadie se fijara en lo que llevaba puesto. Jorge Aldrich opinaba que lo contrario restaba seriedad a su persona.

Mientras se ataba las zapatillas pensaba en el estofado de ternera con zanahorias que Martina, la cocinera, había preparado. Se le hacía la boca agua con la perspectiva de saborear uno de sus platos favoritos. La idea de deleitarse con aquella cena en compañía de su esposa tras finalizar la caminata le apetecía especialmente. Se colocó los cascos para amenizar la marcha y salió a andar con más ganas de lo habitual.

Para hacer más llevadero el paseo de rigor encendió un cigarrillo. Solo lo hacía al salir de casa ya que Úrsula no podía soportar el olor a tabaco.

Aunque a veces le apetecía fumar después de comer o cenar sin tener que salir al porche, sobre todo cuando hacía frío, tenía que admitir que verse obligado a hacerlo a la intemperie reducía su ingesta de nicotina. La pereza era una buena aliada para ello. Debería de dejar por completo «ese asqueroso vicio de gente frustrada», como decía su mujer. En cualquier caso, ya había dado un paso importante reduciendo el paquete completo que se metía entre pecho y espalda a apenas cuatro o cinco pitillos al día.

Después de aspirar con fruición la primera calada, buscó en el móvil una emisora de radio que le permitiera escuchar noticias o un programa de actualidad. Ello le entretenía más que la música y, de paso, se ponía al corriente de lo acontecido a lo largo del día. Detuvo el rastreo al toparse con la voz de alguien que en los últimos tiempos solía contar con una apreciable presencia mediática, especialmente cuando se trataban temas controvertidos. Se trataba de Marcos Quivera, el representante de Salud y Familia. Participaba en una tertulia sobre el aborto y sus consecuencias. Como siempre, de todos los participantes, era Quivera el que defendía el punto de vista más conservador. A Jorge le llamó la atención el inusual tono calmado con el que hablaba. Más aún cuando se dio cuenta de que se estaba refiriendo al caso de la formación de las mellizas en el útero artificial.

—Pienso que se trata de una magnífica noticia. Muchas criaturas se podrán salvar a partir de ahora con esta innovadora técnica. Seres que se hubieran perdido sin remedio. Iniciativas como esta rompen una lanza a favor del respeto por la vida. Algo tan necesario últimamente, por ser la legislación tan laxa con la interrupción voluntaria del embarazo. La energía y los medios que los gobiernos emplean en cómo gestionar impunemente deshacerse de los nonatos deberían dirigirse a fomentar ensayos como este. Este descubrimiento protege a los más indefensos...

Jorge no pudo reprimir una sonrisa oyendo al que había sido el enemigo público número uno de Genotypsa elogiar a la empresa con la que había sido tan crítico... *La muy cabrona se ha cargado dos pájaros de un tiro...*

Aunque hubieran tenido que matarlo para confesar una cosa así, Aldrich era consciente de que sus aciagas predicciones sobre el declive de Genotypsa International con las nuevas tácticas emprendidas habían errado estrepitosamente. Por supuesto, se alegraba de los buenos resultados, pues

ello contribuía a engordar su fortuna personal y su prestigio. Pero había una parte en su interior a la que le fastidiaba aceptar su equivocación. Dar la razón, aunque solo fuera internamente, a Clara Ulman, le repateaba.

En apariencia, la iniciativa de especializar cada una de las sedes había partido del propio Ramón de Castro, aunque a Aldrich no le cabía la menor duda de que Clara Ulman fue quien diseñó cuidadosamente la política de cambios en la empresa. Su socio no era más que el pelele que llevaba a la práctica los antojos de su mujer, estaba seguro. Pero en esta ocasión reconocía que, con las nuevas estrategias, no solo Genotypsa adelantó a la competencia escalando varios puestos en el *ranking* del sector, sino que, además, las voces críticas respecto a las controvertidas prácticas de Ulman se acallaron de repente. Sumar a todo ello la trascendencia mediática de la gestación de los fetos en el útero artificial fue la guinda que coronó el pastel. Aldrich se había acostumbrado a que un día sí y otro también apareciera en la prensa algún artículo cuestionando los métodos de la investigadora en sus ensayos clínicos y, sobre todo, al ataque del representante del *lobby* que ahora exponía sus opiniones en la radio. Tanto era así que hasta se le hacía raro que el omnipresente Quivera no la vituperase ferozmente, y no digamos que alabara sus experimentos, tal y como estaba haciendo ahora. La técnica inventada por David Lambert pero que Ulman... *la muy zorra...* se las había ingeniado para figurar como la madre de la misma, nunca mejor dicho, llenaban de felicidad al sector social que, precisamente, había atacado a la científica de la forma más virulenta. Los biempensantes, a los que Clara gustaba llamar reaccionarios, estaban encantados con el ingenio en cuestión. Era como si ese sector de la sociedad asumiera el invento como una especie de penitencia de la mujer que hacía malabarismos con esos principios tan sagrados para ellos. La vuelta al redil de la hija pródiga. Le habían concedido la bula que le otorgaba el perdón por los errores cometidos. Lo que Aldrich desconocía era que la satisfacción de aquellas gentes se habría tornado en indignación si hubieran sabido toda la verdad sobre el dispositivo y su fin verdadero...

La unidad de bioimpresión, por su parte, se había convertido en la más puntera de sus características. Genotypsa International era en la actualidad la compañía que más órganos diseñados a medida suministraba a los hospitales.

Apenas era necesario contar con unas cuantas células del paciente para crear lo que le sería trasplantado poco después. Es verdad que todavía, por razones obvias, era imposible conocer el índice de supervivencia a largo plazo, ni los posibles efectos secundarios años después de haberse realizado el trasplante, pero lo cierto es que el procedimiento ya había permitido salvar muchas vidas. Evitar la angustiada espera, muchas veces infructuosa, de un pulmón, un hígado, un riñón o un corazón que fuera compatible con el receptor, compensaba la falta de perspectiva en ese sentido. Además, el perfeccionamiento del método logrado por el equipo de la científica en los últimos tiempos había abaratado mucho el procedimiento. Esto hacía que, en el punto en el que se encontraban, pudiera ser asequible para casi cualquiera que lo precisara: empezaban a cubrirlo las principales sociedades médicas privadas y se estaba debatiendo incluirlo en la Seguridad Social, cosa que previsiblemente ocurriría muy pronto. Todas estas cuestiones contribuían a que la sociedad en conjunto, incluyendo los más críticos, asimilara el avance con la misma naturalidad con la que se contemplaba un trasplante convencional.

A Aldrich, ese cúmulo de circunstancias le hacía ver la realidad de un modo menos tenso a como lo había hecho durante los últimos tiempos. Estaba tan habituado a la *estúpida* manera de comportarse de su socio que hasta había olvidado cómo era antes de esa transformación que, parecía, solo él había notado. Esa especie de ceguera que oscurecía los defectos que hasta hacía poco le resultaban tan incómodamente luminosos le estaba suavizando el carácter. Incluso había aprendido a tolerar a Clara con una indiferencia que habría sido inconcebible antes de la pequeña revolución que la suma de eventualidades había generado. Se reafirmaba en la teoría de que la mujer de su socio estaba cambiando con su próxima maternidad, aunque se estuviera desarrollando de forma tan *sui géneris*... *A todas las mujeres les ocurre...* Por supuesto, llegó a esa conclusión basándose en mera especulación, ya que su mujer no había tenido hijos y, por tanto, carecía de un ejemplo cercano en el que apoyarse.

Cuando volvía la vista atrás, Jorge se sentía orgulloso. Su trabajo duro y la confluencia de factores externos le habían conducido al éxito profesional. La proporción en la que esos dos elementos habían sido determinantes para

llevarlo a donde estaba era diferente según la óptica con la que se contemplase. Para él, era su esfuerzo lo que inclinaba la balanza de modo contundente. No obstante, si se valoraba objetivamente la situación después de conocer los pormenores, parecía obvio que no era así. Aldrich había sido bendecido por la providencia más que el común de los mortales, y mucho más de lo que él creía. Hay una clase de gente que haga lo que haga todo le sale mal. Y hay otra, a la cual él pertenecía, que siempre se ve arrastrada hacia el lado bueno de la vida, con independencia de los fallos que cometa. Su afortunada situación era fundamentalmente la consecuencia de las decisiones de otros y de diversas causas ajenas a él mismo. El papel que había jugado en su ascenso, primero Ramón con sus iniciativas, después Úrsula, su mujer, con su patrimonio, y, por último, Clara con su incorporación a la empresa, habían sido definitivos para la consecución de sus objetivos. No obstante, la humillación interna que le habría supuesto admitir esta última consideración le conducía a no reconocerlo, ni siquiera en lo más profundo de su ser.

Había recorrido un buen trecho cuando se dio cuenta de que el coloquio había terminado. Estaba tan enfrascado en sus pensamientos que ni siquiera se enteró de que el locutor había despedido a los tertulianos y había dado paso a la publicidad. Miró el pulsómetro y se sorprendió al comprobar que marcaba ya casi cuatro kilómetros a paso más ligero de lo habitual. Tendría que haber dado la vuelta hacía varios minutos para llegar a casa en el tiempo programado. Eso significaba que rebasaría la distancia a la que estaba acostumbrado. No le importó. Se sentía pleno de facultades. Como si se hubiera metido un chute de adrenalina. Lleno de energía, aceleró aún más el ritmo y llegó al domicilio casi a la misma hora que había calculado cuando salió. Subió las escaleras de dos en dos con el mismo brío con el que había realizado toda la ruta. Apenas se demoró unos minutos debajo de la ducha. Cuando se estaba secando se sentía como si se acabara de despertar de una reconfortante siesta. Su organismo no acusaba en absoluto la hora y quince minutos que había caminado a ritmo acelerado. Se vistió cómodamente y se dispuso a saborear la deliciosa cena. Era lo único que le faltaba para rematar una jornada feliz.

Transformaciones

—¿Qué pasa, cariño?

Román interrumpió el relato de sus impresiones al notar que *su* mujer lo miraba fijamente. Estaba tan concentrado en que no se le escapase ningún detalle de lo que ocurría en el interior del útero artificial que no reparó en que Carla llevaba un buen rato con la atención puesta en su persona. Se diría que lo estaba analizando tanto como él a las mellizas. Para Román aquellas diminutas criaturas, casi en el séptimo mes de gestación, formaban parte de su realidad como si ya hubieran nacido. La mezcla de alegría y curiosidad que le llevaba a comentar todos los pormenores de lo que evolucionaba ante sus ojos hacía que durante ese tiempo no existiera otra cosa. «Son lo más fascinante del mundo». Desde luego, para el mundo era algo extraordinario, pero no cabía duda de que el deslumbramiento sería mayor si se ofreciera algo más que la información sesgada que se había publicado. La ectogénesis, conseguida con éxito por primera vez, haría que la noticia se desplazara desde la sección de ciencia a la portada de cualquier periódico.

Ya casi tenían el tamaño y el aspecto de cualquier recién nacido. Algo más pequeñas, eso sí, dado que todavía faltaban más de dos meses para poder abandonar la peculiar casita de plástico que había sido su hogar hasta entonces e incorporarse a la atmósfera en la que estaban todos los demás. Su apariencia era semejante a la que tendrían el proyecto de dos bebés cuyo desarrollo se estuviera efectuando siguiendo los cauces naturales. «Mis muñequitas», las llamaba Román. Como cada día, se inclinaba para mirarlas muy de cerca y comentaba a *su* mujer, a Lambert o a cualquiera de los

científicos encargados del control de aquel aparato hasta el más mínimo movimiento o pequeño gesto que, la mayoría veces, tan solo se producía en su imaginación. Se le caía la baba como a cualquier padre presenciando las monadas de sus retoños. Esta vez con el privilegio de poder conocerlos mucho antes de su nacimiento.

—¿Cómo? —respondió ella, pillada *in fraganti*, cuando se dio cuenta de que él esperaba una respuesta.

El foco de la atención de Carla durante todo ese tiempo, al contrario que el de Román, no había estado en las niñas, sino en la mandíbula izquierda de *su* marido. Reparaba en que la cicatriz que le había acompañado desde su juventud había desaparecido. Se preguntaba para sus adentros cómo pudo haber ocurrido tal cosa. ¿Cuándo se había borrado aquello? La cuestión era que ella acababa de percatarse de que esa inconfundible huella ya no estaba. Con el paso del tiempo, hay marcas de accidentes o de operaciones quirúrgicas que se difuminan, pero nunca tanto como para volverse invisibles. Y eso era lo que parecía haber sucedido con esa señal. Era cierto que se trataba de un par de líneas paralelas, en la intersección del cuello con la mandíbula, prácticamente inapreciables por el lugar en el que se encontraban, pero ella conocía cada milímetro de la piel de *su* marido. Se habían esfumado. Como si nunca hubieran existido.

—Estás tan seria...

—No. Solo te escuchaba.

Falso. No tenía ni idea de lo que él había dicho durante el buen rato que llevaba analizando a las habitantes del útero artificial. Era tal la verborrea que solía gastar que, tanto si era Carla la que estaba con él como si se trataba de la primigenia Ulman, ambas se habían acostumbrado a desconectar mientras él soltaba sus peroratas.

La impresión que Carla percibió al percatarse de la extraña alteración en la fisonomía de *Ramón* la turbó. No sabía cómo reaccionar. Lo incomprensible era algo que no cuadraba con su carácter. Bastante tenía con lidiar con lo que le correspondía como para intentar entender cuestiones que no casaban con la lógica más elemental. Llegó a cuestionarse si esa cicatriz, cuya ausencia le estaba llamando tanto la atención, habría existido realmente alguna vez. Sin embargo, enseguida se reafirmó en que antes estaba allí, en

ese mismo lugar, justo debajo de la mandíbula izquierda. Una novia celosa se la hizo al pillarle en la calle besando a otra chica. Le mordió con todas sus fuerzas y salió corriendo sin decir palabra. Él, contaba, se quedó tan parado que no supo responder y, tieso como un pasmarote, se limitó a pasarse la mano por la herida, mirar estupefacto la sangre que manaba del corte y a ser testigo del desconcierto de la muchacha recién besada.

El recuerdo de cuando él le relató el peculiar suceso (poco importa si Carla lo había vivido en primera persona o ya lo traía incorporado desde su *nacimiento*) era tan cierto como que él estaba a su lado en ese momento... *A no ser que, además del mecanismo que controla las emociones, se me esté alterando la memoria, percibiendo que es real lo que no es más que pura fantasía...*

De lo que estaba plenamente convencida era de que, aunque esa anécdota fuera tan solo fruto de su imaginación, ella le había acariciado esa cicatriz en muchas ocasiones conociendo exactamente su textura.

—Me siento un poco mareada. Creo que voy a ir a mi despacho a echarme un poco.

—¿Te acompaño?

—No, gracias. Solo estoy un poco cansada. Necesito tumbarme y mantener los ojos cerrados unos minutos... en silencio... —puntualizó, para que se diera por aludido.

—¡Oh! Por supuesto, mi amor. Yo me subo entonces al mío. Si te pones peor o quieres que te traiga algo, llámame, ¿de acuerdo?

Carla sacó el móvil del bolsillo de la bata para indicarle que todo estaba bajo control. Ambos abandonaron el laboratorio general para encaminarse a sus respectivas dependencias. Cuando llegaron al vestíbulo Carla le besó en la mejilla a modo de despedida y se dirigió hacia su despacho.

El clic característico de la puerta al cerrarse tras ella y el hecho de encontrarse sola sirvió de detonante para que empezara a procesar lo que tenía en la cabeza. Se dirigió al sofá y se sentó. Tras quedarse por un instante con la mirada fija en el suelo, situó los antebrazos sobre los muslos y entrelazó los dedos de las manos. Empezó a entrechocar los pulgares rítmicamente. Mirar ese movimiento acompasado le ayudaba a cavilar. Con cada golpecito repasaba diversas cuestiones relacionadas con ella y con

Ramón. Intentaba averiguar qué era lo que había cambiado en los últimos tiempos. Ella misma se extrañaba de plantearse esa cuestión, porque aparentemente todo seguía igual en lo concerniente a ellos dos. Pero si era sincera consigo misma, lo cierto era que cada vez pensaba más en primera persona y menos como parte de un todo formado por los dos sujetos que integran una pareja. Esta particularidad también empezaba a atañer a Clara Ulman. Eso era lo más extraño, pues, para Carla, su creadora no había sido más que un espejo de sí misma. Un reflejo que componía su esencia y con el que se había acostumbrado a convivir como el resto de la gente con su sombra. Jamás se le había ocurrido imaginársela por separado. Había sido simplemente un modo complementario de verse a sí misma. Hasta ahora.

Según iba avanzando la película de la vida de Carla, Ramón, el coprotagonista inicial, había ido pasando a ejercer un rol secundario sin otro interés que el de moldear la acción y de comprender lo que le pasa al resto de los personajes. La estrella de una cinta de Hitchcock que desaparece apenas transcurridos diez minutos del comienzo. Un comodín útil, pero sin interés en sí mismo para el curso de la historia a partir de un momento dado. La diferencia era que ella no sabía localizar el punto de inflexión en el que eso sucedió. Como tampoco sabía con exactitud cuándo esa cicatriz se barró sin dejar rastro. Le habría gustado que la vida pudiera estructurarse como el cine. Planteamiento, nudo y desenlace. Con los giros perfectamente situados en la trama. Teniendo la posibilidad de accionar el mando a distancia para volver atrás y localizar un plano concreto.

Carla no podía desembarazarse de aquella peculiar sensación. Era como si se hubiese perdido algo. Como si al libro que estuviera leyendo le hubieran arrancado las páginas centrales o como si se hubiera dormido en la butaca mientras veía una obra de teatro y se despertara en la escena final. Tal vez lo único que le estaba pasando era un temporal desequilibrio hormonal que la alteraba internamente. En unos días todo se nivelaría, la fase emocional por la que ahora estaba transitando se quedaría atrás y las aguas volverían a su cauce. En eso confiaba. La angustia le ocasionaba un vacío en el estómago que le provocaba náuseas. Y, a veces, un dolor en el pecho y una taquicardia que solo se aliviaban si respiraba con calma durante un par de minutos. Esto

último le asustaba, pues parecían síntomas idénticos a los de una crisis cardiaca.

Esa permanente percepción de peligro o, lo que era casi peor, la desorientación en la que se hallaba sumida la torturaba. Se mentalizaba pensando que se trataba de una situación imaginaria que había magnificado. Pero ¿qué situación exactamente? No era algo específico. Llegó a pensar que su estado estaba motivado por la losa de haber engañado a *su* marido respecto a lo que se gestaba en el laboratorio. Una invención. Con una base real, eso sí, pero invención, al fin y al cabo. Intentaba convencerse en su interior de que no se trataba de un embuste, sino de una verdad incompleta, que es lo que en efecto era. Daba igual, la congoja persistía.

Tal vez, el alivio habría llegado si hubiera hecho recaer la responsabilidad de todo aquello en Clara Ulman, su otro yo, pero eso era algo que por alguna razón no contemplaba. Como tampoco podía explicarse la ausencia de esas dos pequeñas líneas debajo de la mandíbula izquierda de *Ramón*.

Los últimos coletazos

Aunque ya habían transcurrido doscientos siete días de gestación en el útero artificial, a David Lambert la meta del noveno mes se le antojaba demasiado lejana. Eran los últimos kilómetros de su peculiar maratón. Ese tramo final que se hace tan cuesta arriba a pesar de haber recorrido ya casi toda la distancia. A medida que se iba acercando la fecha de sacar a las mellizas del artilugio o, lo que era lo mismo, de su nacimiento, el desasosiego se iba acrecentando en su interior. A pesar de ello, todo discurría a la perfección. Él las visitaba varias veces al día para efectuar las comprobaciones pertinentes con objeto de cerciorarse de la correcta marcha del proceso. Era extremadamente minucioso midiendo todos los parámetros. Controles que, por otra parte, eran más sencillos de realizar que si hubiera tenido que realizar las consabidas ecografías en el vientre de la madre. Para David, como para el padre de las criaturas, era como si ya hubieran nacido. Estar solo separadas del mundo por esa fina membrana de plástico agudizaba esa sensación. Le gustaba, igual que a Román, aproximarse mucho a la peculiar bolsa donde se hallaban para no perder detalle de todas y cada una de sus características y de los sutiles cambios que iban experimentando a medida que pasaban los días. Era un privilegio poder presenciar de modo tan cercano el crecimiento de los pequeños seres. Le parecía mentira que todavía no se las pudiera considerar bebés, sino fetos, ya que aún no habían traspasado la barrera que establece la diferencia entre nonatos y personas. Bien es cierto que los términos en este caso resultaban tan difusos que era preferible prescindir de las etiquetas. A veces se acercaba tanto al receptáculo que su nariz rozaba el plástico, pero

enseguida se separaba por temor a interferir en la placidez de la que disfrutaban en esa casita de aspecto tan confortable.

Cada jornada que pasaba se iba poniendo más y más nervioso. Le obsesionaba el momento del *alumbramiento*. A pesar de que estaban en la fase durante la cual no tendría que haber ya problema alguno, y de que las niñas se librarían del estrés de un parto convencional, pensar en el instante en que le tocaría extraer a las criaturas del dispositivo le provocaba sudores. La responsabilidad le abrumaba. A fin de cuentas, carecía de antecedentes previos para establecer comparaciones. Le era imposible saber si la apariencia de normalidad de las criaturas correspondería a la realidad o si por el contrario sus órganos internos estarían incompletos o adolecerían de algún elemento necesario para un buen desarrollo posterior. ¿Cómo podría saberlo si era la primera vez que se realizaba un experimento semejante? Intentaba tranquilizarse con la idea de que todos los corderos que habían acabado de madurarse en el útero artificial tenían las mismas características que sus congéneres gestados de modo natural. Pero el consuelo le duraba muy poco: la diferencia estribaba en que las mellizas se habían formado allí desde el principio, no habían terminado de formarse. El matiz era sustancial. Haber evitado el escalón intermedio del organismo materno era un importante detalle que podría ser determinante. Otro cantar sería si en la Fred Waterford le hubieran permitido culminar con los corderos el ensayo que ahora estaba realizando con humanos. De ese modo, tendría actualmente una referencia que le serviría para seguir el proceso con un mayor sosiego. La forma que tuvieron de abortar repentinamente el ambicioso proyecto le impidió poseer el preciado bagaje que ahora estaba echando tanto de menos. No obstante, a pesar de las inevitables dudas que le surgían, algo en su interior le decía que el camino emprendido era el correcto. Le ayudaba percibir la tranquilidad que le transmitía su jefa. Si la madre de aquellas criaturas asumía con naturalidad la marcha del procedimiento, ¿por qué iba él a inquietarse más de la cuenta? Claro que cuando se ponía a dar vueltas al asunto, a Lambert le parecía inquietante esa serenidad de la que ella hacía gala y que a veces rozaba la indiferencia. Cualquiera que lo viera desde fuera podría pensar que el joven científico estaba más ilusionado esperando el acontecimiento que la propia progenitora. Él lo achacaba a esa moderación gestual tan particular en la

personalidad de la doctora. Contención que hacía que resultase imposible saber qué pasaba por su cabeza.

Descubrimientos

La piel de los botines resplandecía. Tanto, que cualquiera habría abandonado hacía rato la tarea de frotar con la gamuza la superficie de los mismos. Pero a Carla repetir ese maquinal gesto la tranquilizaba. Últimamente había descubierto que las tareas manuales ejercían de bálsamo calmante en su cerebro. No tener que pensar ni hacer especulaciones sobre lo que permanecía dentro o se esfumaba del interior de su materia gris le proporcionaba la sencilla felicidad de quien no se plantea nada más allá. Solo el bienestar de los placeres cotidianos que entretienen los sentidos. El pequeño estuche de limpiabotas que se había agenciado le permitía tener al alcance de la mano lo necesario para sentirse como una sencilla operaria cuyo cometido se limitara a sacar lustre a esos caros zapatos de tafilete negro. Tras comprobar que era imposible abrillantarlos más a fondo, dio la tarea por concluida. Metió delicadamente el betún y el cepillo en sus respectivos compartimentos y situó encima la bayeta. Cerró la cremallera de la caja y se dispuso a colocarla en el altillo. Después guardó el reluciente par de escaarpines en el compartimento destinado al calzado y cerró el armario. Una vez concluida la operación dirigió de forma inconsciente la vista hacia el escritorio. Reparó en que la tapa del portátil estaba abierta. Un detalle lo suficientemente elocuente como para llamar su atención. Sin embargo, retiró la mirada y se encaminó, pasando de largo, hacia donde estaba el pequeño fregadero. Abrió el grifo del agua caliente y se enjabonó las manos para hacer desaparecer un pequeño resto de la crema de color. Mientras se secaba volvió la cabeza hacia el escritorio. Estuvo mirando el ordenador hasta que tiró la

toallita desechable a la papelerera. Unos segundos después algo pasó por su mente para que, con un gesto rápido, se aproximara al aparato y diera un ligero toque con el dedo índice en la superficie del ratón. La oscura pantalla adquirió el característico brillo que evidenciaba la operatividad del portátil. Era la primera vez que se lo encontraba encendido sin que su otro yo lo estuviera utilizando. La originaria Clara Ulman se había ausentado de sus dependencias privadas hacía más de media hora dejando a Carla sola e, inexplicablemente, había olvidado apagarlo.

La tentación de bucear entre los recovecos de aquella máquina fue demasiado poderosa como para resistirse a caer en ella. En otras circunstancias, Carla se hubiera limitado a observarla como un elemento más de todos los que componían aquella adusta oficina. Una pieza tan familiar y tan neutra como cualquier otra. Habría pasado a su lado sin siquiera tomarse la molestia de sentarse con la intención de navegar para pasar el rato. De hecho, nunca había tocado ese ordenador. No es que Ulman le hubiera prohibido hacerlo, pero existía una especie de acuerdo tácito mediante el cual el equipo en cuestión solo era potestad del yo primigenio. Pero aquel día, sin saber exactamente por qué, la atracción que esa computadora ejerció sobre la clon fue irreprimible. La gargantilla con la cámara incorporada le habría servido de freno para impedir poner en práctica lo que se le estaba ocurriendo, pero a esas alturas era poco frecuente que la llevara puesta. Ya solo en contadas ocasiones Ulman la instaba a colgársela del cuello. Ello sucedía si la criatura tenía que pasar por un trance especial y su creadora quería observar lo que fuera a acontecer. Pero durante aquella jornada no se preveía que ocurriese algo especialmente reseñable, así que la pequeña cámara permanecía desconectada en un cajón.

Una oleada de excitación recorrió el cuerpo de Carla. Desde las puntas de las extremidades hasta el cabello. Inundándola con la arrolladora sensación de lo prohibido al alcance de la mano. Percibiendo la capacidad de tomar decisiones sin el paso intermedio de pedir permiso para llevarlas a cabo. Sin pensar en el riesgo o, lo que era lo mismo, calibrándolo y no importándole lo que pudiera dejarse en el camino. Una senda que, intuía, la conduciría un poco más lejos de aquel horizonte conocido y ya demasiado trillado. Ansiaba paladear el regusto de lo nuevo. Deseaba que durase ese

soplo de vitalidad que la sacudía por primera vez desde hacía tiempo. Una sensación de la que se sentía privada debido a la desagradable metamorfosis que estaba sufriendo.

Que su *alter ego* hubiera abandonado el despacho dejando encendido el ordenador resultaba extraño. Nunca salía, aunque fuera a ausentarse solo unos minutos, sin haber ejecutado el sencillo gesto de cerrar todos los programas y apagarlo hasta su regreso. Probablemente el despiste se debió a que en el momento en que se disponía a hacerlo recibió una llamada del laboratorio principal, quedando en su mente la sensación de que la acción había sido ya ejecutada. O eso fue lo que Carla dedujo...

Sin pensárselo dos veces, el otro yo de Ulman se acomodó en la butaca. Nunca lo había hecho hasta ese momento. Lo primero en lo que reparó fue en el mullido respaldo que le recogía confortablemente los riñones, abrazándola por detrás. El diseño ergonómico hacía que cada una de sus vértebras y músculos estuviera justo donde debía estar. Sin sutiles torsiones que le provocaran ligeras, aunque desagradables, contracturas. Pensó que podría permanecer allí durante horas sin percibir la necesidad de levantarse. Solo dedicada a la tarea de presionar el ratón. Esa sencilla operación intuía que podría conducirla a lugares ignotos que la sacarían del tedio en el que llevaba tanto tiempo inmersa. Se preguntaba adónde la llevaría tal curiosidad malsana. Porque, desde luego, si se había sentado allí, no era para navegar inocentemente por la red, sino para inspeccionar lo recopilado dentro de las tripas de la máquina.

Antes de comenzar la tarea miró hacia la puerta de entrada. ¿Qué ocurriría si su otra mitad la pillaba allí sentada? Tal vez pasara de largo sin apenas reparar en lo que estaba haciendo, dando la misma importancia a esa actividad que si se la hubiera encontrado limpiando las botas a las que tanta atención acababa de dedicar. Pero la clon intuía que pensar eso era demasiado inocente por su parte. Es cierto que no se atrevía a hacer nada que se le hubiera vedado explícitamente. Pero hay muchas maneras de saber lo que es correcto y lo que hay que evitar. Tampoco Ulman le había mencionado la necesidad de omitir la información sobre la duplicidad que atañía a ambas y, sin embargo, ese era el mayor de sus secretos: la complicidad sobre la cual se sostenía su singular relación.

Hubo un momento en el que estuvo a punto de abandonar. Le daba miedo que apareciera de improviso su yo alternativo. Y aún le provocaba más respeto encontrar en el proceso de investigación algo que no le gustase. Se sentía como una mujer celosa a punto de hurgar en los enseres de su marido en busca de la prueba irrefutable de infidelidad. Pero, por otra parte, le recorría un cosquilleo semejante al que se percibe en el instante previo a jugar a la ruleta rusa. Una euforia parecida a la ceremonia de esnifar una raya de cocaína o a la de lanzarse en parapente. Al final, esa fuerte inclinación venció al temor y decidió emprender una aventura de insospechadas consecuencias.

El reloj de la esquina superior derecha de la pantalla indicaba que eran las trece cuarenta y cinco. La hora de la comida. Ulman, mujer de costumbres, se dispondría a almorzar o ya lo estaría haciendo. Nunca lo hacía en su despacho, por tanto Carla tendría previsiblemente tiempo suficiente como para dedicarlo a la tarea que tenía en mente sin sobresaltos.

Desplegó el Finder. Optó en primer lugar por echar un vistazo a la sección «Imágenes». Eligió visualizar las fotografías como vistas previas para tener acceso a ellas con un rápido golpe de vista. Diversas carpetas clasificadas por años que inmortalizaban entregas de premios, participación de Clara en conferencias e instantáneas recogidas en diversos momentos profesionales y personales. Entre las más antiguas, algunas con Doris Kininmott y miembros de su equipo en los jardines del Palmer Manning. No encontró ninguna de su infancia. Supuso que las conservaría en algún disco duro externo. Cuando se topó con las fotos de la boda amplió un primer plano de los dos miembros de la pareja. Necesitaba verificar que Ramón, en efecto, en algún momento había tenido en el cuello aquella cicatriz cuya repentina ausencia tanto la había desconcertado. Amplió con el *zoom* esa parte de la anatomía de su marido y se cercioró de su existencia. Ya no le quedaba duda de que esa característica huella había estado impresa en su piel: las dos peculiares líneas paralelas se distinguían a la perfección. En un impulso nostálgico aproximó la mano a la pantalla, para acariciar la imagen de su esposo. En su cerebro permanecía impreso el cariño infinito con el que él la había mirado en ese instante. Cerró los ojos para trasladarse justo al momento que recogía la fotografía y, en consecuencia, importar del pasado el

sentimiento que ella, o lo que era lo mismo, Clara Ulman, debió de percibir entonces; pero como últimamente era habitual, no lo logró. Luego colocó el ratón sobre «Zanzíbar». Allí estaban las fotos que ella había ido enviando a su otro yo junto a imágenes de desconocidos buceando. Estas últimas sin interés personal alguno. Se preguntó por qué estarían allí. A continuación, se trasladó a «Documentos». En el interior se hallaban diversos archivos que recogían información sobre todo tipo de cuestiones rutinarias, así como la redacción de diferentes ponencias que la científica había ido ofreciendo en diferentes lugares. También encontró enlaces que llevaban a artículos de prensa sobre el trabajo de la investigadora y entrevistas que le habían realizado para medios de comunicación de diversos países de Europa, y de los Estados Unidos. Nada que le llamara especialmente la atención. Cuando ya hubo satisfecho su impulso de fisgoneo y estaba a punto de cerrar todos los archivos se topó con una carpeta que suscitó su curiosidad: «Ellos», que contenía dos archivos en su interior: «Carla» y «Román». Leyó dos veces los nombres. Al principio pensó que a su otra mitad le habían bailado las letras al escribirlos, pero le chocó que el lapsus hubiera sucedido al nombrar ambos documentos. Prefirió abrir en primer lugar el referido supuestamente a su marido.

El primer golpe de vista la desconcertó. No porque fuera difícil de entender el contenido de lo que aparecía ante sus ojos, sino porque tardó en traducir lo que en verdad significaba.

RAMÓN DE CASTRO	ROMÁN
Coherencia	Caos
Estructura mental ordenada	Anarquía de pensamiento
Estados de ánimo equilibrados	Euforia discordante
Comportamiento refinado	Cierto grado de primitivismo
Alta capacidad intelectual	Inteligencia mediana
Liderazgo	Ausencia de carisma
Contención	Verborrea
Gran capacidad de concentración	Tendencia a distraerse

Le bastó con ojear el esquema que recogían las dos columnas para deducir que se trataba de una tabla comparativa. Pero hasta que no leyó el texto que aparecía debajo no terminó de comprender el alcance de lo que allí se reflejaba.

Ha sido muy satisfactorio que Román despertase con la seguridad de haber vivido todo lo experimentado por el primigenio Ramón de Castro hasta el momento de la muerte de este. Aunque, bien mirado, era esperable, dado lo comprobado previamente con Carla.

Es chocante y a la vez muy interesante oírle contar sus experiencias en Zanzíbar. Por dos razones. La primera y más contundente porque nunca ha estado allí. La segunda, por haber asimilado los datos recibidos a través de diferentes canales de información como si hubieran sido vividos en propia carne. En ese sentido, parece patente que el proceso ha sido el mismo que el de Carla, que poco después de llegar a la vida estaba segura de haber ido en algún momento a Tailandia, sin que el ser originario, en este caso yo misma, jamás haya viajado allí. Así pues, he podido constatar que los clones nacen sin saber separar con exactitud lo empírico de lo teórico. No obstante, esto no supone un problema pues están predispuestos a ser guiados. De ese modo, resulta sencillo que se sitúen en el plano correcto tras explicarles las diversas situaciones.

A veces el adiestramiento se convierte en una tarea algo pesada, pero, por otra parte, se agradece su rapidez en el aprendizaje. Merece la pena destacar su predisposición a ser crédulos, ya que no se cuestionan la veracidad de lo que se les dice. Ello implica que son potencialmente manipulables, en especial en el periodo que he dado en llamar etapa de formación. Con la táctica adecuada se les puede convencer, por ejemplo, de que algo que no han vivido lo han hecho, y viceversa. Asimismo, no suelen poner trabas en obedecer órdenes, especialmente si se les suministra en forma de sugerencias. Por tanto, resulta sencillo dirigir su conducta.

A pesar de que todo el proceso se ha desarrollado de forma sobresaliente tanto en Román como en Carla, me veo obligada a subrayar la evidente diferencia cualitativa entre los dos clones. La puntualización que seguidamente voy a establecer se refiere solo a características intelectuales y psicológicas, pues las idénticas semejanzas físicas con los originales hacen que el resultado final en este último sentido pueda calificarse como perfecto en ambos sujetos.

Tras un amplio periodo de observación, he llegado a la conclusión de que Román como producto final (llamémoslo así) es inferior al conseguido con Carla, el primer clon. Esta última responde plenamente a las expectativas creadas en relación a la persona de la que proviene. No así Román, cuya calidad es con claridad inferior a la de Ramón de Castro, su predecesor (véase la tabla que encabeza el documento). Tras analizar los posibles motivos de esta diferencia concluyo que, con toda probabilidad, se deba a que Román, el segundo de los clones, fue elaborado con células extraídas del individuo original momentos antes de su muerte, y, en consecuencia, algo deterioradas debido al alto contenido de Rohipnol en su sangre. Me baso en el hecho de que lo que está afectado en el ser duplicado y lo que le hace diferente del sujeto primigenio son sus cualidades intelectuales, no así las físicas. Mi teoría es que la causa podría deberse a que las benzodiazepinas afectan al comportamiento por su interacción con receptores neuronales del cerebro y, por ello, es lógico suponer que este sea el motivo de la merma de facultades del clon.

Esta afirmación obedece a una mera hipótesis ya que por motivos obvios resulta imposible demostrar el razonamiento con pruebas irrefutables. Respecto a esta cuestión, y valorando el hecho con perspectiva, me veo obligada a admitir que fue una equivocación suministrarle la droga. Tal vez hubiera tenido que hallar otro método para mantenerle inconsciente antes de extraerle las células. En cualquier caso, los errores detectados no pasan de ser leves fallos que habría que evitar en la creación de futuros clones pero que no pasan de ser problemas secundarios, dada la envergadura del proyecto.

Llegados a este punto puedo asegurar que el experimento ha superado todas las expectativas: las criaturas desarrolladas a través de este método no solo podrían utilizarse potencialmente como bancos de órganos (tal y como era su objetivo inicial), sino que poseen las mismas capacidades que cualquier ser humano concebido de forma convencional...

Tras la lectura de estos párrafos Carla sintió una corriente de frialdad que le recorrió desde la faringe hasta el estómago. Notaba los jugos gástricos dando vueltas sin parar. La sensación era la de haber ingerido algo en malas condiciones que le impedía hacer la digestión. Necesitaba seguir leyendo, pero tuvo la imperiosa necesidad de vaciar el contenido de sus tripas. Se dirigió al cuarto de baño y se arrodilló delante del retrete. Al principio era incapaz de vomitar, pero la desazón era tan grande que se introdujo los dedos en la garganta para expulsar aquello que tanta molestia le causaba. Apenas consiguió su propósito, pero arrojó lo suficiente como para calmar la acidez que le martirizaba el aparato digestivo. Seguidamente, se lavó la cara y se enjuagó la boca con objeto de deshacerse del desagradable sabor que le había quedado. Mientras se secaba el rostro con la toalla, varios conceptos desfilaban por su cerebro. Uno tras otro, sin articularse entre sí: «Empírico... Román... Teórico... Crédulos... Carla... Sujeto originario... Experimento... Bancos de órganos... Producto final... Ramón... Objetivo inicial... Primigenio... Manipulables... Clones». Cada uno de los términos le pasaba por la cabeza a gran velocidad para ser sustituido por el siguiente que a la vez cedía el testigo al que venía después. Hasta que llegó una palabra que se quedó atorada entre sus neuronas: «MUERTE... MUERTE... MUERTE... MUERTE...». Resonaba en su interior tan machaconamente que se vio obligada a llevarse las manos a la cabeza para oprimirse las sienes en un intento de silenciarla. Como si con la presión ejercida pudiera provocar que esas seis letras salieran expulsadas por los oídos o la nariz para, de ese modo, liberarse de ella y, consecuentemente, de su significado.

Todo le daba vueltas. Le dolía el pecho y el corazón le empezó a latir desordenadamente. El mareo hizo que perdiera el equilibrio. No llegó a caerse porque consiguió agarrarse al lavabo. Le dolía el hombro. La sensación de estar sufriendo un infarto la asustó. Se concentró en acompasar la respiración. De ese modo, logró que el ritmo cardiaco se regulara. Tardó un rato en recuperar el sosiego. Por fin logró tranquilizarse al notar que los preocupantes síntomas iban desapareciendo. Concentrarse en relajar los músculos la llevó a reorganizar la mente y el cuerpo. Transpiraba copiosamente. El sudor frío le provocaba escalofríos. Por inercia, se miró en el espejo, pero de forma automática se tapó la cara con la toalla. Le resultaba insoportable la figura que le devolvía aquel inocente accesorio. Ese reflejo le resultaba ajeno. Correspondía a otra persona. Como si hubieran hecho un agujero en la pared por el que Clara Ulman se asomara, en lugar de tratarse de un cristal que le devolvía su propia imagen. Inmediatamente se dio la vuelta y, con grandes zancadas, se dirigió al despacho. Miró el reloj... *¡Casi las tres...!* No podía creer que hubiera transcurrido más de una hora. El cúmulo de información y el impacto le habían hecho perder por completo la noción del tiempo. Su instinto de supervivencia le indicó que debería apagar el equipo si no quería que Ulman descubriera su delito. Con toda certeza estaría a punto de llegar. Si no fuera así le habría hecho saber que tenía ocupaciones en el exterior durante la tarde y le hubiera encomendado alguna tarea. Estuvo a punto de abrir el archivo titulado «Carla» que, deducía, trataba de ella misma, pero le pareció demasiado imprudente. No obstante, sabía que si no lo hacía en ese instante tendría complicado, por no decir imposible, volver a tener otra oportunidad como aquella. Estaba segura de que una vez apagado el ordenador sería necesario disponer de una clave para, tras encenderlo, poder utilizarlo. Confiar en volvérselo a encontrar operativo sin Ulman en el despacho era demasiado optimista por su parte. Con sensatez consideró que lo más práctico antes de dejarlo inactivo era buscar algún archivo cuyo título fuera «Contraseñas» o algo similar para dar con la combinación de caracteres que le permitieran consultar las carpetas en una próxima ocasión, pero no encontró nada parecido. Era lógico suponer que Ulman tendría memorizada la clave y habría evitado escribirla. No quiso dar más vueltas al asunto y con un clic desconectó el equipo y bajó la tapa para

dejarlo tal y como solía quedar cuando Ulman se ausentaba de la estancia. Se resignó a quedarse sin leer una información que presentía de valor incalculable para ella. No obstante, había muchas dudas que se habían disipado. Ahora entendía por qué se sentía cada vez más distanciada de ese hombre, el tal Román. A medida que el tiempo pasaba era más y más consciente de que una grieta se había abierto en su relación. Una grieta que, de golpe, tras la información a la que acababa de tener acceso, se había convertido en una sima sin fondo. También dejó de ser una incógnita la razón por la cual ese supuesto marido carecía de la peculiar cicatriz en el cuello, aunque fuera idéntico (es cierto que solamente por fuera) al verdadero Ramón de Castro. Por mucho que tuviera las mismas características nunca podría tener esa huella: las contingencias o los accidentes experimentados en el transcurso de la vida dejan su sello físico solo en quien los ha padecido. De modo semejante, ahora era a ella a la que se le había abierto una herida que le dejaría una cicatriz indeleble y la distinguiría, ya para siempre, de quien hasta ahora había creído ser parte de sí misma. El contenido y, quizá más aún, el tono del documento que por accidente había caído en sus manos actuó de afilada cuchilla para cortar, definitivamente, el cordón umbilical que la unía a Clara Ulman.

De pie, mientras miraba hacia la puerta temiendo la llegada de esa mujer, una enorme tristeza se apoderó de ella. Intentó reprimirse, pero las lágrimas manaban de sus ojos, aunque su rostro permaneciera inalterable. Lloraba por la muerte de Ramón, el hombre a quien tanto había amado. Pensaba en que ni siquiera había podido despedirse de él. Se le hacía insoportable la idea de seguir compartiendo la vida con el extraño que había ocupado su cuerpo. Ese impostor le repugnaba. Le dolía haber sido engañada, usada. Era duro asumir haber sido concebida como un simple recambio, sin otro valor que la utilidad de sus órganos o el de un experimento científico. La sensación de no valer más que un simple objeto de estudio o, lo que era semejante, un mero ratón de laboratorio, la desgarraba. Pero en especial lloraba porque su modo de concebir la vida y todas sus creencias y pilares sobre los que se asentaba su identidad se habían desmoronado irremisiblemente. Todo era diferente a como creía. Hasta su propio nombre...

Luchaba por no derrumbarse. Pugnaba por conservar la poca autoestima que aún le quedaba. Sacó un paquete de pañuelos de papel del bolsillo de su pantalón. Se enjugó las lágrimas que, sin pausa, se le deslizaban por el rostro dejándole en la boca un regusto salado. Se afanaba en ahuyentar el desdén hacia su propia existencia que le salía de las entrañas.

Era como un boxeador a quien le acaban de machacar el hígado con un certero gancho, pero que se resiste a besar la lona del cuadrilátero. Tenía que aguantar en pie, costase lo que costase. Se negaba a tirar la toalla. Necesitaba conservar la dignidad, ya que era lo único que le quedaba. Todo aquello era tan doloroso que no le parecía real, sino una pesadilla. Sin embargo, fue capaz de encontrar algo bueno dentro del trance por el que acababa de pasar. Por primera vez en mucho tiempo había recuperado la capacidad de sentir, aunque le estuviera provocando, de nuevo, un inquietante malestar en la parte izquierda del pecho.

Un padre ejemplar

Román bajó con brío las escaleras y entró raudo en la pequeña sala contigua al comedor. Clara Ulman se encontraba dormitando en el sofá tras el almuerzo del domingo.

—Ven. Te voy a enseñar una cosa y quiero que seas sincera conmigo.

La gravedad con la que se dirigió a ella la sacó de golpe de su sopor. Sin aguardar su reacción, Román la cogió de la mano y la condujo al piso superior de la vivienda. Subía las escaleras de dos en dos obligando a *su* mujer a acelerar el paso. Ulman se dejaba conducir todavía desorientada a causa de la siesta. Cuando llegaron al que iba a ser el dormitorio de las bebés, Román se paró de golpe y miró fijamente a *su* esposa. A esta le inquietó su expresión, pues no terminaba de detectar si denotaba preocupación o enojo. Tras unos segundos él volvió la vista hacia el cuarto. Sin decir nada, abrió la puerta y con un gesto señaló a Clara que pasara al interior. Luego entró él y cerró la puerta tras de sí. Caminó hasta situarse en medio de la estancia y señaló con un brazo hacia un lado y con el otro hacia el opuesto, al estilo de un guardia urbano dirigiendo el tráfico.

—¿Qué opinas?

—¿Sobre qué? —preguntó ella desconcertada.

—¿Cómo que sobre qué? —interpeló él, como si la obviedad hiciera innecesaria explicación alguna.

Clara intentaba encontrar en la habitación algo lo suficientemente evidente como para hacer un comentario al respecto. Lo único que le llamó la atención fue el olor que queda en un lugar que ha sido recientemente pintado.

—Este tono pastel da un ambiente muy alegre... —El ademán de él indicó que no era esa la respuesta que esperaba—. Poner en el suelo un material tan mullido ha sido un acierto... —comentó, esta vez confiando en acertar.

Román, tras comprobar después de unos instantes que ella ignoraba a lo que se refería, decidió aclarárselo, aunque no entendiera que tuviera que hacerlo.

—¡Ay! —exclamó, recriminándola cariñosamente por no ser buena observadora—. ¿Que qué te gusta más... la flor... o la luna y la estrellita?

Ulman miraba al remedo de su difunto marido sin saber qué contestarle. Todavía se encontraba algo adormilada, y a pesar de haber convivido ya con él suficiente tiempo como para conocerlo, no terminaba de habituarse a la discordancia entre lo que decía y la forma de expresarlo. Era como si existiera una descoordinación entre lo que pensaba y el modo de transmitirlo. Verdaderamente la había asustado al conducirla de esa manera hasta el que sería el dormitorio de las bebés para consultarle nada más que ese detalle tan nimio.

Tras darse cuenta de que había pegada en una de las paredes del dormitorio una margarita con una infantil cara dibujada y enfrente una luna en cuarto menguante y una estrella sonriente, Clara terminó de comprender. Consideró que lo más apropiado era afrontar la situación con la misma seriedad que él. Mostrarse indiferente no era lo más apropiado.

—La luna y la estrellita —respondió, tratando de parecer interesada.

—¡Lo sabía! Estoy de acuerdo. ¡Menos mal! —comentó como si se hubiera quitado un gran peso de encima—. Yo también lo prefiero.

A Ulman le hacía gracia ver a ese hombretón comportándose de una manera tan ingenua. Costaba imaginarlo como una de las personas más poderosas de la industria biofarmacéutica mundial. Aunque no era más que un impostor sin conciencia de serlo, ella no se acostumbraba a concebirlo como tal. Ser físicamente idéntico al original le inducía a confundirlo. Una ilusión óptica que le hacía creer algo distinto a lo que en realidad veía. Un trampantojo. Esa confusa sensación duraba unos instantes, pues enseguida se hacía patente alguna de sus peculiaridades...

—Estas florecitas de colorines son demasiado cursis y no queremos que nuestras hijas sean unas ñoñas, ¿verdad, cariño? Porque mira lo que pasa con mi hermana, que se queja siempre y a todo le encuentra inconvenientes. La culpa fue de mis padres, que al ser la pequeña se convirtió en la niña mimada. Si no le hubieran dado tantos caprichos y estado tanto tiempo entre algodones, ahora podría...

La atención de Clara, como cada vez que Román se extendía en pormenores sin interés alguno, se orientó hacia otra cuestión. Aquella alegre habitación la llevó a reflexionar sobre el próximo nacimiento, si es que podía llamarse así, de las mellizas. Nunca hubiera imaginado que algo parecido al instinto maternal fuera a crecer en su interior. Pero lo cierto es que le empezó a hacer ilusión la cercana llegada de sus retoños. Porque Clara Ulman no se cuestionaba que otra mujer fuera la verdadera madre de las dos criaturas. Es más, ni siquiera consideraba a Carla otra persona, sino una proyección de carne y hueso de sí misma. Por lo menos desde el punto de vista genético. Carla era sencillamente su duplicado. Por tanto, le resultaba lógico considerar a aquellas niñas como sus propias hijas. El hecho de que los óvulos empleados pertenecieran a una o a otra era un elemento secundario y sin importancia cualitativa.

Mientras Román se explayaba en su discurso, Ulman pensaba en el día en que tendría a las pequeñas entre sus brazos. Su imaginación invocaba el especial olor de los bebés. Ese peculiar aroma a galleta y a helado de vainilla le estimulaba la producción de endorfinas y la llevaba a un terreno donde la paz reinaba sobre todas las cosas. Paz que, por otra parte, necesitaba en ese momento de su vida, dejadas atrás las turbulencias de los singulares acontecimientos pasados.

—... ¿No te parece? —preguntó Román.

Clara no tenía ni la más remota idea sobre cuál había sido la conclusión de aquellas absurdas disquisiciones, pero asintió cariacontecida suponiendo que lo único que había hecho era dar vueltas a lo que estaba diciendo en un inútil circunloquio.

—Mis niñas se convertirán en dos mujeres extraordinarias... como su madre.

Román, orgulloso, aproximó con fuerza a Clara contra su pecho y la besó sonoramente en la frente a modo de guinda de su discurso. A continuación, despegó de la pared la flor que le parecía tan remilgada y colocó en su lugar una simpática estrella. Después siguió con la tarea de decorar la habitación con el resto de las pegatinas dedicando al proceso el máximo esmero.

A Ulman la inocencia que transmitía el segundo de sus clones la ablandaba por dentro. Aquel ser irradiaba una bonhomía insólita, y eso la conmovía. Se acercó a él y le revolvió el pelo con cariño. Román respondió a la muestra de afecto con una sonrisa, pero sin abandonar la labor que tenía entre manos. A veces a Clara la forma que él tenía de comportarse la inducía a acariciarlo de esa manera. No como al hombre con el que ahora compartía la vida, sino como a una mascota fiel: noble como un pastor alemán y protector como un san bernardo. Esas características la llevaban a creer que Román iba a ser mejor padre de lo que habría sido nunca el original Ramón de Castro, por mucho que este ansiase esa condición. En la escala de valores del duplicado, la cercanía y la atención que proporcionaría a sus hijas iban a ser lo prioritario, de eso estaba segura. Entre las muchas particularidades que diferenciaban al clon del originario, la que más llamaba la atención a Clara era que Román, desde el principio, había mostrado menos interés en su faceta profesional y se había volcado más en los aspectos lúdicos y personales. No es que De Castro fuera insensible en este sentido, pero era un hombre de negocios nato. Le gustaba implicarse de lleno en su trabajo y eso, inevitablemente, le restaba energías y tiempo para todo lo demás. La preponderancia de lo familiar frente a lo laboral había hecho que tácitamente Román fuera delegando poco a poco en Ulman las grandes decisiones empresariales. A decir verdad, él no era consciente de ello. Se fue produciendo de forma natural y sin que hiciera una verdadera reflexión al respecto. Pedir consejo a su mujer se convirtió en un hábito que formaba parte del modo de relacionarse dentro de la pareja. La opinión de Clara era determinante. Tanto si se refería a la conveniencia o no de invertir cientos de miles de euros en un ensayo clínico como si se trataba de decidir el mejor ornamento decorativo para la habitación de las bebés. Había llegado un momento en que Genotypsa estaba siendo dirigida prácticamente por ella.

Román se limitaba a ser un hombre de paja que sacaba adelante las iniciativas que *su* mujer consideraba beneficiosas para la empresa. De hecho, todo el equipo directivo se había percatado de ello, pero nadie ponía objeciones: los excelentes resultados financieros de los últimos tiempos daban por buenas las iniciativas llevadas a cabo. Era ya historia el habitual enfrentamiento entre Jorge Aldrich y Clara. En aquel contexto, Ulman se sentía como pez en el agua. Liberada de presiones que la habían condicionado más de lo que ella hubiera pretendido, disfrutaba de la nueva etapa con relajación.

Tras observar un rato la meticulosidad con la que Román pegaba las figuritas, Clara se paró a observar el resto de los elementos de la estancia infantil. Fue él quien se había ocupado de dirigir la reforma del cuarto en el que dormirían las bebés y lo había decorado. Ella le cedió encantada esa potestad. No solo por ser una tarea que consideraba engorrosa, sino porque estaba convencida de que *su* marido lo haría mejor que ella. Él eligió todos y cada uno de los detalles, desde el tipo de material de las estanterías hasta los estores de lamas de madera que regularían la luz que entraba por el gran ventanal. Había consultado multitud de revistas especializadas en decoración infantil. Se esmeró en escoger un suelo mullido para prevenir que *sus muñequitas* se hicieran daño al caerse cuando dieran los primeros pasos. Incluso había tardado varios días en terminar de decidir cuáles serían los tiradores más convenientes para las puertas de los armarios. Fue también iniciativa suya comunicar la habitación de las mellizas con el dormitorio principal. Consideraba imprescindible estar en permanente contacto con las criaturas. Que Clara ya hubiera seleccionado una niñera que se ocuparía de estar junto a ellas todo el tiempo no era óbice para tener la posibilidad de acercarse a verlas en cualquier momento de la noche sin tener que salir al pasillo para desplazarse al cuarto. A Román le tranquilizaba esa proximidad.

Mientras él continuaba enfrascado en la tarea de dar los últimos retoques a su obra, Clara abrió la puerta corredera para salir a la terraza. Abajo, René, el jardinero, retocaba con unas tijeras de podar la forma de uno de los setos. Ella se apoyó sobre la barandilla y aspiró profundamente el fresco aroma a lavanda que perfumaba el entorno. El cielo permanecía despejado. El frescor del ambiente se contrarrestaba con la calidez que proporcionaban los rayos de

sol. Cerró los ojos y levantó el rostro para recibir la caricia de los mismos. Se encontraba plena de optimismo. ¿Había algo más que pudiera pedir a la vida?

Inesperadas reflexiones

Cada mañana, Román y Clara solían salir juntos de su domicilio para dirigirse a Genotypsa. Ella había adoptado la costumbre de él de aprovechar el trayecto para avanzar en sus tareas mientras el chófer los llevaba a la sede de la empresa. Pero aquel día ella había optado por quedarse en casa dejando a Román marcharse solo a trabajar. La tarde anterior ya había avisado a sus colaboradores de que llegaría más tarde de lo habitual y les había dado las instrucciones pertinentes.

Después de desayunar con tranquilidad, se levantó de la mesa.

—Por favor, Lidia, en un cuarto de hora sírname otro café en el estudio —pidió a la empleada doméstica.

A continuación, Ulman subió a su dormitorio. Se aseó y cambió la bata de seda y las chinelas por una camiseta, unos holgados pantalones y unas zapatillas de deporte. Seguidamente, se dirigió al cuarto en cuestión con el objetivo de enfrascarse en el cometido que tenía en mente. Debía presentar en menos de una semana una ponencia en el Consejo General de Investigaciones Científicas. El tema versaba sobre las ventajas e inconvenientes de los órganos creados en impresoras tridimensionales frente a los procedentes de un donante, y como en cada caso influyen en la calidad de vida de los correspondientes receptores. No tenía redactada más que la mitad del trabajo y el tiempo se le echaba encima. El trájín del laboratorio la distraía más de la cuenta y necesitaba concluir la tarea para poder centrarse en el resto de sus obligaciones. Consideró que aprovecharía más el tiempo dedicando una parte de la mañana a trabajar en casa.

Encendió el ordenador y tecleó la clave de acceso. Dio unos sorbos al café americano que Lidia acababa de dejarle sobre la mesa y esperó a que se cargasen los programas. Silenció el móvil para poder concentrarse mejor y lo puso boca arriba junto al portátil.

El silencio, únicamente enturbiado por el canto de los pájaros que revoloteaban en el exterior, la ayudó a concentrarse. Al cabo de dos horas y media casi había terminado. Lo único que faltaba era el título del informe. Se encontraba en el proceso de sintetizar en pocas palabras el contenido del texto cuando observó que su terminal se iluminaba. Lo que vio en la pantalla le extrañó. Era Carla quien estaba queriendo ponerse en contacto con ella. Nunca lo hacía a no ser que tuviera algo urgente que comunicarle. Descolgó de inmediato.

—¿Pasa algo? —Ulman escuchó una respiración entrecortada—. ¿Qué ocurre? —preguntó inquieta. Lo único que pudo oír fue un grito ahogado—. No me asustes. ¡Habla, por favor!

—No... no puedo... respirar... El pecho...

La angustia de Carla, que apenas le permitía hablar, alarmó a Ulman, que se levantó de la butaca de inmediato.

—¿Te duele el brazo izquierdo?

—Sí... Tengo... fuertes... fuertes... pinchazos...

—Por favor, mantén la calma. Escucha, ve hacia el escritorio y abre el cajón. Al fondo encontrarás un frasco de pastillas de nitroglicerina. —Habla lentamente intentando controlar su nerviosismo para de ese modo mantener el control de la situación—. ¿Me oyes? —Ulman escuchó a través del teléfono lo que le pareció el ruido del cajón al abrirse—. ¿Lo has encontrado?

Esperó en vano una respuesta. El silencio al otro lado de la línea la llevó a pensar que podría haber perdido el conocimiento.

—¿Estás ahí? —insistió.

—Sí... —respondió Carla con un hilo de voz.

—¿Lo ves?

—Ya... ya lo tengo.

—Ponte una píldora bajo la lengua y deja que se disuelva despacio. Mientras tanto tumbate en el sofá y no hagas nada. ¿De acuerdo?

—Sí... eso... eso es lo mejor... Ya lo sé...

—Procura relajarte y no te preocupes —le susurró, intentando transmitirle serenidad—. Enseguida se te va a pasar. Voy hacia el laboratorio. No tardo nada.

Tras finalizar la llamada se quedó paralizada durante algunos segundos. Carla estaba sufriendo, en el mejor de los casos, una angina de pecho, y, en el peor, un infarto de miocardio. Los síntomas eran parecidos. Esperaba que se tratase de lo primero. Fuera un caso u otro, aquello significaba que tenía el corazón más débil de lo que sería normal en una mujer de su edad. De improviso, se le representó la imagen de Alba. Resultaba chocante que fuera la clon quien heredase la dolencia que acabó matando a su hermana y a varias de sus antepasadas. Bien pensado, entraba dentro de la lógica que eso sucediera. Dada su composición genética tenía las mismas probabilidades de heredar el trastorno que había afectado a algunos de los integrantes femeninos de la estirpe de Clara Ulman. Era irónico constatar que el órgano diseñado en origen como sustituto del original fuera el que no sirviera. Al final, había sido a Carla a quien se le había desencadenado la crisis que estaba amenazando a Ulman desde niña. Parecía un capricho de los hados que esa espada de Damocles, colgada sobre su cabeza desde el día en que nació, terminara cayendo sobre su copia de carne y hueso. Lo único positivo de que esa amenaza estuviera en todo momento presente era que, tanto en la vivienda como en el laboratorio, siempre había a mano un frasco de pastillas de nitroglicerina por si se producía un incidente como el que acababa de suceder. Ulman confiaba en que recurrir a la píldora fuera suficiente para que Carla se recuperara.

Cuando logró reaccionar apagó el ordenador y lo metió en su maletín. Se lo colgó en bandolera junto con el bolso y salió con premura del estudio. Fue al vestidor, cogió su bolso y se puso la primera chaqueta que encontró.

—Señora, ¿pasa algo? —preguntó Lidia desde abajo al verla tan apresurada bajar las escaleras.

—Una emergencia —contestó Clara, sin más explicaciones.

Ya en el garaje buscó en el bolso las llaves del coche. No las encontraba... *¡Seré imbécil! ¡Me las he debido de dejar arriba!...* En un acceso de rabia estampó el bolso con fuerza contra el suelo dispersándose por

la superficie parte de los enseres que contenía. Ello la alteró más si cabe. Emitió un grito lleno de rabia y desesperación. Al darse cuenta de que aquello no la conduciría a ninguna parte, se armó de paciencia y fue recogiendo los objetos diseminados. Entre ellos localizó las llaves... *¿Cómo no las he encontrado? Debían de estar en uno de los bolsillos interiores...*

Mientras conducía el coche, multitud de pensamientos le rondaban por la cabeza. Esperaba encontrarla con vida. Y si era así, tendría que verla un cardiólogo sin pérdida de tiempo. Seguramente la hospitalizarían. A Ulman esa idea le produjo un escalofrío. Si ello ocurría, debería hallar un lugar donde esconderse, pues desaparecería la posibilidad de intercambiar las identidades. La idea de hacerlo en su laboratorio personal no le gustaba. Rememorar los días en los que se enclaustró allí para dedicarse a la creación de Román tras la muerte... *¿muerte a secas...?* de Ramón se le antojaba indeseable. Tendría que buscar otro lugar si no quería volverse loca. El alta médica de Carla podría dilatarse. Especialmente si el episodio era lo bastante grave como para tener que recurrir a una angioplastia. Por otra parte, faltaba poco para el *nacimiento* de las mellizas. De hecho, Lambert le había comentado que los bebés ya estaban lo suficientemente maduros para efectuar el procedimiento pero que prefería esperar algo más de tiempo por mera seguridad. Estaba claro que por muchos motivos el inesperado percance iba a complicar mucho la situación.

Pero ¿y si al llegar se la encontraba muerta? De golpe, esa posibilidad se le presentó liberadora. Por un lado, el episodio que la clon acababa de sufrir demostraba que había resultado defectuosa. Si Román había fallado en el aspecto intelectual y psicológico, parecía que Carla se había malogrado en el físico. A partir de ahora, lo más probable era que se fueran torciendo más y más las cosas a causa de su salud. La experiencia previa con Alba dibujaba un panorama de constantes sobresaltos y preocupaciones.

De improviso el sonido estridente de una bocina la sobresaltó. Ulman había rebasado una señal de ceda el paso y estuvo a punto de empotrar su coche contra un camión de grandes dimensiones. Por suerte el pitido la hizo reaccionar y de forma instintiva efectuó la maniobra que la salvó por los pelos. Lo que escuchó a continuación fue una buena sarta de insultos proveniente del conductor del tráiler.

Le temblaban las manos. Se tomó un momento antes de proseguir el camino. Ya repuesta del susto reemprendió la marcha. Se le hicieron eternos los cuatro kilómetros que le quedaban para llegar a la sede de Genotypsa. El tiempo en los semáforos le parecía mucho más largo de lo habitual. La incertidumbre la torturaba. Por fin, atravesó el control de acceso al edificio y descendió hasta el garaje. Estacionó el híbrido en su plaza y se dirigió corriendo hacia los ascensores. Por fortuna, uno de ellos estaba en el sótano, así que fue innecesaria la espera. Aproximó la tarjeta de proximidad para acceder directamente a su planta sin estar expuesta a paradas intermedias. Cuando el elevador se paró en el séptimo piso y se abrieron las puertas, se topó de frente en el vestíbulo con el altísimo Eduardo Riordan, que se dirigía al laboratorio general.

—Buenos días, Clara. ¿Se encuentra bien?

El tono preocupado y la expresión del becario la hizo tomar conciencia de su estado. Sudaba y su respiración era agitada.

—Sí, gracias. Las prisas, que son muy malas... —dijo, sonriéndole y haciendo esfuerzos por ofrecer una impresión de normalidad.

—Tiene usted razón. Yo también me aturullo si llego tarde. ¡Que tenga un buen día, doctora! —se despidió con alegría, continuando su camino.

—Igualmente, Eduardo —correspondió ella con cortesía.

Sin perder más tiempo se encaminó hacia su despacho. Acercó el pulgar al lector de huella dactilar y la puerta se abrió. Al entrar, le chocó la oscuridad que invadía la estancia. Apenas era la una de la tarde. A esa hora normalmente entraba la claridad a través de las ventanas. Sin embargo, aquel día las persianas y los estores estaban bajados del todo y la luz apagada.

Pulsó el interruptor y la habitación se iluminó. Su mirada iba a dirigirse hacia el sofá donde imaginaba permanecería tumbada Carla, tal y como le había indicado por teléfono que hiciese. Pero se topó con algo muy distinto. Al contrario de lo que esperaba, Carla estaba de pie en el lado izquierdo de la estancia. Tranquila. Sin síntomas de estar sufriendo una crisis cardíaca o alteración alguna. No así Román, que se encontraba junto a ella en una postura extraña. Se hallaba sentado en la butaca del despacho con la parte superior del cuerpo tendida sobre la mesa del escritorio. Inmóvil.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ulman, desconcertada.

Carla no respondió. Con las manos dentro de los bolsillos de la bata permanecía impertérrita. Su rostro era el de una esfinge que no transmitía emoción alguna. En vista de no recibir una explicación por parte de la clon, Ulman se dirigió hacia Román. Se desembarazó del ordenador y del bolso dejándolos en el suelo, y agarró la muñeca del hombre con la intención de tomarle el pulso.

—¿Pero qué...?

El pinchazo que sintió en el cuello le impidió completar la pregunta. Casi de inmediato todo le empezó a dar vueltas y notó un extraño hormigueo en el rostro. Consiguió volver la cabeza y vio a Carla con una jeringuilla en la mano. Le pareció que articulaba palabras, pero las oía tan lejanas que le resultaba imposible comprenderlas. La vista se le nublaba. Lo último que fue capaz de percibir fue el suelo aproximándose a su cara y golpeándola con fuerza.

Trámites necesarios

— . . . **A**ntes de salir le dolía la cabeza. Intenté convencerle de que se quedase un rato más en casa, ya que hoy no tenía ninguna reunión importante. Le sugerí que se echara un poco hasta que se le pasase la jaqueca. No me hizo caso. Se limitó a tomar un analgésico y un café muy cargado. Me comentó que con eso sería suficiente y que el trabajo le serviría para reactivarse. Yo subí al estudio para acabar la redacción de mi ponencia. Cuando a última hora de la mañana llegué al laboratorio, le llamé para saber cómo estaba. Me dijo que ya se sentía bien. Entonces le propuse subir a su despacho para enseñarle la conferencia terminada y que me diese su opinión, pero él prefirió bajar aquí. Acababa de sentarse en el escritorio para leer el documento cuando empezó a sentirse mareado y entonces...

Un sollozo provocó que Carla interrumpiera su relato. Sentada en el sofá de su despacho contaba su versión a David Lambert. Él, en cuclillas frente a ella, escuchaba con atención el relato de la que creía la doctora Ulman. Le agarraba las manos para transmitirle consuelo y un poco de calor humano.

—Lo siento mucho, Clara —susurró.

En la estancia, además de ambos, un enfermero y un facultativo del servicio de urgencias médicas se hallaban junto al cadáver de Román, al que habían tendido sobre una camilla para efectuar un intento infructuoso de reanimación. A su lado, dos policías de uniforme comentaban algo entre sí al tiempo que dirigían su mirada hacia Carla y David. El más fornido se aproximó a este último y se inclinó para acercarse a su oído.

—¿Puede venir un momento, por favor? —le preguntó en voz baja.

Lambert se levantó y el agente le llevó discretamente a un rincón.

—Doctor... David Lambert, ¿verdad? —le preguntó el guardia después de consultar una libreta de notas.

—Sí.

—¿Es usted amigo de la familia?

Estuvo a punto de contestar afirmativamente, pero no osó atribuirse tal grado de cercanía.

—Colaborador de la doctora Ulman, esposa del fallecido —se definió a sí mismo con su peculiar voz aflautada.

—Entendido. El cuerpo, tal y como era de suponer, no presenta señales de violencia, por tanto, es innecesario que acuda el forense. Todo parece indicar que el fallecimiento se debió a una apoplejía. Los profesionales del servicio de urgencias me comentan que es usted quien va a cumplimentar el certificado de defunción, ¿correcto?

—Así es.

—Aquí lo tiene —dijo, entregándole el documento—. Una última cuestión, ¿dónde colocamos al finado hasta que llegue la empresa de servicios funerarios?

A David esa pregunta le cayó como una losa en la cabeza. De forma automática se llevó el dedo índice a la boca y comenzó a morderse la uña. Cuando se dio cuenta de que no era un gesto adecuado en esa circunstancia, dejó de hacerlo de inmediato.

—Espere...

A continuación, se dirigió a *Clara* gestionando como pudo la enorme incomodidad que le producía preguntarle aquello.

—Doctora... esto...

Carla le miró inquieta. Temía que la policía hubiera averiguado algo que la comprometiera.

—¿Qué pasa, David?

Antes de hablar, el científico carraspeó.

—Tienen... tienen que llevarse la camilla... ¿Les digo que sitúen a Ramón en la mesa electrohidráulica?

Carla sintió un escalofrío. De ninguna manera podía permitir a aquella gente el acceso a su laboratorio privado para disponer del accesorio.

—Me parece muy desangelado colocarlo allí. Mejor diles que lo tiendan en el sofá —dijo mientras se levantaba para dejarlo libre.

Lambert se lo comunicó al agente y el personal sanitario depositó allí el cadáver.

—Bien, pues nuestra labor ya ha terminado —concluyó el policía.

A continuación, se acercó a Carla.

—Sentimos mucho su pérdida, señora.

—Gracias —respondió ella.

David acompañó al grupo hasta el distribuidor de la planta para que tomasen los ascensores. Varios de sus compañeros allí presentes, conocedores de la noticia, le preguntaron por la situación. Lambert rehusó entretenerse dando detalles para no dejar a *Clara* sola en su despacho. Cuando regresó a la estancia, se la encontró sentada en la butaca del escritorio.

—Creo que lo mejor será que se vaya a descansar. Yo me ocuparé de la funeraria y del resto de los trámites.

—No, David. Prefiero quedarme aquí. Quiero estar a su lado hasta el final —dijo, señalando con la cabeza hacia el fallecido.

—Lo comprendo.

—Solo una cosa...

—Dígame.

—¿Podrías sacar una sábana del armario para taparlo? Me impresiona verlo así...

Sin decir nada, Lambert abrió la puerta del ropero dispuesto a cumplir la orden de su jefa. Recorrió el interior visualmente, pero solo distinguía ropa colgada. En un segundo repaso reparó en una caja alargada apoyada al fondo del armario. Aunque las letras y el dibujo no dejaban lugar a dudas tuvo que fijarse con detenimiento para que su cerebro registrase que se trataba de una sierra eléctrica. Le parecía un objeto incongruente en aquel espacio, pero obviamente se abstuvo de hacer comentario alguno. Indeciso, no se atrevía a rebuscar entre las estanterías.

—En el tercer cajón —le informó Carla.

El científico cogió la primera sábana que encontró y la extendió sobre el cuerpo. Seguidamente, sacó un bolígrafo de su bata para rellenar el impreso

que certificaba el óbito del supuesto Ramón de Castro. Pensó en apoyarse sobre la mesa del escritorio para complimentarlo, pero le pareció inoportuno hacerlo al lado de la esposa del difunto. Sin saber muy bien por qué, creyó que sería una falta de respeto realizar ese frío trámite tan cerca de la viuda. Recorrió el despacho con la mirada. Tampoco era una opción redactar el formulario sentado en el sofá, ya que ahora estaba ocupado por el cadáver. Decidió rellenarlo de pie, apoyando el documento en la encimera, junto al microondas.

Carla, mientras tanto, miraba discretamente hacia el umbral que separaba la antesala en la que David y ella se encontraban de su laboratorio privado. Celebraba por dentro haber mantenido la suficiente sangre fría como para reaccionar con premura. De ese modo había impedido que los sanitarios y la policía traspasaran esa puerta y fueran testigos de lo que se ocultaba tras ella.

Ni el poder ni la riqueza

El sepelio se celebraría en el mausoleo de la familia de Ramón de Castro. Él mismo, en su día, ordenó edificar el monumento funerario. Allí yacían los restos de sus padres y abuelos. La construcción se encontraba dentro de un tranquilo cementerio a las afueras de la ciudad. Se trataba de una finca repleta de zonas verdes. Las instalaciones, muy cuidadas, carecían del aire siniestro que poseen casi todos los camposantos. Cuando se traspasaba la entrada al recinto, el color del césped y el relajante sonido de la naturaleza proporcionaban la paz que se suponía debía ofrecer un espacio como aquel. Al pasear por aquella parcela uno tenía más la impresión de hallarse en un club de campo que en una necrópolis. El terreno estaba sembrado de árboles de diversas variedades, incluso palmeras. En cambio, no había cipreses. Que el paisaje careciera de estos característicos arbustos fue determinante para que De Castro eligiera el emplazamiento como la última morada de sus seres queridos y, cuando llegara el momento, de él mismo. Consideraba que la muerte ya es lo bastante tétrica como para rodearla de elementos asociados a ella. Poco podía imaginar que sus restos nunca reposarían en el lugar que tan cuidadosamente había escogido.

Por expreso deseo de la mujer a la que todos llamaban Clara o doctora Ulman, el cuerpo del supuesto Ramón de Castro fue incinerado. El procedimiento se realizó en la más estricta intimidad. Al día siguiente se entregó una urna con las cenizas a la viuda. *Esta* la depositaría en un nicho dentro del panteón familiar. *Clara* dio instrucciones para que este último rito se realizase en el marco de un ambiente laico, insistiendo mucho en este

punto. Asimismo, quiso que la ceremonia fuera lo más privada posible, aunque, por mucho que se intentó, no pudo impedirse a los medios de comunicación acudir a la despedida de un personaje tan ilustre. No hay que olvidar que Ramón de Castro era célebre, además de por su poder en el mundo de los negocios, por haber sido alguien lo suficientemente mediático como para que la noticia de su fallecimiento fuera recogida por las portadas de todos los informativos, incluidas las publicaciones llamadas «del corazón». Resultaba irónico que el auténtico presidente de Genotypsa hubiera muerto hacía más de un año en el más absoluto de los anonimatos y en condiciones tan... particulares.

Como mínimo dos docenas de periodistas, fotógrafos y cámaras de televisión esperaban en la entrada del cementerio a los asistentes al sepelio y la llegada del coche fúnebre. Personal de seguridad velaba para que se respetase el deseo de la familia prohibiendo a la prensa el acceso a la zona en la que se encontraba el mausoleo. No obstante, fue imposible evitar que algunos se las ingeniaran para acercarse a una distancia prudencial y tomaran clandestinamente los documentos gráficos que luego venderían por una sustanciosa cantidad de dinero.

Una de las primeras *personalidades* en presentarse fue Sara Kunis. Llegó en una lujosa berlina negra conducida por un chófer pulcramente uniformado. El coche se detuvo delante del gran portalón ya que el acceso motorizado al recinto solo estaba permitido a los vehículos funerarios. Unos segundos después de parar, el conductor se dirigió presto a abrir la puerta trasera. La Kunis se tomó su tiempo. Cuando los fotógrafos habían rodeado el automóvil, salió del vehículo. Una nube de *flashes* iluminó a la aparentemente compungida examante del finado quien, era evidente, había cuidado al máximo la puesta en escena. Vestía un traje de chaqueta negro. La falda, de tubo, marcaba con suavidad sus bien proporcionadas formas realizadas aún más por sus altísimos zapatos de tacón. Lo único que rompía el luto era el exceso de maquillaje y el escote, algo más pronunciado de lo que el protocolo hubiera requerido.

Instantes después, la llegada del coche fúnebre provocó que los fotógrafos y cámaras abandonasen a Kunis para obtener alguna instantánea de la viuda de Ramón de Castro, convertida ya en la accionista mayoritaria de

Genotypsa International. El intento resultó infructuoso ya que los cristales tintados y la velocidad del vehículo frustraron el objetivo pretendido.

Mucha gente acudió al camposanto. La mayoría eran curiosos con ansia de toparse con rostros conocidos como el de Sara Kunis y atraídos como la carroña por lo todo lo que rodea a la muerte, especialmente si es la de alguien famoso. Sin embargo, el riguroso control del perímetro en el que se hallaba la sepultura, logró que en la ceremonia únicamente estuviera presente un reducido grupo de personas. Todas rodeaban a *Clara*, que sujetaba entre sus manos el recipiente que contenía las cenizas. La sobriedad de su figura solo la rompía algo que llevaba en la muñeca: la espectacular pulsera que, la última noche de su vida, Ramón de Castro regaló a Clara Ulman, y que Carla encontró abandonada en el cajón del escritorio.

Aparte de la viuda: Sonia, única hermana del fallecido, acompañada por su marido y sus dos hijos; Jorge Aldrich con Úrsula Baltar; todos los miembros del consejo de administración de Genotypsa International (la mayoría con sus cónyuges); los directores de las sedes de Toronto y de Basilea, y varios presidentes de importantes compañías del sector y de los principales bancos del país. David Lambert, Alex Jansen y Rosalía, la secretaria del difunto, acudieron en representación de los trabajadores de la empresa. En total, unas sesenta personas rodeaban el mausoleo. *Clara* había pedido a Aldrich que dijera unas palabras en homenaje a *su* marido.

—Cuando la sociedad pierde a una persona del peso social y humano de Ramón, se queda huérfana. Todos vosotros lo conocíais muy bien. Por eso, no voy a extenderme en detallar las virtudes que le hicieron un hombre excepcional. Y no me estoy refiriendo a sus cualidades profesionales, sino a las personales. Clara, la mujer de su vida, su gran amor, lleva entre sus manos el símbolo de lo que fue —dijo, refiriéndose a la caja de las cenizas—, y eso es lo que va a depositar aquí.

Entonces giró la cabeza para dirigir la atención de los presentes hacia el interior del panteón.

—A partir de ahora va a descansar junto a Verónica y Alfredo, sus adorados padres, de quienes guardo numerosos y muy entrañables recuerdos.

En este punto, la hermana de Ramón no pudo reprimir el dolor y comenzó a llorar. Su marido le ofreció el pañuelo que asomaba del bolsillo

frontal de su chaqueta, y la tomó del hombro. Jorge continuó su réquiem mientras que Carla, la impostora, con la urna entre las manos y sin levantar la vista del suelo, se mostraba seria y solemne.

—Aquí dentro solo quedarán los restos de su cuerpo, porque su espíritu nos lo llevamos dentro del corazón. Si la vida no es lo que uno vive, sino lo que los demás recuerdan de ella, a él, mi socio, mi compañero y, sobre todo, mi amigo, la inmortalidad le espera. Tu personalidad, única e irrepetible, permanecerá en la memoria de cada uno de nosotros. Hasta siempre, jefe... El *boss* te va a echar de menos...

Aunque en los últimos tiempos se hubieran distanciado, en ese momento pesaron más los entrañables recuerdos de juventud y a Jorge se le quebró la voz al rememorar los apelativos por los que se llamaban entre sí. Úrsula, a su lado, al notar que la emoción lo embargaba, le cogió de la mano.

Acto seguido, la viuda, extremadamente ceremoniosa e inexpresiva, como la sacerdotisa de un templo griego, traspasó la entrada al mausoleo e introdujo la urna en el nicho habilitado a tal efecto. Una vez terminado el ritual se apartó unos pasos para que los operarios sellasen la cavidad con una lápida de mármol en la que se leía:

RAMÓN DE CASTRO MENA
† A LOS 54 AÑOS.
«NI EL PODER, NI LA RIQUEZA.
SOLO LA CIENCIA Y EL ARTE PERDURARÁN».

¿Todo en orden?

El día siguiente de la ceremonia, Carla lo pasó entero en su laboratorio privado. El objetivo era llevar a cabo la última etapa del proceso de criogenización de los órganos de Clara Ulman. Contempló la posibilidad de preservar el cuerpo completo, pero al final se decantó por la opción más práctica: limitarse a la conservación de pulmones, hígado, páncreas, riñones, córneas, médula, páncreas, muestras de piel y corazón. También extrajo el cerebro. Se deshizo del resto en el incinerador de residuos.

Para su mantenimiento, Carla empleó el método que la propia Ulman y el equipo del Palmer Manning perfeccionaron en su momento. Mediante la técnica de vitrificación, el material genético de su creadora se conservaría en perfectas condiciones, si era preciso durante décadas, a la espera de ser requerido.

Vista desde fuera, la decisión de Carla podría parecer una suerte de venganza, pero no la movió ese sentimiento. O no fue su principal motivación. El objetivo prioritario era poder recurrir a esos tejidos en caso de emergencia. Carla había valorado su potencial utilidad. Consideraba que podrían ser de provecho en un momento dado para ella y para sus hijas. Tenía muy presente el riesgo genético en la estirpe familiar y quería prevenirlo. Es cierto que siempre tendría la posibilidad de fabricar a medida cualquier órgano a partir de células madre. De hecho, ya se contaba con la experiencia de haber sido trasplantados con éxito docenas de ellos en todo el mundo. Pero también era consciente de que la técnica era demasiado nueva. La falta de perspectiva en el tiempo impedía conocer en la actualidad si esas vísceras

formadas artificialmente tendrían periodo de caducidad y si, tras permanecer en el organismo algunos años, ocasionarían algún tipo de inconveniente. Por eso, consideró que tener a su disposición sus propios órganos duplicados le daría el sosiego de poseer un recambio perfecto si alguno de ellos, en especial su corazón, fallaba. Después de todo, ¿no había sido ese el fin primigenio de su creación? Tal y como hubiera dicho la original Clara Ulman... tanto monta, monta tanto...

Respecto a las mellizas solo hubo que esperar una semana para que dejaran de ser un proyecto y entraran de lleno en el mundo de los vivos. David Lambert planificó los detalles de acuerdo con la madre de las criaturas. Aunque todo el mundo hubiera querido presenciar cómo el científico las extraía del útero artificial, el joven doctor pidió a *Clara* hacerlo en privado. Estaba tan nervioso que ingirió antes del procedimiento una cápsula de bromazepam con objeto de permanecer tranquilo y no le temblaran las manos.

Para que la comunidad científica fuera testigo de aquel acontecimiento, se habían instalado cámaras en la sección del laboratorio general donde se encontraba el dispositivo. Desde varios ángulos se grabaron las manipulaciones que David efectuó para provocar el alumbramiento de las que serían las herederas del imperio farmacéutico, y sus primeros instantes de vida.

El proceso discurrió sin complicaciones y, tras limpiarlas y someterlas a los controles pertinentes, la madre al fin pudo tener a las niñas entre sus brazos.

Carla, de pie, sosteniendo a una en cada lado, las observaba embelesada. Las miraba alternativamente, comparándolas. Una iba de blanco y otra de verde muy claro. No había querido vestir las igual. A pesar de ello y de no ser gemelas, sino simplemente mellizas, se le antojaban idénticas. Lambert, a una prudencial distancia, sostenía el doble carrito en el que los bebés pasarían una buena parte del tiempo durante sus primeros días. Estaba satisfecho. Sin embargo, mostraba la contención de quien se resiste a cantar victoria. Todavía quedaba un largo camino por recorrer. Durante las próximas semanas las sometería a las pruebas oportunas con el fin de constatar la normalidad de sus órganos. Pasarían dos años como mínimo hasta comprobar

que el desarrollo de esos seres formados fuera del cuerpo materno no difería del de cualquier niño concebido mediante cauces naturales. Era necesario verificar que eran aptas para caminar, pensar y hablar como cualquier ser humano, y eso requería paciencia.

Con mucho cuidado, la madre se aproximó al cochecito. Solicitó la ayuda de Lambert mediante un gesto. Este la liberó cogiendo a una de las niñas y la depositó en su camita. Carla hizo lo propio con la otra y tapó a ambas con mimo.

Tras recibir las felicitaciones de los miembros de su equipo, se dispuso a retirarse. Las niñas dormían plácidamente a pesar de la algarabía ocasionada en el laboratorio. Carla se llevó el dedo índice a los labios para solicitar silencio e impedir que fueran despertadas. Sin perder más tiempo, empujó aquella cunita con ruedas para llevarlas a casa. Era hora de alejarlas de aquel ambiente. Tenía prisa para que sus hijas tuvieran cuanto antes contacto con la naturaleza, con el aire, con la vida...

En la planta baja esperaba Teo, el chófer. Presto, acudió corriendo hacia a la madre para hacerse cargo del cochecito doble y conducirlo hasta la berlina. Antes de emprender la salida se fijó en los bebés.

—¡Son iguales a usted! —comentó eufórico.

Carla no respondió. Su rostro se mantuvo impenetrable, como si no hubiera escuchado el comentario del empleado. El incómodo silencio que se produjo forzó a Teo a aligerar la situación.

—¿Cómo se van a llamar?

Tras una pausa Carla dirigió la mirada hacia el exterior, y en su boca se dibujó una enigmática sonrisa.

Agradecimientos

Agradezco a Diana Laffond, Jorge Asunción Higuera y Fiorella Faltoyano haberse prestado a ejercer de lectores conejillos de Indias. Sus opiniones, sinceras, críticas y constructivas, me han proporcionado la perspectiva necesaria para rematar esta novela.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Cristina Higuera, 2018
© La Esfera de los Libros, S.L., 2018
Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 296 02 00
www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (mobi): octubre de 2018
ISBN: 978-84-9164-433-0 (mobi)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.